BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 194

OVIDIO

CARTAS DE LAS HEROÍNAS

•

IBIS

INTRODUCCIONES, TRADUCCIONES Y NOTAS DE
ANA PÉREZ VEGA



EDITORIAL GREDOS

Asesores para la sección latina: José Javier Iso y José Luis Moralejo.

Según las normas de la B. C. G., las traducciones de este volumen han sido revisadas por F. Socas.

Depósito Legal: M. 12927-1994.

ISBN 84-249-1645-X.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1994. — 6629.

CARTAS DE LAS HEROÍNAS

INTRODUCCIÓN *

1. La forma literaria de las «Cartas de las heroínas»

Las *Epistulae Heroidum*[1] de Ovidio son realmente dos series diferentes de epístolas en verso.

La primera serie consta de los poemas 1 al 15[2], y consiste en epístolas de mujeres legendarias, la mayoría griegas,

* Para una introducción general a la obra amatoria de Ovidio remito a la de V. Cristóbal al volumen 120 de esta colección (Madrid, 1989).

[1] Prisciano las llama *Heroides (Gramm. Lat.* II 544 Keil), y el propio Ovidio las nombra como *Epistulae* en *Ars amat.* III 345. Para G. Luck (*Die römische Liebeselegie*, Heidelberg, 1959, págs. 223-224) la forma correcta debió de ser *Epistulae Heroidum*.

[2] Si incluimos el 9 (Deyanira), el 12 (Medea) y el 15 (Safo), de dudosa autoría, cf. D. W. T. C. Vessey, «Notes on Ovid, *Heroides* 9», *Class. Quart.*, n. s., 19 (1969), 349-361; P. E. Knox, «Ovid's Medea and the Authenticity of *Heroides* 12», *Harv. Stud. Class. Phil.* 90 (1986), 207-223; sobre el poema 15, cf. H. Jacobson, *Ovid's Heroides*, Princeton, 1974, págs. 277-299; H. Dörrie, *P. Ovidius Naso. Der Brief der Sappho an Phaon*, Munich, 1975; R. J. Tarrant, «The Authenticity of the Letter of Sappho to Phaon (*Heroides* 15)», *Harv. Stud. Class. Phil.* 85 (1981), 133-153; Ch. E. Murgia, «Imitation and Authenticity in Ovid *Meta-*

a sus amados ausentes[3]. La segunda serie está formada por las cartas 16 a la 21, hoy generalmente consideradas auténticas[4], y consta de epístolas del mismo tipo, sólo que a la carta de la amada o el amado sigue la contestación, por lo que se las conoce generalmente como la serie de «cartas dobles».

La forma literaria empleada es la epístola en verso. Tal forma literaria tiende a congelar la acción en el mismo momento en que se sitúa la escritura, pero, a cambio, consigue gran amplitud de perspectiva jugando con el tiempo y la memoria, tanto en las simples como en las dobles. Ello permitía a Ovidio alcanzar valores dramáticos y experimentar en otro campo distinto de los ya usados en el *epilion* o épica en miniatura (por ej. el famoso monólogo de Ariadna abandonada, en Catulo, LXIV 132-201), o de lo que serían sus futuros monólogos de las *Metamorfosis*[5]. No obstante, y por deseo del autor, el resultado sigue siendo un soliloquio más que un diálogo.

Otro aspecto consustancial de las *Heroides* es que son difíciles de apreciar sin caer en la injusta acusación de que son monótonas, retóricas (en el sentido peyorativo de la palabra) y reiterativas. Ovidio centra su atención en la mente humana, en el campo del sentimiento, y hace un estudio de la variación, de las múltiples reacciones de cada individuo

morphoses 1, 477 and *Heroides* 15», *Amer. Journ. of Phil.* 106 (1985), 456-474.

[3] Sigo la definición de E. J. KENNEY, en E. J. KENNEY y W. v. CLAUSEN (eds.), *The Cambridge History of Classical Literature,* II: *Latin Literature = Historia de la literatura clásica* (Cambridge University), II: *Literatura latina* [trad. ELENA BOMBÍN], Madrid, Gredos, 1989, pág. 466.

[4] Véanse en la BIBLIOGRAFÍA los representantes de las distintas posturas.

[5] Véase en concreto el amplio monólogo de Medea que abre el libro séptimo de las *Metamorfosis*.

ante una situación universal, como es el amor frustrado o el abandono, y ante las diversas situaciones de celos, despecho, nostalgia, etc., que de ahí se derivan. Es pues una obra que hay que leer con mucha atención para apreciar en toda su amplitud el logro de Ovidio en un campo en el que era indiscutible maestro: el virtuosismo de la variación.

2. CRONOLOGÍA

Averiguar la fecha de composición es un problema que se tiene por irresoluble[6]: parece seguro que la primera serie (1-15) se escribió entre la primera y segunda edición de *Amores*, como se deduce de la extensa alusión a las *Heroides* completas o casi acabadas en *Amores* II 18, 19-26:

> Enseño, pues se me consiente, las artes del tierno Amor (¡ay de mí, que mis propias enseñanzas me torturan!), o bien escribo la misiva que con palabras de Penélope a Ulises se entrega y tus lágrimas, desamparada Filis, y lo que Paris y Macareo y lo que el desagradecido Jasón y el padre de Hipólito e Hipólito han de leer, y lo que ya con la espada en la mano ha de decir la pobre Dido y la de Lesbos amorosa con la lira eolia[7].

Término *post quem* se considera la fecha de la muerte de Virgilio (el año 19 a. C.), o más exactamente la publica-

[6] Así L. P. WILKINSON, *Ovid Recalled*, Cambridge, 1955, pág. 38. Extenso tratamiento de la cuestión en JACOBSON, *Ovid's Heroides...*, págs. 300-318 (con lista-resumen de veintidós autores diferentes en págs. 312-313), y en A.-F. SABOT, «Les *Héroïdes* d'Ovide: Préciosité, Rhétorique et Poésie», *Aufst. und Niederg. der röm. Welt* II 31, 4, 1981, esp. págs. 2571-2573.

[7] Sigo la traducción de F. SOCAS en: A. RAMÍREZ DE VERGER y F. SOCAS, *Ovidio. Obra amatoria,* I: *Amores*, Madrid, C.S.I.C., 1991, pág. 80.

ción póstuma de la *Eneida*, dados los frecuentes ecos virgilianos que encontramos en las *Cartas de las heroínas* (especialmente en *Her.* 7, Dido). El término *ante quem* es el año 1 a. C. / 1 d. C., fecha de publicación de la segunda edición de *Amores*, como parece deducirse de *Arte de amar* III 343-346:

> *deue tribus libris, titulo quos signat* A m o r u m,
> *elige, quod docili molliter ore legas,*
> *uel tibi composita cantetur* E p i s t u l a *uoce,*
> *ignotum hoc aliis ille nouauit opus.*

Al parecer, la serie de cartas dobles es posterior en el tiempo a la primera serie[8]. Puede que Ovidio redactara estas seis últimas cartas —si es que son auténticas— estimulado por la iniciativa de su amigo Sabino, como deduce Kenney[9] de *Amores* II 18, 27-34[10].

[8] Pudieron ser contemporáneas de la redacción de los *Fastos*, según lo muestran los indicios métricos que estudia B. LATTA en *Die Stellung der Doppelbriefe (Her. 16-21) im Gesamtwerk Ovids*, Tesis doctoral, Marburgo, 1963, págs. 2-7.

[9] *Literatura latina...*, págs. 469-470.

[10] «¡Qué pronto ha vuelto mi amigo Sabino de recorrer el mundo entero y me ha traído las respuestas desde regiones apartadas! La radiante Penélope reconoció el sello de Ulises, leyó la madrastra el escrito de su Hipólito; ya Eneas el bueno mandó respuesta a la pobre Elisa, y ya está a la mano lo que tal vez lea Filis, si aún vive. Llegó la fatal carta de Jasón a Hipsípila, entrega a Febo la de Lesbos su lira en exvoto» (RAMÍREZ DE VERGER - SOCAS, págs. 80-81).

3. ORIGINALIDAD DE LAS «CARTAS DE LAS HEROÍNAS»: MEZCLA DE ELEMENTOS LITERARIOS Y RETÓRICOS

El último verso que acabamos de citar en la cuestión de la cronología serviría perfectamente para abrir el tratamiento de la tradición y la originalidad en las *Epistulae Heroidum*[11]: *ignotum hoc aliis ille nouauit opus.*

No conocemos un modelo claro de este nuevo género y, de hecho, Ovidio reclamaba para sí su «invención», o «renovación», o «adaptación», según entendamos el término *nouauit*. En cualquier caso, ningún poeta romano anterior a Ovidio había convertido en «género» este tipo tan especial de epístola elegíaca (*ignotum*). Pero no es menos cierto que, si puede hablarse de originalidad, es en la misma medida en que es original la elegía amatoria latina: como mezcla o mosaico de diferentes elementos, unos procedentes de la tradición literaria (tradición epistolar, lírica griega, poesía helenística y, sobre todo, la elegía amatoria), y otros procedentes, como veremos, de los ejercicios retóricos.

3.1. *Elementos literarios*

Existía, como se sabe, la carta erótica en antecedentes griegos[12] y, ya se había escrito el más inmediato e indiscutible modelo de las *Heroides* en lo que se refiere a su forma

[11] Discusión y bibliografía en JACOBSON, *Ovid's Heroides...*, págs. 319-348, y SABOT, «Les 'Héroïdes' d'Ovide...», págs. 2574-2577.

[12] Aristeneto y Filóstrato, cf. A. A. DAY, *The Origins of Latin Love Elegy*, Oxford, 1938, págs. 37-58. Léase en esta misma colección, núm. 131, A. RAMÍREZ DE VERGER, *Propercio. Elegías*, Madrid, B. C. G., 1989, págs. 13-14.

epistolar: la epístola de Aretusa a Licotas, de Propercio (IV 3)[13]. Existía también una tradición de soliloquios de personajes traicionados o abandonados: por ejemplo en el *epilion*, ya citado, que era un foro para el monólogo que no requiere respuesta. Y había en tercer lugar, y especialmente, todo un mundo poético con sus reglas y su lógica propias: el mundo de la elegía. Sin él no podría entenderse el peculiar «código moral» de las heroínas ovidianas, tan lejano de la elevada moral de la épica, de donde, paradójicamente, proceden muchos de los personajes de las *Cartas de las heroínas*. Creo que las *Heroides* deben en gran medida su razón de ser a la obra que las precedió, los *Amores*, pues ¿qué son sino la original continuación, en forma de epístola en dísticos elegíacos, de aquel mundo elegíaco poblado ahora de otros personajes, los heroicos, extraídos de la épica y la tragedia y sometidos a las mismas situaciones, pasiones y crisis que vivían los personajes de *Amores*, y por tanto humanizados, vueltos de carne y hueso? Ovidio quiso hacer un experimento literario nuevo e inventó la epístola elegíaca, utilizando personajes de la épica, no por disminuirlos, ennegrecerlos o parodiarlos, como se ha dicho, sino por hacerlos vivir en el mundo elegíaco y contemplar después el resultado.

Sea como fuere, lo que parece claro es que Ovidio fue el primer artífice de la mezcla de todos estos elementos, y parece que a él se debe también la forma de colección[14] que dio a su resultado, en contraste con el aislado modelo de Aretusa a Licotas en Propercio. Era éste un nuevo alarde de su prodigiosa capacidad creadora y de su virtuosismo en el campo de la variación, porque, en efecto, la originalidad

[13] Más lejanos modelos serían también el poema a Ipsitilla, de Catulo (*Carm.* XXXII), y la elegía de Sulpicia en el *Corpus Tibullianum* (III 13 = IV 7, 7-8).

[14] JACOBSON, *Ovid's Heroides...*, pág. 322.

es una de las claves que compendian la carrera poética de Ovidio[15], desde la primera y más «de género», como fueron sus *Amores*, hasta las últimas cartas del destierro, pasando por las *Metamorfosis*: todas ellas innovaron, variaron y revolucionaron los materiales y las técnicas heredadas.

3.2. *Elementos retóricos*

Pero pese a la aceptación que en seguida tuvieron, y pese a lo muy citadas e incluso imitadas que fueron[16], las *Cartas de las heroínas* nunca han dejado de tacharse de artificiosas, inverosímiles y retóricas. Cuando se ha estudiado el grado de influencia de la retórica en Ovidio, las posturas han fluctuado en todas las posiciones entre los dos extremos, desde los que han considerado las *Heroides* como un puro ejercicio retórico, hasta los que han minimizado por completo esta fuente. En todo caso, siempre se ha barajado la influencia de la *suasoria* (o ejercicio retórico de persuasión) en el caso de las epístolas 1-15, de la *controuersia* (debate sobre un caso hipotético) en las dobles (16-21), y de la *ethopoeia* (o semblanza de caracteres)[17] en ambas series. La acusación de que sean meras suasorias en verso empezó

[15] Cf. KENNEY, *Literatura latina...*, pág. 501.

[16] Véase por ejemplo M. SCORDILIS BROWNLEE, *The Severed Word. Ovid's Heroides and the Novela sentimental* (Princeton, 1990), que estudia su influencia en el renacimiento latino y en el español.

[17] La probable influencia de la etopeya, defendida ya por Bentley, no cuenta con modelos literarios claros anteriores a las *Heroides*, cf. JACOBSON, *Ovid's Heroides...*, pág. 325. Los más cercanos ejemplos de etopeya son, en prosa, el discurso 52D de ELIO ARISTIDES, que versa sobre la embajada enviada a Aquiles en el libro IX de la *Ilíada*. De corta extensión tenemos además los siguientes poemas de la *Antología Palatina*: 9, 451, 452, 457-471, 473-480.

a ser desterrada desde el estudio de Oppel[18], pionero en analizar más a fondo el material que utilizó Ovidio en esta obra. De igual modo Arnaldi[19] prueba que, si bien Ovidio se inspira en las controversias y suasorias, con el ejemplo de Séneca el Rétor[20], el verdadero mérito de su resultado literario es el de haber creado unos personajes verosímiles, aunque partiendo del material de escuela. El trabajo más reciente de Sabot[21] se ajusta más a la realidad de la obra: analiza la deuda de las *Cartas de las heroínas* con la retórica, pero sin divorciarla del propio estilo de Ovidio, que se cifra en la variedad, en utilizar todos los registros y todos los tonos alcanzando la mayor diversidad y versatilidad posibles[22].

4. La presente traducción.

Para la traducción he seguido en general el texto de Dörrie (1971)[23], con las excepciones que a continuación

[18] *Ovids Heroides: Studien zur inneren Form und zur Motivation*, tesis doctoral, Erlangen-Nuremberg, 1968.

[19] F. Arnaldi, «La retorica nella poesia di Ovidio», en *Ovidiana. Recherches sur Ovide*, publ. à l'occasion du bimillénaire de la naissance du poète, N. I. Herescu (ed.), París, 1958, págs. 23-31.

[20] *Contr.* II 2 (10), especie de argumento de *Heroides* llevado al absurdo.

[21] El ya citado de «Les *Héroïdes* d'Ovide...», págs. 2634-2636.

[22] *Ibid.*, esp. pág. 2610.

[23] La historia del texto de las *Heroides* es en lo esencial como sigue: de un códice carolingio de alrededor del año 800, hoy perdido, derivan los *ca.* 200 manuscritos que transmiten las epístolas 1-14 y 16-21. Destacan entre los testimonios fundamentales: 1) el *codex Parisinus lat.* (núm. 8242), llamado también *Puteanus*, de finales del s. IX, incompleto, pero considerado unánimemente el de máxima autoridad, y 2) la traducción

cito, pero he tenido presentes también los de Moya, Bornecque y Showerman-Goold.

	Dörrie	Lectura adoptada
1, 2	*tu tamen*	*attamen* (Housman)
2, 28	interrogativa	declarativa (Showerman-Goold)
3, 113	*neges*	*neges?* (Moya)
3, 132	*suis*	*sui* (Heinsius)
4, 137	*pete munus, ab illa*	*pete munus ab illa* (Moya)
5, 3	*Pedasis*	*Pegasis (mss., Planudes)*
7, 40	interrogativa	declarativa (Moya)
7, 75	*quod non cessaris*	*quamuis merearis* (Bornecque)
7, 71	*tantum (ex coni.)*	*totum (mss.)*
8, 108	*procubuique*	*procubuitque (CD Ea Ri)*
9, 9-10	interrogativa	declarativa (Moya)
10, 149	*vento*	*velo* (Bornecque)
15, 54	*Nisiades*	*Nesiades* (Bornecque)
16, 60	*suspicio*	*suscipio (GP2Y)*
20, 146	*spes*	*sepes* (Heinsius, Burmann)
21, 91	*cruribus* (quizá correctamente)	*crinibus* (Bornecque, Moya)

griega de Máximo Planudes, de fines del s. XIII, de autoridad comparable a la del Parisino, especialmente valioso en las omisiones de éste último. Por su parte la *Epistula Sapphus* cuenta con una transmisión independiente que consta de sólo dos testimonios medievales a los que se suman *ca.* 200 códices escritos a partir de 1420. Manuscritos conservados en España que transmiten parcialmente las *Cartas de las heroínas* se encuentran en las siguientes bibliotecas: El Escorial g.III.1; Madrid Bibl. Nac. números 1569, Res. 206 (incluye Safo a Faón) y 1482 (sólo *Her.* 21). La carta de Safo a Faón: Barcelona Diput. 623; El Escorial ç.IV.22 y I.III.21; Salamanca Bibl. Univ. 245. Véase Dörrie, 1971; L. D. Reynolds (ed.), *Texts and Transmission. A Survey of the Latin Classics*, Oxford, 1990 (= 1983), págs. 268-73, con bibliografía, y L. Rubio, *Catálogo de manuscritos clásicos latinos existentes en España*, Madrid, 1984.

En la puntuación me he visto obligada a seguir a veces mis propios criterios, especialmente sustituyendo expresiones asindéticas latinas por nuestros equivalentes castellanos coordinados, y he evitado seguir la puntuación alemana de DÖRRIE (coma delante de las subordinadas) porque resulta extraña en nuestra lengua. Cuando me ha sido posible he evitado romper la unidad interna del dístico elegíaco, que solían respetar los poetas augústeos y que DÖRRIE rompe innecesariamente —creo— a veces.

En cuanto a los *realia* personales y geográficos, sólo he comentado en nota a pie de página aquellos cuya explicación me parecía imprescindible para la comparación del texto. Para los demás remito al lector a las observaciones formuladas en el «Índice de nombres».

Deseo mostrar aquí mi agradecimiento a Antonio Ramírez de Verger, por sus indicaciones bibliográficas, y sobre todo al revisor de este volumen, Francisco Socas, por las innumerables mejoras que por sugerencia suya he recogido en las notas y, sobre todo, tácitamente, en la traducción, aunque me hago única responsable de los posibles errores.

Es también un grato deber citar el proyecto de investigación de la Dirección General de Investigación Científica y Técnica *Ovidio: Opera amatoria* por los medios que ha puesto a mi alcance.

A. P. V.

Sevilla, mayo de 1993

BIBLIOGRAFÍA

Para una bibliografía sobre la vida de Ovidio y su obra amatoria en general remito a la introducción de Vicente CRISTÓBAL al volumen 120 de esta colección (Madrid, 1989).

Sobre las *Heroides* de Ovidio en concreto es fundamental la contribución de DÖRRIE, cuya edición (1971) es la más completa que existe en la actualidad; a la edición precedió un estudio suyo de la propia historia del texto (1960). Posteriores son las valiosas contribuciones de JACOBSON (1974) y SABOT (1981), así como la parcial más reciente de VERDUCCI (1985).

Consigno aquí estos y otros títulos selectos que espero que sirvan al que desee seguir profundizando en la obra, y cito en las notas los estudios particulares de pasajes o aspectos más concretos.

1. BIBLIOGRAFÍAS

V. CRISTÓBAL, «Bibliografía sobre las obras elegíaco-amatorias [de Ovidio]», en *Ovidio. Amores, Arte de amar, Sobre la cosmética del rostro femenino, Remedios contra el amor*, trad., intr. y notas de, Madrid, Gredos, 1989 (B.C.G., núm. 120), págs. 187-206.

H. DÖRRIE, *P. Ovidii Nasonis Epistulae Heroidum* (véase más abajo), págs. 19-39.

H. JACOBSON, *Ovid's Heroides...* (véase más abajo), pág. 20.

E. PARATORE, *Bibliografia Ovidiana*, Roma, 1958.

A.-F. SABOT, «Les *Héroïdes* d'Ovide: Préciosité, Rhétorique et Poésie», muy selecta (véase más abajo), págs. 2634-2636.

2. TEXTOS, COMENTARIOS, TRADUCCIONES

H. DÖRRIE, *P. Ovidii Nasonis Epistulae Heroidum*, Berlín-Nueva York, 1971 (y reseña de REEVE, *CR* 24 [1974], 57-64, y GOOLD, *Gnomon* 46 [1974], 475-484). Considerado el texto de referencia actual.

N. HEINSIUS, en sus Obras Completas de Ovidio, Amsterdam, 1661, no superado por sus valiosas conjeturas basadas en un profundo conocimiento de la lengua de Ovidio y por la recuperación de sugestivas lecturas de los numerosos manuscritos que manejó.

A. BARCHIESI, *P. Ovidii Nasonis Epistulae Heroidum 1-3*, Florencia, Le Monnier, 1992 (el mejor comentario moderno, aunque parcial, que existe de *Her.* Como en el caso de SPOTH, no he podido utilizarlo antes de la conclusión de este trabajo).

H. BORNECQUE (texto), M. PRÉVOST (trad.), *Ovide. Héroïdes*, París, Budé, 1928, 4.ª ed. rev. por Danielle PORTE, París, Budé, 1989.

A. DELLA CASA, *Opere di Publio Ovidio Nasone*, vol. I: *Amores, Heroides, Medicamina faciei, Ars Amatoria, Remedia amoris*, Turín, 1982.

F. MOYA, *Ovidio. Heroidas*, intr., texto rev., trad. y notas, Madrid, 1986.

J. RODRÍGUEZ DEL PADRÓN, *Bursario*, intr., ed. y notas de P. SAQUERO SUÁREZ-SOMONTE y T. GONZÁLEZ ROLÁN, Madrid, Univ. Complutense, 1984; hermosa traducción medieval castellana, con bibliografía sobre las *Heroides* en la Edad Media en págs. 57-64.

G. SHOWERMAN, *Ovid. Heroides and Amores*, Loeb, vol. I, 2.ª ed. revisada por G. P. GOOLD, Cambridge (Massachusetts) - Londres, 1977.

Her. VII: G. SOLIMANO, *Epistula Didonis ad Aeneam*, intr., texto, trad. y com., Universidad de Génova, 1988.

3. ESTUDIOS E INTERPRETACIÓN DE LAS «HEROIDES» DE OVIDIO

J. ADAMIETZ, «Zu Ovids Dido-Brief» (=*Her.* VII), *Würzb. Jahrbb. Altertumsw.* Nueva Serie 10 (1984), 121-134.

W. S. ANDERSON, «The Heroides» en *Ovid*, J. W. BINNS (ed.), Londres-Boston, 1973, págs. 49-83.

F. ARNALDI, «La retorica nella poesia di Ovidio», en *Ovidiana. Recherches sur Ovide*, publ. à l'occasion du bimillénaire de la naissance du poète, edit. por N. I. HERESCU, París, 1958, págs. 23-31.

A. R. BACA, «Ovid's Claim to originality and *Heroides* I», *Trans. and Proc. Phil. Assoc.* 100 (1969), 1-10.

E. M. BRADLEY, «Ovid, Heroides V, Reality and Illusion», *Class. Journ.* 64 (1969), 158-162.

E. CAPECCHI, «L'allitterazione nelle *Heroides* Ovidiane», *Studi Ital. Filol. Clas.* 39 (1967), 67-111, y *Studi Ital. Filol. Clas.* 41 (1969), 95-127.

M. P. CUNNINGHAM, «The Novelty of Ovid's *Heroides*», *Class. Phil.* 44 (1949), 100-106.

S. D'ELIA, *Ovidio*, Nápoles, 1959.

J. DELZ, «Heroidibus Ovidianis argutiae restitutae», en *Kontinuität und Wandel. Lateinische Poesie von Naevius bis Baudelaire. Franco Munari zum 65. Geburtstag*, editado por U. J. STACHE, W. MAAZ y F. WAGNER, Hildesheim, 1986, págs. 79-89.

H. DÖRRIE, *Der Heroische Brief. Bestandaufnahme, Geschichte, Kritik einer humanistisch-barocken Literaturgattung*, Berlín, 1968.

—, «Die dichterische Absicht Ovids in den *Epistulae Heroidum*», *Antike und Abendland* 13 (1967), 41-55.

O. DRIMBA, *Ovidio (La vita, l'ambiente, l'opera)*, Roma, 1971.

U. FISCHER, *Ignotum hoc aliis ille nouauit opus*, Tesis doctoral, Berlín, 1968.

J.-M. FRÉCAUT, *L'esprit et l'humour chez Ovide*, Grenoble, 1972.

R. GIOMINI, *La poesia giovanile di Ovidio: Le Heroides*, Sulmona, 1958.

—, «Struttura e retorica del tragico nelle *Heroides* di Ovidio», en *Cultura e lingue classiche. Convegno de aggiornamento e di di-*

dattica. Roma, 1-2 novembre 1985, a cura di B. AMATA, Roma, 1986, págs. 203-214.

F. GRANTZ, *Studien zur Darstellungskunst Ovids in den Heroides*, Tesis doctoral, Kiel, 1955.

J. HENDERSON, «Becoming a Heroine: Penelope's Ovid», *Liverpool Class. Mounth.* 11 (1986), 7-10, 21-24, 37-40, 67-70, 82-85, 114-121.

T. F. HIGHAM, «Ovid and Rhetoric», en *Ovidiana. Recherches sur Ovide*, publ. à l'occasion du bimillénaire de la naissance du poète, edit. por N. I. HERESCU, París, 1958, págs. 32-48.

I. K. HORVATH, «Impius Aeneas», *Acta Antiqua Acad. Scient. Hung.* 6 (1958), 385-393.

A. E. HOUSMAN, «Ovid's *Heroides*», en *The Classical Papers of A. E. Housman*, vol. I, Cambridge, 1972, págs. 380-421.

—, reseña: A. PALMER, *P. Ovidii Nasonis Heroides*, en *The Classical Papers of A. E. Housman*, vol. II, Cambridge, 1972, págs. 470-480.

—, «Ovid, *Her.* VI», en *The Classical Papers of A. E. Housman*, vol. III, Cambridge, 1972, pág. 1262.

H. HROSS, *Die Klagen der verlassenen Heroiden in der lateinischen Dichtung. Untersuchung zur Motivik und zur dichterischen Form*, Tesis doctoral, Munich, 1958. *Heroides* en págs. 112-164: estudia aspectos generales del motivo literario de la queja en Ovidio, aquí de infidelidad *'perfidus-periurus'* (págs. 114-143).

H. JACOBSON, *Ovid's Heroides*, Princeton, NJ, 1974.

D. F. KENNEDY, «The Epistolary Mode and the First of Ovid's *Heroides*», *Class. Quart.* n.s. 34 (1984), 413-422.

E. J. KENNEY, «The *Heroides*», en *The Cambridge History of Classical Literature*, II: *Latin Literature*, Cambridge, 1986 (=1982), págs. 126-132 (*=H.ª de la lit. clásica de Cambridge*, II: *Literatura latina* [trad. E. Bombín], Madrid, Gredos, 1989, págs. 466-474.

—, «Liebe als juristisches Problem. Über Ovids *Heroides* 20 und 21», *Philologus* 111 (1967), 212-232.

—, «Ovid and the Law», *Yale Class. Stud.* 21 (1969), 243-263.

E. A. KIRFEL, *Untersuchungen zur Briefform der Heroides Ovids*, Noctes Romanae, 11, Berna y Stuttgart, 1969.

W. KRAUS, «Die Briefpaare in Ovids *Heroiden*», *Wiener Stud.* 65 (1950-51), 54-77, y en *Ovid*, M. VON ALBRECHT y E. ZINN (eds.), Darmstadt, 1968.

B. LATTA, *Die Stellung der Doppelbriefe (Her. 16-21) im Gesamtwerk Ovids*, Tesis doctoral, Marburgo, 1963.

E. MERONE, *Studi sulle Eroidi di Ovidio*, Nápoles, 1964.

H. NAUMANN, «Ovid und die Rhetorik», *Altsprach. Unterricht* 11, 4 (1968), 69-86.

E. OPPEL, *Ovids Heroides: Studien zur inneren Form und zur Motivation*, tesis doctoral, Erlangen-Nuremberg, 1968. Estudia básicamente la forma interna y profundiza en las diferencias entre la *suasoria* y las *Heroides*. Analiza también el uso de la *narratio* y de las partes argumentativas (págs. 77 y sigs.).

D. PORTE, «Ovide et la tradition homérique dans *Hér.* I, 15 et 91», *Rév. Phil.* 50 (1976), 238-246.

A.-F. SABOT, *Ovide, poète de l'amour dans ses oeuvres de jeunesse, Amores, Heroides, Ars Amatoria, Remedia Amoris, De Medicamine faciei femineae*, París, 1976.

—, «Les *Héroïdes* d'Ovide: Préciosité, Rhétorique et Poésie», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* II31, 4, 1981, págs. 2552-2636.

A. SALVATORE, «Motivi poetici nelle *Heroides* di Ovidio», en *Atti del convegno internazionale ovidiano*, Sulmona, 1958, E. PARATORE (ed.), Roma, Istituto di Studi Romani Editore, 1959, II, págs. 235-256.

D. SCHAWALLER, «Semantische Wortspiele in Ovids *Metamorphosen* und *Heroides*», *Gräzer Beitr.* 14 (1987), 119-214.

F. SPOTH, *Ovids Heroides als Elegien*, Munich, 1992 [consigno aquí este interesante estudio sobre *Heroides* que he recibido después de la conclusión de mi trabajo].

P. STEINMETZ, «Die literarische Form der *Epistulae Heroidum* Ovids», *Gymnasium* 94 (1987), 128-145.

F. VERDUCCI, *Ovid's Toyshop of the Hearth: Epistulae Heroidum*, Princeton-New Jersey, 1985.

S. VIARRE, «Laodamie, héroïne élégiaque» (*Her.* XIII), *Hommages à Marcel Renard*, vol. I, Bruselas, 1969, Coll. Latomus 101, págs. 768-777.

—, «Des poèmes d'Homère aux *Héroïdes* d'Ovide. Le récit épique et son interprétation élégiaque», *Bull. Budé* (1987, 1), 2-11.

W. S. WATT, «Ovidiana», *Mus. Helvet.* 42 (1985), 56-60.

—, «Notes on Ovid, *Heroides*», *Riv. Fil. Istruz. Clas.* 117 (1989), 92-68.
L. WINNICZUK, «Ovids Elegie und die epistolographische Theorie», *Meander* 12 (1957), 39-70.

4. ESTUDIOS SOBRE LA DUDOSA AUTORÍA DE ALGUNAS EPÍSTOLAS

Léase, además de SABOT, «Authenticité des Heroïdes» en «Les *Héroïdes* d'Ovide: Préciosité, Rhétorique et Poésie», *Aufstieg und Niederg. der röm. Welt* II31, 4, 1981, págs. 2552-2636 (páginas 2554-2570):

Her. 9 (Deyanira):

D. W. T. C. VESSEY, «Notes on Ovid, *Heroides* 9», *Class. Quart.* n.s. 19 (1969), 349-361.

Her. 12:

P. E. KNOX, «Ovid's Medea and the Authenticity of *Heroides* 12», *Harv. Stud. Class. Phil.* 90 (1986), 207-223.

Her. 15 (Safo):

JACOBSON, *Ovid's Heroides...*, págs. 277-299.
H. DÖRRIE, *P. Ovidius Naso. Der Brief der Sappho an Phaon*, Munich, 1975.
R. J. TARRANT, «The Authenticity of the Letter of Sappho to Phaon (*Heroides* 15)», *Harv. Stud. Class. Phil.* 85 (1981), 133-153.
CH. E. MURGIA, «Imitation and Authenticity in Ovid *Metamorphoses* 1, 477 and *Heroides* 15», *Amer. Journ. of Phil.* 106 (1985), 456-474.

SEGUNDA SERIE: CARTAS DOBLES (HER. 16-21)

Por suerte, no sólo se ha tratado el problema de la autenticidad, aunque ha sido el más desarrollado. Sobre las cartas dobles véase:

S. D'ELIA, «Problemi Ovidiani. Cronologia e autenticità di *Her.* XVI-XXI», *Annali della Facoltà di Lettere e Filos. di Napoli* 7 (1957), 57-91 (auténticas, por análisis métrico, estilístico y de contenidos).
M. L. COLETTI, «Un nuovo contributo al problema delle *Heroides* di Ovidio», *Stud. Urbinati* 31 (1957), 247-251 (son auténticas).
E. COURTNEY, «Ovidian and Non Ovidian *Heroides*», *Bull. Inst. Class. Studies of the Univ. of London* 12 (1965), 63-66 (son espurias, junto con *Her.* IX —Deyanira—, por razones métricas).
B. LATTA, *Die Stellung der Doppelbriefe (Heroides 16-21) im Gesamtwerk Ovids*, tesis doctoral, Marburgo, 1963 (auténticas).
U. FISCHER, *Ignotum hoc aliis ille nouauit opus. Beobachtungen zur Darstellung Kunst Ovids in den Heroides unter besonderer Berücksichtigung der Briefpaare her. 16 und 18 (Paris und Helena) und her. 20 und 21 (Acontius und Cydippe)*, tesis doctoral, Berlín, 1968.
E. J. KENNEY, «Two Disputed Passages in the *Heroides*», *Class. Quart.* n.s. 29 (1979), 394-431.

1

PENÉLOPE A ULISES[1]

Ésta te la manda tu Penélope, insensible Ulises[2], pero[3] nada de contestarla: ¡vuelve tú en persona! Ha caído Troya,

---

[1] Para JACOBSON (*Ovid's Heroides...*, págs. 243-276) la Penélope de *Heroides* es el reverso de la fiel y devota Penélope de la *Odisea* y de toda la «vulgata» posterior, que perpetuó este modelo. Un estudio sobre la originalidad de Ovidio (innovación y sabio uso de la tradición) en las *Cartas de las heroínas* centrado en esta elegía, en A. R. BACA, «Ovid's Claim to Originality and *Heroides* I», *Trans. and Proc. of the Amer. Phil. Assoc.* 100 (1969), 1-10. Análisis de diversos aspectos de la elegía en D. F. KENNEDY, «The Epistolary Mode and the First of Ovid's *Heroides*», *Class. Quart.* n.s. 34 (1984), 413-422, entre ellos la buena acomodación al contexto dramático de esta *Epístola* 1, pese a no ser doble. Un estudio de la figura del personaje central en J. HENDERSON, «Becoming a Heroine (Ist): Penelope's Ovid», *Liverpool Class. Mounth.* 11 (1986), 7-10, 21-24, 37-40, 67-70, 82-85, 114-121. La disposición de la elegía es la siguiente (sigo en parte a E. OPPEL, *Ovids Heroides: Studien zur inneren Form und zur Motivation*, tesis doct., Erlangen-Nuremberg, 1968, pág. 10): 1-4 introducción: finalidad y situación; 5-10 queja por la separación de Ulises; 11-78 síntomas de su estado psíquico con tres partes narrativas: 1) el tiempo de la guerra de Troya (13-22); 2) el tiempo tras la caída de Troya y el regreso de los griegos (23-46); 3) esfuerzos de Penélope por tener noticias (59-66); 79-106 vuelta al sentido común con narración: los sucesos en palacio (81-106); 107-116 *cohortatio*: vuelve, que haces falta aquí.

[2] *Lento... Vlixi*: lento, indolente, moroso, pero también insensible, frío en el amor; la misma palabra que empleará Filis para Demofonte, *lentus abes* (II 23), y una acusación constante de los enamorados en esta obra.

[3] Prefiero la lectura *attamen*, trasmitida en algunos mss., a la de *tu tamen* que adoptan BENTLEY, PALMER y DÖRRIE, cf. HOUSMAN, «*Attamen*

en verdad aborrecible para las mujeres dánaas —¡pero ni Príamo, ni Troya entera, se merecían tanto!

5 ¡Ay! ¡Ojalá que al acercarse su barco a las costas lacedemonias se hubiera ahogado el adúltero en una furiosa tempestad[4]! No me habría quedado postrada y fría en la cama que dejaste, ni me quejaría de lo lentos que se me hacen los días aquí abandonada, ni el paño que cuelga del telar 10 habría cansado mis manos de viuda intentando engañar las largas horas de la noche. ¿Cuándo no he temido peligros más graves que los verdaderos? El amor es cosa llena de angustias y de miedos.

Me imaginaba a violentos troyanos dispuestos para atacarte, 15 y sólo de oír el nombre de Héctor me ponía pálida; o si alguien contaba que Héctor había vencido a Antíloco[5], Antíloco era la causa de mis miedos; o si era que el hijo de Menecio había caído víctima de equivocadas armas, lloraba de pensar que hubiera podido salir mal la treta. Que la sangre de Tlepólemo había dado su calor a la lanza del licio: 20 con la muerte de Tlepólemo se me renovaba la angustia. En una palabra, cada vez que asesinaban a alguno del ejército aqueo, el corazón de enamorada se me helaba en el pecho.

Pero el dios[6] ha sido justo y buen guardián de mi casto amor: Troya se ha convertido en cenizas, y mi marido está a 25 salvo. Los príncipes argólicos han vuelto, sahúman los altares, se ofrece el botín extranjero a los dioses de nuestra tierra. Las recién casadas hacen agradecidas ofrendas porque sus maridos han vuelto con vida; ellos cantan los destinos de los troyanos, vencidos por los suyos: se impresionan sus asustadas mujeres y los ancianos venerables, la mujer está 30 pendiente del relato que sale de boca de su marido. Y alguno hay que en la mesa dibuja los encarnizados combates, pintando con unas gotas de vino todo Pérgamo: «Por aquí pasaba el Simunte, aquí está la tierra del Sigeo, aquí se alzaba el altivo palacio del anciano Príamo; allí acampaba el 35 Eácida[7], allí Ulises, aquí el cuerpo mutilado de Héctor espantó a los caballos desbocados». Todo eso se lo había contado ya el anciano Néstor a tu hijo, cuando fue a buscarte, mientras que él me lo contó a mí. También nos contó cómo murieron a hierro Reso y Dolón[8], y cómo al uno lo traicionó 40 el sueño y al otro tus argucias. ¡Te atreviste, ay, olvidado y más que olvidado de los tuyos, a entrar en los cuarteles de los tracios durante una emboscada nocturna, y a masacrar de golpe a tantos hombres con ayuda de uno solo[9]! En cambio antes eras mucho más prudente, y no te olvidabas de mí. El 45 corazón no me dejó de palpitar asustado hasta que me contaron que los caballos ismarios[10] te llevaron vencedor entre las filas del ejército aliado.

¿Pero a mí de qué me sirve una Ilión destrozada por vuestros brazos, o que ahora sea escombros lo que fue antes su muralla, si yo sigo igual que estaba mientras Troya resistía, si tengo que estar privada de mi marido para siem- 50

and Ovid, *Her.* I,2», en *The Classical Papers of A. E. Housman*, vol. III, Cambridge, 1972, págs. 1052-1055.

[4] Paris, en su viaje en busca de Helena.

[5] Antíloco no murió a manos de Héctor sino de Memnón (*Odisea* IV 187 y sigs.). Sobre esta y otras divergencias entre Ovidio y la tradición homérica véase D. Porte, «Ovide et la tradition homérique dans *Hér.* I, 15 et 91», *Rev. Philol.* 50 (1976), 238-246.

[6] El Amor.

[7] Aquiles.

[8] Se refiere al episodio en que Ulises y Diomedes asesinan al espía Dolón y roban los caballos del rey tracio Reso.

[9] Diomedes.

[10] Los caballos de Reso, los animales que Ulises y Diomedes habían ido a robar; ismarios, del monte Ísmaro, en Tracia, significa simplemente tracios.

pre? Pérgamo es ceniza para las otras[11]: sólo para mí sigue en pie lo que ahora es tierra que su vencedor y propietario ara con los bueyes del botín; ya son sembrados lo que fue Troya y, madura para la hoz, rebosa exuberancia la tierra 55 abonada con sangre frigia; los arados recurvos despedazan los huesos mal sepultados de los guerreros, la hierba esconde poco a poco las ruinas de las casas; tú, de los vencedores, no estás aquí, y no puedo saber por qué tardas, o en qué parte del mundo te escondes, hombre sin corazón.

Cada marinero que pone su viajera nave rumbo a estas 60 costas sale de aquí después de que yo le pregunte mil cosas de ti y le confíe una carta de mi puño y letra, para que te la dé si te llega a ver en algún sitio. He indagado[12] en Pilos, campos del antiguo Néstor, hijo de Neleo; pero de Pilos 65 sólo me llegaron vagos rumores[13]; he indagado también en Esparta; pero tampoco Esparta sabía nada seguro. ¿En qué país vives, o a dónde, insensible, te has retirado[14]? Más me valdría[15] que la muralla de Apolo[16] estuviera aún en pie

[11] *Aliis, uni mihi*: puede traducirse «para otros, para los demás». Prefiero la traducción en femenino, «para todas», reforzada estilísticamente por el dativo *uni mihi*, «para mí sola», porque realza la situación de la heroína como única esposa abandonada.

[12] El texto dice *misimus*, «he mandado»: puede referirse a una carta (cf. arriba *charta*), o a una embajada.

[13] SHOWERMAN-GOOLD recuerdan que la *Odisea* (II 373) narra el viaje de Telémaco (si a él se refiere esta alusión), pero que fue a espaldas de su madre. Pero véanse los vv. 99-100, donde se habla de los preparativos de ese viaje. O aquellos dos versos son espurios, como defiende BENTLEY, o lo que aquí manda Penélope es sin duda una carta, cf. nota al verso anterior.

[14] *Aut ubi lentus abes?*: *Lentus* tiene de nuevo (cf. arriba v. 1) el doble sentido de que tarda en volver y de que es «tibio» como esposo.

[15] *Vtilius*, en contraste con el v. 47: *Sed mihi quid prodest?*, ¿de qué me sirve que Troya haya sido demolida?

[16] La muralla de Troya, construida por Apolo y Neptuno.

(y luego, ay, me irrito, casquivana, con mis propios deseos), porque sabría en dónde combates[17], y sólo tendría miedo de la guerra, y compartiría mi llanto con el de otras muchas[18]. 70 No sé qué tengo que temer; pero, como loca, todo me da miedo, y ancho campo se abre a mis cuidados. Todos los peligros que encierra el mar, todos los peligros de la tierra, se me vuelven posibles causas de tu retraso. Y mientras ha- 75 go tontamente esas cábalas, puede que ya seas esclavo de un amor extranjero[19], con esa liviandad vuestra[20]. Quizá hasta le estés contando a otra lo cazurra que es tu mujer que la única finura que entiende es la de cardar la lana. Ojalá me equivoque y el viento se lleve este reproche, y que no quie- 80 ras, libre para volver, quedarte lejos.

Mi padre Icario me exige que abandone mi cama de viuda, y no deja de maldecir tu[21] incomprensible demora. ¡Que maldiga todo lo que quiera! Soy tu mujer y así se me debe llamar: «yo, Penélope, seré siempre la esposa de Ulises»[22]. Pero al final él se conmueve por mi fidelidad y mis pudoro- 85 sos ruegos y entonces por su cuenta pone freno a sus arrebatos. Me rodean un tropel de libertinos duliquios, samios, otros que son de la alta Zacinto, que me acosan, que mandan en tu palacio sin que nadie pueda impedirlo; destrozan 90 tu patrimonio y con él mi corazón. ¿Para qué contarte de Pisandro, de Políbo, y del cruel Medonte, y de las codicio-

[17] Alusión a otros posibles combates que detalla abajo, contra el mar, o en tierra, incluidos posibles lances amorosos con otras mujeres; la *militia Amoris* es un motivo amatorio típicamente elegíaco, cf. versos 75-78.

[18] *Multis*, de nuevo puede traducirse en masculino y en femenino, cf. arriba *aliis*, en nota al verso 51.

[19] Alusión a Calipso, cf. MOYA, pág. 5, n. 4.

[20] La de los hombres.

[21] También puede interpretarse, como SHOWERMAN-GOOLD (pág. 17), «mi demora», la de Penélope en volver a casarse.

[22] La puntuación en forma de epigrama es mía.

sas manos de Eurímaco y Antínoo[23], y de todos los que estás alimentando con riquezas que te han costado sangre, 95 por culpa de tu vergonzosa ausencia? Hasta Iro el mendigo y Melantio, el que llevaba a apacentar el ganado, se suman a tu perdición, el colmo ya de tu deshonra. Nosotros somos tres seres indefensos: tu esposa, una débil mujer, Laertes, un anciano, y Telémaco, un niño. Al chico han estado a punto 100 de matármelo estos días atrás en una conspiración, por intentar ir a Pilos, contra el parecer de todos. ¡Que los dioses concedan, yo se lo pido, que, sucediendo por su orden nuestras muertes, cierre él mis ojos, y cierre también los tuyos! Lo mismo ruegan el boyero y la vieja nodriza, y, el tercero, 105 el fiel encargado de la pocilga[24]. Pero Laertes, como hombre que ya no está para empuñar armas, no es capaz de sostener el gobierno, rodeado de enemigos; a Telémaco le llegará, si conserva la vida, la hora de ser hombre, pero por ahora necesitaría la ayuda de su padre para conservarla. Tampoco yo tengo fuerzas para echar de palacio a los ene- 110 migos; ¡tienes que venir tú, nuestro puerto y nuestro altar de salvación! Aquí tienes a tu hijo, y quieran los dioses que lo conserves, que en sus tiernos años debía estar aprendiendo todo lo que su padre pudiera enseñarle. Piensa también en Laertes: él retrasa su última hora tan sólo para que tú le 115 cierres los ojos. Y yo a mi vez, que era una muchacha cuando me dejaste, por muy pronto que vengas parecerá que estoy ya hecha una vieja.

[23] Nombres de los pretendientes de Penélope.

[24] Eumeo.

2

FILIS A DEMOFONTE[25]

Yo, Filis de Ródope, que te acogí en mi casa, contigo me querello[26], Demofonte, porque sigues ausente más allá

[25] Esta segunda epístola está motivada por el abandono de Demofonte, ateniense, hijo de Teseo y de Fedra, que a su regreso de Troya fue víctima de tempestades que le hicieron llegar a Tracia, donde lo acogió el rey Licurgo, de cuya hija, Filis, se convierte en amante. Demofonte la abandona al regresar a Atenas.

JACOBSON (*Ovid's Heroides...*, págs. 58-75) revisa las pocas fuentes del mito Demofonte-Filis y en su análisis de la elegía sostiene que Ovidio se propone hacer al personaje de Filis, amante generosa y enamorada ingenua, más simpático al lector de lo que había sido en la tradición. Lo más valioso de su análisis es la convincente comparación (verbal y literaria) de esta historia con la virgiliana del suicidio por amor en la historia de Dido y Eneas. En cuanto a la composición, JACOBSON la fundamenta en el motivo literario de la paradoja (págs. 66 y sigs.). Se estructura así (sigo en parte a OPPEL, *Ovids Heroides...*, págs. 10-11): 1-6 motivo de su carta; 7-26 *narratio*: sus anhelos; 27-86 ¿mi amor es culpa o mérito? (con *digressio* sobre Ariadna y Teseo, vv. 75-78, y *comparatio* de Ariadna y Filis, vv. 79-85); 87-102 esperanzas y realidad con *narratio* de la despedida (91-98); 103-120 queja de infidelidad con *narratio* de su historia de amor (107-120); 121-130 vuelta a la realidad: *narratio* de su desgracia y ansiedad; 131-148 suicidio como alternativa.

[26] Lenguaje judicial: aquí *queror*, *pacta* en el v. 4, *querela*, v. 8; *scelerate*, v. 17 y 29; *queror*, v. 26; *quid feci*, v. 27; *crimine*, v. 28, etc. Véase E. J. KENNEY, «Liebe als juristisches Problem», *Philologus* 111 (1967), 212-232; y del mismo, «Ovid and the Law», *Yale Class. Studies* 21 (1969), 241-263, referido especialmente a los poemas XX y XXI.

del tiempo pactado. Prometiste tu ancla a mis costas para la primera vez que los cuernos de la luna se hubieran juntado 5 en plenilunio. Pero la luna se ha escondido cuatro veces, y cuatro veces ha vuelto a completar toda su esfera, y las naves acteas no vienen todavía a grupas de las aguas de Sitonia. Si cuentas el tiempo, como bien lo contamos los enamorados, mi reproche no llega antes de su día. Mi esperanza 10 también fue morosa[27]. Se tarda en creer lo que duele creer. Ahora que soy amante sin quererlo, me hace daño[28]. Por ti me he engañado a mí misma muchas veces, muchas veces he pensado que vientos tempestuosos hacían recular tus blancas velas. Maldecía a Teseo, como si fuese él quien no te dejaba salir; y puede que él no te haya impedido nunca que te 15 vayas. Algunas veces he temido que hubieras naufragado al dirigirte a los vados del Hebro y que tu barco se hubiera hundido en las aguas canas[29]. Muchas veces he suplicado a los dioses que como fuera te salvaras, impostor, y entre oraciones he cumplido las ceremonias de la quema de incienso; y viendo vientos favorables para el cielo y para el 20 mar me he dicho a mí misma: «Si está a salvo, ya viene». Y, en fin, que mi fiel amor[30] se ha imaginado todos los impedimentos que pueden retrasar a los que van con prisa, y he sido muy ingeniosa para encontrar causas. Pero tú, insensible, tardas en volver[31], y los dioses por los que juramos[32] no

[27] *Spes quoque lenta fuit*, cf. nota a 1, 1.

[28] Verso difícil, quizá corrupto. Son plausibles otros textos, como por ej. el de MERKEL *invita nunc es amante nocens*: «eres culpable sin que tu amante lo quiera» (sigo a SHOWERMAN-GOOLD, pág. 21).

[29] La espuma del mar bravío, también la que produce el barco al naufragar, y las canas del anciano mar.

[30] *Fidus amor*: ella sí respeta el *foedus amoris* o pacto de amor de los enamorados, mientras él lo incumple.

[31] *Lentus abes*, cf. nota a 1, 1.

[32] Cf. nota al verso 21.

te hacen regresar, ni tampoco vuelves movido por mi amor. Oh, Demofonte, al viento has echado tus velas y tus prome- 25 sas; les reprocho a tus velas que no vuelvan, y a tus promesas que no sean verdaderas.

Dime tú, ¿qué mal he hecho, sino haber amado sin cordura? Incluso puede que te haya merecido por mi pecado[33]. Un solo delito he cometido: haberte dado hospitalidad, impostor[34], un delito que aquí tiene el peso y el valor de un 30 mérito. ¿Dónde están ahora los juramentos, el compromiso, tu mano estrechando la mía, y el dios que siempre tenías en tus falsos labios[35]? ¿Dónde está ahora Himeneo, por el que me juraste que viviríamos juntos toda la vida, que fue para mí aval y garante de nuestro matrimonio? Me lo juraste por 35 el mar, todo él sacudido por los vientos y las olas, que tantas veces habías atravesado y tantas veces volverías a atravesar; por tu abuelo[36], si es que él no es también un cuento tuyo, el que apacigua las aguas que agitan los vientos; me lo juraste por Venus y sus armas que tanto efecto me han hecho, por sus dos armas, su arco y sus teas; y por Juno, que 40 preside benéfica el lecho de los esposos; y por los sagrados misterios de la diosa de la antorcha[37]: que si cada uno de todos esos dioses ofendidos vengara en ti su santidad, tú solo no darías abasto para tanto castigo.

¡Ay!, y yo he sido tan loca de reparar tu flota naufra- 45 gada, para que fuera firme el barco en que me iban a dejar abandonada; y le puse remeros para que pudieras huir lejos de mí. ¡Sufro, ay de mí, las heridas que me han hecho mis

[33] Sigo la interpretación de SHOWERMAN-GOOLD, pág. 23; el sentido se completa en el v. 30.

[34] Su delito (*scelus*) es haber acogido a un delincuente (*scelerate*).

[35] El Amor.

[36] Neptuno.

[37] Ceres Eleusina.

propias armas! Confié ingenuamente en tus palabras seductoras, que de sobra las tienes; confié en tu linaje, y en tus nobles apellidos, confié en tus lágrimas (¿pero es que también a ellas se les enseña a fingir?[38], ¿también ellas entienden de mañas y van por donde se les manda?) y también confié en los dioses[39]: ¿y de qué me sirven ahora tantas garantías? Una cualquiera de esas cosas bastaba para engañarme. No me importa haberte ofrecido un puerto y un sitio, que ése debió haber sido el primer y último favor que te hiciera. Lo que me duele es la vergüenza de haber colmado esa hospitalidad con mi cama compartida, y de haber estrechado mi cuerpo con el tuyo. Quisiera que la noche anterior a aquélla hubiera sido la última de mi vida, cuando Filis todavía podía haber muerto sin deshonra. Yo esperaba algo mejor, porque creía que me lo merecía: pues la esperanza que se concibe después de un favor es justa esperanza. Engañar a una muchacha confiada no es hazaña trabajosa; mientras mi ingenuidad sí que merecía simpatías. Por ser mujer, y por amarte, he sido víctima de tus engaños: hagan los dioses que ése sea el colmo de tu gloria. Que se te ponga una estatua en tu ciudad entre los descendientes de Egeo; que allí delante se alce majestuoso la de tu padre, con sus títulos de gloria[40]. Cuando se haya leído en ellos lo de Escirón, y lo del torvo Procrustes, y lo de Sinis y lo del ser

[38] Cambio la puntuación de DÖRRIE (el paréntesis es mío): *Credidimus lacrimis. An et hae simulare docentur?* (DÖRRIE).

[39] Los del juramento, vv. 31-42.

[40] La estatua de Teseo, hijo de Egeo, con una inscripción que recoge el catálogo de sus hazañas (*aretalogía*): Escirón, Procrustes y Sinis, tres malhechores a los que ajustició; su hazaña más conocida fue vencer y matar al Minotauro; obras suyas fueron también la guerra contra Tebas, la muerte de los Centauros (*bimembres*), y el asalto a la mansión del dios de los infiernos (aquí el dios negro), Plutón. Todo ello es lo que se menciona a continuación.

mezcla de toro y de hombre, y lo de Tebas, sometida en la guerra, y de la derrota de los bimembres, y lo del asalto al tenebroso palacio del dios negro, después de esas inscripciones, que tu estatua esté sellada por este título: «Éste es el que con engaños cautivó a la mujer que lo amaba y lo hospedó». De todas las andanzas y de todas las hazañas de tu padre se te ha ido a pegar el abandono de la cretense[41]. Lo único que él se reprocha es lo que tú admiras en él, haciendo, traidor, el papel de heredero de la falta de tu padre. Ella disfruta ahora de un marido mejor[42], y yo me alegro, y se sienta altanera en un tiro de tigres. En cambio los tracios despreciados rehuyen casarse conmigo, porque se me acusa de haber preferido a un extraño antes que a mi gente. Y hay quien dice: «que se vaya a la sabia Atenas, que otro habrá que gobierne la belicosa Tracia. Por el resultado se juzga el hecho». Ojalá no se saliera con la suya el que piensa que el resultado es lo único que cuenta. Si ahora nuestras aguas se blanquearan con la espuma de tu remo, ¡también se iba a decir que velo por mí, o que velo por mi gente! Pero ni yo he velado por nadie ni mi palacio volverá a tenerte, ni volverás a lavar tu cuerpo cansado en el agua bistonia.

Tengo clavada en los ojos aquella escena de la despedida, cuando todavía tu flota, lista para salir, estaba varada en mi puerto. Tuviste el valor de abrazarme, de arrojarte al cuello de tu amante, y de besarme fuerte y largamente. Te atreviste a juntar tus lágrimas con las mías, a quejarte de que el viento fuera favorable para las velas, y a decirme antes de abandonarme estas últimas palabras: «Filis, no dejes de esperar a tu Demofonte». ¿Que yo te espere a ti, que me dejaste para no volver a verme? ¿Que espere unas velas que

[41] Ariadna, abandonada por Teseo.

[42] Baco, cuyo carro estaba tirado por tigres.

no desean aparecer en mis mares? Y pese a todo, espero: a que vuelvas, aunque tarde, a tu amante, y que sólo en el retraso hayas faltado a tu palabra. ¿Pero qué estoy diciendo, desgraciada, si ya eres quizá de otra esposa, y de Amor, que
105 tan poco ha querido hacer por mí? Creo que desde el momento en que me arrancaste de tu vida ya no sabes ni quién es Filis.

¡Ay de mí si te preguntas quién es la Filis que remite, y desde dónde[43], después que fui yo, oh, Demofonte, la que te abrió estos puertos de Tracia y las puertas de mi casa, después de que tanto tiempo vagaste sin rumbo, la que con mis
110 riquezas aumenté las tuyas, la rica heredera que cuando eras pobre te di tantos regalos, y más que te hubiera dado, la que sometió a ti los inmensos reinos de Licurgo[44] (a los que tan mal cuadra ser gobernados por una mujer), desde donde se extiende el helado Ródope hasta el sombrío Hemo, y el sa-
115 grado Hebro echa las aguas que ha recibido, a ti, que[45] has sacrificado las primicias de mi virginidad bajo siniestros auspicios, cuya mano sin escrúpulos desató el ceñidor de mi castidad! Tisífone presidió ese desposorio con fúnebres aullidos, y un pájaro avieso entonó un canto de mal agüero.
120 No faltó Alecto, con su collar de cortas serpientes[46], y las luces que encendieron eran de una antorcha sepulcral[47].

Pero aun así paseo mi tristeza por los escollos y el sargazo de la playa, y por todo lo que puedo alcanzar con la

[43] Tópico de la elegía epistolar ovidiana, cf. *Pont.* I 7, 1-6. Cambio el signo de admiración de DÖRRIE (v. 106) al verso 116.

[44] Padre de Filis, rey de Tracia.

[45] *Cui mea uirginitas auibus libata sinistris.* Interpreto el dativo como agente, con la misma intención que el *fallaci manu* que sigue.

[46] *Brevibus ... colubris,* las serpientes pequeñas, por ej. las víboras, que no suelen superar el medio metro, se creían más venenosas que las grandes, cf. HORAC., *Epod.* V 15. Tisífone y Alecto son dos de las Furias.

[47] Por contraposición a las antorchas nupciales.

vista del vasto mar, tanto si la luz del día dilata la tierra como si brillan las frías estrellas, intento averiguar qué viento hace en el mar, y velas que veo de lejos poner rumbo 125
aquí, velas que en seguida predigo que son mis dioses[48]. Salgo a correr para el mar, sin que apenas me detengan las primeras olas que el mar, siempre en movimiento, alarga por la orilla. Mientras más se acercan, menos puedo sostenerme; pierdo el sentido y caigo, y tienen que recogerme 130
mis doncellas.

Hay un golfo aquí, un poco ahorcajado, en forma de arco tenso, cuyos cabos extremos se levantan en una mole escarpada; se me ha ocurrido la idea de tirar desde allí mi cuerpo a las aguas de abajo, y lo voy a hacer, ya que sigues engañándome. Que la marea me lleve y me deje tirada en 135
tus orillas, y que así, insepulta, me aparezca ante tus ojos. Aunque eres más duro que el hierro, que el pedernal, y que tú mismo dirás: «¡Oh Filis, no tenías que haberme seguido de esa forma!». Muchas veces tengo sed de veneno, y muchas veces deseo morir de muerte sangrienta, traspasándo- 140
me con una espada. También me entran ganas de rodearme con un lazo el cuello, porque dejó que lo trabaran brazos traidores. Está decidido redimir mi tierno pudor con una muerte prematura; poco tiempo perderé en elegir con qué muerte. Figurarás en mi epitafio como odioso culpable de 145
mi muerte, y se te conocerá por este epitafio, o por otro parecido: «A Filis, su anfitriona y amante, la entregó Demofonte a la muerte. Él puso el motivo de su muerte, ella la mano[49]».

[48] Las velas son sus dioses, porque llevan a su dios, Demofonte.

[49] Observa JACOBSON, *Ovid's Heroides...*, págs. 64-65, que éste y el de Dido (7, 197-198) son los dos únicos epigramas que se autocompusieron las heroínas de Ovidio, y no lo considera casual, sino demostración de que Ovidio relaciona a ambos personajes entre sí (págs. 60 ss.).

3

BRISEIDA A AQUILES[50]

La carta que lees te la hace llegar Briseida, la que te han robado, escrita en un griego no muy bueno por mi mano

[50] Briseida, o la carta de una sierva a su señor. Briseida era la cautiva misia que correspondió a Aquiles como botín y fue su amante; Agamenón la arrebató a Aquiles, para sustituir con ella a Criseida, causando así la célebre cólera de Aquiles.

Un análisis de esta elegía en JACOBSON, *Ovid's Heroides...*, págs. 12-42 (véase del mismo «Ovid's Briseis: A Study of *Heroides* III», *Phoenix* 25 [1971], 331-356), donde analiza el tratamiento y manipulación que Ovidio da, desde un punto de vista elegíaco, a la fuente de la carta, es decir a la Briseida homérica. Para Jacobson, Ovidio saca a Briseida de la indefinición homérica dándole vida y riqueza psicológica. Es interesante contrastar con el posterior y convincente análisis de F. VERDUCCI, «Servitium amoris: *Heroides* 3», en *Ovid's Toyshop of the Hearth: Epistulae Heroidum*, Princeton, New Jersey, 1985, págs. 87-121, que da argumentos para demostrar que, al contrario de lo que piensa Jacobson, la intención de Ovidio con este estudio del *servitium amoris* es la de hacer el retrato de una *captiva* cualquiera, como las esbozadas en los versos de *Il.* XIX 301-302 de su fuente. El poema se estructura así (sigo en parte a OPPEL, *Ovids Heroides...*, pág. 11): I. Aquiles no se resiste a entregar a Briseida: quejas. 1-8 Introducción, que plantea el tema central, los reproches de una esposa y esclava, con antítesis *vir / dominus*; 9-56 quejas en forma de *narratio*: *a)* entrega y reacción de los emisarios de Agamenón (9-12); *b)* reacción sentimental de Briseida (13-16); *c)* vagos intentos de huida y recreación del motivo elegíaco del *custos* (17-20); 21-26 nueva queja: no he sido reclamada (27-44); *a)* motivo homérico de la embajada de Áyax, Fénix y

extranjera. Todos los borrones que veas los han hecho mis lágrimas; pero también las lágrimas valen tanto como la palabra. Si tengo derecho a presentar algunas quejas de ti, señor y marido mío, no dejaré de presentar esas quejas de mi marido y señor.

No es culpa tuya que yo haya sido entregada, y tan rápido, a la exigencia del rey[51] —aunque en parte también lo es—. Pues nada más me reclamaron Euríbates y Taltibio, a Euríbates y Taltibio se me entregó para acompañarlos. Ellos, cambiándose miradas el uno y el otro, sin hablar se preguntaban dónde estaba nuestro amor. Pude haber sido retenida; hubiese agradecido un aplazamiento a mi condena. ¡Ay de mí, que ni siquiera pude besarte antes de separarme de ti! En cambio sí pude derramar lágrimas sin fin, y arrancarme el pelo, desgraciada de mí, sintiéndome como si me hicieran prisionera por segunda vez. Muchas veces he querido burlar al guardián[52] y he querido regresar a ti; pero el enemigo hacía regresar a esta miedosa. Si me escapaba de noche, temía que me apresaran y que me entregaran como obsequio a cualquiera de las nueras de Príamo.

Ulises, y lista de regalos (27-38); *b)* agravio que le añade la embajada (39-44); 45-56 lamento de Briseida (cf. *Il.* XIX 282-302). II. Aquiles amenaza con marcharse (clímax): 83-98 *cohortatio*: ¡lucha!; 91-102 *digressio* a modo de *exemplum*: Meleagro; 99-102 *narratio*: el *servitium* de Briseida; 103-110 juramento de fidelidad; 111-126 reproche de infidelidad y de cobardía; 127-148 súplicas: *a)* súplica a los griegos: yo seré la embajadora (127-132); *b)* cambio de interlocutor: Aquiles, te seduciré y te convenceré (133-134); *c)* déjame volver a ti o prefiero que me mates (135-150); III. Conclusión (149-154): te vayas o te quedes, mándame volver.

[51] El rey es Agamenón. Sigo en parte la interpretación de JACOBSON, *Ovid's Heroides...*, pág. 24, sobre estos dos versos, que atribuye a la perplejidad y confusión de Briseida la subsiguiente oscuridad gramatical.

[52] Eco con tintes pseudo-épicos del motivo elegíaco del *custos* o *ianitor*, cf. JACOBSON, *Ovid's Heroides...*, pág. 22.

Pero que se me devuelva, ya que así tenía que ser. Ausente tantas noches, no se me reclama. Te quedas indiferente, y tu cólera es tibia[53]. El propio hijo de Menecio[54], cuando me devolvías, me decía al oído: «¿Por qué lloras, si estarás de vuelta dentro de muy poco?» Poco es que no me hayas reclamado: luchas por que yo no vuelva, Aquiles[55]. Pero, ¡venga!, sigue dándotelas de amante apasionado. Fueron a verte el hijo de Telamón y el de Amíntor[56], el uno cercano a ti por sangre, el otro por ser compañero tuyo, y con ellos el hijo de Laertes, para que yo regresara con ellos (y con grandes regalos hicieron más atractivas sus súplicas[57]): veinte aguamaniles dorados, de fina orfebrería de bronce, y siete trípodes, iguales en el arte que en el peso. Se sumaban a eso diez talentos de oro, una docena de caballos que no conocen la derrota, y, aunque estaba de más, unas muchachas de Lesbos muy hermosas, cuerpos hechos prisioneros al aniquilar sus casas; con todo ello —aunque no te hace falta—, una esposa, una de las tres jóvenes hijas de Agamenón. ¿Y cómo es que, si hubiera sido yo la que tenías que recobrar del Atrida pagando un rescate, cómo es que te niegas a aceptar lo que tendrías que haber pagado tú? ¿Qué he hecho yo para valer tan poco a tus ojos, Aquiles? ¿A dónde ha huido el amor, tan rápido y tan inconstante, de mi lado?

[53] Alusión a la célebre «cólera de Aquiles». Traduzco *lenta* como «tibia», dentro del contexto amatorio, «poco ardiente en el amor», cf. *Her.* 1, 1 (n.).

[54] Patroclo.

[55] *Pugnas ne reddar, Achille.* Es ciertamente sarcástico que el belicoso Aquiles no luche salvo para esto, cf. JACOBSON, *Ovid's Heroides...*, pág. 34.

[56] Áyax y Fénix. El hijo de Laertes, dos versos más abajo, es Ulises.

[57] Inspiración homérica de los versos 30-38, episodio de los regalos de Agamenón a Aquiles, cf. *Ilíada* IX 122-130 y 135-147. Las hijas de Agamenón aludidas más abajo son Crisótemis, Ifigenia y Laódice.

¿Es que quizá a los que sufren los agobia y aprieta más la mala suerte, y por eso no les llega un respiro de alivio a mis pretensiones? He visto convertida en ruinas por tu furia guerrera la muralla de Lirneso, y aquí estoy yo misma, que he sido una gran parte de mi patria. He visto morir a mis tres hermanos, compañeros de nacimiento y muerte, cuya madre era también mi madre. He visto a mi marido, tan grande como era, desplomado en un charco de sangre que brotaba de su pecho agonizante. Tantas cosas como he perdido, las he compensado todas sólo contigo: tú has sido mi señor, mi marido y mi hermano. Tú me juraste por la santidad de tu madre, diosa del mar[58], que era bueno que tú me hubieras hecho tu prisionera —ya veo que para repudiarme, aunque no haya venido sin dote, y para abandonar conmigo las riquezas que por mí se te ofrecen.

Además de eso, corre la voz de que mañana, al despuntar la Aurora, vas a echar tus velas de lino al borrascoso viento Sur. Cuando esa abominación ha llegado a los temerosos oídos de esta desamparada mujer, la sangre y la respiración se me han escapado del pecho. ¿Te vas a ir, oh desgraciada de mí? ¿Y a quién me dejarás abandonada, hombre violento[59]? ¿Quién será mi dulce consuelo cuando me dejes? ¡Que antes me devore de pronto una grieta en la tierra, o que me abrase el fuego candente de un rayo, antes de que sin mí se blanquee de canas el mar, a golpe de los remos de Ftía, y antes de ver, abandonada, cómo se alejan tus barcos! Si añoras ya la vuelta y los dioses patrios, yo no soy una carga pesada para tu barco. Te seguiré como la prisionera a su vencedor, no como una esposa al marido: y tengo buena mano para cardar la lana. Una mujer hermosa,

[58] Tetis.

[59] *Violente*, nueva alusión a su ira proverbial.

la más bella con mucho entre las aqueas, será la esposa que entre en tu tálamo, y que así sea, digna nuera de su suegro[60], el nieto de Júpiter y Egina, y a la que el anciano Nereo 75 quiera como abuelo[61]. Mientras, tus humildes esclavas y yo, haremos la faena[62] diaria de lana, y nuestros hilos irán vaciando las ruecas rebosantes. Sólo pido que tu mujer no me atormente, que seguro que encontrará la manera de no ser justa conmigo, y no dejes que delante de ti me arranque el 80 pelo, ni digas con liviandad «ésta también ha sido mía». O sí, déjala que haga lo que quiera, mientras no me desprecies y me abandones: ese miedo —ay, desgraciada— me ha sacudido los huesos.

¿A qué esperas ahora? Agamenón se arrepiente de su ira, 85 y toda Grecia está angustiada ante tus plantas. ¡Vence esa soberbia y esa ira, tú que todo lo vences! ¿Por qué sigue Héctor destrozando sin descanso las fuerzas de los dánaos? Coge las armas, Eácida —pero no sin recogerme antes a mí—, y en favorable combate aplasta guerreros en des- 90 bandada. Por mí nació tu cólera: por mí también se acabe y que sea yo, que fui su origen, la moderación de tu tristeza. No debes creer que es deshonroso ceder a nuestras súplicas; a ruegos de su mujer volvió a las armas el hijo de Eneo[63]. Yo sólo lo sé de oídas, tú lo sabes mejor: que, privada de sus hermanos, la madre maldijo el porvenir y la vida de su 95 hijo. Era tiempo de guerra, y él, furioso, soltó las armas y desertó, negándole ayuda a su patria sin conmoverse. Sólo su mujer pudo hacer que su marido cediera —¡tuvo más

[60] Peleo.

[61] Tetis, madre de Aquiles, era hija de Nereo, dios marino, hijo de Océano.

[62] *Pensa*, el peso de lana que se daba al día a una esclava para cardar.

[63] *Digressio*: historia de Meleagro (vv. 91-102).

suerte!—, mientras que mis palabras caen sin ningún peso. Pero eso no me indigna, ni me las he dado de esposa tuya, que sólo era una esclava llamada de vez en cuando a la 100 cama de su señor. Me acuerdo que había una prisionera que me llamaba señora, y yo le dije: «Añades el peso de un título al de mi esclavitud».

Pero, por los huesos de mi marido, mal enterrados en precipitada sepultura, huesos que siempre honraré en mis pensamientos, por las valerosas almas de mis tres hermanos, 105 mis númenes, que, como debe ser, lucharon por la patria y con ella cayeron, por tu cabeza y la mía, que a la vez unimos, por tu espada[64], un arma que mi gente ha conocido: juro que el micenio[65] no ha compartido nunca el lecho conmigo, y abandóname si te engaño. Si ahora yo te dijera: «Jura 110 tú también, el más valiente[66], que nunca has alcanzado el placer sino conmigo», ¿dirías que no?[67]. Pero los dánaos se creen que tú estás triste... y tú meneando el plectro[68], mien-

[64] La espada y el plectro (v. 113) son, en contextos eróticos, símbolos fálicos; la lira (v. 118) simboliza los genitales femeninos (SOCAS).

[65] Agamenón.

[66] Este dístico (111-112) ha sido analizado por H. FRÄNKEL, *Ovid: A Poet between Two Worlds*, Berkeley, Los Ángeles, 1945, pág. 44, y JACOBSON, *Ovid's Heroides...*, págs. 34-35: no son reproches, sino estratagemas para mover a Aquiles a la lucha.

[67] Añado con otros editores el signo de interrogación que no edita DÖRRIE.

[68] Véase la interpretación de JACOBSON, *Ovid's Heroides...*, pág. 36, sobre los versos 113-122: en un contexto erótico-elegíaco, Ovidio ha evitado la relación esencialmente amatoria, porque amor es contrario a la guerra. La *puella* nunca quiere que el amado se vaya a la guerra. Pero creo que la clave de este poema está precisamente en el uso elegíaco del ambiente épico. Ovidio combina el lenguaje y motivos amatorios con el tema fundamental, y el resultado es esa ambigüedad entre la moral épica y la elegíaca.

115 tras una dulce amiga te tiene en su tibio seno[69]. Y alguien pregunta tal vez que por qué te niegas a combatir: porque el combate es duro, y dulces la cítara, la noche y el amor. Más seguro se está en la cama, con una muchacha en los brazos, y haciendo sonar la lira tracia[70], que sosteniendo en las ma-
120 nos el escudo y la lanza de aguda punta, y en la cabeza el casco ciñéndote el pelo. Pero a ti antes te gustaba más la fama de las hazañas que la seguridad, y te era dulce la gloria que nacía de combatir. ¿O es que sólo en tanto que me hacías tu esclava aplaudías las guerras fieras, y ahora con
125 mi patria ha desaparecido también tu pundonor? ¡No, por los dioses! ¡Quieran ellos que tu lanza del Pelio, blandida por tu fuerte brazo, atraviese el costado de Héctor! ¡Mandadme a mí, dánaos! Como emisaria rogaré a mi señor y le llevaré vuestros mensajes salpicados con muchos besos.
130 Haré más que Fénix, más que el elocuente Ulises, y más que el hermano de Teucro, creedme. De algo vale acariciar un cuello con las manos de siempre, y recordar a unos ojos que una está delante[71]. Por más fiero que seas, aunque seas más salvaje que el mar de tu madre[72], aunque no me salieran las
135 palabras, te derrotaré con lágrimas. Vuelve también ahora los ojos —¡así[73] Peleo, tu padre, viva los años que debe vivir, así vaya Pirro[74] a la guerra con tus auspicios!— a la angustiada Briseida, valiente Aquiles, no abrases a esta

[69] Diomede, hija de Forbante, estaba con Aquiles cuando llegaron los legados de Agamenón, cf. *Il.* IX 664-665 (cf. MOYA, pág. 20, n. 1).

[70] Orfeo era Tracio. Sobre el posible significado erótico, ver nota 64.

[71] Sigo con SHOWERMAN-GOOLD, pág. 43, el texto de HEINSIUS, pero es un pasaje incierto.

[72] Tetis es una diosa marina.

[73] *Sic* augural o ritual, cf. *Tristes* V 3, 35-43; V 5, 25-34; *Pont.* II 6, 15-18.

[74] Hijo de Aquiles, también llamado Neoptólemo.

desgraciada con una demora indiferente, corazón de hierro; o, si es que tu amor se ha trocado en hartura de mí, ¡obliga a 140 morir a esta que obligas a vivir sin ti! Que me obligarás, según te portas. Ya me abandona la vida y el color, sólo la esperanza de tenerte sostiene a mi alma. Si también ella me falla, seguiré los pasos de mis hermanos y mi esposo; y no será algo grandioso haber mandado matar a una mujer. ¿Y 145 para qué mandarlo? Ven tú en busca de mi cuerpo, espada en mano, ahora que aún tengo sangre que pueda salirme del pecho herido. ¡Que venga por mí tu espada, esa espada que de haberlo consentido la diosa[75] se tendría que haber hundido en el pecho del Atrida! ¡Ah! En vez de eso, ¡ojalá me salvaras la vida, que tú me regalaste! La vida que como 150 vencedor habías concedido a una enemiga, te la pido como amiga. La neptunia Pérgamo te brinda gente más propia para sembrar muerte; ¡busca en el enemigo donde hacer matanza! Mientras a mí, sea que aparejas la flota para botarla, sea que te quedas, mándame que vuelva, con el derecho que te da el ser mi dueño.

[75] Atenea, cf. *Ilíada* I 195 y sigs.

4

FEDRA A HIPÓLITO[76]

La salud, que a ella le faltará si no se la das tú, le desea la muchacha cretense al héroe hijo de la amazona[77]. Lee lo que quiera que esto sea. ¿Qué mal puede hacer leer una carta? Puede que hasta haya en ella algo que te guste. En esta nota corren los secretos por tierras y mares; el enemigo escruta las notas que vienen del enemigo[78].

[76] Carta de declaración. Hipólito era el hijo de Teseo y de la amazona Hipólita. Lo amó su madrastra Fedra, a la que él, célibe y seguidor de Diana, no correspondió. Fedra, desdeñada, provocó su muerte. Sobre el tratamiento del material (en este caso proveniente de la tragedia) por Ovidio en las *Heroides* véase el breve pero atinado análisis de KENNEY (*Literatura latina...*, págs. 127-128), donde compara la Fedra de Ovidio con la de Eurípides. KENNEY hace derivar esta recreación de la primera *Fedra* de Eurípides, que causó consternación por presentar a Fedra como una impúdica. Un análisis anterior de la elegía en JACOBSON, *Ovid's Heroides...*, págs. 142-158.

El uso de la carta de amor en las intrigas contemporáneas está atestiguado en *Ars* I 455-486, III 469-498, 619-630.

La disposición es la siguiente (sigo en parte a OPPEL, *Ovids Heroides...*, pág. 12): 1-10 introducción y motivo de la carta; 11-34 justificación de su amor; 35-52 síntomas de ese amor; 53-66 la fatalidad de su amor se debe al destino de su familia; 67-84 *narratio*: cómo nació el amor y retrato de Hipólito; 85-164 *suasoria*: argumentos a favor de que corresponda al amor; 165-176 súplica final.

[77] Hipólito es hijo de la amazona Hipólita.

[78] ¿Sentencia general o referencia concreta a Teseo, esposo de Fedra, y la posibilidad de que intercepte la nota?

Tres veces he intentado hablar contigo, y las tres veces se me trabó incapaz la lengua, las tres veces huyó de mí la voz, a flor de labios. Hasta donde se puede y resulta, el amor debe combinarse con el pudor; ahora Amor me manda decir y escribir lo que no se debe. Lo que Amor[79] ha mandado no es cosa segura despreciarlo; él gobierna y tiene poder sobre los dioses soberanos. Él me ha dicho, cuando al principio dudaba si escribirte: «¡Escribe! Ese duro de corazón rendirá sus manos sometidas»[80]. Que él me asista, y que igual que a mí con su fuego devorador me recalienta las entrañas, así te clave a ti sus flechas[81] en el corazón como yo deseo. No romperé yo por liviandades el pacto de los esposos; mi reputación, pregunta por ahí, está libre de mancha. El amor me ha llegado tanto más recio cuanto más tardío. Me quemo por dentro, me quemo y en el pecho guardo una herida sin boca[82]; porque tal como los primeros yugos desuellan a los tiernos novillos, y a duras penas soporta el bocado el potro recién cogido de la manada, así aguanta mal y a duras penas un corazón virgen sus primeros amores, y esta carga no se amolda bien a mi persona. Llega a ser una ciencia cuando lo prohibido se aprende desde los primeros años; la que empieza pasada de fecha ama peor. Tú arrancarás las frescas primicias de la castidad que aún conservo y a la vez tú y yo nos haremos culpables. Tiene su encanto arrancar la fruta de las ramas cargadas, y cortar con uña de-

[79] Primer *Amor* en minúscula y segundo en mayúscula en DÖRRIE.

[80] Sometidas a las cadenas, aquí metáfora proveniente del *triumphus Amoris*; dentro del tópico más general del amor como *seruitium*.

[81] Pide que Amor use sus dos armas, la antorcha y las flechas.

[82] *Vulnus caecum* es la herida que causa un golpe sin rasgaduras ni sangre, la «llaga secreta» (SOCAS).

licada la primera rosa[83]. Si es verdad que aquel candor primero, al que debo haber vivido sin pecado, tenía que acabar manchado por una falta desusada[84], con todo no ha sido para mal, porque me consumo en un fuego digno; un 35 adúltero abyecto hace más daño que el mismo adulterio. Si Juno me cediera a su hermano y esposo, me creo capaz de poner a Hipólito por delante de Júpiter. Ahora incluso me estoy aficionando[85] —no te lo podrías creer— a prácticas desconocidas; siento deseos de marchar entre los animales 40 salvajes. Ya se ha convertido en mi primera diosa la señalada con el arco recurvo, la Delia[86]; así me inclino yo a tu parecer; me encanta ir al bosque, azuzarles la jauría a los ciervos empujados a las redes, para que corran por lo alto de los montes; o disparar la vibrante jabalina con brazo que se 45 estira, o reposar mi cuerpo en la tierra herbosa. Muchas veces disfruto al conducir el carro ligero por la pista, apretando con el freno los hocicos del veloz corcel. Dicen que ahora me dejo llevar como las Eleleides movidas por el furor de Baco, y como esas que remecen sus panderos al pie del

[83] Metáforas de la pérdida de la virginidad. La primera fruta de un huerto, la primera flor de un jardín, cuando todavía se puede elegir la más hermosa. Aquí referido al primer adulterio.

[84] Juego de palabras: Ovidio usa la palabra *candor* que es la blancura esplendente (de ahí que se aplique a la bondad) manchada por una caída, el incesto, ya que Fedra era madrastra de Hipólito. Y ésta es la mancha desusada, porque no es frecuente.

[85] Versos 37-50: motivo de la caza. Proviene de EURÍPIDES, *Hipólito* 215-222, aquí transformado en mero elemento del *obsequium* elegíaco, o entrega del amado a su amada, como lo analiza certeramente KENNEY, *Literatura latina...*, pág. 127.

[86] También es posible interpretar *Delia* como vocativo, con lo que *iudicium tuum* no se referiría a Hipólito, sino a la diosa (Diana), y la interpretación cambiaría notablemente: «Oh Delia, a tu parecer me inclino» (así SOCAS).

Ida[87], o como aquellas a las que pasmaron las semidiosas Dríades y los Faunos bicornes, al contacto con sus divinos 50 poderes. Porque todo eso me lo cuentan cuando ya se me ha pasado el ataque, y yo escucho callada, sé que es el amor, y me abraso.

Puede que esté pagando con este amor el destino de mi casta, y que Venus me esté pidiendo el tributo de toda mi familia[88]. Júpiter amó a Europa —origen remoto de mi fa- 55 milia—, y bajo forma de toro se enmascaraba el dios. A un toro engañó Pasífae, mi madre, y se entregó a él, y el parto de su vientre fue también el peso de su culpa[89]. El perjuro hijo de Egeo, siguiendo el hilo que lo guiaba, salió de la 60 morada sinuosa[90] gracias a la ayuda de mi hermana[91]. Y ahora yo, ¡ay!, para que no se piense que soy menos hija de Minos, acato también, la última, las leyes matrimoniales de mi familia. También es cosa del destino que una misma casa nos haya gustado a las dos; me cautivó tu hermosura, y mi hermana quedó cautivada por tu padre. Teseo y el hijo de 65 Teseo han robado a las dos hermanas; ¡levantad dos trofeos con los despojos de nuestra casa!

En el tiempo en el que entré en la Eleusis de Ceres —ojalá la tierra de Cnoso no me hubiera dejado salir—, entonces me empezaste a gustar de forma especial (aunque ya me gustabas antes); un amor desesperado se me hundió hasta la 70 médula de los huesos. Ibas vestido de blanco, una guirnalda te adornaba el pelo, y un pudoroso rubor teñía tu cara more-

[87] Sacerdotisas de Cíbeles.

[88] Vulcano, esposo de Venus, la sorprendió en adulterio con Marte, gracias al Sol, su delator, y Venus en venganza castigó a los descendientes del Sol con desenfrenos amorosos (cf. BORNECQUE-PRÉVOST, pág. 21, n. 1).

[89] El Minotauro.

[90] Teseo en el laberinto de Creta.

[91] Ariadna.

na; el rostro que otras dicen que es severo y violento, a juicio de Fedra no era severo, sino viril. Lejos de mí esos hombres que se arreglan como mujeres; a la belleza del hombre le va bien cuidarse poco. A ti te va esa severidad, esa melena dejada a su aire, y el toque de polvo en tu cara egregia. Si gobiernas el cuello rebelde de un caballo salvaje, me admiro del diminuto círculo en el que giras los pies; si blandes con toda la fuerza de tu brazo la flexible jabalina, tu brazo salvaje tiene vueltos hacia él mis ojos; igual si empuñas el venablo de cornejo, de ancha punta de hierro, y en fin, todo lo que haces me gusta verlo.

Deja tú la dureza para el monte y para sus bosques, que yo no merezco ser carne de tus matanzas. ¿De qué te sirve[92] ejercitar la pasión de la arremangada Diana y quitarle a Venus su parte? Lo que no tiene su correspondiente descanso no dura; el descanso repara las fuerzas y restablece el cuerpo cansado. El arco (sigue el ejemplo de las armas de tu Diana), si nunca dejas de tensarlo, se afloja. Céfalo era muy conocido en los bosques, y muchos animales habían caído por los prados víctimas de sus heridas; y sin embargo no se entregaba a disgusto al amor de la divina Aurora, que con buen juicio se iba con él dejando a su viejo esposo[93]. Muchas veces bajo las encinas un prado cualquiera albergó los amores de Venus y el hijo de Cíniras. El hijo de Eneo se enamoró de la menalia Atalanta; ella tiene la piel de la fiera[94] como prenda de su amor. Ya es hora de que a nosotros se nos cuente entre esta gente; si quitas a Venus, tu bosque

[92] Trivialización en *Heroides*, siguiendo la lógica elegíaca y declamatoria, del mensaje de Eurípides (así en KENNEY, *Literatura latina...*, página 127).

[93] Titono. La Aurora se enamoró de Céfalo y lo raptó.

[94] El jabalí de Calidón, al que dio muerte Meleagro, hijo de Eneo (cf. 3, 91-102). Atalanta es llamada Menalia por el Ménalo, un famoso monte

se hace zafio. Yo seré tu compañera, y no me asustarán las cavernas rocosas ni el colmillo torcido del terrible jabalí. Olas de dos piélagos baten los dos costados del Istmo, y la estrecha franja oye a los dos mares. Aquí a tu lado me haré de Trecén, reino de Piteo; ya amo más a esa tierra que a la mía propia. Hace tiempo que no está el héroe descendiente de Neptuno[95], y todavía tardará, porque lo detienen las riberas de su Pirítoo. Si no negamos la evidencia, Teseo ha preferido a Pirítoo antes que a Fedra, y a Pirítoo antes que a ti. Y no es ésta la única afrenta que nos viene de él; en cosas muy importantes nos ha lastimado a los dos. Destrozó los huesos de mi hermano[96] con su clava de tres nudos, y los esparció por tierra, y a mi hermana[97] la abandonó para que fuera pasto de las fieras. A ti te parió la más valerosa de las mozas que manejan el hacha[98], digna madre de un hijo tan fuerte. Si preguntaras dónde está: la espada de Teseo le atravesó el costado, ¡ni con una prenda tan valiosa[99] estuvo tu madre a salvo! Pero ni siquiera se casó con ella ni la recibió con la antorcha del matrimonio —¿y por qué sino para que tú, el bastardo, no te hicieras con el reino de su padre?—. De mí te ha dado hermanos, todos ellos sin embargo legitimados por él, no por mí[100]. ¡Ay, ojalá que mi vientre antes

de la Arcadia. El hijo de Cíniras aludido antes es Adonis, amado por Venus.

[95] Teseo, que sigue en Tesalia.

[96] El Minotauro; parecido razonamiento en 10, 77 (Ariadna).

[97] Ariadna, cf. v. 64 e Índice.

[98] La reina de las amazonas, Antíope.

[99] El hijo, Hipólito.

[100] El derecho romano permitía al padre exponer e incluso repudiar a los hijos. Sólo si el padre lo levantaba del suelo y lo cogía en brazos, lo legitimaba, cf. MOYA, pág. 27, n. 6.

de hacerte daño, lo más hermoso del mundo, se hubiera destrozado en el momento del parto! Anda, respeta tú la cama de un padre que hace tales méritos, la cama de la que él huye, y a la que él renuncia con su conducta.

No porque parezca que vaya a unirme yo, tu madrastra, 130 contigo, mi ahijado, deben encogerte el corazón esos nombres vacíos[101]. Esa antigua piedad, que se llegaría a perder con el tiempo, existía cuando Saturno ejercía su agreste poderío[102]. Júpiter dictaminó que sería buena cualquier cosa que gustara, y la hermana casada con el hermano[103] hace 135 que todo sea lícito. Se ciñe con sólida cadena la unión de sangre a la que la propia Venus ha echado sus nudos. Y tenerlo oculto no cuesta mucho, ¡se puede! Pídele a ella ese favor[104]; con la excusa de nuestro parentesco se podría ocultar el pecado. Que alguien nos ve abrazarnos: se nos alabará 140 a los dos, se dirá que soy una buena madrastra con mi hijastro. No tendrás que ir entre tinieblas[105] a abrir las puertas de un marido severo, no habrá un guardián al que burlar. Igual que una misma casa nos ha acogido a los dos, una misma casa nos seguirá acogiendo. Me besabas sin esconderte, sin 145 esconderte me seguirás besando. Conmigo estarás seguro, y merecerás alabanzas por tu pecado, aunque llegaran a verte en mi cama. Deja de perder el tiempo y cierra rápido el pac-

[101] Nuevos rasgos de la «moralidad elegíaca» que defiende la Fedra de Ovidio, cf. KENNEY, *Literatura latina...*, pág. 127.

[102] Motivo literario de la Edad de Oro.

[103] Júpiter y Juno.

[104] Sigo el texto de MOYA: *Pete munus ab illa.*

[105] Motivo elegíaco amatorio del *furtivus amor* en los versos 141-142, con los elementos de la *ianua*, el *durus vir* y el *custos*, que en la elegía amatoria son siempre obstáculos.

to[106]. Ese Amor, que está siendo tan cruel conmigo, ojalá se apiade de ti a cambio. No me avergüenzo de pedírtelo de rodillas, como una suplicante[107]. ¡Oh! ¿Dónde está mi orgu- 150 llo y las palabras altaneras? Han muerto. Yo estaba segura de poder luchar mucho tiempo y de no ceder al adulterio... —como si el amor tuviera algo seguro—. Ahora derrotada te suplico y tiendo hacia tus rodillas mis brazos de reina. El que ama no sabe lo que es la vergüenza[108]. He perdido el 155 pudor: ha desertado, abandonando sus estandartes. Perdona a esta rea confesa y domeña tu duro corazón. Aunque mi padre sea Minos, que domina los mares, aunque los rayos provengan de mi bisabuelo[109] que con su mano los lanza, aunque mi abuelo[110] tenga la frente cercada de agudos rayos, y sea él quien conduce la luz templada del día sobre su carro luminoso —toda mi nobleza se rinde ante el amor—: ten 160 compasión de mis antepasados, y si no te da pena de mí, apiádate al menos de los míos.

Es mi dote una tierra que era de Júpiter, la isla de Creta; que todo mi gobierno se someta a mi amado Hipólito. ¡Oh, 165 cruel, doblega tu corazón! Mi madre pudo seducir a un toro, ¿serás tú más salvaje y más fiero que un toro? Apiádate de mí, por Venus, que tanto se prodiga conmigo: así nunca te enamores de quien te pueda despreciar; así te acompañe la 170 diosa ligera en los sotos apartados[111], y así la espesura del

[106] Motivo elegíaco del *foedus amoris*, cf. II 21-24.

[107] *Signa precantium*, nuevo motivo tomado de la elegía amatoria.

[108] En estos versos se contiene la cristalización del amor elegíaco de Fedra, cf. KENNEY, *Literatura latina...*, pág. 128; los rasgos son los del *servitium amoris*, la esclavitud del amor.

[109] Júpiter.

[110] El Sol.

[111] Diana, la diosa venerada por Hipólito.

bosque te ofrezca fieras que matar; así te ayuden los Sátiros y los Panes, dioses de los montes, y que caiga el jabato atravesado de frente por tu venablo; así te den las ninfas, aunque se diga que no te gustan las muchachas, el agua que te 175 alivie la sequedad de tu sed. Acompaño estas súplicas también con lágrimas. Las palabras de la suplicante las estás leyendo, y las lágrimas imagina que las estás viendo.

5

ENONE A PARIS [112]

[La ninfa a su querido Paris, aunque él no quiera ser [a] suyo, le manda desde los picos del Ida estas palabras para [b] que las lea] ¿Sigues leyendo, o no lo consiente la nueva esposa? Sigue leyendo. La carta no está escrita por mano de mujer micenia[113]. Enone, náyade[114] famosísima en los bosques frigios, traicionada te acuso a ti, que, si me lo permites, eres mío. ¿Qué dios ha opuesto su poder a mis de- 5

---

[112] Enone era una náyade, ninfa de los ríos, esposa de Paris en el Ida antes de que fuera reconocido como hijo de Príamo, pero fue abandonada por Paris al raptar a Helena. Sobre esta elegía véase la interpretación de JACOBSON, *Ovid's Heroides...*, págs. 176-195. Un análisis de la misma elegía, que profundiza en la muy ovidiana alternación entre ilusión y realidad, en E. M. BRADLEY, «Ovid, *Heroides V*, Reality and Illusion», *Class. Journ.* 64 (1969), 158-162. El poema tiene ciertamente, como ve OPPEL (*Ovids Heroides...*, pág. 12), rasgos idílico-sentimentales que pueden remontar a una inspiración alejandrina. Sigo también libremente a OPPEL (ibid.) en la determinación de la estructura del poema: 1-8 introducción y motivo de la carta; 9-74 *narratio* (9-32 el amor de Enone y Paris; 33-40 el juicio de Paris: cambio de la suerte de Enone; 41-60 despedida y marcha de Paris; 61-74 regreso de Paris con Helena); 75-152 quejas y *argumentatio* (con *narratio* vv. 113-124: vaticinio de Casandra); 153-158 *cohortatio* final.

[113] Helena.

[114] Sigo el texto de los manuscritos y Planudes *Pegasis* (frente a *Pedasis* Micyllus, Madvig, Kenney, Dörrie).

seos, o qué pecado me impide seguir siendo tuya? De buen talante tiene que soportarse lo que uno ha merecido; pero el castigo que llega sin culpa, llega con gran dolor.

No eras tú tan importante cuando yo, ninfa hija de un gran río, vivía contenta con que tú fueras mi esposo. Tú que ahora eres un Priámida (no tengamos miedo a la verdad) no eras más que un esclavo; y siendo yo ninfa, consentí casarme con un esclavo. Muchas veces nos habíamos echado entre los rebaños, cobijados bajo un árbol, y la hierba sembrada de hojas nos hizo de lecho. Muchas veces, echados sobre un catre de espeso heno, nos resguardó de la canosa escarcha nuestra pobre cabaña. ¿Quién te enseñaba los mejores puestos para la caza y las guaridas donde las fieras escondían a sus cachorros? Muchas veces fui contigo a tender redes camufladas con sus mallas, y muchas veces he llevado a los perros corriendo por los inmensos montes. Las hayas guardan grabado por ti mi nombre: en ellas se lee «Enone», escrita yo allí con tu daga; y al compás de los troncos crece también mi nombre. ¡Creced! Alzaos bien derechas con mi letrero! [Me acuerdo que hay un álamo que está junto a la corriente de un río, y en él hay una inscripción que me nombra.] Vive, álamo del borde de la ribera, que tienes en tu arrugada piel este verso: «Si Paris dejara a Enone y pudiera seguir viviendo, las aguas del río Janto desandarán su camino, y se volverán hasta su nacimiento». ¡Janto, corre para atrás! ¡Aguas, corred de vuelta a vuestras fuentes! Porque Paris es capaz de abandonar a Enone.

Aquel día decidió mi desgraciado destino, desde entonces empezó el invierno insoportable de un amor traicionado; el día que Venus y Juno, y hasta Minerva, a pesar de que estaba más hermosa con su armadura, se sometieron a tu juicio. Cuando me lo contaste me latió el corazón de estupor, y un temblor helado me recorrió los duros huesos. Consulté

(en medio de mi enorme espanto) a las ancianas y a los hombres de más edad: se vio que aquello era funesto.

Se tala el abeto, se corta en maderos, y cuando la flota estuvo lista, el azur de las aguas acoge barcos recién encerados. Lloraste al salir. Eso al menos no intentes negarlo; más vergüenza debería darte tu amor de ahora que el pasado. Lloraste, y me viste también a mí lágrimas en los ojos; y tristes los dos juntamos nuestras lágrimas. No se amarra al olmo la parra de la forma en la que tus brazos se me abrazaron al cuello. ¡Ay! ¡Cuántas veces se rieron de ti los compañeros cada vez que te quejabas de que te retenía el viento —que era favorable—! ¡Cuántas veces me volviste a buscar para besarme cuando ya me alejaba! ¡Qué mal llevaba tu boca decirme adiós! Una suave brisa levanta las velas que cuelgan del firme mástil y encanece el agua escarbada por el remo. Desesperada persigo con la mirada las velas que se alejan, y la arena se humedece con mis lágrimas, lo único que puedo hacer. Pido a las verdes Nereides que vuelvas pronto..., claro, que vuelvas pronto para mi daño. Porque sí que volviste, gracias a mis súplicas, pero volviste para otra; ¡ay de mí, que he sido persuasiva en provecho de una cruel concubina!

Hay aquí un risco que mira para el hondo abismo; antes fue montaña; ahora se enfrenta con las aguas del mar; desde él reconocí yo la primera las velas de tu barco, y mi primer impulso fue correr a través de las olas. Mientras tanto me deslumbra un brillo de púrpura que vi arriba en la proa. Me dio miedo: aquél no era tu vestido. Se acerca más la nave y el viento la lleva a toda prisa a tocar tierra: vi con temblor de mi corazón mejillas de mujer. Pero por si no tenía bastante —¿para qué seguía yo allí, loca de celos?—, tu afrentosa amante estaba abrazada a tu regazo. Fue entonces cuando me desgarré el escote y me di golpes de pecho, me hundí

sin piedad las uñas en las mejillas empapadas de lágrimas, inundé el monte sagrado del Ida con lamentos de dolor; allá a mis piedras[115] llevé mis lágrimas.

75 Ojalá también Helena sufra así y llore como esposa abandonada, y lo que me ha hecho a mí primero, lo soporte también ella. Las que a ti te vienen bien ahora son las que son capaces de seguirte por el mar abierto y de abandonar a sus legítimos esposos. En cambio cuando eras pobre y no 80 eras más que un pastor que cuidaba ganados, no había otra esposa que Enone para casarse con un pobre. Yo no me embeleso con las riquezas, ni me dice nada tu palacio, ni que se me cuente como una de las muchas nueras de Príamo, pero tampoco creo que a Príamo le pesara ser el suegro de una ninfa, ni que Hécuba tuviera que disimular que yo fuera 85 su nuera. Tengo méritos y deseos de ser esposa de un hombre poderoso; y mis manos podrían sostener con dignidad el cetro. No me desprecies porque me acostara contigo sobre hojarascas de haya; me va mejor un lecho de púrpura. Por 90 último, mi amor es seguro; no te expones por él a guerras ni por culpa de ese amor transporta el mar flotas vengadoras. Armas hostiles reclaman a la Tindáride fugitiva; ella viene a tu tálamo orgullosa de esa dote. Pregúntales a tu hermano Héctor, o Polidamante a la vez que a Deífobo, si creen que 95 la debes devolver a los dánaos; mira a ver qué te aconseja el sabio Anténor, o el propio Príamo, cuyas largas vidas son su

[115] El paisaje antes boscoso es ahora árido, porque cambia paralelamente a los sentimientos (cf. BRADLEY, art. cit., págs. 158-162, y MOYA, pág. 33, n. 1). El monte Ida quiere decir, según Estrabón, «el de las muchas fuentes». Enone es una ninfa-fuente de allá, y por eso las rocas son suyas (SOCAS).

mejor maestra. Indignos rudimentos[116] poner a una secuestrada por delante de la patria. Tu causa es la vergonzosa: justa la guerra que declara el marido. Y si eres listo, no te hagas ilusiones sobre la fidelidad de esa laconia, que tan 100 rápido ha caído en tus brazos. Lo mismo que el más joven de los Atridas clama a voces por la violación del pacto conyugal y sufre la herida de un amor extranjero, igual clamarás tú. Porque no hay medicina[117] que repare las heridas de la honestidad: muere a la primera. Ahora se abrasa por tu 105 amor; también quiso así a Menelao; y ahora aquel ingenuo se desespera en su lecho vacío. Qué suerte tuvo Andrómaca, tan bien casada con un marido seguro; así debiste hacerme tú tu esposa, siguiendo el ejemplo de tu hermano. Pero tú eres más voluble que esas hojas secas que vuelan, sin el 110 peso de la savia, al capricho de los vientos. Y eres más vano que la raspa de una espiga, que no pesa nada, de haberse quemado y endurecido de tanto sol. Todo esto me lo profetizaba antaño tu hermana[118] (ahora recapacito), con la melena suelta, y éste fue su vaticinio: «¿Qué haces, Enone? 115 ¿Por qué confías tus semillas a la arena? Estás arando playas con bueyes improductivos. Se acerca una novilla griega que va a ser tu perdición, la de tu patria y la de tu casa. ¡Oh, impídelo! Se acerca una novilla griega. Hundid en el mar ahora que se puede ese barco infame: ¡ay, qué de sangre 120 frigia va en ese barco!» Así habló; sus doncellas se la llevaron en medio de su arrebato, mientras a mí se me erizaba el rubio pelo. ¡Ay, qué dolorosamente verdadera me ha resul-

[116] *Turpe rudimentum*, bajo principio para su carrera de príncipe (así SHOWERMAN-GOOLD, pág. 65). En *rudimentum* sigue la metáfora de la educación que comienza en el verso anterior con *magistra*.

[117] La honestidad, como el amor, no tiene cura, *nulla reparabilis arte*, si es fiable el texto transmitido.

[118] Casandra.

tado tu profecía! ¡Ay! Una novilla griega se ha hecho dueña
125 de mis sotos. Aunque su belleza no tenga parangón, no es más que una adúltera, que ha abandonado sus dioses del matrimonio por amor de un extranjero. Antes la había secuestrado de su patria Teseo, creo que así se llamaba, un tal Teseo la había secuestrado antes. ¿Puede creerse que volvió
130 virgen de manos de un hombre joven y ardiente? ¿Que por qué estoy tan segura de eso? ¡Porque estoy enamorada! Puedes decir que se le hizo violencia para ocultar con ese nombre su falta, pero la que secuestran tantas veces es porque se deja secuestrar.

Pero Enone sigue casta para el adúltero de su marido, pudiendo haberte engañado siguiendo tus propias normas:
135 mientras me escondía al abrigo de la espesura, me buscaron corriendo los ágiles sátiros, horda lasciva, y Fauno, que lleva la cabeza y los cuernos coronados con agujas de pino, en las descomunales sierras donde el Ida se abomba. También me amó el ilustre tañedor de la lira, el que amuralló
140 Troya[119]; él se llevó el trofeo de mi virginidad. No sin luchar por ella; a arañazos le arranqué mechones de pelo, y con las manos le herí también la cara. Y no le pedí oro ni gemas como pago del estupro, porque es afrentoso que se
145 compre con regalos un cuerpo noble. Él mismo me juzgó digna de enseñarme la ciencia de la medicina, y consintió que mis manos recogieran sus favores. Cualquier hierba que tenga poder de curar, cualquier raíz que sirva de alivio, donde quiera que nazca en el mundo, es mía. ¡Ay de mí, que
150 el amor no se cura con hierbas! ¡Profeso una ciencia que a mí misma me falla! Cuentan que el inventor de la medicina apacentó las vacas de Feras, y sufrió la herida de mi mismo fuego. El auxilio que no pueden ofrecerme ni la tierra, fe-

[119] Apolo.

cunda en producir hierbas, ni el díos, me lo puedes prestar tú.

Tú puedes, y yo lo merezco. ¡Compadécete, pues, de una 155
mujer que es digna de ello! Yo no traigo con los dánaos armas sanguinarias: sino que soy de verdad tuya y lo he sido desde que era niña, y lo que te pido es que pueda seguir siendo tuya el resto de la vida.

6

HIPSÍPILA A JASÓN[120]

[a] La lemnia Hipsípila, estirpe de Baco, habla al hijo [b] de Esón: ¿y qué parte de sus intenciones va en sus palabras?

Se dice que tu nave, de retorno, ha tocado las orillas de Tesalia, y ya eres rico con el dorado vellón. Te felicito por estar a salvo, en la medida en que me lo permites; porque de 5 todo eso deberías haberme informado tú por carta. Porque para no volver pasando por mis reinos, que te he prometido

[120] Hipsípila fue la reina de Lemnos tras la cruel masacre de los varones lemnios a manos de sus mujeres. Recibió a los argonautas, se enamoró de Jasón y tuvo de él dos hijos. Diversas interpretaciones en los estudios de HOUSMAN, «Ovid., *Her.* VI», en *The Classical Papers of A. E. Housman*, vol. III, Cambridge, 1972, pág. 1262; VERDUCCI, «Jason Two Medeas: *Heroides* 6 and 12», en *Toyshop...*, págs. 56-85. JACOBSON, *Ovid's Heroides...*, págs. 94-123, estudia el uso de Ovidio de las anteriores tradiciones sobre el mito, de las que Ovidio diverge. Se dispone en (cf. OPPEL, *Ovids Heroides...*, págs. 12-13): 1-2 introducción; 3-8 situación: noticias indirectas muestran que Jasón ha regresado con el toisón: felicitación y reproches; 9-82 reproches: sólo tengo noticias indirectas: *a) narratio* de las gestas (aretalogía de Jasón), vv. 9-14; *b)* se dice que viniste con una envenenadora extranjera 19-22; *c)* noticias del extranjero tesalio (con *narratio* de nuevas gestas de Jasón y su infidelidad) 23-40; 41-82 me has sido infiel: quejas con *narratio* de su vida pasada, su tiempo común con él y tiempo tras la partida de Jasón; 83-138 reproches en forma de *argumentatio*, con retrato de Medea (83-94), *comparatio* de Hipsípila con Medea (113-138); y maldición final (152-164).

a ti, pudiste, aunque lo desearas, no haber tenido vientos propicios: pero una carta puede firmarse por más contrario que sea el viento, y yo, Hipsípila, he merecido que se me mande un saludo. ¿Por qué antes que una carta tuya me ha llegado el rumor contando que los bueyes consagrados a 10 Marte iban bajo el curvo yugo, que echaste unas semillas y se levantó una mies de hombres que para matarse no necesitaron tu diestra, que un dragón insomne vigilaba el despojo del carnero, y que pese a todo tu valerosa mano robó el rubio vellón? Oh, si yo pudiera contárselo a los que no se lo 15 acaban de creer: «Eso es lo que él me ha escrito», ¡qué orgullosa estaría! ¿Pero por qué quejarme de que no cumpla su deber un marido remolón? Sería ya un gran regalo que me dejaras seguir siendo tuya. Se cuenta que contigo ha venido una envenenadora extranjera, y que la has acogido 20 en el lecho a mí prometido. Crédulo es el amor. ¡Ojalá que se me diga temeraria, por haber acusado a mi marido de pecados que no ha cometido! Hace poco ha venido a mí desde las orillas hemonias un extranjero tesalio, y todavía no había tocado mis umbrales cuando le dije «¿Qué es de mi Esó- 25 nida?» Él fijó los ojos en el suelo que pisaba, y se quedó paralizado de vergüenza. De pronto, fuera de mí, me rasgué la túnica del pecho y grité: «¿Está vivo, o los hados me mandan que lo acompañe?» «Está vivo», me contestó desconcertado, y en su desconcierto le obligué a que me lo jurara. Aun con un dios por testigo, apenas podía creer que vivías. 30 Cuando volví a respirar le empecé a preguntar sobre tus hazañas: me cuenta cómo araron la tierra los bueyes de Marte, de pezuñas de bronce, y que echaste en ella como simiente los dientes del dragón, y que al momento nacieron hombres cargados ya de armas, hijos de la tierra que se dieron muerte 35 en guerra civil, tras haber cubierto sus destinos en un solo día de vida. El dragón había sido derrotado. De nuevo pre-

gunto si vive Jasón; unas veces el temor, otras la esperanza, me hacen dudar. Mientras me cuenta todo, cosa por cosa, rápida y afanosamente, me destapa, sin darse cuenta, mis heridas.

¡Oh! ¿Dónde está la fidelidad que juraste? ¿Dónde las leyes del matrimonio, y la antorcha que más valdría que fuera a prender la pira funeraria? No he sido tuya por adulterio. Fue en presencia de Juno Prónuba y de Himeneo, al que una guirnalda le ciñe la frente. Pero no ha sido Juno, ni Himeneo, sino la siniestra Erinia, manchada de sangre, la que me precedió con sus funestas antorchas: ¿Y qué me importan a mí los Minios, o el barco de la Tritónide, o qué tienes tú que ver, capitán Tifis[121], con mi país? Aquí no estaba el atractivo carnero con su vellón de oro, ni Lemnos era el reino del viejo Eetes. Yo estaba decidida al principio —pero me arrastraba un cruel destino— a expulsar el cuartel extranjero con mi ejército de mujeres, y demasiado bien que saben las mujeres lemnias[122] vencer a los hombres: ¡ojalá me hubiera salvado la vida[123] un ejército tan poderoso! Vi a un hombre en mi ciudad, y lo acogí en mi casa y en mi pecho. Aquí pasaste dos veranos y dos inviernos. Era por tercera vez tiempo de cosecha cuando, viéndote obligado a zarpar, llenaste de lágrimas estas palabras: «Se me arranca de aquí, Hipsípila. Pero ojalá el destino permita mi regreso; salgo de aquí como esposo tuyo y esposo tuyo seré siempre. Que viva lo que de nosotros guarda tu grávido vientre, y seamos tú y yo sus padres». Fueron tus palabras,

[121] Apóstrofe a Tifis, piloto de la nave Argo. Los Minios son los Argonautas; Tritónide es un epíteto de Atenea, bajo cuyos auspicios se construyó la nave Argo.

[122] Pues los habían matado a todos menos a uno, cf. nota introductoria a la epístola e Índice.

[123] Plausible también *uitta*, el ceñidor, símbolo de la castidad.

y me acuerdo que las lágrimas que caían en tu boca mentirosa no te dejaron seguir. Subiste el último de la tripulación a la santa Argo; la nave vuela; el viento ocupa las combadas velas. La onda celeste pasa debajo de la quilla impetuosa: tus ojos escrutan la tierra, los míos, las aguas.

Una torre abierta a los cuatro vientos contempla en torno las aguas; a ella me dirijo con la cara y el pecho empapados de lágrimas. Miro a través de las lágrimas, y los ojos, favoreciendo la avidez de mi corazón, ven más allá de lo que se suele. Súmale a eso mis castas oraciones, mis votos mezclados con el miedo, ¡que ahora que sé que vives tengo que cumplir de todas formas! ¿Cumplir yo esos votos? ¡Para que Medea los disfrute! Me duele el corazón y se me desborda, de la rabia y el amor juntos. ¿Llevar presentes a los templos por haber perdido a Jasón vivo? ¿Que caiga una víctima ofrecida para mi propia desgracia? En verdad nunca he estado tranquila, porque temía que tu padre eligiera una nuera de la ciudad de Argos. Yo temía a las de Argos..., ¡y he sido víctima de una rival extranjera! Me ha herido un enemigo que no tuve en cuenta. Ella no gusta por su hermosura o por sus dones, sino que es ducha en encantamientos, y siega con su hoz encantada hierbas maléficas. Ella se dedica a apartar de su órbita, contra la voluntad, a la Luna, y a esconder en las tinieblas a los caballos del Sol; es la que frena las aguas de los sinuosos ríos y los detiene; es la que da vida y mueve de su sitio a bosques y rocas. Vaga por los sepulcros con el pelo suelto y escoge unos huesos concretos de las piras aún calientes. Embruja a los que están lejos, y modela estatuillas en cera, y clava en las entrañas de la víctima delgadas agujas. Y, cosa que más me valdría ignorar: pretende con hierbras y de mala manera un amor que debería ganarse con su carácter y su hermosura. ¿Tú a ésta puedes abrazarla y disfrutar sin pavor del sueño, aban-

donado con ella en una misma cama en el silencio de la noche? Se ve que, igual que a los toros, también a ti te ha hecho llevar el yugo: y que te ha amansado también a ti con los mismos medios que a las serpientes fieras. Súmale que consigue que que a ella se atribuyan las hazañas de tus no-
100 bles varones y las tuyas propias, y que la esposa estorba los títulos del marido. Y alguno de los partidarios de Pelias achaca estas hazañas a sus venenos y tiene gente que lo crea. «No ha sido Esónida, sino la del Fasis, la hija de Ee-
105 tes, la que arrancó el vellón de oro del carnero de Frixo». Ni Alcímede, tu madre (¡consulta a tu madre!), ni tampoco tu padre ven bien que les llegue una nuera desde el helado polo. ¡Que se busque ella marido en el Tanais y en las aguas pantanosas de la Escitia, y hasta en la tierra del Fasis! Inconstante Esónida, más inseguro que el viento en prima-
110 vera, ¿por qué tus palabras de promesa carecen de peso? Te fuiste de aquí siendo mi marido, y vuelves de allí ya no como marido mío; ¡sea yo esposa del que vuelve, como lo era del que marchaba! Si te impresionan la nobleza y los apellidos ilustres: aquí me tienes, que se me llama hija de
115 Toante, descendiente de Minos. Baco es mi abuelo: la esposa de Baco, ceñida por su corona, refulge más con sus estrellas que otras constelaciones menores[124]. Lemnos será tu dote, tierra generosa para el que la trabaja, y también a mí puedes contarme como parte de la dote. Ahora además
120 he parido: felicítanos a los dos, Jasón; en mi preñez el responsable de mi carga me la hizo agradable. También he tenido suerte en el número, porque he dado a luz una prole gemela, doble prenda, con la bendición de Lucina. Si quie-

[124] Catasterización de Ariadna en la constelación de la Corona. La corona, obra de Vulcano, fue un regalo de bodas de Venus a Baco y de éste a Ariadna, cf. 18, 151.

res saber a quién salen, se te reconoce en ellos: no saben engañar, lo demás lo tienen del padre; he estado a punto de 125
mandártelos como representantes de su madre; pero la cruel madrastra me hizo desistir del viaje proyectado. Me daba miedo de Medea —Medea es peor que madrastra—, lo que hacen las manos de Medea es todo para mal fin. La que pudo desparramar por los campos el cuerpo descuartizado de su hermano[125], ¿se va a compadecer ella de mis prendas? 130
¿A ésa, sin embargo, oh loco y enajenado por pócimas de la Cólquide, dicen que has preferido, antes que el lecho conyugal de Hipsípila? Ésa, cuando doncella, conoció varón con deshonra, como adúltera: la casta antorcha me hizo a mí tuya y a ti mío. Ella ha traicionado a su padre: yo libré de la 135
muerte a Toante[126]. Ella ha abandonado la Cólquide: a mí me tiene mi querida Lemnos. ¿Qué más da si la mujer culpable vence a la buena? Y por su misma falta ha conseguido dote y ha merecido un marido. Condeno el delito de las lemnias, pero no me sorprende, Jasón. Porque el propio 140
dolor da armas al más cobarde[127]. Dime tú si, como debió ser, arrastrado por vientos contrarios hubierais varado en mis puertos tú y tu amiga, y yo os hubiera salido al encuentro con mi parto gemelo... ¡Te faltaría tiempo para pedir que te tragara la tierra! ¿Con qué cara ibas a mirarnos a mí y a 145
los niños, malvado, y qué muerte merecerías en pago de tu infidelidad? Y sin embargo tú quedarías sano y salvo gracias a mí, no porque tú lo merezcas, sino porque yo soy compasiva. Pero con mis propias manos me llenaría yo la cara de la sangre de tu concubina y te llenaría la tuya, que 150

[125] Absirto, al que Medea descuartizó y cuyos miembros dispersó para retrasar la persecución de Jasón por su padre. Véase la nota 210.

[126] Su propio padre, al que salvó de la matanza aludida en la nota 120.

[127] Sigo el texto de HOUSMAN en SHOWERMAN-GOOLD, pág. 80.

ella me robó con sus brebajes. Sería una Medea con Medea. Y si es que desde lo alto el mismísimo Júpiter atiende mis votos[128]: que todo lo que llora Hipsípila lo padezca en su día la usurpadora de mi lecho y que sufra en sus carnes sus 155 propias leyes, y que igual que se me abandona a mí, esposa y madre de dos hijos, así sea ella privada de marido y de otros tantos hijos. Que no mantenga mucho tiempo lo que tan mal ha parido y que lo pierda aún de peor modo: que sea desterrada y busque refugio por todo el orbe. Que sea tan 160 cruel para su marido y sus hijos como cruel hermana fue para su hermano y cruel hija para su padre. Que cuando se le hayan acabado el mar y las tierras, que pruebe el aire: y vague pobre y desesperada, manchada de la sangre de los suyos. Ésta es la súplica de la hija de Toante, a la que han robado su matrimonio: marido y mujer, ¡vivid en una unión maldita!

[128] Maldición final llena de ironía trágica, pues se cumplieron los votos de Hipsípila.

7

DIDO A ENEAS[129]

[Recibe, Dardánida, el poema de Elisa, que pronto va a morir; las que lees son las últimas palabras que de mí vas a leer.] Del mismo modo, cuando el destino lo llama, abatido en la húmeda hierba canta el blanco cisne[130] a orillas del Meandro. No te hablo con la esperanza de poder conmoverte con mi súplica: tomo esta iniciativa contra la voluntad del 5

[129] Uno de los poemas más discutidos de las *Heroides*. Véase la interpretación de KENNEY (*Literatura latina...*, págs. 468-69), que ve una Dido muy diferente de la de Virgilio: aquí prevalece el suave reproche, la lógica de mujer, su amor elegíaco, una transposición que comparte con Fedra; véase también JACOBSON, *Ovid's Heroides...*, págs. 76-93; el análisis de J. ADAMIETZ, «Zu Ovids Dido-Brief», *Würzb. Jahrbb. Altertumsw.* Nueva serie, 10 (1984), 121-134. El poema se estructura en torno a las siguientes partes (sigo en parte a OPPEL, *Ovids Heroides...*, pág. 13): tras la introducción y motivo de la carta (1-8) comienzan las quejas y reproches en forma de *suasoria:* no te vayas (*argumentatio*), concédeme una demora (con elementos de súplica), con *narratio* del pasado de Eneas (75-88), del amor de Dido y Eneas (89-96), del pasado de Dido (111-125), *comparatio* de la tierra que Eneas quiere encontrar con la patria de Dido (145-156), súplica (157-164). El suicidio es mi alternativa (181-196). El poema tiene muchos elementos de *suasoria,* con argumentos incesantes de Dido para convencer a Eneas de que no la abandone.

Las fuentes virgilianas pueden verse en MOYA, págs. 45-53.

[130] Hermoso uso de la metáfora universal de la muerte: el cisne canta cuando muere. Dido escribe a Eneas antes de suicidarse.

dios[131]; sino porque una vez que he desperdiciado mi buen nombre, y la castidad de mi cuerpo y de mi alma, poca cosa es desperdiciar unas palabras.

Así que tú estás decidido a zarpar y a abandonar a la
10 pobre Dido, y los mismos vientos se llevarán tus velas y tu fidelidad. Estás decidido, Eneas, a deshacer a la vez las ataduras de tus naves y las de tu promesa, y a andar en pos de unos reinos itálicos que no sabes siquiera dónde están. A ti no te dicen nada ni la nueva Cartago, ni los muros que están
15 creciendo, ni el gobierno que se ha sometido a tu cetro. Huyes de lo que ya está hecho persiguiendo lo por hacer. Había que buscar otra tierra por todo el mundo, has buscado otra tierra, pues. Y aunque la encuentres, ¿quién la iba a dejar en tus manos? ¿Quién va a dejar sus campos en manos de unos desconocidos? Te queda por conseguir el amor de
20 otra[132], tendrás que conseguir otra Dido y tendrás que hacer otra promesa y volver a faltar a ella. ¿Cuánto tardarás en levantar una ciudad como Cartago? ¿Cuánto tardarás en ver desde arriba de la ciudadela a tu pueblo? Y aunque todo eso ocurriera y no retrasaran los dioses tus votos, ¿de dónde vas
25 a sacar una esposa que te ame de esta manera? Ardo en amor como las antorchas enceradas cuando se les pone azu-
25a fre [como el piadoso incienso que se echa en los humeantes
25b 26 altares. Eneas está siempre fijo en mis ojos vigilantes] y todo el día, y toda la noche, tengo a Eneas en el pensamiento. Él en cambio es desagradecido y sordo a mis favores, y si yo no fuera tonta, querría deshacerme de él. Pero no pue-
30 do odiar a Eneas, a pesar de sus malas intenciones, sino que me quejo de su infidelidad, y con mis quejas mi amor empeora. Oh, Venus, ten piedad de tu nuera, y tú, Amor hermano, abraza a tu insensible hermano para que él milite en tus cuarteles[133], o, ya que me he enamorado de él —que no ha sido una deshonra[134]—, que él ofrezca materia a mi pasión. No, me engaño: en vano se me representa esa ilusión: 35
él no comparte la naturaleza de su madre. A ti te han parido las piedras, los montes y los robles que nacen en los altos riscos, y las fieras salvajes, o el mar, que ahora ves agitado por los vientos: adonde sin embargo te preparas a ir con las 40
olas en contra[135]. ¿A dónde huyes, con el tiempo en contra? ¡Que el mal tiempo me ayude! Fíjate cómo levanta el euro las turbulentas aguas. Deja que yo le deba a la tormenta lo que preferiría deberte a ti; más justos son el viento y el mar que tu corazón. No valgo tanto como para que mueras (aun- 45
que te lo mereces[136], malvado)[137] por huir de mí a través de los inmensos mares. Me tienes un odio valioso y que te cuesta caro si tan barata te parece la muerte con tal de deshacerte de mí. Ya descansarán los vientos y, lisa y tersa la superficie, atravesarán el mar los azules caballos de Tritón. 50
Ojalá seas tú mudable como los vientos, y lo serás si no le ganas en dureza al roble. ¿Qué pasará si ignoras de lo que es capaz el mar enloquecido? ¿Cómo te fías tan a ciegas de un mar que tantas veces has probado? Incluso si sueltas ama- 55
rras cuando el mar invita a ello, el ancho mar tiene en su

[131] Posiblemente *deus* equivale aquí a *fata*, cf. VERG. *Aen.* IV 651-652 *dulces exuuiae, dum fata deusque sinebat, accipite hanc animam meque his exsoluite curis...*, y abajo v. 139 (SOCAS).

[132] Alusión a Lavinia, cf. BORNECQUE-PRÉVOST, pág. 39, n. 5.

[133] Eneas es hijo de Venus, por lo tanto Amor es su hermano y Dido nuera de Venus. Reaparición del tópico elegíaco de la *militia amoris*.

[134] Cf. 107-108.

[135] Sigo la puntuación de SHOWERMAN-GOOLD y MOYA frente a la interpretación como interrogativa de DÖRRIE.

[136] Sigo el texto de BORNECQUE, *quamuis merearis*.

[137] Sobre este pasaje véase la interpretación de G. ROSATI, «Enea e Didone a confronto (Ovidio, *Her.* 7, 45)», *Studi Ital. Fil. Clas.* 81 (1988), 105-107.

seno muchas desgracias. Y no les viene bien haber faltado a las promesas a los que se echan al mar: es un lugar que pide cuentas de las faltas a la palabra, y en especial cuando se ofende al Amor, porque se cuenta que la madre de los Amores vino al mundo desnuda en las aguas de Citera. Tengo miedo de perder al que me ha perdido, o de herir al que me ha herido, o de que mi enemigo, náufrago, beba las aguas del mar. ¡Vive, por los dioses! Así te haré más daño que si estuvieras muerto; mejor es que se te acuse de haber sido culpable de mi muerte. Ea, imagínate que te arrastra un remolino —¡sin que sirva de mal presagio!—, ¿en qué pensarás? Lo primero que se te vendrá serán los perjurios de tu falsa boca, y Dido, obligada a morir por el engaño de un frigio. Ante tus ojos se alzará la figura de la esposa que engañaste, triste y ensangrentada, con el pelo suelto. Di entonces: «Me he merecido todo lo que me pase; ¡piedad!»[138], y piensa que todos los rayos que caen iban dirigidos a ti.

Dale un corto respiro a tu crueldad y a la del mar[139] y tendrás como gran recompensa de tu demora un viaje seguro. Y no te apiades de mí: ¡apiádate de Julo, tu hijo[140]! Ya es bastante con que te lleves la gloria de haberme matado a mí. ¿Qué mal merece tu hijo Ascanio? ¿Qué mal merecen los dioses Penates? ¿Van a tragarse las aguas a los dioses que se libraron del incendio[141]? Pero no es verdad que los llevas contigo, ni es verdad, aunque presumas ante mí de

[138] Sigo a BORNECQUE.

[139] Dido pide una breve demora aquí y en 179-182, como también ocurre en VIRGILIO, *Eneida* IV 429-434; sobre estos pasajes cf. JACOBSON, *Ovid's Heroides...*, págs. 86-87.

[140] Julo o Ascanio, el hijo de Eneas y Creúsa; cf. VIRG., *Eneida* IV 232-234 y 272-275, y comentario de JACOBSON, *Ovid's Heroides...*, pág. 79.

[141] El incendio de Troya.

eso, mentiroso, que ni tu padre ni tus dioses descargaran su peso sobre tus hombros. Todo te lo has inventado, y tu boca no ha empezado conmigo a decir mentiras, ni soy tu primera víctima. Si alguien pregunta dónde está la madre del hermoso Julo: ha muerto sola, abandonada por su cruel marido. Me lo habías contado tú, †eso me había conmovido y me lo merezco†, por eso menor será tu castigo que tu culpa. No me cabe ninguna duda de que tus dioses te están castigando: éste es el séptimo invierno que eres juguete de los mares y las tierras. Yo te recibí en varadero seguro cuando te echaron las olas y sin haber oído apenas quién eras te entregué mi reino. ¡Y ojalá me hubiera contentado con hacerte esos servicios, y se hubiera ido conmigo a la tumba el rumor de nuestra coyunda! Me perdí el día en que una oscura nube con lluvias repentinas nos empujó a resguardarnos bajo la oquedad de una cueva. Yo había oído unas voces que interpreté como el ulular de las ninfas; pero no eran sino las Euménides dando su señal para mi muerte[142]. ¡Exige venganza, honor herido, y también tú, juramento de boda violado, [y tú, mi buen nombre, que no me has acompañado al sepulcro! ¡También vosotros, alma y cenizas de Siqueo, que sois mis Manes], con las que me reúno llena de vergüenza, oh, desgraciada! Tengo yo a mi Siqueo consagrado en capilla de mármol cubierta de frondas por delante y de blancas lanas. De allí sentí que salía una voz conocida, y que me llamaba cuatro veces; era él quien en un débil susurro me decía: «Ven, Elisa». Ya voy, ya voy sin demora, porque te pertenezco como esposa, pero ando despacio por

[142] Traduzco *fatis... meis* como «mi muerte» basándome en el v. 1 (*moriturae*) y 137-138, y *fato* 189, donde *fatis* y *funeris* tienen este valor. La Euménides son, eufemísticamente, las Furias.

la vergüenza de haber perdido la honra. Perdona mi pecado: me ha engañado el hombre adecuado: él disminuye lo odioso de mi falta. Por ser su madre una diosa y su padre un
110 buen anciano, piadosa carga para un hijo, abrigué la esperanza de que fuera por siempre mi legítimo esposo. Si tuve que equivocarme, la equivocación tiene causas honestas, y si le sumas su palabra, es un error que por ningún lado puede reprocharse. La antigua tendencia de mi destino se obstina hasta el final, y prosigue hasta los últimos momentos de
115 mi vida. Mi marido ha muerto sacrificado junto a los altares domésticos[143], y mi hermano tiene la gloria de ese horrible crimen; me marcho al exilio y tengo que dejar mi patria y las cenizas de mi esposo y la persecución del enemigo[144] me arrastra a duros caminos; arribo a tierras desconocidas, tras
120 escapar de mi hermano y del mar, y compro esta playa que te he regalado a ti, perjuro. Fundé esta ciudad y tracé estas murallas que se extienden a lo lejos, que son la envidia de los pueblos colindantes. Estallan guerras. Me acosan con guerras, siendo yo mujer y extranjera, y apenas puedo pre-
125 parar los rudos portalones y el ejército de la ciudad. Gusté a mil pretendientes que se han unido en la queja de que, por delante de sus lechos, haya puesto yo a un desconocido. ¿Por qué dudas en entregarme atada a Yarbas el gétulo? Yo sometería mis manos a tu crimen. También está mi herma-
130 no, que ansía rociar de mi sangre su impía mano, que ya se manchó antes con la de mi marido. ¡Suelta los dioses y los sagrados objetos que al tocar profanas! No honra bien a los dioses una diestra impía. Si tú ibas a encargarte del culto de los dioses que escaparon del fuego, les pesa a ellos haber

[143] Traduzco *internas* con MERKEL y RIESE.
[144] Pigmalión.

salido de las llamas. Hasta es posible, mal hombre, que 135 abandones a una Dido embarazada[145] y que una parte de ti se oculte encerrada en mi cuerpo. Se sumará un pobre niño al destino de su madre y serás el autor de su muerte antes de su nacimiento. Con su progenitora morirá el hermano de Julo, y un mismo castigo nos llevará unidos a él y a mí. «Pero un dios[146] ordena que te vayas»: ojalá que te hubiera prohibido llegar y que los teucros no hubiesen puesto sus pies en 140 tierra púnica. Así que es por la tutela de ese dios por lo que te zarandean vientos contrarios y por lo que pierdes tanto tiempo en el mar tempestuoso. Ni siquiera te merecería la 145 pena dirigirte a Pérgamo con tanto trabajo, aun si Pérgamo siguiera siendo tan grande como cuando vivía Héctor. Pero no te diriges al patrio Simunte, sino a las aguas del Tíber; así que cuando llegues adonde deseas serás un extranjero, y como la tierra que buscas se esconde de ti y esquiva con disimulo a tus naves, la alcanzarás si acaso cuando seas viejo. 150 Déjate ya de rodeos y acepta mejor como dote estos pueblos y las riquezas de Pigmalión que he traído conmigo. Mejor será que traslades Ilión a esta ciudad tiria y que tengas el poder y el santo cetro de rey. Si sientes en el corazón deseos 155 de guerra, si Julo busca un triunfo nacido de sus victorias, yo le encontraré un enemigo al que ganar, para que no le falte nada; que en este lugar caben las leyes de la paz y cabe también la guerra. Pero tú —por tu madre, por las armas de tu hermano, que son las flechas, por los dioses sagrados de 160 Dardania, que fueron tus compañeros de destierro: así ganen los miembros de tu pueblo que traes contigo, y así sea esa cruel guerra el límite de tu desgracia; y así Ascanio viva sin

[145] Adaptación de VIRG., *Eneida* IV 327-330, comentario del pasaje en JACOBSON, *Ovid's Heroides*..., pág. 77.
[146] Júpiter por medio de Mercurio, cf. VIRG., *Eneida* IV 220 ss. Recuérdese la nota al v. 6 *deus = fata*.

contratiempos los largos años que le corresponden y así los huesos del anciano Anquises reposen tranquilos—, ten piedad, por favor, de esta casa que se entrega a tu dominio. 165 ¿Pues de qué crimen me acusas, sino de haberte amado? No soy de Ftía, ni he nacido en la gran Micenas ni se han alzado contra ti mi padre y mi hermano. Si te da vergüenza de que sea tu mujer, que se me llame tu huésped en vez de 170 tu esposa; mientras sea tuya, Dido soportará ser lo que haga falta. Yo conozco los mares que baten la costa africana; son fijas las fechas en que dan paso o lo niegan: pon las velas a merced de los vientos cuando la brisa te dé paso, porque 175 ahora las finas algas retienen la nave varada. Encárgame que observe el tiempo: marcharás más seguro, y yo me encargaré de que no te quedes, aunque lo desees. Tus camaradas también necesitan descanso, y la flota, estropeada y a medio reparar, exige una corta demora. Por cuanto he hecho 180 por ti, y por lo que aún pueda hacer, y por mis esperanzas en nuestro matrimonio, es poco tiempo lo que pido: mientras se calman los mares y †mientras la práctica entibia nuestro amor† aprenderé a soportar las desgracias con valentía.

De no ser así, estoy decidida a quitarme la vida: ya no 185 puedes ser cruel conmigo por mucho tiempo. Ojalá pudieras ver mi estampa mientras te escribo; estoy escribiendo en presencia de una espada troyana que tengo en el regazo; las lágrimas me caen de las mejillas sobre la espada desenvainada, que pronto estará teñida de sangre en vez de lágrimas. 190 ¡Qué bien le viene a mi destino tu regalo! Con pocos gastos [147] levantas mi sepultura. Y no es ésta la primera vez que me hiere un dardo el corazón: ya tengo en él la implacable herida del amor. Ana, hermana; Ana, hermana mía,

[147] Se refiere a la espada, que Eneas le había regalado.

cómplice a tu pesar de mi culpa, qué pronto vas a darles a mis cenizas tus últimas ofrendas. Que después de incinerarme no se me ponga la inscripción de «Elisa, esposa de Siqueo»; que el epitafio de mi lápida sepulcral sea como sigue: «Eneas le dio el motivo de morir y la espada; Dido misma se mató, con su propia mano». 195

8

HERMÍONE A ORESTES[148]

[Yo, Hermíone, me dirijo a ti, que hasta hace poco eras mi hermano y mi marido[149], y ahora sólo mi hermano. Otro lleva el nombre de esposo mío.]

Pirro, el hijo de Aquiles, violento a imagen de su padre, me tiene encerrada contra las leyes humanas y divinas. Me resistí a que me poseyera (sino en contra de mi voluntad), lo único que podía hacer; para el resto no fue lo bastante fuerte mi mano de mujer. «¿Qué haces, Eácida? No me falta un vengador», le dije; «La mujer que tú quieres tiene dueño[150]». Él, más sordo que el mar, mientras yo llamaba a vo-

[148] La lacedemonia Hermíone era hija de Menelao y Helena, descendiente de Júpiter. Amaba a Orestes, hijo de Agamenón, a quien fue prometida por su abuelo Tindáreo; fue después prometida contra su voluntad por Agamenón a Pirro, hijo de Aquiles. Análisis de la elegía y su tratamiento de las fuentes en JACOBSON, *Ovid's Heroides...*, págs. 43-57. Sus antecedentes (no claros) parecen ser la *Hermíone* de Sófocles, que se cifraba en el conflicto de las dos promesas de matrimonio, así como la recreación latina de Pacuvio (*Comicorum Roman. fragmenta*, fr. 161-190 RIBBECK). Se dispone (cf. OPPEL, *Ovids Heroides...*, págs. 13-14) así: 1-14 situación; 15-54 exhortación, «recupérame» y *argumentatio*, con aretalogía (estirpe y hazañas) de Orestes (42-54); 55-116 lamentos por su situación, con *narratio* del destino de su estirpe (65-82), de los primeros años de Hermíone (89-100); de su vida presente 103-116; 117-122 juramento final.

[149] Cf. versos 27-28. El texto dice *frater*, que puede traducirse «primo», además de «hermano».

[150] Orestes.

ces a Orestes, me arrastró bajo su techo con el pelo en desorden.

¿Qué humillación peor habría soportado si, vencida Lacedemonia, yo hubiera caído esclava, y si una banda de extranjeros nos hubiera raptado para tener nueras griegas? Menor fue el ultraje que la Acaya vencedora hizo a Andrómaca, cuando el fuego de los griegos quemó las riquezas frigias.

Pero tú, Orestes, si es verdadero tu amor por mí y te conmueve, lanza tus valientes manos a defender lo que es tuyo. ¿Es que cogerías las armas si alguien te abriera los establos y te robara los rebaños, y te quedarías indiferente si es tu esposa lo que te roban? Mira el ejemplo de tu suegro[151], que reivindicó a su esposa raptada, [para quien una mujer fue justa causa de guerra; si mi padre, indolente, se hubiera puesto a llorar en el abandonado palacio] mi madre habría seguido siendo esposa de Paris, †como antes†. Y no tienes que preparar mil barcos ni mil velas ondulantes, ni innumerables soldados dánaos: ven tú[152]. Así también se me tenía que haber buscado, que no es vergonzoso para un marido librar fieros combates por el lecho amado. ¿Qué me dices de que tu abuelo y el mío sea el mismo Atreo, hijo de Pélope, y que si no fueras mi marido, serías de todos modos mi hermano? Socórreme, por favor, como marido a mujer, como hermano a hermana, porque esos dos nombres te obligan a cumplir tu deber. Mi abuelo Tindáreo, autorizado por su vida y por sus años, tenía la tutela de su nieta y me entregó a ti. Mientras que mi padre, que lo ignoraba, me había comprometido con el Eácida; ojalá pudiera más mi abuelo, que fue primero de los dos. Cuando era tu prome-

[151] Menelao, que recuperó a Helena.

[152] Compárese con el primer dístico de la obra (*Her.* 1, 1-2).

tida, mi antorcha nupcial no hacía daño a nadie; pero si me casan con Pirro, te haré daño a ti. Mi padre, Menelao, podrá perdonar nuestro amor porque él ha sido víctima de las flechas del dios alado. Consentirá a su yerno el amor que se
40 permitió a sí mismo, y mi madre, que él amó, servirá de ejemplo. Tú eres para mí lo que mi padre para mi madre: Pirro tiene el papel que tuvo en otros tiempos el extranjero dardanio[153]. Aunque él[154] pueda jactarse toda la vida de las proezas de su padre, tú también tienes hazañas de tu padre
45 que contar. El Tantálida era soberano de todos, incluso del mismo Aquiles; Aquiles era parte del ejército, mientras él era rey de reyes. Tú desciendes de Pélope, tu bisabuelo, y del padre de Pélope; si cuentas bien, eres descendiente de Júpiter en quinto lugar. Y no te falta valor. Empuñaste unas
50 armas odiosas[155], ¿pero qué podías hacer, si te las dio tu padre? Yo hubiera preferido que demostraras tu valor en mejor asunto; pero no elegiste tú la causa de tu acción, sino que te fue impuesta. Tuviste que llevarlo a cabo: Egisto con la garganta abierta manchó de sangre la misma mansión que antes había manchado tu padre.

55 El Eácida te lo reprocha y vuelve acusación tu mérito, y después se atreve a sostenerme la mirada. Estallo y se me inflaman de ira la cabeza y la cara, y me duele el corazón abrasado por el fuego que tengo dentro. ¿Quién ha criticado
60 nunca a Orestes delante de Hermíone? Pero no tengo fuerzas ni una salvaje espada a mano. Puedo llorar, eso sí —llorando nos desahogamos de la rabia—, y por mi regazo me corren las lágrimas como si fueran un río. Lágrimas es lo

[153] Paris, descendiente de Dárdano, fundador de Troya.

[154] Pirro.

[155] Orestes mató a su madre Clitemnestra y al amante de ésta, su seductor Egisto, porque ambos asesinaron a Agamenón (esposo de Clitemnestra y padre de Orestes).

único que tengo, y siempre las estoy derramando, la cara descuidada está siempre mojada por ese inagotable manantial.

Por este sino de mi familia, que ha llegado hasta nues- 65 tros días, las mujeres Tantálidas somos buenas para raptos[156]. No voy a recordar la impostura del cisne fluvial[157], ni voy a quejarme de que bajo sus plumas se hubiera escondido Júpiter. Allá por donde el Istmo se extiende a lo lejos separando los dos mares fue conducida Hipodamía por rue- 70 das extranjeras[158]. A Cástor amicleo y al amicleo Pólux fue devuelta su hermana, la de Ténaro, en la ciudad de Mópsopo[159]. El huésped del Ida[160] raptó a la de Ténaro allende los mares y por su causa las mesnadas de Argos optaron por las armas. Yo apenas si lo recuerdo, pero lo recuerdo: todo 75 estaba lleno de tristeza, todo estaba lleno de angustia y de miedo[161]. El abuelo lloraba, lloraba su hermana Febe y sus hermanos gemelos; Leda suplicaba a los dioses y a su Júpiter. Yo me arrancaba los cabellos todavía cortos y chillaba: 80 «¿Te vas sin mí, madre, te vas sin mí?» Porque su esposo estaba fuera[162]. Para que nadie dude que soy Pelópida, aquí

[156] Interrogativa en DÖRRIE.

[157] Con apariencia de cisne, Júpiter sedujo a Leda, madre de Helena y abuela de Hermíone.

[158] Las ruedas del carro de Pélope, su esposo. Su leyenda se vuelve a mencionar en *Her.* 16, 266 y en *Ibis* 370 (véase nota con las variantes de su leyenda).

[159] Cástor y Pólux, nacidos en Amiclas, recuperaron a su hermana Helena en Atenas, ciudad en la que había reinado Mópsopo.

[160] Paris raptó a Helena y esto desencadenó la guerra de Troya.

[161] *Omnia solliciti plena timoris erant.* Compárese la semejanza verbal con el pentámetro casi proverbial de la primera epístola (*Her.* 1, 12) *Res est solliciti plena timoris amor.*

[162] Menelao estaba en Creta, cf. *Her.* 16 (Paris a Helena) y 17 (Helena a Paris).

me tienes, que se me designó como botín de Neoptólemo. ¡Ojalá el Pelida hubiera esquivado el arco de Apolo! El pa-
85 dre condenaría la indignante actuación de su hijo[163]. Ni antes le gustaba, ni le hubiera gustado ahora a Aquiles que un marido llore viudo el rapto de su mujer[164]. ¿Qué delito he cometido para que los dioses se me pongan en contra? ¿a qué estrella acusaré de estorbarme, ay de mí?

Pasé la infancia sin madre; mi padre estaba en la guerra;
90 estando vivos los dos, de los dos estaba huérfana. No te pude decir de pequeña, madre mía, esas palabras tiernas de los primeros años, dichas con media lengua. No pude agarrarme con mis pequeños brazos a tu cuello, ni pude sentarme en
95 tus faldas como una dulce carga. Nunca tuviste que ocuparte de arreglarme, ni tampoco cuando me prometí a mi marido entré en el lecho desconocido preparada por mi madre. A tu regreso salí a tu encuentro y confesaré que no reconocí la cara de mi madre. Pero noté que tú eras Helena por lo
100 bellísima que eras, mientras tú preguntabas quién era tu hija. La única cosa buena que he tenido es mi marido Orestes, y hasta sin él, si no lucha por sus intereses, me voy a quedar.

Pirro me tiene prisionera, a pesar de que mi padre regresa vencedor: ¡ése es el regalo que a mí me ha procurado la
105 destrucción de Troya! Sin embargo, cuando el alto Titán[165] hostiga a los caballos resplandecientes, disfruto, pobre de mí, de una breve liberación; pero cada vez que la amarga noche me encierra gritando y gimiendo en el tálamo, y me acuesta en el horrible lecho, en lugar de sueño, mis ojos dis-
110 frutan de lágrimas que brotan, y mientras puedo huyo del

[163] Aquiles habría condenado la actuación de Pirro.

[164] Alusión a la disputa de Agamenón y Aquiles sobre Briseida, cf. *Her.* 3.

[165] El Sol hostigando sus caballos.

marido como de un enemigo. Muchas veces, aturdida por las desgracias, me olvido de dónde estoy y de lo que pasa, y, sin darse cuenta, mi mano toca el cuerpo del escirio. Cuando me doy cuenta de la abominación, dejo el cuerpo a medio acariciar y me parece como si tuviera mancilladas las manos. Muchas veces se me escapa el nombre de Orestes, 115 en vez del de Neoptólemo, y, como si fuera un buen presagio, adoro la equivocación.

Juro por mi desgraciado linaje y por el padre de ese linaje, el que agita los mares, las tierras y sus dominios, por los huesos de tu padre, mi tío, que a ti te deben el poder descan- 120 sar en su tumba, vengados valientemente: o me muero antes de mi tiempo, en la flor de la juventud, o yo, la Tantálida, seré esposa del Tantálida.

9

DEYANIRA A HÉRCULES[166]

[a] [Soy una carta confidente de un corazón, voy al Alcida de [b] parte de su mujer, si es que Deyanira es tu mujer.]

Te felicito porque Ecalia se sume a nuestros títulos de gloria, pero te reprocho que el vencedor se haya sometido a

[166] Deyanira era hija de Eneo, rey de Calidón (Etolia), y de Altea; era, pues, hermana de Tideo y Meleagro. Como legítima esposa de Hércules se queja en esta carta de los devaneos amorosos de Hércules, en especial con Ónfale o Yole. Se duda de la autenticidad de esta epístola, y entre los argumentos (razones métricas, de estructura) está la ruptura en el v. 143 de la regla de que nada ocurre en el tiempo en que se escribe la carta: a Deyanira le llega la noticia de que por su culpa Hércules está muriendo, cf. E. COURTNEY, «Ovidian and Non Ovidian *Heroides*», *Bull. of the Inst. of Class. Stud.* 12 (1965), 63-66; D. W. T. C. VESSEY, «Notes on Ovid, *Heroides* 9», *Class. Quart.* n. s. 19 (1969), 349-361, y KENNEY, *Literatura latina...*, pág. 126. JACOBSON, *Ovid's Heroides...*, págs. 228-242, interpreta la figura de Deyanira como una mujer de entre tantas, simplemente normal, casada con un ser extraordinario. Se estructura (cf. también OPPEL, *Ovids Heroides...*, pág. 14) en torno a dos secciones, rumores y realidad. 1) La 'fama': tras la breve introducción (1-2) comienza la *narratio* de las noticias que corren acerca de Hércules (3-26); 27-118 temores, quejas y reproches, con *narratio* de la historia de Hércules y Yole, 53-118 (aretalogía de Hércules en vv. 85-105, *comparatio* de Hércules-Ónfale en 105-118). 2) 119-168 Realidad: los hechos confirman los rumores de adulterio y Deyanira se lamenta de haber causado la muerte de su esposo: *narratio* del regreso de Hércules con Ónfale (119-130); *narratio* de la historia de Deyanira y Hércules (137-142); llega la noticia de la agonía de Hércules (143-144); lamento y adiós de Deyanira antes de suicidarse (145-168).

la vencida[167]. Ha llegado de pronto a las ciudades pelasgas la noticia infamante, y que debes desmentir con los hechos, de que a aquel al que nunca venció Juno, ni la interminable 5 sucesión de trabajos, a ése le ha puesto Yole el yugo. Qué más quisiera Euristeo y la hermana del Tonante[168], y lo contenta que se pondría tu madrastra por ese desliz en tu vida. Pero no lo quisiera aquel para quien una sola noche (si nos lo creemos) no fue tan grande[169] como para que fuera con- 10 cebido alguien tan grande como tú[170]. Más daño te ha hecho Venus que Juno, porque ésta te ha lanzado a la fama intentando hundirte, pero la otra tiene tu cuello bajo sus plantas. Piensa en el mundo que has apaciguado con tu violencia justiciera por dondequiera que el azul Nereo abraza la tierra en toda su anchura. La paz de la tierra y la de todos los ma- 15 res a ti se deben, y has colmado de favores las dos moradas del sol[171]. El cielo, que te llegará a sostener a ti, sobre ti se ha sostenido: mientras Hércules estaba debajo, Atlas apuntaló los astros. ¿Qué haces sino poner en entredicho tu fama si coronas tus anteriores hazañas con la mancha de una des- 20 vergüenza? ¿No es verdad que se cuenta que habías estrangulado vigorosamente dos serpientes siendo todavía un niño de cuna, pero ya digno de Júpiter? Empezaste mejor de lo que has acabado; lo último desmerece de lo primero: no son lo mismo este hombre y aquel niño. Con el que no pudieron 25 mil fieras, con el que no pudo el hijo de Esténelo, con el que no pudo Juno, puede ahora el Amor.

[167] Ónfale o Yole.

[168] Juno, enemiga de Hércules, hijo del adulterio de su esposo y hermano Júpiter con Alcmena.

[169] La noche que Júpiter engendró a Hércules en Alcmena duró como dos o tres.

[170] DÖRRIE la considera interrogativa.

[171] Oriente y Occidente.

Mientras tanto se piensa que yo estoy muy bien casada porque se me llama esposa de Hércules y por ser mi suegro el que sobre rápidos caballos truena en las alturas. Tal como
30 le vienen mal al arado dos novillos disparejos, así perjudica a un gran esposo una esposa que no está a su altura; no es un honor sino una carga, vana apariencia que hace daño al que la lleva: si quieres casarte bien, cásate con una de tu clase[172]. Mi marido nunca está aquí, más me parece un huésped que un esposo, siempre a la caza de monstruos y de
35 fieras horribles. Yo en mi casa de viuda abandonada ando siempre oficiando entre castos votos, y me atormenta el miedo de que mi marido caiga ante un enemigo despiadado; me debato entre serpientes, jabalíes y leones hambrientos, y entre perros que muerden con tres bocas. Me trastornan las
40 entrañas de las víctimas, las vanas sombras del sueño y los presagios que se recaban de la noche misteriosa. Escudriño en vano los murmullos de la engañosa fama, y unas veces el temor desemboca en insegura esperanza y otras la esperanza en temor. Tu madre está ausente[173], y se lamenta de haberle gustado al dios poderoso; tampoco están Anfitrión, tu padre,
45 ni tu hijo Hilo. Siento en mis carnes a Euristeo, árbitro de la ira injusta de Juno, y la propia ira interminable de la diosa. Soportar esto sería poca cosa; pero a eso le sumas tus amoríos extranjeros, y que de ti cualquiera puede convertirse en madre. No voy a sacar aquí lo de Auge, la que violaste en
50 los valles del Partenio, ni el parto de tu vientre, ninfa Orménide; no te recriminaré lo del montón de hermanas Teutrántides, de cuya multitud no dejaste escapar ni a una. De

[172] Este dístico recoge un dicho de Pítaco de Mitilene, uno de los siete sabios de Grecia, constituyendo así una interpolación sapiencial (SOCAS).

[173] Alcmena estaba en Tirinto.

una sola de tus queridas te voy a hablar, el más reciente de tus delitos, por la que me he convertido en madrastra de Lamo el lidio[174]. El Meandro, que da tantas vueltas por las 55 mismas tierras, que una y otra vez retuerce sobre sí mismo sus cansadas aguas, ha visto que del cuello de Hércules cuelgan collares, de aquel cuello para el que la bóveda del cielo fue ligera carga. ¿No te daba vergüenza de rodear de piezas de oro tus fuertes brazos y de atiborrar de gemas tus 60 recios músculos? ¡Y es verdad que bajo esas manos exhaló su último suspiro la maldición de Nemea, de donde proviene la piel que te cubre el hombro izquierdo! ¡Te has atrevido a cubrirte tu crespo pelo con la mitra! El blanco álamo es lo que le conviene a la cabellera de Hércules[175]. ¿No te 65 da vergüenza †haberte rebajado† a llevar ceñidor meonio como una muchacha indecente? ¿No se te venía a la cabeza la imagen del sanguinario Diomedes, aquel salvaje que apacentaba a sus yeguas con carne humana? Si Busiris te hubiera visto en ese disfraz, con razón le habría dado vergüen- 70 za haber sido vencido por tal vencedor. Que Anteo te arranque del cuello esos colgajos, para que no le pese haber caído a manos de un afeminado. Se dice que has tenido en tus manos el canastillo como una más de las mujeres jonias, y que has tenido miedo de las riñas de tu señora[176]. ¿No te 75 espantas, Alcida, de poner tu mano, victoriosa en mil trances, sobre los pulidos canastillos? ¿Eres capaz de devanar las gruesas hebras con tu robusto pulgar, y de devolver

[174] Hijo de Ónfale, reina de Lidia, y Hércules.

[175] Alusión a la corona de álamo blanco que llevaba Hércules al bajar a los infiernos, cf. BORNECQUE-PRÉVOST, pág. 54, n. 6. La mitra es gorro femenino. En Roma lo llevaban meretrices de origen oriental.

[176] El mismo motivo que en *Her.* 3, cuando Briseida teme la riña de la nueva esposa de Aquiles, y motivo común en la elegía amatoria; cargado, pues, de sarcasmo hacia Hércules.

entera a tu hermosa dueña el lote diario terminado? ¡Cuántas veces habrás roto el huso con la sobrada fuerza de tus
80 manos al retorcer el hilo con tus bastos dedos! [Todo el mundo cree, desgraciado, que te han hecho temblar las amenazas de tu esposa, aterrado por la correa del látigo... De cortejos triunfales, prodigiosos orígenes de tu gloria][177] y de
85 otros sucesos que debías haber ocultado tú le hablabas: por ejemplo, que cuando estrangulaste a las descomunales serpientes te atenazaron con la cola tu mano de niño; o cómo cayó el jabato de Tegea en el Erimanto sembrado de cipreses hiriendo la tierra con su inmenso volumen; no te callas
90 lo de las cabezas colgadas en los portales tracios, ni lo de las yeguas cebadas con sangre humana[178], ni el triple portento, Gerión propietario del ganado de Iberia, que era uno solo aunque en tres cuerpos, y Cérbero, dividido en otros tantos perros de un mismo tronco, con la melena enredada
95 de serpientes amenazadoras, y la fértil sierpe que se reproducía y fecundaba por las heridas, a quien sus propias heridas hacían más poderosa, y aquel que entre tu costado izquierdo y tu izquierdo brazo quedó como pesadísima carga[179] colgado con la garganta aplastada, y el rebaño ecues-
100 tre que echaste de las sierras de Tesalia por confiar tontamente en sus patas y en su doble naturaleza[180]. ¿Puedes contar todo eso con esa chillona indumentaria sidonia?[180 bis] ¿No se te traba la lengua y se queda muda con esa pinta?

[177] Pasaje corrupto.

[178] Diomedes colgaba en su puerta la cabeza de los huéspedes que sacrificaba para cebar a sus yeguas.

[179] Anteo. La sierpe aludida anteriormente es la hidra de Lerna.

[180] Los Centauros.

[180 bis] Sidonia significa teñida de púrpura, producto procedente de Sidón, en Fenicia.

También se adornó la ninfa dardania[181] con tus armas quitándole a su cautivo marido sus famosos atributos[182].

Vamos, anímate y recapitula tus valientes proezas: con 105
razón fue ella lo que tú no eras, un hombre. Eres menos que ella en la misma medida en que vencerte a ti, el mejor de todos, era más que vencer a los que tú venciste. En ella para el volumen de tus hazañas, deja paso al mejor: tu amiga es 110
depositaria de tu gloria. ¡Qué vergüenza! La áspera piel arrancada del lomo del velludo león cubrió blandas caderas. Estás equivocado, y eres un ignorante: esa piel no es del león, sino la tuya, y tú eres el vencedor del león, ella de ti. Una mujer ha llevado las flechas ennegrecidas con el vene- 115
no de Lerna, una mujer que apenas es capaz de sostener un huso cargado de lana, y ha armado su mano con la clava domeñadora de fieras salvajes y en el espejo ha visto la armadura de su marido.

Eso es lo que yo había oído decir; podía no haber creído esos rumores, y de los oídos llega al corazón un dolor sua- 120
ve[183]. Se me presenta ante los ojos mi rival extranjera[184] y ya no soy capaz de disimular mis sufrimientos. No permites que se esquive la situación: la esclava va por en medio de la ciudad para que sin querer la vean mis ojos. Y no va como 125
suelen las esclavas, con el pelo en desorden, ni confiesa su desgracia cubriéndose la cara: se pasea pomposamente, llamando la atención con sus joyas exuberantes, vestida como tú también solías en Frigia; da la cara ante la gente con arrogancia, como la que ha vencido a Hércules: se diría que 130
Ecalia sigue en pie, y sigue vivo su padre. Quizá hasta llegue a abandonar el nombre de concubina por el de es-

[181] Se refiere a Ónfale.

[182] Clava, arco y piel del león de Nemea.

[183] Texto con muchas variantes. Sigo a Dörrie.

[184] Ónfale o Yole.

posa, cuando la etolia Deyanira sea repudiada, y un matrimonio muy comentado llegue a unir los desvergonzados cuerpos de Yole hija, de Eurito, y el del †loco† del Alcida. 135 La cabeza se me va con ese presagio y me recorre el cuerpo un escalofrío, y yace sin fuerzas la mano sobre el regazo. A mí también me amaste, como a tantas, pero a mí sin delito; y no te avergüences porque yo te haya dado dos veces motivo para combatir. Llorando recogió Aqueloo sus cuernos[185] en la orilla encharcada y sumergió su frente mutilada 140 en las aguas cenagosas; y el centauro Neso cayó muerto en el mortal Eveno envenenando las aguas con su sangre de caballo. ¿Pero qué hago contando estas cosas?

Mientras escribo me llega, como un heraldo, la noticia de que mi marido muere por el veneno de mi túnica[186]. ¡Ay 145 de mí! ¿Qué he hecho? ¿A dónde me ha llevado la locura del amor? *Despiadada Deyanira, ¿por qué dudas en morir?* ¿Mientras tu esposo se desgarra en medio del Eta vas a sobrevivir tú, la culpable de tan gran crimen? ¿Qué mérito he tenido hasta ahora para que se me crea la esposa de Hér- 150 cules? La muerte de mi marido será la prenda de mi matrimonio. ¡Tú también reconocerás en mí a tu hermana, Meleagro! *Despiadada Deyanira, ¿por qué dudas en morir?* ¡Oh casa maldita! Agrio está sentado en lo alto de su trono, mientras a Eneo, abandonado, lo oprime una vejez desva-

[185] Aqueloo era un dios fluvial, gran río de Acarnania y de Etolia, enamorado de Deyanira; convertido en toro, luchó por ella contra Hércules, que le partió un cuerno y lo venció, cf. *Her.* XVI 267. El plural *cornua* puede deberse a razones métricas, cf. J. DELZ, «Die Hörner des Achelous (Ov. *Epist.* 9, 139 und *Met.* 9, 98)», *Mus. Helv.* 40 (1983), 123-124.

[186] Se rompe la regla de que nada sucede mientras se está escribiendo la carta, véase introducción a la epístola, cf. KENNEY, *Literatura latina...*, pág. 466. Deyanira causó son quererlo la muerte a Hércules al regalarle una túnica impregnada en la sangre del centauro Neso, que ella creía que era un filtro amoroso.

lida; mi hermano Tideo vive exiliado en riberas desconoci- 155 das; la vida del otro[187] quedó encerrada en el ascua fatal; mi madre[188] se atravesó las entrañas con una espada. *Despiadada Deyanira, ¿por qué dudas en morir?* Una sola cosa pido, por las santísimas leyes del matrimonio: que no se di- 160 ga de mí que he tramado en contra de tu destino. Cuando tu flecha atravesó el lujurioso pecho de Neso, éste dijo: «Esta sangre tiene el poder del amor». Y yo te mandé la tela untada con el veneno de Neso. *Despiadada Deyanira, ¿por qué dudas en morir?* Y ahora adiós, anciano padre, Gorge, her- 165 mana, patria mía y hermano mío, privado de tu patria, y adiós a ti luz de este día, el último para mí; y larga vida a ti, esposo mío —¡ay!, ojalá pudieras ya tenerla—, y a ti, Hilo, hijo mío.

[187] Meleagro, cf. 1, 91-102 y nota 94.

[188] Altea.

10

ARIADNA A TESEO[189]

[a] [b] [Esa que dejaste para las fieras, malvado Teseo, vive aún, y ¿quieres que lo haya soportado sin inmutarse?] Me encontré con que toda la raza de los animales salvajes era mejor que tú, y que no estaba peor en manos de cualquiera que en las tuyas. Esto que lees, Teseo, te lo mando desde aquella playa 5 de la que tus velas se llevaron sin mí a tu barco, esa playa en la que me traicionasteis el sueño y tú, que con alevosía tendiste una trampa a mis sueños.

[189] Ariadna, hija de Minos, rey de Creta, ayudó a Teseo a salir del Laberinto tras vencer al Minotauro. Fue abandonada por éste en la isla de Naxos. JACOBSON, *Ovid's Heroides...*, págs. 213-227, indaga en las diferencias de la Ariadna de Ovidio frente a su indudable inspiración, la de CATULO, LXIV. Para él la clave en Ovidio no es el deseo de reunirse con Teseo, sino que el poema se centra en el hecho mismo del abandono, lo que finalmente Ariadna reclama de Teseo es su sepultura (vv. 75-76, 119-124); VERDUCCI (*Toyshop...*, «Ariadne in extremis», págs. 235-285) basa su análisis en el propósito de Ovidio de medirse con el veronés: Catulo trata a su personaje en los límites y cánones del *pathos*, mientras que Ovidio la empuja más allá de esos límites, y consigue una parodia. Se estructura (cf. OPPEL, *Ovids Heroides...*, pág. 14) como sigue: 1-6 introducción y situación; 7-58 viva retrospección (*narratio*) del despertar de Ariadna; 59-98 lamentos y quejas de Ariadna, con soliloquio (no hay salida, vv. 59-78), evocación de la serie de peligros que amenazan a las mujeres abandonadas (79-98); y exhortación final: vuelve, aunque sea a recoger mis huesos (133-152).

Era el momento[190] en que la tierra acaba de esparcir los cristales de la escarcha y se quejan los pájaros ocultos en las frondas. Sin acabar de espabilarme, atontada de sueño, moví las manos medio dormida para abrazarme a Teseo: no esta- 10 ba; vuelvo a echar los brazos y busco otra vez pasando los brazos por toda la cama: no estaba. Los miedos me despejaron el sueño; me incorporo aterrada y de un salto salgo del lecho vacío. Resonó al punto mi pecho a los golpes de 15 mis palmas y tiro de mis cabellos, despeinados como estaban del sueño. Había luna; me esfuerzo por ver algo más allá de la costa; pero los ojos no alcanzan a ver nada más allá. Corro sin tino de acá para allá, de un lado a otro; la es- 20 pesa capa de arena refrena mis pies de muchacha. Y, mientras gritaba por toda la playa «¡Teseo!», las cóncavas rocas me devolvían tu nombre, y cuantas veces yo te llamaba, otras tantas te llamaba aquel paraje; hasta el propio paraje quería ayudar a esta pobre. Había un monte; pocos arbustos 25 se ven en su cima; de allí cuelga un risco comido por el ronco oleaje. Me subo; la rabia me daba fuerzas; y así mido con la vista a lo lejos el ancho mar. Desde allí vi tus velas de lino que hinchaba un fuerte viento sur[191] —pues también he 30 tenido malos vientos—. Ya las viera, o ya fuera que me parecía haberlas visto, me quedé fría como el hielo y medio muerta. Pero el dolor no permitió que fuera muy largo mi desmayo. Con él me reanimo, y una vez reanimada llamo a Teseo con todas mis fuerzas. «¿A dónde huyes?», grité, 35 «¡Vuelve, Teseo, criminal, vira tu nave, que no va completa!». Eso decía, y donde me fallaba la voz ponía golpes de

[190] El despertar de Ariadna (7-50). Retrospección narrativa de gran viveza y lirismo, comparable a la evocación de la noche de bodas de Hipermestra (14, 21-84).

[191] Sobre el texto de los versos 29-32 (y 81-98) cf. R. TARRANT, «Two Notes on Ovid, *Heroides* X», *Rheinisches Museum* 128 (1985), 72-75.

dolor; los golpes se confundían con mis palabras. Por si no
40 me oías, para que al menos me pudieras ver, agitaba las manos haciendo signos desde lejos, y puse un velo blanco en una rama larga, para que te avisara de que sin duda te habías olvidado de mí. Y ya te habías arrancado de mis ojos: entonces por fin me puse a llorar; hasta entonces había
45 tenido mis tiernas mejillas embotadas de dolor. ¿Qué iban a hacer mis ojos sino llorar por mí, después de que habían dejado de ver tus velas? Y yo ya vagaba sola y sin rumbo, con el pelo revuelto, como una bacante excitada por el dios Ogigio[192]; o ya me quedaba sentada en una roca, yerta, mi-
50 rando el mar, y tan de piedra era yo misma como mi asiento. Volví muchas veces al lecho que nos acogió a los dos, y que no iba a volvernos a tener juntos, y toco tus huellas en vez de a ti, lo único que puedo, y las sábanas que abrigaron tu
55 cuerpo. Me acuesto, y cuando la cama rebosaba de lágrimas caídas, le digo a gritos: «Éramos dos al acostarnos, ¡devuélvenos a los dos! Aquí entramos los dos, ¿por qué no salimos juntos? Cama traidora, ¿dónde está la parte más grande de mi corazón?»

¿Qué voy a hacer? ¿A dónde voy a ir yo sola? La isla
60 está sin cultivar; no veo el trabajo de hombres ni de bueyes. El mar ciñe todo el costado de esta tierra, pero no hay ningún marino; ninguna embarcación que vaya a venir por estas rutas inseguras. Suponte que se me ofrecen unos compañeros, una nave y buenos vientos: ¿para qué iba a se-
65 guirlos? La tierra de mi padre[193] me niega la entrada. Aunque me deslizara en un barco afortunado por unos mares en calma, aunque Éolo moderara los vientos, seré una exiliada.

[192] Baco, así llamado por ser nieto de Cadmo, rey de Tebas, ciudad fundada por Ogiges.

[193] Creta, isla de Minos.

No te volveré a ver, Creta, repartida en cien ciudades[194], tierra que conoció Júpiter de niño. Porque mi padre y mi tierra, gobernada por él con justicia, nombres queridos, han 70 sido traicionados por mi culpa, cuando te di como guía un hilo que condujera tus pasos, para que, vencedor, no te retuvieran las revueltas del laberinto. Entonces me decías: «Yo te juro por estos mismos peligros que mientras los dos estemos vivos serás mía». Estamos vivos y no soy tuya, Teseo, 75 si es que está viva una mujer sepultada por el engaño de un marido infiel. ¡Ojalá me hubieras sacrificado a mí también con la misma maza que a mi hermano[195]! Con mi muerte habrías cumplido la palabra que me diste.

Ahora no sólo voy a evocar lo que tendré que sufrir, sino lo que puede soportar cualquier mujer abandonada. Se 80 me vienen[196] a la cabeza mil maneras de morirse; y la muerte encierra menos dolor que el que la muerte se retrase. Supongo estarán ya al llegar los lobos, por un lado o por otro, que me desgarrarán las entrañas con ávidos mordiscos. ¿O quizá cría esta tierra rubios leones? ¿Quién sabe si 85 †tiene esta isla† tigresas carniceras? Y se dice que los mares escupen enormes focas; ¿y quién impide que las espadas me atraviesen el costado? Sólo pido que no acabe yo de esclava, atada con crueles cadenas, y que no tenga que trabajar 90 enormes lotes de lana con manos de sierva, ésta cuyo padre es Minos, cuya madre[197] es la hija de Febo, y, lo que más tengo presente, la que se prometió a ti. Tanto si veo el mar como si veo la tierra, o las extensas costas, muchas cosas

[194] Así en *Ilíada* II 649, VIRG., *Eneida* III 104, HORAC., *Carm.* III 27, 24.

[195] El Minotauro; compárese con las palabras de Fedra, hermana también del Minotauro, en IV 115.

[196] Cf. nota a los vv. 29-32.

[197] Pasífae.

194.–7

95 me amenazan en la tierra y otras muchas en el mar. Quedaba el cielo; temo visiones de dioses; estoy a merced de las voraces fieras, como su presa y su cebo. Si viven y moran aquí hombres, no me fío de ellos; de mis heridas he aprendido a recelar de varones extranjeros.

Ojalá estuviera vivo Andrógeo y no hubieras expiado tu 100 culpa con tus muertos[198], despiadada tierra de Cécrope, y tu diestra, Teseo, no se hubiera alzado para inmolar con la maza nudosa al que era medio hombre medio toro, ni yo te hubiera dado los hilos que te debían mostrar el camino de vuelta, los hilos que sin parar recogían tus manos aplicadas. 105 La verdad es que a mí no me sorprende que la victoria esté de tu lado, ni que el monstruo haya caído y haya teñido la tierra de Creta. Tus entrañas de piedra no se podían atravesar con un cuerno; de no haberte cubierto tú, a salvo te po- 110 nía tu pecho. En él llevas pedernales, en él aceros, en él llevas, Teseo, lo que quiera que haya más duro que pedernales. Crueles sueños, ¿por qué me tuvisteis dormida? Mejor tenía que haberme hundido de una vez por todas en la noche eterna. Crueles también vosotros, vientos, demasiado dispuestos, y vosotras las brisas, industriosas para hacerme 115 llorar; mano cruel, que ha matado a mi hermano y me ha matado a mí, y cruel juramento, vana palabra dada a quien lo pedía: contra mí se han conjurado sueño, vientos, y juramento; una pobre muchacha ha sido traicionada por tres vías.

Así es que yo al morirme no veré las lágrimas de mi 120 madre ni habrá quien me cierre los ojos. Mi desgraciado aliento escapará entre aires extranjeros y no habrá una mano

[198] En venganza por la muerte de Andrógeo, hijo de Minos, Atenas, la tierra de Cécrope, tenía que mandar al Minotauro un tributo anual de siete muchachos y siete muchachas.

amiga para ungir mi cuerpo yacente. Las aves marinas se posarán sobre mis huesos sin enterrar; ésta es la sepultura que merecen mis favores. Irás al puerto de Cécrope[199] y se- 125 rás recibido en tu patria, y cuando altanero en presencia de tu gente, cuentes con detalles la muerte del hombre y toro, y sobre la morada de piedra cortada por dudosos caminos, cuenta también que me abandonaste en una tierra desierta: ¡no debo serte escamoteada a tus títulos! No es Egeo tu 130 padre, ni tú eres hijo de Etra la hija de Piteo; tus padres son las piedras y el mar.

Quisieran los dioses que me vieras desde lo más alto de la nave; mi triste figura habría conmovido tu expresión. Mírame ahora no con los ojos, sino, del único modo que 135 puedes, con la imaginación, agarrada a un arrecife golpeado por el vaivén del agua; mírame el cabello, suelto en señal de duelo, y la túnica pesada de lágrimas, como si fuera de lluvia. El cuerpo se me estremece, como las espigas que golpean los aquilones, y trazo vacilantes las letras, escritas 140 con mano temblorosa. No te imploro por mis méritos, ya que tan mal me ha ido; que no se me deba agradecimiento a mi obra, pero tampoco castigo; y si no he sido yo causa de tu salvación, no tienes por qué ser tú causa de mi muerte. Te 145 tiendo estas manos, cansadas de golpearme el pecho afligido, desgraciada de mí, a través del ancho mar. Te muestro, triste, los cabellos que me quedan; te suplico por estas lágrimas que tu conducta ha provocado: vira tu barco, Teseo, vuelve tus velas[200] y regresa; y si he muerto antes, 150 recoge al menos mis huesos.

[199] El puerto de Cécrope es, naturalmente, el de Atenas. Sobre el pasaje cf. A. S. HOLLIS, «Ovid, *Heroides* 10, 127-30», *Liverpool Class. Maunthly* 14 (1989), 4.

[200] Sigo con BURMANN la lectura *velo* («vela») de algunos códices frente a *vento*, DÖRRIE.

11

CÁNACE A MACAREO[201]

[La hija de Éolo manda al hijo de Éolo un deseo de salud que ella no tiene y estas palabras escritas con un arma en la mano[202].] Si hay palabras que se pierden en ciegos borrones, será que las hojas se han manchado de la sangre de su dueña.

Mi mano derecha sostiene la pluma, la otra mano una espada desenvainada[203], y en mis rodillas reposa la hoja

[201] La epístola de Cánace a Macareo trata el tema del incesto entre hermanos. Exhaustivos datos mitográficos en MOYA, pág. 77, n. 1. Léase a JACOBSON, *Ovid's Heroides...*, págs. 159-175, para un análisis tradicional, comprensivo y simpatético respecto a Cánace; VERDUCCI, *Toyshop...*, págs. 181-234, en cambio, hace un análisis nada indulgente, donde, tras comparar con los otros tres casos de incesto en la obra de Ovidio (Biblis, Mirra y Fedra), toma a Cánace como figura banal, ambigua víctima y pasiva cómplice de la acción, en la que Ovidio hace el consciente reverso literario de Fedra (*Her.* 4). Se estructura así (sigo en parte a OPPEL, *Ovids Heroides...*, pág. 15): 1-6 introducción; 7-20 semblanza de su padre; 21-98 lamentos y retrospección: *narratio* de la historia de amor incestuoso hasta el presente; 99-108 me suicidaré; lamentos y adiós a la vida (con apóstrofes); 109-122 lamento por su hijo y apóstrofe a él: lo seguiré a la muerte; 123-130 apóstrofe y exhortación al hermano.

[202] La autenticidad del dístico inicial es defendida por G. ROSATI, «*Aeolis Aeolidae*... Sull'autenticità di un distico ovidiano (*Her.* 11, 0 a-b)», *Riv. di Fil. Istruz. Clas.* 112 (1984), 417-426.

[203] La espada que le manda Éolo, su padre, para que se suicide, en el verso 97.

desenrollada. Esa es la imagen de la hija de Éolo mientras escribe a su hermano; creo que así podría complacer a nuestro cruel padre. Me gustaría que él estuviera aquí como espectador de mi muerte y poner punto final a la obra ante los ojos de su autor[204]. Como es salvaje y mucho más brutal que sus euros, hubiera visto mi herida con las mejillas secas. Se ve que de algo le sirve vivir con los crueles vientos; él cuadra bien con la naturaleza de sus súbditos. A él se someten el noto, el céfiro, el sitonio aquilón, y tus alas, euro caprichoso. Le obedecen, ¡ay!, los vientos, pero no su cólera violenta, y es soberano de unos reinos menores que sus propios defectos. ¿De qué me sirve alcanzar el cielo en los nombres de mis abuelos y poder contar a Júpiter entre mis parientes? ¿Dejo de tener por eso en mis manos de mujer, regalo de muerte, un hierro enemigo, un arma[205] impropia de mí? ¡Ay, ojalá, Macareo, la hora que nos unió a los dos en uno hubiera llegado después mi muerte! ¿Por qué, hermano, me amaste más que un hermano y fui para ti lo que no debe ser una hermana? Yo también sentí la pasión[206], y como lo había oído siempre, sentí en mi corazón ardiente a no sé qué dios. El color se me fue de la cara, se me enflaqueció el cuerpo, y la boca, obligada, apenas probaba bocado; no tenía el sueño tranquilo, y la noche se me hacía un año, y sin padecer ningún dolor daba continuos gemidos. No podía explicarme la causa de todo lo que me pasaba, ni sabía qué era estar enamorada; y era aquello. La

[204] Doble sentido: Éolo es el autor de la vida y ahora de la muerte de su hija Cánace, cf. MOYA, pág. 77, n. 2.

[205] *Tela* es a la vez plural de *telum*, «arma», y nominativo de *tela*, «tejido». BORNECQUE-PRÉVOST ven un posible juego de palabras, pues, en el hecho de tener la espada en vez de la labor entre sus manos de mujer, pág. 65, n. 8.

[206] Siguen los síntomas de la enfermedad del amor, motivo elegíaco.

primera que se barruntó el mal fue mi nodriza, con su corazón de vieja, fue mi nodriza la primera que me dijo: «Tú estás enamorada, hija de Éolo». Me puse colorada y la vergüenza me hizo bajar la vista a mi regazo; eso era signo suficiente de confesión sin palabras.

40 Y ya se me hinchaba la carga en el vientre culpable, y el peso furtivo entorpecía mi débil cuerpo. ¡Qué hierbas y qué brebajes no me trajo mi nodriza aplicándolo por debajo con mano atrevida para que se desprendiera la carga que crecía dentro de mis entrañas —esto es lo único que te he oculta-
45 do—! ¡Ay! El niño, demasiado fuerte, resistió las artes que con él se emplearon y permaneció a resguardo de su oculto enemigo. Ya se había levantado nueve veces la hermosísima hermana de Febo[207], y la décima Luna espoleaba los caballos de la luz; no sabía qué cosa me producía dolores repen-
50 tinos, pues en partos yo era ignorante y soldado bisoño. No pude reprimir un grito; la vieja confidente me dijo: «¿Cómo que delatas tu pecado?», y me tapó la boca que gritaba. ¿Yo qué podía hacer, pobre de mí? El dolor me obliga a dar gemidos pero el temor y mi ama, y la propia vergüenza, me
55 lo impiden. Contengo los gemidos, me trago las palabras que se me escapan, y me obligo a beberme mis propias lágrimas. La muerte estaba ante mis ojos y Lucina me negaba la ayuda, y si moría, la muerte era también grave infamia; entonces inclinado sobre mí, con la túnica y el pelo desga-
60 rrados, me reconfortaste el pecho al calor del tuyo, y me dijiste: «Vive, hermana, oh, queridísima hermana, vive y no pierdas dos cuerpos en uno solo. Que la buena Esperanza te dé fuerzas; porque serás la futura esposa de tu hermano,
65 serás la mujer del que te ha hecho madre». Estaba muerta, créeme, pero con tus palabras volví a vivir, y solté de mi

[207] La Luna.

vientre el que era mi carga y mi pecado. ¿De qué te felicitas? Éolo está sentado en medio de su palacio; el pecado debe sustraerse a los ojos de nuestro padre. Entre el grano, entre ramas de blanco olivo y con ligeras bandas oculta al 70 niño la diligente anciana[208] y finge hacer un sacrificio diciendo palabras rituales; el pueblo y mi propio padre abren paso al sacrificio. Ya estaba cerca el umbral, cuando un vagido llegó a oídos de mi padre y el niño se delata con su señal. Éolo nos lo arranca y desvela el sacrificio fingido. El 75 palacio retumba con sus voces de loco. Como se estremece el mar cuando lo agita una suave brisa, como se agita el fresno al soplo del tibio noto, así habrías visto temblar mi pálido cuerpo; se agitaba con mi temblor el lecho donde yo 80 yacía. Prorrumpe y proclama a gritos mi oprobio y a duras penas mantiene las manos lejos de mi pobre cara. Yo no podía hacer más que derramar lágrimas, muerta de vergüenza, con la lengua paralizada por un miedo helado. Y ya había 85 ordenado que se echara el pequeño nieto a los perros y las aves, y que se abandonara en un sitio solitario. El pobre dio un vagido —parecía que lo hubiera entendido— y con los sonidos que podía suplicaba a su abuelo. ¿Cómo crees que me sentí, hermano (puedes averiguarlo por tus sentimien- 90 tos), cuando delante de mí un enemigo se llevaba mis entrañas a bosques impenetrables para que fuera pasto de los montaraces lobos? Salió de mi habitación. Entonces fue cuando me golpeé el pecho y me arañé la cara con las uñas. A esto que llega un guardián de mi padre con el rostro 95 abatido y salieron de su boca estas indignas palabras: «Éolo

[208] Bornecque-Prévost, pág. 67, n. 3, ven aquí alusión a la *mola salsa*, harina tostada con sal que se ponía en la frente de la víctima. El sacrificio es una excusa para que las mujeres puedan sacar al niño de la casa.

te envía esta espada —y me la entregó— y te manda que imagines, por tus actos, para qué debe servir».

Lo imagino y usaré con valentía la espada fiera, y hundiré en mi pecho el regalo de mi padre. ¿Éste es el regalo que me haces por mi boda, padre? ¿Ésta es, padre, la rica dote que dejas a tu hija? ¡Llévate lejos de aquí, frustrado Himeneo, las antorchas maritales y huye con pasos atropellados de esta casa maldita! ¡Traed contra mí las antorchas que lleváis, negras Erinias, y que sea éste el fuego que encienda mi pira funeraria! ¡Casaos con mejor Parca, felices hermanas mías, pero recordad a la hermana que habéis perdido!

¿Qué pecado ha podido cometer un niño nacido hace tan pocas horas? ¿Qué ha hecho para herir a su abuelo un recién nacido? Si ha podido merecer la muerte, piénsese que la ha merecido; pero, ¡ay!, el pobre sufre castigo por mi pecado. Mi niño, dolor de su madre, pasto de las voraces fieras, ¡ay de mí!, despedazado el día de tu nacimiento; mi niño, dolorosa prenda de un amor malhadado, este primer día tuyo fue también el último. No me han dejado cubrirte de justas lágrimas, ni llevar a tu sepultura mi pelo cortado; no me he echado sobre ti, no he recogido tus fríos besos; animales salvajes despedazan mis entrañas. Yo misma iré también con mi herida tras el ánima de mi niño: y no llevaré mucho tiempo el nombre de madre, ni mucho tiempo el de madre sin hijo.

Mientras, tú[209], esperado en vano por tu hermana desgraciada, recoge, por favor, los miembros esparcidos de tu niño, y devuélveselos a su madre, puestos sobre un sepulcro común, y que una urna, por estrecha que sea, nos tenga a los dos. Recuérdame mientras vivas y derrama lágrimas sobre

[209] Macareo.

mi cadáver, y que no tenga miedo el amante del cuerpo de su amada. Por favor, cumple tú la voluntad de la hermana que quisiste demasiado. Yo cumpliré la voluntad de nuestro padre.

12

MEDEA A JASÓN[210]

[Desterrada, pobre, repudiada, le habla Medea al nuevo recién casado, ¿o es que no te dejan ni un instante los asun-

[210] La maga Medea era la princesa hija de Eetes, rey de Cólquide. Huyó con Jasón tras ayudarle a conseguir el Vellocino de Oro. Después de que ella había traicionado así a su padre, y había descuartizado a su hermano Absirto, Jasón la abandonó para casarse con Creúsa, hija del rey de Corinto, Creón. Medea en venganza mató a sus dos hijos, tenidos con Jasón, y provocó la muerte de Creón y Creúsa mediante un regalo de bodas encantado.

Es el segundo tratamiento de la figura de Medea en las *Heroides*. El primer retrato indirecto aparece en *Her.* 6 (Hipsípila). Es llamativa la recurrencia de la figura de Medea en la obra de Ovidio, a la que sabemos que dedicó su primera obra de tono elevado, la tragedia que llevaba su nombre, hoy perdida. La *Her.* 12 ha sido muy desdeñada por la crítica; defendida en cambio por VERDUCCI, *Toyshop...*, págs. 66-85. Sobre la autenticidad de la elegía, véase P. E. KNOX, «Ovid's Medea and the Authenticity of *Heroides* 12», *Harv. Stud. Class. Phil.* 90 (1986), 207-223; véase también el estudio comparativo de H. HROSS, *Die Klagen der verlassenen Heroiden...*, tesis doct., Munich, 1958, especialmente págs. 144-164. Se estructura como sigue (cf. OPPEL, *Ovids Heroides...*, págs. 15-16): [a-b introducción]; 1-20 lamentos de Medea y reproches a sí misma y a Jasón; 21-158 retrospección narrativa y reproches: *narratio* de la historia de amor desde el principio hasta el abandono, con discurso directo de Jasón (73-88) y apóstrofe a su hermano que ella despedazó (113-116); 159-182 quejas y lamentos, con apóstrofes, ironía trágica (v. 180); 183-206 discurso de súplica, exhortación y reproches a Jasón, con rasgos de *argumentatio*; 207-212 amenaza final.

tos del gobierno?] Sin embargo, yo, cuando era reina de los colcos, me acuerdo que te dedicaba tiempo..., cuando me pedías la ayuda de mis artes. En ese momento debían haber 5 vaciado mis husos las Hermanas[211] que regulan los hilos de los mortales; todavía entonces podía Medea morir bien. Todo el tiempo que he vivido desde aquel momento ha sido mi castigo. ¡Ay de mí! ¿Por qué tuvo que venir el árbol del Pelio[212] movido por juveniles brazos en busca del carnero de 10 Frixo? ¿Por qué tuvimos que ver nunca los colcos la Argo de Magnesia y la tropa griega bebió agua del Fasis? ¿Por qué me gustó más de lo que debía tu rubio pelo, y tu hermosura, y la mentirosa gracia de tu lengua? O, ya que la na- 15 ve desconocida había atracado en nuestras arenas y nos había traído unos hombres audaces, ojalá sin tomar mis hierbas el desagradecido Esónida se hubiera ido al encuentro del aliento de fuego y la torva cara de los toros. Ojalá que de las semillas que tirara hubiera recogido otros tantos enemigos, para que su propio sembrador cayera a manos de su 20 sembrado. ¡Cuánta perfidia habría muerto contigo, criminal, y cuántas desgracias no se me habrían quitado de encima! Da gusto en algún sentido echar en cara a un ingrato los favores; me daré ese gusto, ése será el único gozo que sacaré de ti.

Habiendo recibido la orden[213] de dirigir tu nave inex- 25 perta al país de los colcos entraste en los felices dominios de mi patria. Allí fui yo, Medea, lo que aquí es tu nueva esposa; tan rico era mi padre como lo es el de ésta. Éste gobierna Éfira, la de los dos mares, el otro, todo lo que se extiende desde la izquierda del Ponto hasta la nivosa Esci- 30

[211] Las Parcas. Vaciar los husos equivale a acabar con la vida.

[212] *Pelias arbor*, la nave Argo, construida en Tesalia, donde se situaba el monte Pelio.

[213] De su tío Pelias.

tia. Eetes ofrece su hospitalidad a la juventud pelasga, y recostáis, griegos, los cuerpos en divanes[214] decorados. Fue entonces cuando te vi; entonces empecé a saber quién eras; aquélla fue la primera ruina de mi corazón. ¡Te vi y me perdí! Me abrasaron unos fuegos desconocidos, como arde la antorcha de pino ante los grandes dioses. Tú eras hermoso, además me arrastraba a mí mi sino; tus ojos me habían robado la mirada. Te diste cuenta, impostor, porque ¿quién sabe esconder bien el amor? La llama sube y se delata, sola se acusa. Se te impone mientras la condición de que impusieras un insólito arado sobre los duros cuellos de unos bueyes salvajes. Eran los toros de Marte, feroces no sólo por los cuernos, pues su terrorífico aliento era de fuego. Tenían las patas duras de bronce, y protegido también el morro con un bronce vuelto negro de los resoplidos. Además se te había mandado esparcir por los anchos campos con mano embrujada una simiente que daría vida a una gente que intentaría herir tu cuerpo con las armas que nacerían con ella: cosecha ingrata es ésa con su sembrador. Abatir los ojos del guardián que no conocen el sueño con algún truco es tu último cometido. Eso había dicho Eetes: todos os levantáis afligidos y se retira la alta mesa de los divanes esplendorosos. ¡Qué lejos tenías entonces el reino de Creúsa, su dote, y tu suegro, y la hija del poderoso Creonte! Te marchas triste, y yo te miro marchar, con lágrimas en los ojos, y mi lengua te dijo en un tenue murmullo: «Suerte». Cuando alcancé malherida el lecho que había en mi habitación, pasé entre llantos la noche, todo lo larga que fue. Ante mis ojos estaban[215]

[214] Los del banquete, cf. v. 51.

[215] Nótese el hábil juego de la vívida evocación de los futuros sucesos dentro de la retrospección general (21-158).

los toros y la mies nefanda, ante mis ojos la serpiente en perpetua vigilia. Por un lado el amor y por otro el temor —y el temor hace crecer el amor—. Se hace de día y dejé pasar a mi habitación a mi querida hermana[216] que me encontró con el pelo alborotado y tendida bocabajo, y toda empapada en lágrimas. Ella suplica ayuda para los Minios[217] (una la pide y otra la disfrutará); le damos al hijo de Esón lo que ella ruega. Hay un bosque sombreado de pinos y frondas de encinas; allí casi no se deja paso a los rayos del sol. Hay en él —o lo había al menos— un santuario de Diana: modelada por mano extranjera se erige allí la diosa de oro. ¿Te acuerdas, o, como de mí, te has olvidado de esos lugares? Llegamos allí; tú empezaste el primero con tu boca perjura a decir así: «La fortuna te ha concedido el derecho y la posibilidad de salvarme o no la vida, y en tu mano está tanto mi vida como mi muerte. Poder matar es ya bastante, para el que disfrute con ese poder; pero supondré para ti mayor gloria si me conservas la vida. Te suplico por mis desgracias, de las que puedes ser alivio, por tu estirpe y por el divino poder de tu abuelo, que todo lo ve[218], por los tres rostros de Diana[219] y por su arcana liturgia, y por los dioses que pueda tener este pueblo, si los tiene: ¡oh, muchacha, ten piedad de mí y de mi gente, y hazme para siempre tuyo, en reconocimiento! Y si por ventura no desdeñas a un marido pelasgo —pero ¿por qué iban a serme tan propicios y benévolos los dioses?—, que

[216] Calcíope.

[217] Los Minios son los Argonautas. El texto de este verso es inseguro. El paréntesis es probablemente una glosa o comentario al comienzo del verso que ha sustituido su final perdido. La ayuda la pide la hermana de Medea, pero la disfrutará Creúsa (Socas).

[218] El Sol.

[219] Febe en la Luna, Diana en la tierra y Hécate en los infiernos.

mi aliento desaparezca en el aire tenue, antes que en mi cama haya otra esposa que tú. Que sea testigo Juno, pro- 90 tectora de los santos matrimonios, y la diosa en cuyo templo de mármol estamos». Todo eso —y con cuánto menos hubiera bastado— conmovió mi corazón de muchacha ingenua y también tu mano derecha unida a la mía[220]. También vi tus lágrimas —¿tienen ellas parte en el engaño?—. Y así 95 fui al instante una mujer prisionera de tus palabras. Unces los toros de patas de bronce sin una quemadura en el cuerpo, y aras la sólida tierra con el arado que se te mandó. Llenas los sembrados de dientes con untos mágicos que hacen las veces de semilla, nace el ejército y ya sostiene espadas y escudos. Yo misma, que había puesto los untos, 100 me quedé pálida y de una pieza cuando vi a esos repentinos hombres cargados de armas, hasta que, por fin —delito portentoso—, estos hermanos, hijos de la tierra, trabaron combate entre sí, con sus espadas desenvainadas. Y he aquí que el centinela insomne, erizado de escamas crepitantes, 105 silba y barre la tierra con los giros de su panza. ¿Dónde estaba entonces la ayuda de tu dote? ¿Dónde estaba tu regia esposa, y el Istmo que separa las aguas de uno y otro mar? Y yo, esa que ahora finalmente te parece bárbara, la que ahora te parece pobre, la que ahora te parece peligrosa, so- 110 metí al sueño con mi brujería ojos de fuego y te di sin peligro el vellón para que lo robaras. Traicioné a mi padre, abandoné mi reino y mi patria y sobrellevé como un regalo el poder estar exiliada, mi virginidad fue botín de un bandido extranjero, junto con mi madre amada dejé a mi ex- 115 celente hermana. Pero a ti, hermano[221], no te dejé libre de mí al huir. En este único lugar me falla la pluma: lo que mi

[220] En señal de promesa.

[221] Absirto, descuartizado por Medea.

mano se atrevió a hacer, no se atreve a escribirlo. Así debí ser despedazada yo, pero contigo. Y no me dio miedo —¿qué podía temer después de aquello?— entregarme al mar, sien- 120 do mujer y ya culpable. ¿Dónde está el poder divino? ¿Dónde los dioses? Debimos sufrir en alta mar el merecido castigo, tú de tu mentira, yo de mi credulidad. ¡Ojalá las Simplégades nos hubieran aplastado en nuestro abrazo y mis huesos se hubieran pegado a los tuyos, o que la rapaz Escila 125 nos hubiera tirado para pasto de sus perros![222] Escila debería herir a los hombres ingratos. ¡Y ojalá que la que vomita la marea tantas veces como la vuelve a tragar[223] también a nosotros nos hubiera sepultado bajo las aguas de Trinacria! Vuelves a salvo y victorioso a las ciudades hemonias; 130 se deposita el vellón de oro ante los dioses patrios. ¿Para qué hablar de las hijas de Pelias, asesinas por piedad filial, y del cuerpo del padre descuartizado por mano de doncellas[224]? Otros me acusen: tu obligación es alabarme, por haber sido tantas veces por ti mala a la fuerza. Te has atrevido 135 —oh, me faltan las fuerzas ante un dolor tan justo—, te has atrevido a decirme: «¡Vete de la casa de Esón!». Bajo una orden salí del palacio acompañada de nuestros dos hijos y de quien me sigue siempre, mi amor por ti. Cuando de pronto llegó a nuestros oídos el cantar del Himeneo y brillan las 140 antorchas de boda que acaban de encenderse, la flauta entona cantos, para vosotros de boda, pero para mí más tristes que la tuba funeraria, me aterroricé, y, aunque todavía no

[222] Simplégades son rocas que entrechocan. Escila, monstruo marino, tiene perros en la entrepierna.

[223] Caribdis, monstruo marino situado frente a Escila, en el estrecho de Mesina.

[224] Las hijas de Pelias —el rey de Yolcos, instigador de la expedición de Jasón en busca del Vellocino de Oro—, engañadas por Medea hirvieron los miembros de su padre creyendo que así rejuvenecería.

me suponía una vileza tal, el frío se me extendió por todo el pecho. Se precipita el gentío y gritan una y otra vez «Himen, Himeneo». Cuanto más cerca tenía esa voz peor me sentía. Por todos lados lloraban los siervos y ocultaban sus lágrimas —¿quién querría ser portavoz de una desgracia tan grande?—. Yo también prefería ignorar lo que fuera, pero tenía el corazón triste, como si lo supiese, cuando el más pequeño de los niños, porque se le mandó y por propio deseo de enterarse, se detuvo al borde del umbral de la doble puerta y me dijo: «¡Sal aquí, madre! Jasón, mi padre, abre la comitiva y vestido de oro espolea un tiro de caballos». Entonces me desgarré el vestido y me empecé a golpear el pecho, sin que tampoco la cara se librara de mis arañazos. La rabia me invitaba a lanzarme en medio de la fila de gente y a arrancar las coronas de flores que les adornaban el pelo. A duras penas me contuve, así como estaba después de tirarme de los pelos, de gritar «¡Es mío!», e intentar sujetarle[225].

Ultrajado padre mío, ¡alégrate! ¡Alegraos, colcos abandonados! ¡Ten tus ofrendas, sombra de mi hermano! Cuando he perdido mi reino, mi patria y mi casa, me abandona mi esposo, que era él solo todo para mí. Así que yo, que pude doblegar serpientes y toros enloquecidos, lo único que no pude doblegar fue a mi marido. Yo, que combatí fuegos desaforados con sabios brebajes, no puedo huir de mis propias llamas. Me abandonan mis sortilegios, mis hierbas y mis hechizos. Nada hace la diosa[226], nada los misterios de la poderosa Hécate. No me agrada el día; paso en vela las amargas noches sin que el tierno sueño, ¡ay!, acoja el pecho de esta desgraciada. Yo, que no puedo hacerme dormir a mí,

[225] *Manum inicere*, tecnicismo jurídico por «reclamar».
[226] Diana.

pude hacer dormir a la sierpe; a cualquiera le es más útil mi ciencia que a mí misma. El cuerpo que yo salvé lo abraza una querida y ella recoge el fruto de mi trabajo. Quizá mientras pretendes jactarte delante de la imbécil de tu esposa, y hablarle de cosas adecuadas a sus oídos hostiles, inventas contra mi cuerpo y mi carácter nuevas críticas. Que se ría y se divierta con mis defectos. Que se ría y que descanse altiva sobre colchas de púrpura: ya llorará y se quemará, y mayor será su fuego que el mío[227]. Mientras no falten hierro, fuego y jugos de veneno, no quedará un solo enemigo de Medea sin su castigo.

Pero, por si acaso las súplicas conmueven entrañas de piedra, oye ahora unas palabras más suaves que mis instintos. Ahora yo te suplico a ti como tú antes me suplicabas, y no dudo en prosternarme a tus pies. Si yo para ti no valgo nada, apiádate de los hijos que tuvimos juntos: una madrastra despiadada se ensañará con los frutos de mis entrañas. Se parecen demasiado a ti, y me impresiono con su figura, y cada vez que los veo se humedecen mis ojos. Por los dioses te suplico, por la luz de la llama ancestral[228], por tu deuda conmigo y por los dos niños, prendas nuestras, devuélveme el lecho por el que tantas cosas he dejado, loca de mí. Cumple tu palabra y devuélveme la ayuda que me debes. No te pido ayuda contra toros, ni ejércitos, ni que la serpiente duerma vencida gracias a ti; te reclamo a ti, porque te he merecido, porque tú mismo te entregaste a mí, con quien he sido madre a la vez que tú has sido padre. ¿Preguntas dónde está mi dote? La pagué con aquel campo que tú tenías que arar para llevarte el vellocino; aquel carnero de oro que con

[227] Ironía trágica: Creúsa murió abrasada por una prenda, velo o manto de bodas, que Medea trató con sus untos mágicos.
[228] El Sol, abuelo de Medea.

194.-8

su espeso vellón se atraía las miradas es mi dote: si te dijera 205 «Devuélvemelo», te negarías. Que tú y el ejército griego estéis a salvo es mi dote. Vamos, desgraciado, compara con eso las riquezas del hijo de Sísifo[229]. El hecho de que vivas, que tengas una esposa y un suegro ricos, y hasta el que puedas ser ingrato, me lo debes a mí. Yo a éstos no tardaré 210 en... ¿pero a qué viene anticipar su castigo? Mi ira está preñada de amenazas descomunales. Me dejaré llevar por la ira. Quizá tenga que arrepentirme de lo que haga; también me arrepiento de haber protegido a un marido infiel. El dios que ahora ocupa mi pecho sabrá lo que hace; lo cierto es que mi corazón trama algo espantoso.

[229] Creonte, el padre de Creúsa.

13

LAODAMÍA A PROTESILAO[230]

Laodamía la hemonia, que te ama, te manda un saludo, esposo hemonio, y desea que llegue[231] adonde te lo manda.

[230] La epístola trata del sino de Protesilao, héroe homérico que debía morir el primero en combate por ser el primero que desembarcó en Troya. Fuentes en *Ilíada* II 695 y sigs. y el *Protesilao* de EURÍPIDES. Cf. JACOBSON, *Ovid's Heroides...*, págs. 195-212, que analiza lo propio del carácter de la heroína frente a las caracterizaciones anteriores, especialmente su firme creencia en apariciones, espíritus y todo lo sobrenatural; véase también S. VIARRE, «Laodamie, héroïne élégiaque», *Hommages à Marcel Renard*, vol. I, Bruselas, 1969, Coll. Latomus 101, págs. 768-777. La disposición de la epístola es como sigue (cf. OPPEL, *Ovids Heroides...*, pág. 16): 1-2 introducción; 3-42 situación, *narratio* de la partida y lamentos; 43-50 lamentos por el mal presagio y por la guerra, mediante diversos apóstrofes; 51-120 los miedos de Laodamía, sus ruegos, advertencias, lamentos: apóstrofe a Protesilao (65-76), con *argumentatio*; apóstrofe a los griegos (77-82); *narratio* del mal presagio (85-90); la fortuna del primero que desembarque (91-92); apóstrofe a Protesilao (95-120), que se le aparece muerto en sueños (107-108), anhelos amorosos (113-120); 121-134 vuelta a la realidad, la guerra: *argumentatio* a los griegos; 135-148 *comparatio* de las troyanas con Laodamía y las griegas; 149-156 la imagen de cera de Protesilao; 157-164 juramento y encargo final.

Nótese el mito refinado: posesión del marido ausente con imágenes mentales (cf. v. 120, verso clave) frente al mito primitivo: posesión del marido ausente con una imagen de cera, real (cf. v. 155, verso clave) (SOCAS).

[231] *Mittit et optat amans, quo mittitur, ire salutem / Haemonis Haemonio Laodamia viro*. Quizá se deba traducir como SOCAS «y desea ir ella adonde te lo manda».

Corre el rumor de que permaneces en Áulide, donde el viento te retiene: ¡ay!, ¿dónde estaba ese viento cuando huiste de mí? Entonces sí que deberían los mares haber estorbado a vuestros remos; aquel momento era el bueno para las violentas marejadas. Yo le hubiera dado a mi marido muchos más besos y muchos más encargos, pues muchas son las cosas que quería decirte. Te arrancaron de aquí corriendo y el que llamaba a tus velas no era el viento que yo ansiaba, sino el que ansiaban tus marineros. El viento era bueno para los marineros, no para la enamorada; se me arranca de tu abrazo, Protesilao, y mi lengua deja sin acabar las frases de mis recomendaciones; apenas pude decir aquel triste «¡Adiós!». Apretó el bóreas y llenó de un golpe las velas, y al instante mi amado Protesilao estaba lejos. Mientras pude mirar a mi esposo, me deleitaba mirándolo, y todo el rato seguí tus ojos con mis ojos; cuando no te podía ya ver a ti, podía ver aún tus velas, y en tus velas detuve mucho tiempo mi mirada. Pero cuando ya no podía verte ni a ti ni las velas fugitivas, y ya no podía ver otra cosa que el mar, contigo se me fue también la luz, y dicen que entre tinieblas repentinas se me doblaron las rodillas y caí al suelo, exánime. Apenas pudieron reanimarme con agua helada mi suegro Ificlo, el anciano Acasto y mi entristecida madre. Cumplieron un piadoso deber, pero para mí sin provecho: me indigna que no se dejase morir a una desgraciada. Una vez que recobré el sentido me volvieron también las penas; legítimo amor de esposa devora mi casto corazón[232]. Ya no me preocupo de hacer que peinen mis cabellos, ni tengo ganas de cubrirme el cuerpo con vestidos de oro. Como se dice que van las que

[232] Sigue un nuevo tratamiento del motivo elegíaco de los síntomas del amor como enfermedad.

ha tocado el dios de los dos cuernos[233] con la vara orlada de pámpanos[234], así voy yo de acá para allá, adonde me lleva mi arrebato. Acuden las mujeres de Filo y a coro me gritan: «Laodamía, ponte pliegues[235] de reina». ¿Que yo me ponga unas prendas empapadas de púrpura mientras él combate al pie de los muros de Ilión? ¿Que me peine yo mientras él lleva el yelmo opresor en su cabeza? ¿Que lleve yo vestidos nuevos mientras mi marido carga con recias armas? Que se diga que yo imito con mi dejadez tus trabajos, lo único que puedo, y pasaré de luto este tiempo de guerra.

Desgraciado Priámida[236], hermoso para perdición de los tuyos, ¡que seas tan cobarde enemigo como mal huésped has sido! Quisiera que no hubieras visto más que faltas en la cara de tu esposa la del Ténaro[237], o que a ella le hubiera disgustado la tuya. Tú, Menelao, que tanto sufres por el secuestro de tu mujer, a cuántas otras, ay de mí, les costará lágrimas tu venganza. ¡Dioses, os lo suplico, no tengáis en cuenta mi presagio siniestro y que mi marido pueda ofrecer sus armas a Júpiter, patrón del regreso! Pero me aterro cada vez que me acuerdo de esa guerra desgraciada; y me caen las lágrimas como la nieve que se derrite al sol. Ilión y Ténedos, Simunte y Janto, Ida: son nombres que casi por su solo sonido dan miedo. Y el huésped[238] no hubiera intentado secuestrarla si no hubiera podido defenderse; él era consciente de sus propias fuerzas. Había venido, según

[233] Baco.

[234] El tirso.

[235] *Regales sinus*, «pliegues» por «vestiduras de reina». Filo era una ciudad de Tesalia, patria de Protesilao.

[236] *Dyspari Priamide*, juego de palabras con Paris, a quien se refiere.

[237] Helena, así llamada por proceder de Lacedemonia, donde estaba el promontorio del Ténaro.

[238] Paris.

cuenta la fama, llamativo, con su mucho oro, y como quien lleva sobre su cuerpo los tesoros frigios, poderoso en flota y en hombres, con los que se dirime la guerra cruel —pues, ¿qué parte proporcional de sus fuerzas sigue a cada rey[239]?—. Sospecho que fue esto lo que te derrotó a ti, hija de Leda y hermana de los Gemelos[240]; creo que es esto lo que puede perjudicar a los dánaos. Tengo miedo de un tal Héctor; Paris decía que Héctor promueve sangrientas guerras con mano de hierro; guárdate de ese Héctor[241], quienquiera que sea, si me amas: ¡ten ese nombre grabado en tu fiel corazón! Cuando estés a salvo de él, piensa en librarte de los otros y hazte a la idea de que allí mucha gente es Héctor, y procura decir cuando te prepares para combatir: «Laodamía me ordenó que me guardara para ella». Si quieren los dioses que caiga Troya bajo el ejército argólico, que consientan también que caiga sin que tú recibas ni una herida. Que luche Menelao, que arremeta contra los enemigos que le atacan [hasta que le robe a Paris la que antes Paris le robó a él. Que se precipite y que venza también con las armas al que ha vencido con su justa causa.] El marido es el que debe sacar a la esposa de entre los enemigos. Tu causa es distinta: tú lucha tan sólo por vivir y por poder volver al regazo cariñoso de tu dueña. ¡Salvad, Dardánidas, a éste solo de entre tantos enemigos, os lo suplico, que mi sangre no salga de ese cuerpo! No es de esos a los que les va correr al combate con la espada desenvainada, ni es de los que ofrecen su pecho fiero al enemigo. Mucho más valientemente puede

[239] En las embajadas y expediciones guerreras, cada rey o poderoso lleva consigo una comitiva según sus recursos humanos y económicos; por el cortejo de Paris, Laodamía se hace una idea de su poder (SOCAS). En DÖRRIE el v. 60 es una interrogativa, cuyo sentido es aseverativo.

[240] Cástor y Pólux, hermanos de Helena.

[241] Héctor mató a Protesilao.

amar que combatir; ¡que otros hagan la guerra! ¡Que Protesilao solamente ame! Ahora lo confieso: quise decirte que volvieras y mi corazón me empujaba; se detuvo mi lengua por miedo de un mal auspicio. Cuando quisiste salir de la puerta paterna hacia Troya, dio un mal signo tu pie al tropezar en el umbral[242]. Gemí al verlo y me dije para mis adentros: «Ojalá esto barrunte que mi marido volverá». Te cuento esto ahora para que no te envalentones con las armas. ¡Haz que todo mi miedo se pierda en el viento! También la fortuna señala con un hado adverso a aquel (no sé quién será) que sea el primero de los dánaos en tocar la tierra de Troya[243]: ¡pobre de la primera mujer que llore la pérdida de su marido! ¡Quieran los dioses que no pretendas ser tú el más resuelto! Que de las mil naves la tuya sea la que hace mil y que sea la última en remover las aguas ya cansadas. Otra cosa te advierto: ¡sal el último del barco! No es a tu tierra paterna adonde te apresuras. Que sea al volver cuando empujes el barco a vela y a remo y detengas la rápida marcha en tus playas. Tanto si se esconde Febo[244] como si se alza por encima de las tierras, tú, mi dolor, me visitas de día y de noche. De noche más que de día. La noche es grata a las jóvenes cuyos cuellos reposan sobre un brazo. En mi lecho célibe ando a la caza de sueños mentirosos; y mientras me faltan los placeres verdaderos disfruto de los falsos. Pero... ¿por qué se me aparece tu pálido fantasma? ¿Por qué sale tanto lamento de tus palabras? Me despierto sobresaltada y les imploro a los espíritus de la noche; a ningún altar de Tesalia le falta el humo de mis ofrendas. Les ofrezco incienso, y sobre él mis lágrimas, que hacen

[242] Tropezar es un mal presagio; cf., por ej., en TIBULO, I 3, 19-20.

[243] Ironía dramática: el primero en descender de la nave fue Protesilao, y por lo tanto, la primera mujer viuda fue Laodamía.

[244] El Sol.

relucir la llama, como suele cuando le echan vino y sube. ¿Cuándo podré abrazarte, de regreso, con mis brazos apasionados, y abandonarme lánguida, en mi propia alegría? 115 ¿Cuándo será que puedas contarme muy cerca de mí en la misma cama tus brillantes hechos de armas? Mientras me los cuentas, por más que disfrute oyendo, me robarás muchos besos, y me darás muchos otros. Una y otra vez se 120 detienen las palabras de historias bien narradas, y la lengua está más dispuesta para seguir tras pausas tan dulces[245].

Pero cuando me acuerdo de Troya, me acuerdo de los vientos y del mar; la buena esperanza cae vencida por la angustia y el temor. También eso de que los vientos impidan salir las naves me preocupa: os preparáis a salir con la mar 125 en contra. ¿Quién querría regresar a su patria cuando el viento lo impide? ¡Y ahora que lo prohíbe el mar echáis velas para alejaros de la patria! El propio Neptuno no abre camino hasta su ciudad[246]. ¿A dónde corréis? ¡Volved cada uno a vuestra casa! ¿A dónde corréis, dánaos? ¡Escuchad 130 los vientos que os estorban! No son accidentes imprevistos: esta demora es cosa de un dios[247]. ¿Qué se está persiguiendo con una guerra tan grande sino a una adúltera? Ahora que podéis, naves inaquias, ¡virad las velas! Pero ¿qué estoy haciendo? ¿Mandaros que volváis? ¡Fuera presagios de regreso, y que una brisa suave acaricie las aguas tranquilas. 135 Envidio a las troyanas, que, aunque tendrán que ver las tristes exequias de los suyos y no tendrán muy lejos al enemigo, al menos la casada pondrá a su aguerrido esposo con sus propias manos el yelmo, y le dará las armas troyanas; le dará las armas, y mientras le da las armas, recibirá

[245] Laodamía y Protesilao interrumpen sus historias para entregarse al amor. Hermosa reticencia que subraya el pudor de la narradora (SOCAS).

[246] Troya.

[247] ¿Neptuno?

a la vez sus besos —un deber de tal clase será dulce para 140 los dos—, y acompañará a su marido fuera y le dará el encargo de que vuelva diciéndole: «Trae de regreso estas armas para ofrendarlas a Júpiter». Él, llevando consigo los recientes encargos de su amada, luchará con cautela y velará por su casa. Ella le despojará a su regreso del escudo y 145 le desatará el casco y acogerá en su regazo su cuerpo agotado. Nosotras estamos en la duda, a nosotras una temerosa angustia nos obliga a creer que ha pasado de verdad todo lo que podría pasar. Pero mientras empuñas las armas de soldado al otro lado del mundo tengo tu efigie de cera para que 150 me recuerde tu rostro: a ella le digo mis cariños, a ella le digo las palabras que tú debías oír; ella recoge mis abrazos. Créeme, esa figura es más de lo que parece[248]; le pones voz a la cera y es mi Protesilao. La miro, la sujeto en mi regazo 155 como si fuera mi verdadero esposo, y le digo mis quejas como si pudiera contestarme. Juro por tu regreso y por tu cuerpo, que son mis dioses, y por las dos antorchas, la de mi corazón y la del matrimonio, y por tu cabeza, que ojalá puedas traerla contigo para que yo la vea blanquearse de canas, 160 juro que iré a acompañarte adondequiera que me llames, si es que (¡ay!, ése es mi temor), si es que te salvas. Que el final de la carta se cierre con un pequeño encargo: si me quieres a mí, quiérete a ti mismo[249].

[248] Ironía trágica: es más de lo que parece, porque Protesilao ha muerto, y ésta es, pues, su imagen funeraria.

[249] Juego de palabras (*si tibi cura mei, sit tibi cura tui*) que significa «si me quieres, cuídate».

14

HIPERMESTRA A LINCEO[250]

Te escribe Hipermestra a ti, único de tantos hermanos que erais hace poco; todo el montón restante ha caído asesinado por sus esposas. Se me mantiene presa en la casa, impedida con pesadas cadenas; la causa de mi suplicio es haber sido compasiva. Soy rea porque mi mano tuvo miedo de descargar la espada en tu cuello, y si hubiera tenido valor para cometer el crimen, se me alabaría. Mejor ser rea que agradar a mi padre de esa manera; no me pesa tener las manos limpias de sangre. Que me queme mi padre con el fuego que yo no he violado, y que me arrime a la cara las antorchas que estuvieron presentes en los rituales, o que me degüelle con la espada que no debió entregarme, de modo que yo muera recién casada con la muerte que no sufrió mi ma-

[250] La epístola trata el tema de las bodas de las hijas de Dánao y los hijos de Egipto. La noche de bodas los maridos murieron a manos de sus mujeres, con la excepción de Linceo, al que no mató Hipermestra. Sobre la carta cf. JACOBSON, *Ovid's Heroides...*, págs. 124-141, con bibliografía antigua pero interesante, quien reivindica los méritos de esta elegía, un tanto olvidada. La disposición de la epístola es (sigo libremente a OPPEL, *Ovids Heroides...*, pág. 17): 1-2 introducción; 3-20 actual situación de Hipermestra, causas y visión emocional que anticipa la retrospección; 21-84 *narratio*: bodas y asesinatos (21-40); escena de Hipermestra y Linceo (41-78), Hipermestra habla consigo misma (autoapóstrofe) en una *argumentatio* (53-66), salvación de Linceo y prisión de Hipermestra; 85-108 *digressio*: episodio de Ío (85-108); 109-122 *narratio* y lamentos: su presente y el de su familia; 123-132 exhortación y final.

rido: con todo y eso, no conseguirá que mi boca expirante diga «me arrepiento». No es compasiva la que se arrepiente de serlo. Que se arrepientan Dánao y mis crueles hermanas de su asesinato; que es la consecuencia que suelen tener los actos abominables.

Se me hiela el corazón con el recuerdo de aquella noche manchada de sangre, y un súbito escalofrío me atenaza los huesos de mi diestra. La mano que se creería capaz de llevar a cabo la muerte de su marido tiene miedo de escribir acerca de una muerte que ella no ha cometido. Pero lo intentaré, sin embargo.

Caían ya las luces del crepúsculo[251] sobre las tierras, era la última parte del día y la primera de la noche. Se nos lleva a las Ináquides al palacio del poderoso Pelasgo, y su propio suegro recibe armadas a sus nueras. Por todas partes alumbran lámparas ceñidas de oro; se ofrenda incienso impío a unos altares que no lo desean. La gente llama: «¡Himen, Himeneo!». Él[252] huye de quienes lo llaman; la misma esposa de Júpiter sale de su ciudad[253]. He aquí que ellos, tambaleantes por el vino, rodeados por el griterío de sus acompañantes, con flores frescas sujetándoles la húmeda[254] melena, se dejan llevar, contentos, a sus alcobas —alcobas que serán su tumba— y dejan caer sus cuerpos sobre lechos dignos de unas exequias. Ya se habían acostado, hartos de comer y beber, muertos de sueño; y se hizo un profundo silencio en la despreocupada Argos. Me parecía estar oyendo

[251] Noche de bodas de Hipermestra (21-84). «Vuelta atrás» narrativa de gran poder evocativo, como lo era también el despertar de Ariadna en X 7-50.

[252] Himen, el dios nupcial.

[253] La esposa de Júpiter, Juno, que preside los esponsales.

[254] De perfumes (SOCAS).

gemidos de agonía alrededor de mí, y era verdad que los oía; lo que me temía estaba ocurriendo. La sangre no me corre, el calor huye de mi cuerpo y de mi alma, y me quedé yerta en mi lecho recién estrenado. Igual que se estremecen 40 las espigas flexibles al suave céfiro, igual que una fría brisa sacude las copas de los álamos, así, o más aún, me estremecía yo. Tú estabas echado y los vinos que te había dado hacían de somnífero. El mandato de mi violento padre me quitó el miedo; me levanto y tomo el arma con mano tem- 45 blorosa. No te mentiré. Mi mano levantó tres veces el agudo puñal, y otras tres veces se me cayó el puñal mal levantado. Finalmente vencida por el cruel miedo a mi padre acerqué a tu cuello el arma paterna. Pero el temor y la compasión im- 50 pidieron mi sanguinario intento, y mi casta mano rehuyó la tarea que se le encomendaba. Me arranqué el vestido de púrpura, me arranqué cabellos, y sólo pude decir con un hilo de voz: «Hipermestra, tienes un padre cruel; cumple el mandato de tu padre; que acompañe éste a sus hermanos[255]. 55 Soy mujer y doncella, compasiva por mi natural y mis años; mis suaves manos no sirven para las armas salvajes. Vamos ya, imita a tus valientes hermanas mientras él está acostado; lo más seguro es que todas hayan matado a sus maridos. Si 60 esta mano pudiera cometer algún asesinato, sería manchándose con la sangre de su dueña. ¿O han merecido morir por pretender hacerse con el reino de su tío, que de todas formas tendría que entregarse a yernos forasteros[256]? Supón tú que nuestros maridos merecían morir; pero ¿qué mal hemos hecho nosotras? ¿Qué he hecho yo para no poder ser buena? 65 ¿Yo qué tengo que ver con la espada? ¿A qué viene una

[255] En la muerte.

[256] Fueran o no sus sobrinos, Dánao tendría que dejar el reino en manos de yernos extranjeros.

muchacha con armas de guerra? Mejor le van a mis dedos la lana y el huso». Eso dije. Mientras protesto, las lágrimas van en pos de tales palabras cayendo de mis ojos en tu cuerpo. Mientras buscas mis abrazos, y me tiendes tus adormecidos brazos, el arma estuvo a punto de herirte la mano. Y 70 ya temía yo a mi padre, a los sirvientes de mi padre y a la luz del día, cuando estas palabras mías te sacudieron el sueño: «¡Vamos, levántate, nieto de Belo, último hermano de todos los que hasta ahora erais!» Si no te das prisa, esta noche será para ti eterna». Te levantas aterrado; huye de ti 75 toda la pereza del sueño, y contemplas en mi tímida mano la feroz espada. Me preguntas la razón, y te contesté: «¡Huye, mientras te deja la noche! Mientras la negra noche te deja, tú te escapas, yo me quedo». Llegó el día y Dánao recuenta a sus yernos caídos tras la matanza. Faltas tú en el total de 80 la masacre. No puede soportar la falta de una sola en las muertes de los yernos y se lamenta de que es poca la sangre derramada. Me arrancan de los pies de mi padre y arrastrándome por los cabellos —¿es éste el premio de mi bondad?— se me mete en prisión.

Es verdad que la ira de Juno perdura desde el momento 85 en que un ser humano se hizo vaca, y de la vaca salió una diosa. Pero ya es bastante castigo que una tierna muchacha haya mugido y que la que hace poco era hermosa no pudiera ya seguir gustándole a Júpiter. Se detuvo la insólita vaca en la orilla de su cristalino padre[257] y en las aguas paternas vio 90 unos cuernos que no eran suyos, y al intentar quejarse salió un mugido de su boca y se espantó de su figura, se espantó de su voz. ¿Por qué enloqueces, desgraciada? ¿Por qué te

[257] El río Ínaco, identificado con el primer rey de Argos, padre de Ío, la muchacha amada por Júpiter a la que Juno convirtió en vaca. Era antepasado de Dánao y de Egipto.

sorprendes ante tu imagen? ¿Por qué cuentas las patas que
95 le han salido a tu nuevo cuerpo? Tú, esa rival temible para
la hermana del poderoso Júpiter, apagas ahora con hierba y
pasto tu hambre excesiva; bebes de los manantiales y contemplas estupefacta tu figura, y temes que te hieran las astas
que llevas. Y la que hace poco era rica porque podía parecer
100 digna hasta de Júpiter se echa ahora desnuda sobre la desnuda tierra. Corres por el mar, por las tierras, por tus parientes los ríos; el mar, las corrientes, las tierras te abren camino. ¿Por qué huyes? ¿Por qué, ¡ay!, vas errante por los inmensos mares? No vas a poder escapar de tu propia cara.
105 Hija de Ínaco, ¿a dónde vas tan ligera? Huyes de ti misma y
tú misma te persigues; tú te llevas y tú te acompañas; tú
acompañas a quien te lleva. El Nilo, que se vacía en el mar
por siete bocas, arrancó la cara de vaca a la enloquecida
concubina[258].

¿Para qué remontarse a estas lejanías, avaladas por una
110 vetusta antigüedad? He aquí que mis propios años me dan
motivo de queja. Mi padre y mi tío entran en guerra; se nos
echa de nuestro palacio y de nuestro reino; y, expulsados,
paramos en los últimos confines de la tierra[259]. Aquel salvaje se hace dueño absoluto del trono y del cetro; nosotros,
multitud desvalida, vamos errantes con un desvalido anciano.
115 De la multitud de hermanos queda un ínfimo representante; lloro a los que fueron entregados a la muerte y a las
que los mataron. Pues se me murieron tantas hermanas
como hermanos habían muerto; que ambas multitudes reciban mis lágrimas. Y a mí, ¡ay!, porque tú vives, se me man-
120 tiene viva para que sufra mi castigo: ¿qué será de las culpables, cuando yo soy rea de mi bondad? Y yo, una de los

[258] Ío; véase nota 257.

[259] En Argos.

cien que formábamos parte en otro tiempo de una familia,
moriré, pobre de mí, y quedará un solo hermano. Por eso tú,
Linceo, si estimas en algo a esta compasiva hermana, y si
eres digno del regalo que te hice, sálvame o dame muerte, y 125
pon mi cuerpo sin vida encima de las llamas de una pira
furtiva; sepulta mis huesos humedecidos por tus fieles lágrimas, y que en mi sepulcro se grabe esta breve inscripción: «Hipermestra, exiliada, como injusta recompensa de
su bondad sufrió ella la muerte de la que libró a su herma- 130
no». Querría escribirte más cosas, pero tengo la mano cansada por el peso de la cadena y el mismo miedo me roba las
fuerzas.

15

SAFO A FAÓN[260]

¿Es verdad que, cuando viste la letra de una estudiosa[261] mano, en seguida la reconocieron tus ojos como mía? ¿O si

[260] La carta más discutida de entre las *Heroides* (cf. bibliografía en JACOBSON, *Ovid's Heroides...*, pág. 277, nota 1), y lo más discutido de todo, su transmisión y su autenticidad (véase bibliografía en la Introducción y CH. E. MURGIA, «Imitation and Authenticity in Ovid's *Metamorphoses* 1, 477 and *Heroides* 15», *Amer. Journ. of Phil.* 106 [1985], 456-474, para quien la imitación arguye a favor de la autenticidad de *Met.* y pone en duda la de *Her.* 15). A favor de su autenticidad está el propio testimonio de Ovidio, *Am.* II 18, 26 y 34. JACOBSON, págs. 277-299, la considera auténtica y valora la epístola no como una de las mejor elaboradas, pero sí llena de encanto por la propia figura femenina, Safo, por el tema de la poesía y el adiós a la poesía, tratado todo ello en clave de parodia. VERDUCCI (*Toyshop...*, págs. 124-179) por su parte analiza la elegía desde el punto de vista de la suma de la Safo-poetisa y la Safo legendaria, especialmente la leyenda de su muerte. El resultado de Ovidio es una reinterpretación de la figura de Safo, donde ella se convierte en una patética y grotesca (pero no despreciada o cruelmente tratada) sombra de sí misma como resultado de su fuego destructivo.

Se estructura como sigue (cf. OPPEL, *Ovids Heroides...*, pág. 17): 1-20 el amor y el sufrimiento de Safo por el abandono de Faón; 21-24 la belleza de Faón; 25-40 autorretrato de Safo; 41-50 *narratio* de los amores de Safo y Faón; 51-106 reproches a Faón por su infidelidad y lamentos por su mala suerte (con *narratio* sobre su vida pasada y presente, 61-70); 107-190 *narratio*: sufrimiento de amor de Safo (107-122); noches y sueños de amor (123-134); días (135-160); consejo de la Náyade (161-172); decisión de suicidarse (173-190); 191-220 reproches, lamentos, exhortación.

[261] *Studiosae dextrae*, doble sentido, aplicado a Safo como docta poetisa, y al mismo tiempo referido a los afanes que cuenta en su carta.

no hubieras leído el nombre de Safo, su autora, no sabrías de dónde te llega esta pequeña obra? Quizá te preguntes también por qué son alternos mis versos, cuando me va más el ritmo lírico: mi amor pide lágrimas; la elegía es la canción que piden las lágrimas; a mis lágrimas no les vale ninguna lira[262].

Me abraso como cuando los euros desatados avivan el fuego y arde el fértil campo incendiando la cosecha. Faón está en los lejanos campos del Etna de Tifeo[263]; un calor no menor que el fuego del Etna se apodera de mí. Y no se me ocurren canciones para acompañarlas con las armonías de las cuerdas; las canciones son quehacer de mentes desocupadas[264]. Ni tampoco me agradan las muchachas de Pirra, ni las de Metimna, ni todo el montón restante de las de Lesbos. Anactoria para mí no vale ahora nada, ni nada vale la blanca Cidro, y Atis ya no es agradable a mis ojos como lo era, e igual las otras cien que amé aquí no sin pecado. ¡Mal hombre, tienes tú solo lo que había sido de muchas! Tienes una buena figura, tienes los años propios para coqueteos; ¡oh, figura llena de trampas para mis ojos[265]! Coge la lira y la aljaba: serás la aparición de Apolo; pónganse cuernos a tu frente: en Baco te convertirás. Y Febo amó a Dafne, y Baco

[262] En la elegía *alternan* hexámetro y pentámetro, mientras que la lírica de Safo empleaba versos eólicos.

[263] Se creía que debajo del volcán Etna estaba sepultado el gigante Tifeo.

[264] *Vacuae mentis opus.* Motivo elegíaco: antes de que sobrevenga la herida del amor, el corazón está vacío (*vacuum cor*), en él hiere el amor y le hace esclavo suyo, cf. por ej. PROPERCIO, I 1,1-4, que parece que tiene Ovidio aquí en la memoria (cf. abajo v. 22), o véase del mismo Ovidio el episodio elegíaco del enamoramiento de Apolo en Ov., *Metamorf.* I 452-477 (cf. abajo v. 25). También se juega aquí (así SOCAS) con el motivo del *otium* necesario para la creación, de ahí que el texto diga *mens*, no *cor*.

[265] Cf. PROP., I 1, 1-2.

amó a la de Cnoso. Y ni la una ni la otra conocía los ritmos líricos. En cambio a mí las Pegásides me dictan versos de gran dulzura; mi nombre se canta ya en todo el orbe. No me gana en fama Alceo, hermano de patria y de lira, aunque él suene con voz más alta. Si a mí la naturaleza no propicia me ha negado la belleza, compensa con el talento las faltas de mi cuerpo. Soy pequeña; pero tengo un nombre que llena toda la tierra: alcanzo la estatura que me da mi fama. Si no tengo clara la piel, a Perseo le gustó la hija de Cefeo, Andrómeda, morena con el color de su raza[266]. Y muchas veces las palomas blancas se aparean con las pintas, y el pájaro verde[267] ama a la negra tórtola. Si ninguna mujer podrá ser tuya salvo la que por su figura pueda parecer digna de ti, ninguna mujer podrá ser tuya[268].

En cambio cuando te leía mis poemas, te parecía incluso hermosa; y hasta jurabas que yo era la única mujer a la que el hablar le iba bien. Yo estaba cantando, y me acuerdo (de todo nos acordamos los enamorados) que mientras cantaba tú me dabas besos furtivos. También mis besos te agradaban; todo en mí te gustaba, pero especialmente cuando se consumaba la obra del Amor. Entonces más que nunca te deleitaba mi sensualidad, mis repetidos meneos y mis palabras buenas para el juego, y, al acabar a la par el placer de los dos, la intensa placidez que nos inundaba el cuerpo exhausto[269].

[266] Etíope. Andrómeda, prisionera de un monstruo, fue rescatada por Perseo.

[267] El papagayo, cf. PLINIO EL VIEJO, *Hist. nat.* X 74.

[268] El texto latino hace una anadiplosis, *nulla futura tua est, nulla futura tua est,* que debe ser intencionada para imitar el estilo de Safo, que sabemos por testimonios directos e indirectos que utilizaba esta figura (cf. JACOBSON, *Ovid's Heroides...*, pág. 285).

[269] Estos versos, junto con los aún más atrevidos de 124-134, son la descripción sexual más explícita que hay en todas las *Cartas de las Heroínas*, y han sido muy discutidos y denostados como causa de la degradación y parodia casi grotesca de la figura de Safo, cf. JACOBSON, *Ovid's Heroides...*, págs. 293-294.

Pero ahora vienen a ti las muchachas sicilianas, tu más reciente botín. ¿Qué me importa ya Lesbos? Quiero ser siciliana[270]. Y vosotras, madres isleñas y nueras isleñas, devolvedme de vuestra tierra a mi vagabundo; y que no os engañen las mentiras de su lengua seductora: lo que ahora os dice a vosotras me lo había dicho antes a mí. También tú, Ericina[271], que vives en los montes sicilianos, protege, diosa (pues tuya soy) a tu poetisa.

¿Es que la Fortuna va a mantenerse dura en el rumbo que tomara, y piensa seguir siempre, acerba, por ese camino? Tenía seis años cuando los huesos de mi padre, muerto antes de tiempo, bebieron mis lágrimas. Mi hermano, empobrecido, ardió en amores por una ramera y cargó con los perjuicios, sumados al vergonzoso oprobio. Sumido en la pobreza recorre el azul del mar con remos ligeros, y las riquezas que perdió de mala manera, de mala manera las busca ahora. Encima me odia, por prevenirle lealmente de muchas cosas; ése ha sido el pago de mi franqueza y de mi bondadosa lengua. Y como si me faltaran motivos de angustia, está mi niña pequeña[272], colmando mis problemas. Por último tú me traes un nuevo motivo de queja: no se mueve mi barco con buen viento.

Aquí me tienes, con el pelo suelto y sin arreglar, y la gema reluciente no me oprime el dedo. Llevo un vestido

[270] El *Mármol Pario* dice que Safo fue exiliada a Sicilia, SHOWERMAN-GOOLD, pág. 184. En el v. 54 entendemos como *nesiades* («isleñas», «sicilianas») el oscuro *nisiades* de los mss.

[271] Venus. Así invocada por el monte Érice (Sicilia), donde tenía un templo.

[272] Cleis.

malo, no hay diademas de oro que engalanen mis sienes, ni esencias de Arabia que regalen perfume a mi pelo. ¿Para quién quiero arreglarme, pobre de mí? ¿A quién me esfuerzo por parecer hermosa? El único promotor de mi elegancia me falta. Mi corazón es blando, y vulnerable a las heridas más insignificantes, y siempre hay un motivo para que esté enamorada[250], bien sea porque las Hermanas[251] al nacer yo dictaron esa ley y no dieron unos hilos severos a mi vida, bien sea porque las aficiones se acaban por hacer carácter, y la maestra del arte, Talía, hace tierna mi sensibilidad. ¿Qué tiene de raro que me enamore esa edad del primer bozo, y esos años que también pueden enamorar a un hombre[252]? A éste mucho me temía, Aurora, que me lo robaras para sustituir a Céfalo (y lo hubieras hecho, pero eres presa de tu primer secuestro). Si a éste lo ve Febe, que todo lo ve, Faón se vería obligado a trabar sueño con sueño[253]. A éste Venus se lo hubiera llevado al cielo en su carro de marfil pero ve que también podría gustarle a su Marte. Oh, tú que todavía no eres un hombre, pero ya no eres un niño, hermosa edad, oh regalo y gloria inmortal de tu siglo, ven aquí, hermoso mío, y échate en mi regazo: no te lo pido para que me ames, sino para que me dejes amarte. Mientras escribo, mis ojos comienzan a destilar lágrimas; mira cuántos borrones hay en este pasaje. Si tan resuelto estabas a irte de aquí, podías haberte ido con más elegancia, diciéndome al menos: «Adiós, muchacha de Lesbos». No te llevaste contigo mis lágrimas,

[250] Versos semejantes se aplicó Ovidio a sí mismo en la elegía autobiográfica *Tristes* IV 10, 65-66 (SOCAS).

[251] Las Parcas.

[252] Alusión frecuente en Ovidio a la edad de la pubertad, en la que un muchacho gustaba por igual a las mujeres que a los hombres.

[253] Como Endimión, el pastor amado por la Luna-Diana, que dormía un sueño perpetuo que lo mantenía eternamente joven.

ni mis últimos besos, y en una palabra, no me temí lo que tanto iba a dolerme. Conmigo no hay nada tuyo, salvo tu desdén, ni tú tienes un regalo de tu enamorada que te advierta. No te hice recomendaciones, ni te hubiera hecho otra que ésta: que no llegaras a olvidarme. Juro por el Amor, que nunca se me va lejos de ti, y por las nueve diosas que son mis númenes, que cuando alguien, no sé quién, me dijo: «Se te van tus alegrías», ni pude llorar ni pude hablar durante largo rato; las lágrimas me habían abandonado los ojos, y la lengua la boca; un frío glacial me congeló el pecho. Cuando por fin el dolor †volvió en sí†, no me avergoncé de golpearme el pecho, de tirarme de los pelos y gritar, de la misma manera que cuando una madre amorosa lleva el cuerpo exánime del hijo que ha perdido a la pira levantada. Se alegra mi hermano Carajo y no cabe en sí de mi dolor, yendo y viniendo ante mis ojos. Y, como si fuera vergonzosa la causa de mi dolor: «¿Por qué tanta pena, si tu hija no se ha muerto?», dice. El pudor y el amor no caminan juntos; todo lo veía la gente; yo iba con el escote abierto y el pecho desgarrado.

Faón, tú eres mi amor, a mí te devuelven mis sueños, sueños más luminosos que el día. Allí te encuentro, aunque estés a mucha distancia; pero el sueño no da un placer lo bastante largo. Muchas veces sueño que mi cuello descansa en tu brazo; otras veces que es el mío el que sostiene tu cuello. Reconozco los besos que tú solías encomendar a la lengua y que solías recibirlos y darlos sabiamente. De vez en cuando te acaricio, y digo palabras muy parecidas a las de verdad, y mi boca está despierta para mis sentidos; lo que sigue me da vergüenza contarlo[250], pero a todo se llega,

[250] Los versos más fuertes y explícitamente sexuales de las *Heroides*, junto con los versos 45-50 (véase nota), tachados de lascivos, sospechosos

135 y viene el gusto, y no me es posible seguir seca. Mas cuando el Titán[251] se deja ver, y todas las cosas con él, me lamento de que los sueños me hayan abandonado tan pronto. Busco las grutas y los bosques, como si grutas y bosques me sirvieran de algo: ellos que fueron testigos de mis delei- 140 tes. Allí me dirijo, fuera de mí, como la que empuja la enloquecedora Enío, con el pelo caído a la espalda. Mis ojos ven las grutas de las que cuelga rugosa toba, que para mí eran como mármol de Migdonia: encuentro el bosque que muchas veces nos sirvió de yacija, el bosque sombrío que nos 145 tapó con su frondosa melena. Pero no encuentro al dueño mío y del bosque: de nada vale el lugar por sí solo; él era la riqueza del lugar. Reconozco la hierba aplastada del prado que me es familiar; la grama seguía doblada por nuestro peso. Me eché y toqué el lugar por el lado en que tú estuviste; 150 la hierba que antes me alegraba bebió ahora mis lágrimas. Hasta las mismas ramas parecen llorar con sus frondas caídas y ningún pájaro canta su dulce queja. Sólo el ave de Dáulide, tristísima madre que se vengó despiadadamente de 155 su esposo, le canta al ismario Itis[252]. El ave canta a Itis, Safo canta sus amores abandonados; eso es todo, lo demás calla como en medio de la noche.

Hay un manantial sagrado, resplandeciente, más transparente que un arroyo cristalino; muchos creen que lo habita 160 un dios. Sobre él extiende sus ramas acuático loto, que él

de inautenticidad, especialmente el 134: *et iuuat, et siccae non licet esse mihi*, de los que dice expresivamente PALMER: «spurca sed certa lectio» (en JACOBSON, *Ovid's Heroides...*, pág. 294).

[251] El Sol.

[252] Hijo de Tereo y Procne. Ésta sirvió a su esposo Tereo como banquete los miembros cocinados de su hijo Itis en venganza porque Tereo había violado a Filomela, hermana de Procne. Itis es llamado ismario por el Ísmaro, monte de Tracia.

solo es un bosque; la tierra verdea con tierno césped. Cuando eché allí mi cuerpo cansado, llorando, se me apareció ante los ojos una de las náyades; se me apareció y me dijo: «Ya que no te consume un fuego justo, tendrás que marchar a Ambracia. Allí Febo contempla desde una cumbre toda la 165 extensión del mar, que la gente llama mar de Accio y de Léucade. Desde allí se tiró Deucalión, abrasado de amor por Pirra, y tocó el agua sin una herida en el cuerpo. En el mismo momento el amor dio media vuelta y huyó del pecho in- 170 diferente del sumergido; Deucalión se había librado de su fuego. Aquel sitio tiene esa propiedad; vete en seguida a la alta Léucade y no tengas miedo de saltar de la roca». Cuando acabó su consejo, a la vez que su voz desapareció ella; yo me levanté helada y mis ojos no pudieron contener las lágrimas. Iré allí, ninfa, en busca de la roca que me has indi- 175 cado; atrás queden mis miedos vencidos por mi loco amor. Pase lo que pase, será algo mejor que el presente. Brisa, sosténme, que tampoco mi cuerpo pesa demasiado. También tú, tierno Amor, pon tus alas debajo al caer, para que mi 180 muerte no se achaque a las aguas de Léucade. Después ofreceré mi lira a Febo, prenda de los dos, y bajo ella estarán este verso que sigue y el alterno: «Agradecida, te ha dejado su lira, Febo, la poetisa Safo; ella me va a mí, y también a ti te va».

Pero ¿por qué mandas a esta pobre mujer a las riberas de 185 Accio, cuando tú eres dueño de hacer que vuelvan pies fugitivos? Tú puedes serme más curativo que las aguas de Léucade; y por los méritos de tu belleza tú serás Febo para mí. ¿O serás capaz, oh tú, más cruel que los arrecifes y que todas las olas, si yo muriera, de cargar con el título de mi 190 muerte? Oh, cuánto más preferiría mi pecho unirse a ti que precipitarse y entregarse a los escollos, ese pecho que es el mismo que tú, Faón, solías alabar, y que tántas veces te pa-

195 reció lleno de talento. Querría tener ahora elocuencia; pero el dolor me impide todo artificio y todo mi talento se ha parado ante mis desgracias. No me responden mis antiguas fuerzas para la poesía; mi plectro calla de dolor, de dolor está muda mi lira. Mujeres de Lesbos, la marinera, esposas y 200 novias de Lesbos, nombres que mi lira eolia hizo famosos, mujeres de Lesbos, que por amaros me hicisteis perder mi buen nombre, ¡dejad de acudir en tropel a mi cítara! Faón ha robado todo lo que antes os daba gusto a vosotras —pobre de mí, que he estado a punto de llamarle «mi Faón»—. 205 Haced que él vuelva, y volverá también vuestra poetisa: él le da vida a mi talento, y él mismo se la roba.

Pero ¿a qué vienen esas súplicas? ¿Se conmueve acaso su corazón de fiera, o se pone huraño y los céfiros se llevan mis vanas palabras? Esos que se llevan mis palabras quisie- 210 ra que me volvieran a traer tus velas; ésa es la tarea que te convendría, hombre sin corazón, si tuvieras buen juicio. Mas si vuelves, si se están preparando las ceremonias votivas para una buena travesía, ¿por qué me destrozas el corazón con la demora? ¡Suelta ya el barco, que Venus, hija del mar, le prepara el mar al enamorado! La brisa te abrirá 215 camino; ¡tú, suelta ya el barco! Cupido en persona se volverá a sentar en la nave y llevará el timón, él echará e izará las velas con su mano delicada. Pero si te alegras de haber huido de Safo la pelasga (aunque no vas a encontrar motivo por el que yo merezca tu huida), que al menos una carta cruel lo 220 diga a esta desgraciada, para que busque mi destino en las aguas de Léucade.

16

PARIS A HELENA[280]

Por la presente, yo, el hijo de Príamo, te deseo a ti, hija de Leda, una salud que sólo puedo alcanzar si tú me la das. ¿Me explico, o no hace falta un delator del fuego que ya se ve, y ya salta a la vista mi amor más de lo que me gustaría? Yo en verdad preferiría que mi amor no se notara mientras 5 no me lleguen otros tiempos que no tengan mezclados la alegría y el miedo. Pero disimulo mal, ¿quién hay que sepa esconder el fuego, si él solo se delata por el brillo de su luz? Con todo, si esperas que además añada mi voz a los hechos, «ardo», ésa es la palabra que tienes como embajada de mi 10 corazón. Te pido compasión para el que se te ha declarado, y no leas lo que sigue con rostro severo, sino con el que le sienta bien a tu hermosura. Ya me es agradable pensar que, puesto que has recibido mi carta, cabe la esperanza de que igualmente puedas recibirme a mí. Deseo que ésta se confir- 15 me, y que no te me haya prometido en vano la que me convenció para este viaje, la madre de Amor. Porque me

[280] Comienzan aquí las cartas dobles. Un análisis de la epístola de Paris en FISCHER, *Ignotum hoc aliis...*, págs. 66-100, cuya estructura compositiva (en pág. 97) se centra en torno a dos aspectos: 1-172 descripción del amor; 173-212 argumentación; 213-282 nueva descripción del amor; 283-379 nueva argumentación (acógeme en tu lecho). Véase un aspecto de la pervivencia en M. v. ALBRECHT, «La correspondance de Pâris et d'Hélène: Ovide et Baudri de Bourgueil», en R. CHEVALLIER, *Colloque présence d'Ovide*, París, 1982, págs. 189-193.

trae aquí un mandato divino —no quiero que peques por ignorancia— y no es un dios cualquiera el que me ayuda en mi empresa. Reclamo una gran recompensa, pero no sin merecerla: Citerea te prometió a mi tálamo. Con ella por guía hice un peligroso viaje en mi barco, construido por Ferecles desde la orilla del Sigeo, por mares interminables. Ella me dio las brisas necesarias y vientos favorables; porque la que nació en el mar tiene sobre él inmenso poder. Que así siga y que, como el del mar, secunde igual el hervor de mi pecho, y descargue mis votos en su puerto de destino. Estas llamas han venido conmigo, no las he encontrado aquí: ellas son el motivo de un viaje tan largo. Pues no me ha desembarcado aquí tormenta aciaga ni extravío; he venido buscando la tierra del Ténaro con mi flota. Y no pienses que he cortado el mar para trasportar mercancías en el barco, ¡que los dioses me conserven lo que tengo! Ni vengo para visitar las ciudades griegas; más ricas son las de mi país. A ti te busco, a la que la áurea Venus asignó a mi lecho; a ti, a la que antes de conocer ya deseaba. Antes de verte la cara con los ojos la vi con el corazón; la fama de tu hermosura fue la primera recadera. Y no tiene nada de raro si te amo, como es habitual[281], herido de lejos por las flechas arrojadizas del arco: eso quiso el destino; no intentes estorbarlo, escucha lo que te digo con palabras verdaderas.

Todavía me llevaba mi madre en su seno, pues se hacía esperar el parto; ya el vientre tenía su justo peso. A ella, bajo la apariencia de un sueño, le pareció arrojar una inmensa antorcha en llamas de su vientre lleno. Se levanta aterrada y le cuenta al anciano Príamo la temible visión de la ciega noche, y él se la cuenta a los adivinos. Un adivino predice que Ilión arderá por el fuego de Paris: pero aquélla era la antorcha que ahora está en mi corazón ***[282]. Mi aspecto y mi fuerza interior, aunque parecía un hombre del pueblo, delataban mi nobleza oculta[283].

Hay un sitio en los boscosos valles del corazón del Ida, es un sitio apartado, poblado de pinos y encinas, que no esquilman ni la plácida oveja, ni la cabra amante de las rocas, ni el ancho belfo del lento buey. Desde allí, apoyado en un árbol, miraba yo los muros de Dardania, sus encumbrados edificios, y su bahía. De pronto me pareció que la tierra se movía como a golpes de pisadas —voy a contar cosas reales, pero que apenas se podrán creer—, y se me posó ante mis ojos, traído por veloces alas, el nieto del poderoso Atlas y de Pléyone[284] —si se me permitió verlo, que se me permita, también, contar lo que vi—, y en la mano del dios estaba la dorada vara. Tres diosas a la vez, Venus, Juno y con ellas Palas, pusieron sobre la hierba sus delicadas plantas. Me quedé atónito, y un frío horror tenía erizados mis cabellos, cuando el mensajero alado me dijo así: «Deja tu miedo: eres juez de belleza; sentencia en este pleito de diosas cuál de ellas, sólo una, es digna de vencer a las otras dos por su hermosura». Para que no me negara, me lo manda de parte de Júpiter y, sin más, se eleva al cielo por los senderos del éter. Recobré el sentido y de pronto me entró valor, y no tuve miedo de examinar con la mirada a cada una de ellas. Todas merecían ganar, y me quejaba como juez de que no podían ganar todas su pleito. Pese a todo, ya entonces me gustaba una de ellas más que las otras, y era esa, para que lo sepas,

[281] Estos versos (XVI 39-142), como también XXI 13-248, han sido considerados espurios y compuestos por un poeta de una generación posterior a Ovidio cuando menos (así PALMER), cf. SHOWERMAN-GOOLD, página 200.

[282] Debe de haber aquí una laguna en el texto, que no señala DÖRRIE.

[283] Paris es ahora un pastor, cf. Índice.

[284] Mercurio, portador del caduceo (verso 64).

de la que nace el amor, y a la que tanto le gusta ganar; arden por atraer mi decisión con inmensos regalos. La esposa de Júpiter me ofrece gobiernos; su hija, la valentía; yo dudo si preferiría ser poderoso o valiente. Venus sonrió con dulzura: «No te seduzcan, Paris, esos regalos, llenos los dos de incertidumbre y temor», dijo; «yo te daré algo que amar: la hija de la hermosa Leda, más hermosa que su madre, caerá en tus brazos». Eso dijo, y convenciendo por igual con sus regalos y con su hermosura, volvió ella sus victoriosos pasos al cielo. Mientras tanto, creo yo que porque mis hados se volvieron prósperos, se me reconoce hijo del rey por signos confirmados. El palacio está alegre por haber recobrado un hijo después de tanto tiempo, y Troya añade a los días de fiesta este otro día. Como yo te deseo me deseaban a mí las muchachas; el deseo de muchas sólo tú lo puedes ver cumplido. No sólo me pretendieron hijas de reyes y de nobles: también fui amor y cuita de ninfas. Por la de éstas cambiaría yo la cara de Enone: en el mundo no hay después de ti[285] una nuera más digna de Príamo. Pero de todas siento hastío desde que abrigo esperanzas, Tindáride, de casarme contigo. Despierto te veían mis ojos, de noche mi alma, cuando los ojos caen rendidos por un plácido sueño. ¿Qué pasaría cuando te viera, si aun sin haberte visto me gustabas? Me abrasaba, aunque el fuego estaba lejos de aquí. Y no he podido soportar por más tiempo la deuda de mis esperanzas sin ir a buscar mis deseos por las azuladas sendas. Los pinares troyanos caen víctimas del hacha frigia y cualquier otro árbol que sirviera para las aguas marinas; se expolia al alto Gárgaro de sus nobles bosques y el ancho Ida me da innumerables tablones. Se alabean los robles que servirán de armazón a las rápidas naves, y la corva quilla se traba con los

[285] Referido a Enone, *Her.* 5.

costillares. Le añadimos la arboladura, se les pone las velas, siempre en pos del mástil, y la recurva popa acoge dioses pintados; pero en la que iba yo se alza pintada la diosa fiadora de su prometido matrimonio, con el pequeño Cupido como séquito. Nada más se construyó y se dio el último retoque a la flota, me vienen ganas de marchar en seguida a las aguas egeas. Mi padre y mi madre refrenan mis deseos suplicándome y retrasan con sus piadosas palabras el viaje que me proponía. También mi hermana Casandra, despeinada como estaba, cuando querían nuestras naves izar ya las velas me gritó: «¿A dónde corres? Volverás trayendo contigo incendios. No sabes en busca de qué inmensa llama vas por estas aguas». Fue profetisa verídica; encontré los fuegos de su presagio, y un amor despiadado arde en mi sensible pecho. Salgo del puerto y, con ayuda del viento que me empuja, atraco en tus tierras, ninfa ebálide. Tu marido me acogió como huésped: también esto ocurrió no sin el designio y la influencia de los dioses. Es verdad que él me enseñó todo lo que en Lacedemonia entera era digno de enseñarse y valía la pena ver, pero para mí, que sólo deseaba contemplar tu celebrada belleza, no había otra cosa que pudiera cautivar mis ojos. Cuando te vi me quedé pasmado y sentí, arrobado, que lo más profundo de mis entrañas se henchía con inquietud desconocida. Un semblante parecido al tuyo tenía, si puedo acordarme bien, Citerea cuando se sometió a mi juicio. Si hubieses venido tú también a aquel certamen, la palma de Venus habría estado en discusión. La fama ha hecho de ti grandes proclamas y ningún país del mundo ignora tu belleza; ni en Frigia ni en el Oriente hubo nunca otra mujer entre las hermosas con renombre semejante al tuyo. Y ¿quieres creer que tu gloria está muy por debajo de la verdad, y que lo que se dice de tu hermosura casi la ofende? Aquí encuentro más de lo que la

fama promete y la gloria cae vencida ante la realidad. Así
150 que se enamoró con razón Teseo, pues había visto todo, y le
pareciste digna de secuestro a un hombre tan grande, cuando según la costumbre de tu pueblo jugabas desnuda en la
lustrosa palestra y andabas, mujer, entre hombres desnudos.
Le alabo que te raptara; y me asombra que llegara a devol-
155 verte: una presa tan buena era para retenerla siempre. Antes
me dejaría separar la cabeza de mi cuello ensangrentado
que dejar que a ti te sacaran de mi lecho. ¿Cómo iban a querer mis manos dejarte ir jamás? ¿Cómo soportaría con vida
que te apartaras de mi regazo? Si te tuviera que devolver,
160 antes me llevaría algo tuyo, y mi amoroso empuje no hubiera sido inútil por completo. Hubiera sacrificado tu virginidad o al menos lo que pudiera robarse dejando a salvo tu
virginidad. Entrégate ya, y sabrás cuál es la constancia de
Paris: sólo la llama de mi pira podrá poner fin a la llama de
165 mi amor. Te he preferido a los poderosos gobiernos que me
prometió en su día la esposa y hermana de Júpiter, y, con tal
de poder rodear tu cuello con mis brazos, desprecié la valentía que me regalaba Palas. No me arrepiento, ni pensaré
170 nunca que fue tonto mi veredicto: mi corazón permanece
firme en su deseo. Lo único que te pido es que no consientas que mi esperanza quede frustrada, ¡oh, tú, digna de que
se te persiga con tan grandes esfuerzos! No soy un hombre
sin alcurnia que desea casarse con una mujer noble, ni con
175 desdoro para ti serás mi mujer, créeme. Si te fijas, encontrarás en mi familia a una Pléyade[286] y a Júpiter, sin mencionar
los antepasados intermedios. Mi padre sostiene el cetro de
Asia, próspera como no hay otra tierra, y tan extensa que

[286] Electra, de cuya unión con Júpiter nació Dárdano, fundador de Troya. Las Pléyades eran las siete hijas de Atlante y Pléyone. Fueron convertidas en la constelación de su nombre.

apenas se pueden alcanzar sus fronteras. Verás sus innumerables ciudades, sus palacios de oro y sus templos, que te di- 180
rás que son muy dignos de sus dioses. Contemplarás Ilión y
sus murallas guardadas por altas almenas, edificadas al son
de la lira de Febo. ¿Qué decirte de su inmensa cantidad de
hombres? Apenas es capaz el suelo de sostener su inmensa
población. A tu encuentro correrán en apretado séquito las 185
casadas troyanas y nuestros salones no bastarán para recibir
a tantas esposas frigias. Cuántas veces dirás: «¡Qué pobre es
nuestra patria aquea!». Una sola casa puede contener las riquezas de cualquiera de tus ciudades. Aunque no puedo
despreciar a tu Esparta: la tierra que te dio el ser es grande 190
para mí. Pero Esparta es austera, y tú mereces un tratamiento suntuoso; no va bien ese lugar a tanta hermosura. A esa
hermosura le cuadra servirse sin fin de generosos arreos, y
relumbrar con mil nuevos refinamientos. Cuando veas la in- 195
dumentaria de los hombres de mi pueblo, ¿qué pensarás del
de las casadas dardanias? Entrégate ya sin resistencia y no
desprecies un esposo frigio, mujer, tú que naciste en el campo de Terapne. Era frigio, engendrado de mi misma sangre,
el que ahora mezcla con agua el néctar que van a beber los 200
dioses[287]. Frigio era el esposo de la Aurora; a pesar de ello,
acabó raptándoselo la diosa que pone final al último viaje
de la Noche. Frigio era también Anquises, y la madre de los
alados Amores se alegra de haberse acostado con él en las
montañas del Ida. Y no creo que, si compararas nuestra fi- 205
gura y nuestros años, pusieras a Menelao por delante de mí
en tu sentencia. Al menos no te daré un suegro que ahuyenta el brillo de la luz, haciendo que den la vuelta y se alejen

[287] Ganímedes, descendiente de la estirpe real de Troya, considerado el más hermoso de los mortales. De él se enamoró Júpiter, quien lo hizo copero del Olimpo.

de su banquete los caballos asustados[288]; ni el padre de 210 Príamo está manchado con la sangre de su suegro ni con su crimen marca las aguas de Mírtoo[289]; tampoco mi bisabuelo anda buscando manzanas en la laguna Estigia ni busca líquido en medio de las aguas[290]. ¿Qué más da, si a ti te posee un descendiente de ellos? Júpiter está obligado a ser 215 suegro en esta casa[291]. ¡Oh, abominación! Ese Menelao sin merecerte te tiene las noches enteras y goza de tus abrazos. Mientras que yo apenas puedo verte cuando por fin se pone la mesa y también ese momento tiene muchas cosas que me hieren[292]. Ojalá tuvieran mis enemigos tales ban- 220 quetes como los que a mí me atormentan cuando se sirven los vinos. Me pesa su hospitalidad cuando ese simple te echa el brazo al cuello delante de mis ojos. Reviento de envidia —¿por qué no decirlo todo?— cuando te acaricia el 225 cuerpo bajo el cobertor. Pero cuando os dais tiernos besos a la vista de todos, apuro la copa y me la pongo delante de los ojos. Bajo la mirada cuando él te estrecha contra sí y se me acumula en la boca a disgusto una comida interminable. Muchas veces se me escapó un gemido: y me di cuenta que

[288] Paris saca a colación la crueldad de Atreo (el suegro de Helena, padre de Menelao), que sirvió en la mesa a su hermano Tiestes el cuerpo de su hijo. Ello ocasionó que los caballos del Sol dieran la vuelta en el cielo para no verlo, cf. nota a *Ibis* 429-430.

[289] Referencia al padre de Atreo, Pélope. Pélope, con la ayuda de Mirtilo, ocasionó la muerte de Enómao. Tiró luego a Mirtilo al mar y le dio así nombre al mar Mirtoo, al sur del Ática; véanse los detalles en *Ibis* 369 y sigs.

[290] Alusión a Tántalo, padre de Pélope, bisabuelo de Menelao. Sobre su castigo, cf. *Ibis* 179.

[291] Júpiter era el verdadero padre de Helena. Este último verso exculpa a Helena.

[292] Tema elegíaco del banquete. Cf. *Amores* I 4 y nota a *Her.* 17, 77.

tú, coqueta, no pudiste contener la risa al gemir yo. Muchas 230 veces quise apagar con vino la llama, pero la llama creció y la borrachera fue echar leña al fuego. Para no ver muchas cosas me echo con la cabeza vuelta; pero al instante vuelves a reclamar mis ojos. No sé qué debo hacer; ver esas cosas es 235 mi tormento, pero mayor tormento es privarme de tu hermosura. En la medida en que es posible, y puedo yo, lucho por esconder mi locura, pero el amor que quiero disimular salta a la vista. Y no te estoy engañando: tú sientes mis heridas, las sientes; y ojalá que seas tú la única que las notes. ¡Ay, 240 cuántas veces he tenido que volver la cara cuando se me venían las lágrimas, para que él no preguntara el motivo de mi llanto! ¡Ay, cuántas veces he contado, bebido, la historia de un amor, dedicando todas y cada una de mis palabras a tu rostro, delatando mi propia pasión bajo un nombre supues- 245 to! El verdadero enamorado, si no lo sabes, era yo. Y eso no es todo; para poder usar las palabras con más descaro, más de una vez disimulé estar borracho. Me acuerdo que se te aflojó el vestido y traicionó a tus pechos, que desnudos 250 abrieron paso a mis ojos, unos pechos más blancos que la nieve intacta y que la leche, más blancos que Júpiter cuando abrazó a tu madre[293]. Mientras estaba extasiado en esa visión —tenía en la mano una copa en aquel momento—, la retorcida asa se me fue de entre los dedos. Si besabas a tu 255 hija, yo en seguida recogía feliz esos besos de la tierna boca de Hermíone. Y ya cantaba incorporándome viejas historias de amor, ya te hacía con gestos señales ocultas[294]. Y a tus acompañantes favoritas, Clímene y Etra, me he atrevido ha- 260 ce poco a dirigirles tiernas lisonjas, pero ellas, sin hablarme

[293] Júpiter, en forma de blanco cisne, a Leda.

[294] El código secreto de los enamorados, véase un elocuente pasaje abajo en 17, 77-86: en su respuesta, Helena alude explícitamente a este pasaje (véase nota). Siguen las similitudes entre esta carta y *Amores* I 4.

más que de sus temores, desatendieron los ruegos inacabados de su suplicante. Quisieran los dioses que fueras el galardón de un gran certamen y que el vencedor pudiera te-
265 nerte en su lecho, como tuvo Hipómenes a la hija de Esqueneo[295], galardón de su carrera, como vino Hipodamía al regazo del frigio[296], como cuando el aguerrido Alcida[297] rompió el cuerno de Aquéloo mientras perseguía, Deyanira, tus abrazos. Mi audacia se habría desenvuelto con mucho
270 valor en estas pruebas y tú sabrías que eras el objeto de mi esfuerzo. Ahora no me queda otra cosa, hermosa mía, que suplicarte y, si me lo permites, abrazarme a tus pies[298]. ¡Oh bendición, oh gloria viva de tus dos hermanos gemelos, oh mujer digna de ser esposa de Júpiter, si no fueras hija de él!
275 O vuelvo a los puertos sigeos[299] contigo como esposa, o que me cubra aquí desterrado la tierra del Ténaro. No me ha rozado el pecho suavemente la punta de la flecha; la herida ha llegado a los huesos. Que esto me iba a pasar —ahora lo re-
280 cuerdo—, que sería traspasado por una flecha de los cielos, me lo había vaticinado mi certera hermana[300]. Deja, Helena, de despreciar un amor que el destino impone, ¡así los dioses te concedan todos tus deseos! Se me vienen muchas cosas a la cabeza, pero para que sigamos hablando cara a cara, re-
285 cíbeme en tu cama cuando la noche quede muda. ¿Te da

[295] Atalanta, hija del rey Esqueneo, orgullosa de su agilidad en la carrera, decía que sólo se casaría con quien la venciera corriendo, y éste fue Hipómenes, retardándola con los frutos del jardín de las Hespérides, las naranjas (o con las manzanas de oro de Afrodita), cf. 21, 125; *Ibis* 373.

[296] Pélope. Las diversas variantes de la leyenda se mencionan en *Ibis* 370 (nota).

[297] El Alcida es Hércules, que venció a Aqueloo, dios fluvial, cf. *Her.* 9, 139.

[298] En señal de súplica.

[299] A Troya.

[300] Casandra.

vergüenza, quizá, y miedo de manchar la Venus conyugal, y de burlar las castas leyes del legítimo lecho? Ay, qué ingenua eres, Helena, por no decirte simple... ¿Tú crees que esa hermosura puede quedar sin pecado? O tienes que cambiar ese rostro, o tienes que dejar de ser dura; hay una gran 290
pendencia entre la belleza y la castidad. Júpiter, también la dorada Venus, se deleitan con esos hurtos; y, mira por dónde, estos hurtos te han dado a Júpiter por padre. Mal puedes haber salido casta, hija de Júpiter y de Leda, si tiene fuerza la semilla de sus amores. Mejor que seas casta cuando te 295
tenga mi querida Troya, y que sea yo solo, te lo pido, tu único pecado. Cometamos ahora el pecado que redimirá la hora de nuestro matrimonio, si es que Venus no me hizo una vana promesa. ¡Pero si además tu marido te induce a ello, si no con palabras, al menos con los hechos, pues se marcha 300
para no interponerse en los enredos de su huésped! Por lo visto no había mejor momento para visitar los reinos de Creta: ¡oh, qué increíble perspicacia la de ese hombre! Te abrazó y te dejó dicho al partir: «A ti te encargo, esposa, que hagas en mi lugar los honores al huésped del Ida». Doy fe 305
de que descuidas el encargo de tu marido ausente; no haces ni el menor honor a tu huésped. ¿De verdad esperas que ese hombre sin corazón aprecie bien, Tindáride, las dotes de tu belleza? Te equivocas: las ignora, y no confiaría a un hombre extranjero lo que tiene si lo considerara un gran bien. 310
Aunque no te convencieran ni mis palabras ni mi fuego, estamos obligados a disfrutar de su condescendencia: o seríamos idiotas, tanto o más que él, si dejáramos escapar sin aprovecharlo un momento tan oportuno. Casi con sus pro- 315
pias manos te trae un amante; disfruta de lo que con simpleza tu marido te encarga. Sola pasas la noche, tan larga, en tu lecho viudo, en cama viuda la paso también yo solo. Que un común deleite nos una a ti conmigo y a mí contigo, tal no- 320

che sería más luminosa que el mediodía. Entonces yo te haré mi juramento por los dioses que quieras, y con las palabras que elijas me enlazaré a ti en sagradas leyes. Entonces yo, si no es vana mi confianza, conseguiré, ya en tu presen-
325 cia, que vengas en busca de mis reinos. Si te da vergüenza y temor que parezca que me has seguido, yo solo sin ti seré reo de ese delito. Porque seguiré el ejemplo del hijo de Egeo y de tus hermanos; un caso más cercano no hay que pueda conmoverte: Teseo te secuestró a ti, ellos a las hijas
330 de Leucipo[301]; tras estos casos se me nombrará a mí el cuarto. Aquí está la flota troyana, armada y con sus guerreros; ahora mismo nos permitirían un rápido viaje los remos y el viento. Irás, reina incomparable, por las ciudades dardanias, y la gente se creerá que eres una nueva diosa que ha
335 llegado[302]. Por donde quiera que te lleven tus pasos las llamas sahumarán cinamomo, y la víctima del sacrificio hará sonar la tierra ensangrentada. Te harán presentes mi padre y mis hermanos, y con mi madre mis hermanas, y todas las mujeres de Ilión, y Troya entera. ¡Ay de mí! Ape-
340 nas puedo explicar una pequeña parte de lo que será; muchas más cosas tendrás de las que mi carta te cuenta. Y no temas que tras tu secuestro vengan detrás grandes guerras, o que la poderosa Grecia levante sus fuerzas. ¿Es que se ha reclamado con las armas a alguna de tantas raptadas antes
345 que tú? Créeme: en esto no hay sino vanos temores. En nombre de Aquilón cautivaron los tracios a la hija de Erecteo[303], y la ribera bistonia estuvo libre de guerra. En una insólita nave se llevó el pegáseo Jasón a la del Fasis[304], y la

[301] Teseo, primer raptor de Helena. Los hermanos de ésta son Cástor y Pólux, que raptaron a las Leucípides Febe e Hilaíra.

[302] Tema elegíaco de la *puella divina*, cf. nota a 18, 66.

[303] Oritía, cf. nota a 18, 43.

[304] Medea, cf. *Her.* 12.

mano colca no hirió por eso la tierra de Tesalia. El que te secuestró también a ti, Teseo, había secuestrado antes a la hija de Minos, y sin embargo Minos no llama a ninguna 350 batalla a los cretenses. En estos casos suele ser mayor el terror que el propio peligro; y eso mismo que es posible temer, luego nos avergüenza haberlo temido. Pero supón, si quieres, que se suscita una guerra terrible: yo también tengo fuerzas y mis dardos también hieren. Y no son menores los 355 recursos de Asia que los de vuestros países; Asia es rica en hombres, pródiga en caballos. Y el Atrida Menelao no va a tener más arrestos que Paris, ni hará mejor papel que yo en el combate. Siendo casi un niño recuperé el ganado que nos robaron[305] y di muerte a los enemigos: y de ahí saqué mi 360 apodo[306]. Siendo casi un niño vencí a mozos en combates de diverso tipo, y entre ellos estaban Ilioneo y Deífobo[307]. Y no creas que soy temible sólo en el cuerpo a cuerpo: mi flecha se clava en el sitio que la mando. Tú no puedes 365 reconocerle esos méritos al Atrida en su primera juventud, no puedes pertrecharlo con mis habilidades. Y aunque pudieras reconocerle todo eso, ¿puedes decir que tiene un hermano como Héctor? Él que, solo, puede hacer las veces de un innumerable ejército. No te imaginas de lo que soy capaz, y te engañas sobre mi fortaleza; no sabes con qué 370 marido te vas a casar. Así que o no llegarás a verte recla-

[305] Aretalogía de Paris. Según la leyenda, Paris, tras el portentoso sueño de su madre Hécuba, encinta de él (cf. vv. 45 ss.), fue abandonado y recogido por unos pastores, cuyo ganado protegió de los ladrones (de ahí su nombre parlante de Alejandro, cf. más abajo, nota 306). Para recuperar un toro de su ganado se enfrentó en unos juegos fúnebres a diversos héroes, entre ellos sus propios hermanos, a los que venció.

[306] *Alexander,* «el que defiende a los hombres» en la etimología griega.

[307] Hermanos de Paris.

mada por tumulto alguno de guerra, o los cuarteles dóricos cederán ante mi valor guerrero. Con todo, no desdeñaré coger la espada por una esposa tal; una recompensa tan grande 375 llama a la contienda. Y tú además, si el mundo entero lucha por ti, entre las generaciones venideras serás famosa para siempre. Con una esperanza que ya no abriga temores, sal de aquí, con el favor de los dioses, y exige los compromisos que te he hecho con lealtad sincera.

17

HELENA A PARIS[308]

[Si hubiera podido no leer lo que he leído, Paris, salvaría, como hasta ahora, mi condición de mujer honesta.] Ahora que tu carta ha violado mis ojos, la gloria de no responder me parece algo banal. ¡Te has atrevido, extranjero, a 5 mancillar la sagrada hospitalidad poniendo a prueba la legítima fidelidad de una esposa! ¿Así que para esto te ha recogido el puerto de la ribera de Ténaro cuando eras juguete de los mares y del viento? No tuvo para ti nuestro palacio cerradas sus puertas —aunque venías de un pueblo distinto 10 y lejano—, para que la injuria fuera el agradecimiento de tan gran servicio[309]. ¿Era huésped o enemigo el que así entraba? No me cabe duda de que esta queja mía, aunque tan justa, será tachada de simple según tus criterios. Pues 15 muy bien, sea yo simple[310] mientras no me olvide del pudor, y mientras el curso de mi vida prosiga sin mancha. Si bien no pongo una expresión triste e hipócrita en la cara, y si no

[308] Detallado análisis de la elegía en FISCHER, *Ignotum hoc aliis...*, págs. 100-152. Tras la pormenorización de la estructura, la autora ve la elegía dispuesta básicamente en torno a dos secciones: tras la introducción (1-10) comienza la discusión de los argumentos de Paris (11-140), a la que sigue la discusión de los deseos y planes de Helena (141-268).

[309] No debe considerarse (a pesar de los editores) interrogativa la oración que encierran los vv. 9-11 (SOCAS).

[310] Paris llamó 'simple' a Menelao en 16, 221 *(rusticus)* y a Helena en 287 *(rustica)*.

ando por ahí sentada, huraña y con el ceño fruncido, pese a ello, mi reputación está reluciente y he jugado hasta ahora sin pecado, y sin que ningún adúltero haya hecho de mí su trofeo. Lo que más me asombra es la osadía de tus intenciones, y el motivo que te lleva a hacerte ilusiones sobre mi lecho. ¿O es que porque el héroe descendiente de Neptuno[311] me hizo fuerza, ya por el primer secuestro parece lógico que se me secuestre otra vez? Yo tendría la culpa si hubiese consentido; pero si se me raptó, ¿qué era lo mío, sino resistirme? Mas no se llevó él el fruto que buscaba en su acción, y volví sin que pasara nada, fuera de pasar miedo. Unos cuantos besos nada más pudo robarme y a viva fuerza ese atrevido: nada más allá tiene él de mí. Tú, según es tu descaro, no te habrías conformado con eso. Gracias al cielo, él no era igual que tú. Me devolvió intacta, y su comedimiento hizo menos grave su culpa, y es evidente que hoy se arrepiente de la ocurrencia de su mocedad. Teseo se arrepintió para que ahora Paris le siga los pasos: ¿es que nunca se va a caer mi nombre de la boca de la gente? Y no me indigno —¿quién puede enojarse con un enamorado?—, siempre que no sea simulado el amor que dices. Aunque incluso de eso dudo, no porque me falte confianza en mí misma, ni porque no sea bien sabedora de mi hermosura, sino porque la ingenuidad suele hacerles gran perjuicio a las jóvenes, y se dice que vuestra[312] palabra carece de valor. «Pecan las otras y rara es la casada que es fiel». Pero ¿quién impide que mi nombre esté entre esas pocas? Quizá porque mi madre te ha parecido buen modelo, esperas que yo, según su ejemplo, también pueda caer: en lo que hizo mi madre, burlada bajo una falsa apariencia, hubo

[311] Teseo fue el primer raptor de Helena, cf. *Her.* XVI 327 ss.

[312] La de los hombres.

un engaño, porque el adúltero estaba escondido en sus plumas[313]. Yo si pecara no puedo haber ignorado nada, ni habrá engaño ninguno que ampare la culpa del delito. Bien le fue a ella el engaño, y corrige su falta gracias al autor; pero ¿quién es aquí el Júpiter gracias al cual se dirá que he sido yo afortunada en mi culpa? Presumes de linaje, de antepasados y de reales apellidos; esta casa es ya suficientemente grande por su propia nobleza. No se hable de Júpiter, bisabuelo de mi suegro, y de toda la casta de Pélope el Tantálida y de Tindáreo; Leda, engañada por un cisne, me da por padre a Júpiter, aquella que acarició, ingenua, en su regazo a un ave fingida. ¡Vamos, ponte a hablar ahora de los remotos ancestros del pueblo frigio, de Príamo y de su Laomedonte! Yo los estimo; pero el que es tu mayor gloria es el quinto, y ese mismo es el primero contando desde mi persona[314]. Aunque piense que es poderoso el cetro de tu tierra, no creo con todo que éste sea menor que el tuyo. Si bien es verdad que este lugar es superado por vuestras riquezas y vuestra multitud de varones, no es menos cierto que tu país es bárbaro. Desde luego tu rica carta promete tan grandes presentes que podrían conmover hasta a las mismísimas diosas. Pero si de verdad quisiera traspasar las fronteras del pudor, tú serías mejor motivo para mi delito. O yo conservaré por siempre mi fama sin mancha, o bien te seguiré a ti, más que a tus regalos. Y así como no los desprecio, del mismo modo los regalos mejor recibidos son siempre los que el donante vuelve valiosos[315]. Mucho más

[313] Júpiter, que con la apariencia de cisne sedujo a Leda.

[314] Júpiter, padre de Helena, y antepasado de Paris, aunque en séptima, no en quinta generación.

[315] Reverso del motivo elegíaco de la amada codiciosa; sobre el tópico en su forma usual, véase F. NAVARRO ANTOLÍN, *La amada codiciosa y la Edad de Oro*, Mem. Licenciatura de la Universidad de Sevilla, 1991.

es el que me ames, el que sea para ti el motivo de tu esfuerzo, el que tu esperanza venga atravesando tan inmensos mares. También noto esas cosas[316] que haces, malvado, ahora cuando estamos a la mesa, aunque intento disimularlo: cuando ora me miras, lascivo, con tus desvergonzados
80 ojos, cuya apremiante mirada apenas pueden soportar los míos, ora suspiras, ora coges la copa que está a mi lado y por la misma parte que yo he bebido bebes tú también. ¡Ay, cuántas veces he notado que con los dedos, que con las
85 cejas, que casi hablaban, me hacías señales ocultas! Y muchas veces he temido que mi marido las viera, y me he ruborizado con esas señales mal disimuladas. Muchas veces en un murmullo, o entre dientes, me he dicho: «A éste no le da vergüenza nada», y esas palabras han resultado verdaderas. En el redondel de la mesa he llegado a leer debajo de
90 mi nombre un «te quiero» que con vino habían trazado unas letras. Me negué a creer lo que mis ojos se negaban a admitir. ¡Ay de mí, que ya he aprendido yo a poder hablar de la misma forma! Si tuviera que caer, caería ante esos halagos:
95 ellos sí podrían conquistar mi corazón. Confieso que tienes además una belleza poco común, y que una muchacha puede muy bien querer caer en tus brazos. Pero es mejor que otra tenga esa fortuna sin pecado, y no que mi pudor se rinda a un amor extranjero. Aprende con mi ejemplo a poder
100 pasar sin las cosas bellas; es virtud abstenerse de bienes placenteros[317]. ¿Cuántos mozos crees que hay que desean lo

[316] En la elegía amatoria hay todo un código de señales secretas entre enamorados (escribir en la mesa con gotas de vino, señas con el entrecejo, dar vueltas al anillo, tocarse el lóbulo de la oreja); sobre ello versa el pasaje que sigue, cf. también *Amores* I 4, 17-20, *Arte de amar* I 569-578, entre otros. Véase alusión a este lugar en la elegía anterior (Paris a Helena), verso 258, donde Paris habla de estas señales ocultas que aquí se detallan.

[317] Máxima estoica.

mismo que tú deseas? ¿O es que Paris es el único en el mundo que tiene ojos para ver? No ves tú más que nadie, sino que a más te atreves, temerario; no tienes más corazón, sino más cara dura. Quisiera que hubieras venido en tu rápi- 105 da nave en aquel otro tiempo en que mi virginidad era el blanco de mil pretendientes. De haberte visto a ti, habrías sido el primero de todos, hasta mi marido daría su venia a mi veredicto. Llegas tarde a un deleite que ya posee otro dueño y lo disfruta. Has sido lento[318] en tu esperanza; lo 110 que vienes a buscar es de otro. Sin embargo, aunque deseara convertirme en tu esposa troyana, también es verdad que Menelao no es mi dueño contra mi voluntad. Deja, por favor, de trastornar mi delicado corazón con tus palabras y no hagas daño a la que dices amar; deja que se preserve el des- 115 tino que la fortuna me ha dado y no te apoderes del afrentoso despojo de mi pudor. Pero dices que Venus te lo ha prometido y que en los valles del alto Ida se te mostraron desnudas tres diosas; y que mientras una te ofrecía el poder y la otra la gloria en la guerra, te dijo la tercera: «Te haré esposo 120 de la Tindáride». En verdad doy poca fe a que los cuerpos celestiales sometieran su figura a tu parecer. Y aunque eso fuera verdad, de seguro que la segunda parte es mentira, donde se dice que yo seré entregada por premio a tu veredicto. No estoy tan engreída con mi cuerpo como para pen- 125 sar que he sido el máximo galardón a juicio de una diosa. Mi hermosura se contenta con gustar a los ojos de los hombres; la alabanza de Venus me expone a envidias. Pero no intento desmentirlo: también me confortan esas alabanzas; ¿por qué iba a negar mi voz lo que desearía que fuera 130 cierto? Y no me reproches el que me haya costado mucho creerte; a las cosas grandes suele concedérseles tarde el

[318] *Spes tua lenta fuit*, cf. los diversos matices en nota a 1, 1.

crédito. Así pues, mi primer goce es haberle gustado a Venus, y el segundo el que tú me hayas considerado la mejor
135 recompensa, y que no hayas puesto los privilegios de Palas y Juno por delante de las bondades de Helena, conocidas de oídas. ¿Así es que soy para ti el valor? ¿Así es que soy para ti el poder[319]? Sería de hierro si no me enamorara yo de ese pecho. Créeme, no soy de hierro, pero lucho por no enamo-
140 rarme de aquel que no creo que pueda llegar a ser mío. ¿Para qué abrir surcos en la esponjosa playa con curvo arado[320], y dejarme llevar por una esperanza que el mismo suelo me niega? No sé una palabra de enredos amorosos, y con ninguna maña he burlado nunca a mi fiel esposo —a
145 los dioses pongo por testigos—. Esto que hago ahora de encomendar mis palabras a una carta secreta, es un desconocido servicio que cumple mi letra. ¡Dichosas las que tienen costumbre! Yo que ignoro todo esto me figuro que es tortuoso el sendero del pecado. Y el mismo miedo me hace
150 daño, porque ya ahora estoy aturdida y creo que todos los ojos están fijos en mi cara. Y no lo creo en balde; ya he sentido las malas lenguas de la gente, y Etra me ha contado algunas de las hablillas. Así que tú disimula, a no ser que prefieras echarte atrás. Pero ¿por qué desistir si puedes di-
155 simular? Sigue el flirteo, pero a escondidas; tengo mayor libertad, pero no sin límite, por la ausencia de Menelao. Es verdad que él se ha marchado lejos, por un asunto ineludible; el motivo de su súbito viaje ha sido importante y justo...
160 O a mí eso me ha parecido. Cuando vi que dudaba si irse le dije: «Vete, pero intenta volver cuanto antes». Alegre por el presagio me besó y me dijo: «Hazte cargo de todo y de la

[319] Los privilegios que le habían prometido a Paris las diosas Palas y Juno, respectivamente.

[320] Tarea proverbialmente inútil.

casa, y también del huésped troyano». Apenas pude contener la risa, y mientras lucho por contenerla, sólo pude contestarle: «Así lo haré». Y así fue como él ha puesto sus ve- 165
las, viento en popa, rumbo a Creta; pero no pienses por eso que ya hay vía libre para todo. Mi esposo se ha ido de aquí de tal forma que sin estar me vigila. ¿O no sabes tú que son largas las manos de los reyes[321]? Lo de mi fama supone también una carga, pues mientras más devotamente andan 170
mis alabanzas en vuestra boca, más razón tiene él para temer. La misma gloria que, como ahora, me halaga, me hace daño, mejor hubiera sido engañar como fuera a la fama. Tampoco te asombres de que me haya dejado aquí contigo al partir; él confía en mí por mi carácter y por mi conducta. Tiene miedo de mi belleza, pero confía en mi conducta: le 175
da seguridad mi honestidad, pero mi belleza le hace temer. Me recomiendas que no malgastemos un tiempo que se nos ha regalado, y que aprovechemos la condescendencia del simple de mi marido[322]. Tengo ganas y miedo, mi voluntad no está lista todavía; mis sentimientos se debaten de un lado 180
a otro. Sí que me falta mi marido, sí que duermes tú sin compañera, y sí que me atrae a mí tu hermosura y a ti la mía. Y se nos hacen largas las noches, y ya nos hemos unido en conversación, y tú, pobre de mí, eres seductor, y una sola es nuestra casa. Que me muera si no nos invita 185
todo al pecado; pero a mí me retiene no sé qué miedo que no puedo explicar. ¡Ojalá supieras obligarme a lo que con tan poco éxito me persuades! Por la fuerza tendría que arrancárseme mi simpleza[323]. Algunas veces es bueno el ultraje para los que lo sufren; la verdad es que sería para mí 190

[321] Proverbio.

[322] Recoge así las palabras de Paris en 16, 312.

[323] Véase nota al verso 15.

una suerte el ser forzada. Pero mejor luchemos contra el amor que ha empezado, ahora que es joven; el fuego reciente se vuelve a asentar con poca agua que se rocíe. El amor de los extranjeros no es de fiar: anda errante, como ellos, y cuando crees que no existe cosa más perdurable, 195 echa a correr. Prueba es Hipsípila, prueba es la muchacha Minoide[324], las dos burladas con la promesa de lechos que no llegaron. Tú mismo, desleal, se dice que has abandonado a tu Enone, a la que quisiste tantos años. Tú mismo no lo 200 niegas: por si no lo sabes, mi máxima ocupación ha sido enterarme de todo lo relativo a ti. Súmale a eso que aunque quisieras seguir siendo fiel en tu amor no podrías, porque los frigios aprestan ya tus velas. Mientras discutes conmigo, mientras se prepara la noche ansiada, habrá llegado el 205 viento que te llevará a tu patria. En mitad de su carrera dejarás unos devaneos llenos de novedad, y con esos mismos vientos se irán mis amores. ¿O es que voy a seguirte, como me sugieres, y voy a visitar Pérgamo, tan alabada, y voy a ser la mujer del nieto del gran Laomedonte? No, no desprecio lo bastante los pregones de la alada 210 fama como para dejarla que llene el mundo de mis escándalos. ¿Qué podría decir de mí Esparta, o toda Acaya, qué no dirían los pueblos de Asia y tu misma Troya? ¿Qué pensaría Príamo de mí, y qué pensaría su mujer, y todos tus 215 hermanos y sus esposas Dardánidas? Tú mismo, ¿por qué podrías esperar que yo te iba a ser fiel y no ibas a sentir angustia ante tu propio ejemplo? Cada vez que un desconocido arribara en los puertos de Ilión te sería causa de inquietud y de temores. ¿Cuántas veces al irritarte me llamarías 220 adúltera tú mismo, olvidando que en mi acusación está in-

[324] Ariadna, hija de Minos, abandonada por Teseo; alusión literaria a las cartas anteriores (*Her.* 5, Enone; *Her.* 6, Hipsípila; *Her.* 10, Ariadna).

cluida también la tuya? Te convertirás a la vez en el autor y el censor de mi delito. Pido al cielo que antes que eso la tierra cubra mi rostro. ¿Que disfrutaré de las riquezas de Ilión y de espléndidos vestidos y tendré obsequios más abundantes que los que me has prometido? ¿Que tendré púrpura y 225 caros vestidos y llevaré puesta una fortuna con ese montón de oro encima? Perdóname si te digo que tus regalos no valen tanto; hasta esta misma tierra, no sé de qué modo, me retiene. ¿Quién saldría a defenderme en las riberas frigias si me hacen daño? ¿A dónde iré a pedirles ayuda a mis herma- 230 nos, o a mi padre? Todo le prometió a Medea Jasón[325], el embustero: ¿y evitó por eso Medea que la echaran de la casa de Esón? No estaba Eetes para que volviera a él, repudiada, ni su madre Idía, ni su hermana Calcíope. No es que tema 235 tal cosa, pero tampoco Medea lo temía; la buena esperanza se engaña muchas veces en lo que a sí misma se augura. Encontrarás que todos los barcos que ahora se tambalean en alta mar tuvieron aguas tranquilas al salir del puerto. También me aterra la antorcha ensangrentada que tu madre soñó que paría la víspera de darte a luz. Tengo miedo del vatici- 240 nio de los adivinos, porque se dice que ellos han presagiado que Ilión arderá con el fuego pelasgo. Y así como Citerea te ayuda, porque resultó ganadora y logró doble victoria[326] gracias a tu juicio, igualmente tengo miedo de las otras dos 245 que, si no es inventada tu proeza, no ganaron su causa por tu veredicto; y estoy segura de que, si te sigo, se prepara una guerra; nuestro amor se desarrollará entre espadas, ¡ay de mí! Si Hipodamía la de Átrace forzó a los guerreros

[325] Sobre el abandono de Medea por Jasón, cf. *Her.* 12. Esón es el padre de Jasón; Eetes, el de Medea.

[326] Sobre Juno y Minerva en el famoso juicio de Paris.

250 hemonios[327] a declarar una guerra salvaje a los centauros, ¿crees tú que Menelao tardaría en dejarse arrastrar por una cólera tan justa como la suya, y los Gemelos, mis hermanos, y Tindáreo? Y en cuanto a eso de que presumas y hables de proezas, te diré que esa belleza tuya no se amolda a tus pa-
255 labras. Tus miembros son más propios para Venus que para Marte. ¡Que los valientes hagan la guerra! ¡Tú, Paris, ama siempre! Dile a Héctor, al que tú alabas, que luche en tu lugar; a otra guerra conviene que tú consagres tus energías[328].
260 Yo las aprovecharía si fuera lista y un poco más decidida, como las aprovechará cualquier otra mujer, si es lista. O quizá me espabile yo, dejando a un lado el pudor, y te rendiré, vencida por la ocasión[329], mis manos[330] que tanto han dudado. Y en cuanto a eso de que hablemos personalmente de esto a escondidas, te diré que sé qué buscas y a qué le
265 llamas charlar. Pero corres demasiado y tu cosecha no ha hecho más que brotar. Quizá esta dilación sea aliada de tus deseos. Ya no más; que mi carta, cómplice de mis furtivas intenciones, detenga su secreta labor, pues mis dedos ya se cansan. Lo demás lo hablaremos a través de Clímene y Etra,
270 compinchadas, que las dos son mis criadas, y mis buenas consejeras.

[327] Los guerreros hemonios son el pueblo tesalio de los lápitas. La lucha de los lápitas contra los centauros se desencadenó porque durante las bodas de Pirítoo e Hipodamía el centauro Éurito, borracho, trató de violar a Hipodamía. Esta Hipodamía no debe confundirse con la esposa de Pélope; Átrace, ciudad de Tesalia, ha de entenderse como sinécdoque por la propia Tesalia.

[328] A la *militia amoris*, tópico de la elegía amatoria.

[329] Dos posibles interpretaciones de *tempore*, vencida por la ocasión (ausencia de Menelao), o con el paso del tiempo.

[330] En señal de esclavitud, metáfora tomada de la ceremonia del *triumphus*, aquí, por transposición, el *triumphus Amoris*, en el que los vencidos, los enamorados, se entregan al *servitium* o esclavitud que deben al Amor.

18

LEANDRO A HERO[331]

[La mano que quisiera llegarte como siempre por las [a] olas, te escribe una carta: recíbela mientras llego yo.] Te [b] manda el abideno el deseo de salud que preferiría llevarte en persona, si se calmaran las olas del mar, niña de Sesto. Si los dioses me ayudan y me favorecen en el amor, leerás, contra la voluntad de tus ojos, estas palabras mías. Pero no 5 me ayudan, pues ¿por qué retrasan mis deseos, y no me dejan correr por las aguas de siempre? Tú misma ves el cielo, más negro que la pez, y la mar removida por el vendaval y apenas navegable hasta para las naves recurvas. Un solo marinero, y con mucho valor, ha salido del puerto, y a tra- 10 vés de él te envío la carta. Me hubiera subido, pero cuando él soltaba amarras toda Abido estaba al acecho. No habría podido burlar, como antes, a mis padres, y el amor que queremos ocultar no habría pasado desapercibido. Así que 15 escribí esto en seguida y dije: «Vete, carta afortunada; en poco tiempo te recogerá la hermosa mano de ella. Quizá

[331] Breve estudio de la pareja de elegías 18 (Leandro) y 19 (Hero) en KENNEY, *Literatura latina...*, págs. 470-71, que ve un argumento poco relevante y el énfasis en la separación y sus emociones derivadas. Leandro era un joven de Abido que cada noche cruzaba a nado el Helesponto (Dardanelos) para ver a su amada Hero, que vivía en Sesto. Cuando Leandro pereció ahogado, Hero se quitó la vida. La historia se hizo popular a partir de los escritores augústeos, sin que se conozcan sus fuentes antiguas, cf. SHOWERMAN-GOOLD, pág. 244.

también te acerque los labios y te roce cuando su diente de nieve intente romper tu sello». Ésas son las palabras que en leve susurro he dicho de viva voz, lo demás lo habla el papel y la mano. ¡Oh, cuánto hubiera preferido que mi mano nadara, en vez de escribir, y me llevara diligente por las aguas de siempre! Sirve mejor para dar golpes al plácido mar, aunque también sepa hacer de servidora de mis sentimientos. Trascurre la séptima noche, tiempo que se me ha hecho más largo que un año, desde que el mar hierve agitado por roncas olas. Que siga mucho tiempo enloquecido el mar si es que yo he probado estas noches el sueño que aplaca los corazones. Sentado en cualquier risco miro tristemente tus riberas y la imaginación me lleva adonde no puede llevarme el cuerpo. Mis ojos, al acecho, incluso ven, o creen que ven, la luz que hace guardia en lo alto de la torre[332]. Tres veces dejé la ropa en la arena seca; tres veces desnudo intenté emprender el duro camino: la furia del mar se interpuso a mi juvenil empresa, sumergiéndome al nadar la cabeza en sus aguas enemigas.

Escucha, tú, el más bravo de todos los vientos devastadores, ¿por qué con actitud tan firme te enfrentas a mí? Bóreas, es conmigo, no con el mar, con quien te ensañas, ¿lo sabes? ¿Qué serías capaz de hacer si no supieras lo que es el amor? Por más helado que seas, maldito, ¿vas a negar que hubo un tiempo en que ardías presa del amor de una actea[333]? Si cuando ibas a robar esos deleites alguien hubiera querido cerrarte los pasadizos del aire, ¿cómo lo habrías tomado? ¡Por favor, ten compasión, mueve con menos fuerza una brisa favorable! Que a cambio el Hipótada[334] no te

[332] La luz que encendía Hero para guiar a Leandro.

[333] Una ateniense, esto es, Oritía, una de las hijas del rey de Atenas, Erecteo, que fue amada y raptada por Bóreas, viento del Norte.

[334] Éolo, señor de los vientos, hijo de Hípotes.

ordene nunca nada enfadoso. Me esfuerzo en balde: el viento refunfuña ante mis súplicas, y por ninguna parte calma las aguas que él mismo sacude. Ojalá que ahora me diera Dédalo sus atrevidas alas, aunque aquí cerca esté la ribera icaria[335]. Padeceré lo que haga falta, con tal de poder elevar por los aires el cuerpo que muchas veces estuvo pendiente de las olas inseguras. Mientras, en tanto que viento y mar todo lo niegan, en mi imaginación doy vueltas a los primeros tiempos de mi amor furtivo.

La noche estaba[336] en su comienzo —recordar da también placer— cuando salía, enamorado, por las puertas de la casa paterna. Sin tardar, quitándome a la vez la ropa y el miedo, agité en las transparentes aguas mis flexibles brazos. La luna apenas me brindaba una trémula luz en mi camino, como compañera servicial de mi viaje. A ella levanté la cara y le dije: «Protégeme, diosa esplendente, y que vengan a tu memoria las rocas del Latmo[337]. No consiente Endimión que tu pecho sea severo; te suplico que vuelvas tus ojos a mis amores furtivos. Tú, diosa, caías del cielo en busca de un mortal; si se me consiente la verdad, la que yo busco es también una diosa[338]. Para no hablar de su carácter, propio de un pecho divino, diré que esa hermosura no cuadra sino a las diosas verdaderas. Después de Venus y de ti no hay otra más hermosa, y, para que no te fíes sólo de mis palabras, ¡míralo tú misma! Igual que cuando tú refulges con la plata pura de tus rayos, y todos los demás astros se doblegan a tus destellos, igual es ella más hermosa que todas las hermosas;

[335] Donde cayó Ícaro, cerca de Samos. Leandro no tiene miedo de que le pase lo mismo.

[336] Retrospección: visita de Leandro a Hero (53-124).

[337] Monte en el que la Luna amó a Endimión.

[338] Sigue un desarrollo del motivo amatorio de la *puella divina*, cf. CATULO, LXVIIIB, 70, y G. LIEBERG, *Puella divina*, Amsterdam, 1962.

si no te convences, Cintia, es que tu mirada es ciega[339]».
75 Eso dije, o en todo caso algo no muy distinto, cuando iba de noche por aguas que me abrían paso. Las olas[340] fulgían con la radiante efigie de la luna en ellas reflejada, y el resplandor en la noche callada era como el del día. Ninguna voz se
80 oía por ninguna parte, ningún murmullo llegaba a los oídos salvo el del agua cortada por mi cuerpo. Sólo las gaviotas[341], recordando a su amado Ceix, me pareció que lanzaban no sé qué dulce queja. Y ya sintiendo los brazos cansados a la altura de los hombros, con gran esfuerzo me alzo
85 todo lo que puedo sobre las aguas, cuando a lo lejos divisé una luz y dije: «Mi fuego está en esa luz; aquellas playas tienen mi luz». Y en el mismo instante volvieron las fuerzas a mis fatigados brazos, y el mar me pareció más suave que
90 antes. Que no pueda sentir el frío del helado abismo es obra del amor que arde en mi pecho enamorado. Cuanto más me acerco y más próxima se hace la playa, cuanto menos queda, más ganas tengo de avanzar. Pero cuando además se me puede ver, en seguida me das fuerzas tú, al contem-
95 plarme, y renuevas mi vigor. Entonces me esfuerzo por agradar a mi dueña también al nadar, y para tus ojos muevo los brazos. Apenas puede impedirte tu nodriza bajar al mar, eso lo he visto yo y no podías engañarme. Y no consiguió,

[339] *Si dubitas, caecum, Cynthia, lumen habes!* Juego de palabras entre «tu luz es oscura» y «tu ojo es ciego». Cintia es, naturalmente, Diana (la Luna), nacida en el monte Cinto de Delos.

[340] Nótense en los versos que siguen los hermosos toques descriptivos (cf. KENNEY, *Literatura latina*, pág. 470).

[341] Traduzco con «sólo las gaviotas» el latín *alcyones solae*, para recoger el femenino plural. Alcíone era hermana de Cánace e hija de Éolo; se casó con Ceix, y al saber que su marido había muerto ahogado se precipitó al mar y fue transformada en ave (sea el martín pescador, la gaviota, el petrel o el cisne). Nueva alusión a Alcíone y Ceix en la respuesta de Hero (19, 133).

aunque te retenía en tu carrera, que las primeras olas no te 100
mojaran el pie. Me recibes en un abrazo y me das unos besos felices, unos besos, ¡grandes dioses!, que merecen ser buscados cruzando el mar; te quitas tu capa de los hombros y me la das y me secas el pelo empapado de agua marina. Lo demás[342] lo sabe la noche, y nosotros, y la almena, 105
nuestra cómplice, y la lumbre que me enseña el sendero a través del mar. Tan innumerables como las algas marinas del Helesponto fueron las delicias de aquella noche. Cuanto menos tiempo se concedía a nuestro amor escondido, tanto 110
más cuidábamos de que no pasara en balde. Y ya la esposa de Titono estaba a punto de poner en fuga a la noche, y había salido el Lucero, precursor de Aurora. Amontonamos besos apresurados, sin orden ni concierto, y nos quejamos de que tan cortas fueran las horas de la noche. Y tras esa de- 115
mora, que me valió la agria advertencia de la nodriza, dejo la torre en busca de la playa fría. Nos separamos llorando y yo regreso al mar de la virgen[343], volviendo mientras podía los ojos a mi dueña. Si quieres creer la verdad: mientras iba para allá me consideraba un nadador, al volver, un náufra- 120
go. Créeme también esto: hacia ti el camino me parecía cuesta abajo; y cuando vuelvo de dejarte, una montaña de agua inane. Contra mi voluntad vuelvo a mi patria (¿quién lo creería?). Contra mi voluntad también paso ahora el

[342] La relación amorosa (105-110) aparece sólo sugerida, no descrita; es la tónica en el estilo de las *Heroides* (cf. KENNEY, *Literatura latina...*, pág. 470), pero frente a ello, cf. los dos pasajes comentados de la epístola 15 (Safo), vv. 45-50 y 133-134.

[343] La virgen es Hele, hija de Atamante y Néfele y hermana de Frixo. Hele y Frixo huyeron de su madrastra Ino —la segunda mujer de Atamante— montados en un carnero volador. Frixo llegó a la Cólquide, pero Hele cayó al mar y se ahogó, dando así su nombre al Helesponto.

tiempo en mi ciudad. ¡Ay de mí![344]. ¿Por qué el mar separa nuestros corazones unidos, y una sola tierra no acoge a dos que son un solo sentimiento? Que tu Sesto me acoja a mí o que a ti te acoja Abido; tanto me gusta a mí tu tierra como a ti la mía. ¿Por qué me altero cada vez que se altera el mar? ¿Por qué algo de tan poco peso, el viento, puede estorbarme? Ya saben los corvos delfines de nuestro amor, y no creo que yo sea ya un desconocido para los peces. Ya se abre la vereda trillada de las aguas de siempre, tal y como una carretera pisada por muchas ruedas. Antes me lamentaba de no tener otro camino que este del mar; pero ahora me lamento de que también me falte ése por culpa de los vientos. Las aguas de la Atamántide[345] se llenan de canas con las descomunales olas, y hasta varada en el puerto está poco segura una nave. Me imagino que así estaba este mar cuando acababa de ganarse el nombre que tiene, cuando la virgen se ahogó aquí. Y ya este sitio es lo bastante infame por la pérdida de Hele, y aunque a mí me perdona la vida, en su nombre lleva su culpa. Me da envidia de Frixo, que cruzó a salvo estas funestas aguas a lomos de la oveja de oro, sobre las lanas de su vellón. Pero no pido la ayuda de una res ni de un barco mientras se me den aguas que mi cuerpo pueda cortar. No necesito ningún instrumento: ¡que se me dé la posibilidad de nadar! Yo solo seré el barco, el marinero y el timonel. No me guiaré por Hélice[346], ni por

[344] Final de la retrospección nostálgica. El poema sigue con una larga queja contra su situación. Ocupa más de 90 versos, y está muy elaboradacon figuras retóricas y ejemplos míticos. Cf. KENNEY, *Literatura latina...*, pág. 470.

[345] Hele, cf. nota 343.

[346] La Osa Mayor. Es la arcadia Calisto, hija de Licaón, amada por Júpiter, metamorfoseada en osa y catasterizada.

Arctos[347], como suele el marinero de Tiro; mi amor no hace caso de las constelaciones al uso. Otro mire a Andrómeda y la brillante Corona, y la Osa parrasia[348] que destella en el frío polo. Pero a mí no me gusta que lo que amaron Perseo, Líber y Júpiter[349] sea la señal de mi peligrosa ruta. Hay otra lumbre, para mí mucho más cierta que esas otras, con cuya guía mi amor no se extravía entre las tinieblas. Mientras yo la tenga a la vista, me atrevería a ir a la Cólquide y a los confines del Ponto, por donde hizo su ruta el pino tesalio[350], y podría superar nadando al joven Palemón[351], y al que una hierba mágica convirtió de pronto en un dios[352]. Muchas veces mis brazos se quedan sin fuerzas por las continuas brazadas, y en su agotamiento apenas si pueden avanzar por las inmensas aguas. Pero cuando les digo: «Hay una buena paga para vuestro esfuerzo: pronto os daré para que sostengáis el cuello de vuestra dueña», en seguida cobran fuerzas y corren por su recompensa, como el caballo corredor librado de la barrera elea[353]. Así que yo mismo soy siervo de los amores que me abrasan y voy en pos de ti, niña, que serías más bien digna del cielo. Digna en verdad del cielo, pero quédate todavía en la tierra, o dime por dónde también yo puedo subir a los dioses. Estás todavía aquí y poco te disfruta tu pobre amante, y a la par que mi cabeza se trastornan los mares. ¿De qué me sirve que no nos separe un

[347] La Osa Menor.

[348] Parrasia es una ciudad de Arcadia; se refiere a la arcadia Calisto, la Osa Mayor. Véase nota al v. 149.

[349] Andrómeda, Ariadna y Calisto, respectivamente.

[350] La nave Argo del tesalio Jasón.

[351] Hijo de Ino y Atamante, transformado en una divinidad marina.

[352] Glauco, cf. *Metamof.* XIII 905 y sigs.; dios del mar, antes pescador, hijo de Antedón y de Halcíone (o de Poseidón y una Náyade). Comió una hierba que le convirtió en dios marino.

[353] En los juegos de Olimpia, en la Élide.

mar muy ancho? ¿Nos estorba menos acaso este poco de
175 agua? No sé si preferiría que todo el universo nos separara y tener igual de lejos mi dueña y mis esperanzas. Como ahora estás más cerca, una llama más cercana me abrasa, y no siempre está conmigo la realidad, pero siempre lo está la esperanza. Casi toco a mi amor con la mano —tanta es su
180 cercanía—, pero muchas veces ese «casi» me hace saltar las lágrimas. ¿Es esto diferente de pretender coger frutos fugitivos, o de perseguir con la propia boca la esperanza de un río esquivo[354]? ¿Así que no voy a tenerte si no es cuando lo
185 quieran las olas, y no habrá un invierno que me vea feliz, y, no habiendo cosa menos constante que el viento y el mar, en los vientos y en el agua tendré siempre puesta mi esperanza? Y eso que todavía es verano; ¿qué pasará cuando la Pléyade y Arctofílace y la cabra de Oleno me sacudan el mar[355]? O no conozco mi propia temeridad, o también en-
190 tonces el Amor, nada prudente, me mandará al mar. No creas que esto te lo prometo para un momento que no llegará: no tardaré mucho en darte pruebas de lo prometido. Que siga iracundo el mar todavía unas cuantas noches, que verás
195 que cruzo las aguas a pesar de ellas. O tengo suerte en la osadía y sigo vivo, o la muerte será el fin de mi angustiado amor. Querré de todas formas que el mar me eche por esa parte y que tu puerto recoja mi cuerpo naufragado. Porque
200 me llorarás y regalarás mi cadáver con tus caricias y dirás: «De su muerte yo he sido la culpable». ¿No es verdad que te hace daño el presagio de mi muerte, y que esta parte de mi

[354] Alusión a Tántalo, que por abusar de los privilegios de los dioses fue castigado a permanecer en el agua, que retrocedía cuando intentaba beberla, y a tener a su alcance frutos que no podía coger, cf. *Amores* II 2, 44 e *Ibis* 197.

[355] Las Pléyades, Arturo (es decir, el guardián de la Osa) y la cabra Amaltea, que amamantó a Júpiter en Oleno.

carta te resulta odiosa? Ya lo dejo, no te quejes más. Pero para que también el mar desista de su enfado te pido que sumes tus votos a los míos. Necesito una corta tregua mien- 205
tras me traslado allí; cuando haya tocado tu orilla, que siga el mal tiempo. Allí hay unos astilleros que se amoldan a mi quilla y mejor no está mi nave en otras aguas[356]. Que allí me encierre el bóreas, donde es dulce parar. Entonces sí me 210
costará trabajo nadar, entonces sí seré prudente, y no insultaré a las sordas olas, ni protestaré porque el mar no esté bueno para echarse a nadar. Que me sujeten a la vez los vientos y unos tiernos brazos, y que por esas dos cosas se me retenga allí. Cuando lo permita el tiempo usaré los re- 215
mos de mi cuerpo; tú sólo tienes que poner el farol donde se vea. Por el momento, que mi carta pase contigo la noche en mi lugar, y pido al cielo que yo pueda seguir sus pasos lo antes posible.

[356] La nave es el cuerpo de Leandro. Imágenes teñidas de sentido erótico (SOCAS).

19

HERO A LEANDRO[357]

¡Ven, Leandro, para que de verdad pueda tener la salud que me mandaste por carta y de palabra! Inmenso es para mí el tiempo que retrasa mis placeres. ¡Perdóname la confesión! Soy impaciente en mi pasión. El mismo fuego nos abrasa, pero mis fuerzas no son las mismas; sospecho que los hombres tienen un natural más fuerte. Igual que lo es su cuerpo, es débil el corazón de las muchachas; añade más tiempo a tu demora y moriré. Vosotros, ya cazando, o ya ocupándoos de la rica tierra, pasáis largas temporadas en diversos entretenimientos. O bien os retienen los foros, o los regalos de la pringosa palestra[358], o gobernáis la brida de un caballo bien domado; ya cogéis el pájaro a lazo, ya el pez con anzuelo; y las últimas horas se diluyen con los vinos por delante. A mí, privada de todo eso, aun si me abrasara un fuego más suave, no me queda otra cosa que hacer sino amar. Y eso que me queda es lo que hago, amarte, oh mi único placer, y amarte más de lo que se me puede corresponder. O bien cuchicheo con mi nodriza cosas de ti y le

[357] Respuesta de Hero a Leandro. Contrasta la delicadeza de Hero frente al atrevido Leandro: siendo la misma su impaciencia, ella es delicada, como mujer, en su impotencia sólo puede amar (vv. 17-18), así KENNEY, *Literatura latina...*, pág. 471. Sobre la historia de Hero y Leandro, cf. nota 331.

[358] El texto dice *unctae ... palaestrae*, aludiendo al aceite que utilizaban los luchadores.

pregunto extrañada qué causa hay que retrase tu partida, o miro al mar y casi con tus mismas palabras insulto las aguas revueltas por el odioso viento, o cuando la malvada ola abandona por un tiempo su crueldad, me lamento de que, pudiendo venir ya, no quieres, y mientras me lamento llueven lágrimas de mis ojos enamorados, que mi anciana cómplice seca con sus temblorosos dedos. Muchas veces miro si en la orilla están tus pasos, como si conservara la arena las marcas sobre ella; y para preguntar por ti o escribirte pregunto si alguien viene de Abido o si alguien para Abido sale. ¿Qué voy a contarte de los muchos besos que doy a la ropa que te quitas antes de meterte en las aguas del Helesponto? Así, cuando se ha ido ya la luz, y la noche, el momento más amigo, expulsa al día y muestra las brillantes estrellas, en seguida dejo el farol, que no duerme[359], en lo alto de la almena, señal y guía del camino de siempre, y nos ponemos[360] a dar vueltas al huso y a retorcer las hebras para engañar la larga espera en labores propias de mujeres[361]. ¿Me preguntas de qué hablo durante tanto rato? Otra cosa no hay en mis labios que el nombre de Leandro. «¿Tú crees que habrá salido ya mi alegría de su casa, ama, o estarán todos despiertos y teme a los suyos? ¿Tú crees que ya se habrá quitado la ropa y que estará untándose el cuerpo de prin-

[359] Ambigüedad muy efectiva: *vigilantia lumina* se refiere al farol que guiaba a Leandro hasta su amada, pero también puede entenderse que en él deposita ella sus ojos *(lumina)* vigilantes, como queda reforzado con el paralelo verbal del v. 25 *amantia lumina*, colocado adrede en el mismo lugar del verso.

[360] Hero y su nodriza.

[361] Escena doméstica de las hilanderas (cf. KENNEY, *Literatura latina...*, pág. 471, pasajes en VIRG., *Eneida* VIII 407-15, PROPERCIO, IV 3, 41-42 [Aretusa], TIBULO, I 3, 83-88 [Delia], OVIDIO, *Fastos* II 741-58, LIVIO, I 57, 9, y OGILVIE *ad loc.*, pág. 222).

45 goso aceite[362]?» Ella hace una especie de asentimiento, no porque le importen nuestros besos, sino porque el sueño traicionero le mueve su cabeza de anciana. Y al cabo de un momentito le digo: «Seguro que ya navega y ya sus flexibles brazos a golpes hienden las aguas». Y cuando no he 50 hecho sino unas pocas hebras que tocan el suelo, me pregunto si estarás tal vez en la mitad del mar. Y ya miro a lo lejos, ya pido con voz temblorosa que una brisa favorable te haga fácil el camino. Mientras, a mis oídos llegan unas voces y yo me creo que cualquier ruido es el de tu llegada. 55 Así, cuando entre desengaños ha pasado la mayor parte de la noche, a mis ojos cansados les sorprende el sopor[363]. Y es posible que tú, malvado, duermas conmigo a disgusto y que vengas pese a que no quieres venir. Porque me parece que 60 te veo nadando ya cerca, y ahora creo que echas tus brazos mojados a mis hombros, ahora creo que te pongo el mismo manto de siempre por tu cuerpo empapado, ahora creo que en tu seno calientas mi pecho; y muchas más cosas que tiene que callar una lengua pudorosa, cosas que da gusto ha- 65 cer, pero da vergüenza contar. ¡Pobre de mí! ¡Placer breve e irreal es ése, porque siempre te sueles ir tú detrás de mi sueño! ¡Ojalá que lleguemos un día a unirnos más fuerte los ardientes amantes y que a nuestro placer no le falte verdadera realidad! ¿Por qué he pasado fría tantas noches soli- 70 tarias, por qué me faltas tantas veces, descuidado[364] nadador? Reconozco que todavía el mar no está disponible para nadar; pero ayer por la noche hizo un viento más suave. ¿Por qué no lo aprovechaste? ¿Por qué temías lo que no iba

[362] «Aceite», para que proteja su cuerpo en la travesía: el texto dice *Pallas*, nombre de la diosa del Olivo.

[363] Soliloquio. De la conversación con su pasiva ama, Hero pasa al soliloquio, a hablar de sus dudas, miedos, esperanzas.

[364] *Lente*, cf. nota a 1, 1.

a pasar? ¿Por qué se malogró un viaje tan bueno y no emprendiste el camino? Aunque se te ofrezca en seguida una 75 ocasión parecida de salir, la otra era más buena, sólo porque era anterior. «Pero el hondo mar se agita y cambia de aspecto en un instante»[365]. Muchas veces, cuando te aligeras, llegas en menos tiempo. Yo creo que si el mal tiempo te cogiera aquí no tendrías nada de qué quejarte, y conmigo abra- 80 zada a ti jamás él te haría daño. Entonces yo sí que iba a escuchar feliz los vientos silbar y suplicaría que nunca estuvieran tranquilas las aguas. ¿Qué ha pasado entonces para que te hayas vuelto tan temeroso de las olas y respetes tanto al mar que antes desafiabas? Yo me acuerdo haberte visto 85 llegar con el mar no menos cruel y amenazador que ahora, o no mucho menos; cuando te gritaba: «Arriésgate de manera que no tenga que llorar tu valor esta desgraciada». ¿De dónde este extraño temor? ¿Dónde se ha ido aquella valentía? ¿Dónde está aquel gran nadador que desdeñaba al mar? 90 Pero mejor es que seas así que como antes solías ser, y que recorras seguro tu ruta por aguas tranquilas, con tal de que sigas siendo el mismo, con tal de que me quieras como dices en tu carta, y aquella llama no se haga fría ceniza. No 95 temo tanto que los vientos retrasen mis deseos como que tu amor, igual que este viento, ande errante; que ya no valga yo tanto la pena, y que los peligros superen a su causa y que veas en mí una recompensa más pequeña que el esfuerzo. A veces temo que mi lugar de nacimiento me perjudique y que se diga de mí que una muchacha tracia no está a la altura de 100 un esposo abideno. Pero todo lo puedo soportar con paciencia menos que pases el tiempo enredado con cualquier rival, todo menos que los brazos de otra te rodeen el cuello y que

[365] *Mutata est iactati forma profundi*, perfecto gnómico (SOCAS), con el valor de una sentencia.

con el nuevo amor llegue el final del nuestro. ¡Ay! Mejor morir que verme herida por ese crimen, mejor que mi muerte llegue antes que tu pecado. No digo estas cosas porque me hayas dado indicios del mal que se avecina, ni angustiada por un rumor reciente. Pero todo me da miedo, ¿o quién ha amado libre de angustias? La lejanía obliga a los ausentes a tener más miedo. ¡Qué suerte tienen esas que su presencia les obliga a darse cuenta de las faltas verdaderas, pero les impide temer las falsas! A mí tanto me afecta una infidelidad que no existe como se me escapa la verdadera, y uno y otro error me provocan la misma desazón. ¡Ay, ojalá llegues, o que sea el viento o tu padre, pero nunca una mujer, el motivo de tu retraso! Porque si me entero de alguna, me moriré, créeme, de dolor. Fáltame cuanto antes si buscas mi muerte. Pero ni tú me vas a faltar, ni yo tengo motivos para estos temores, y es el temporal envidioso el que lucha porque no llegues. ¡Ay de mí! ¡Qué olas tan enormes castigan la playa, y cómo desaparece la luz del día oculta por oscuras nubes! Quizá la piadosa madre de Hele[366] haya venido al Ponto y rocía las aguas llorando a su hija ahogada ¿O quizá es su madrastra[367], convertida en diosa marina, la que castiga al mar conocido con el odiado nombre de su hijastra? Este sitio no es bueno, como está ahora, para las tiernas muchachas; por culpa de estas aguas murió Hele, y por ellas sufro también yo. Pero ningún amor se debería ver contrariado con vientos por tu culpa, Neptuno, fiel a tu fuego: si no son vanos rumores de falsos delitos[368] lo de Amimone y lo de Tiro, tan famosa por su

[366] Néfele, la nube, primera esposa de Atamante, madre de Frixo y Hele. Véase nota 343.

[367] Ino, segunda esposa de Atamante, padre de Hele.

[368] Enumeración de los amores de Poseidón o Neptuno. Amimone, hija de Dánao, fue amada por Neptuno, cf. Ov., *Amores* I 13, HIGINO, *Fáb.*

belleza, y lo de la reluciente Alcíone, †y Ceix†, y la hija de Hecateón y lo de Medusa, cuando su melena todavía no estaba atada con serpientes, y lo de la rubia Laódice, y Celeno, admitida en el cielo, y lo de muchas que recuerdo haber leído. Los poetas cantan que éstas al menos, y muchas otras, fueron, Neptuno, las que juntaron su delicado cuerpo con tu cuerpo. ¿Por qué, entonces, tú, que tantas veces has sentido los embates del amor, nos cierras con torbellinos el camino acostumbrado? ¡Basta, enemigo fiero! Traba tus combates con el ancho mar. Éste es un pequeño trecho de agua que separa dos continentes. A ti te cuadra chocar tu grandeza contra grandes barcos, o incluso enzarzarte con flotas enteras. Pero es una vergüenza que el dios del mar asuste a un joven nadador, es una hazaña indigna incluso de un estanque cualquiera. Él es, además, de noble e ilustre cuna, pero no se remonta su raza a tu odiado Ulises. Perdónalo y sálvanos a los dos; nada uno solo, pero de las mismas aguas dependen el cuerpo de Leandro y mis esperanzas. Y chisporrotea la luz —pues escribo al pie de ella—, chisporrotea y me da prósperas señales[369]. A esto que mi ama vierte vino sobre las faustas llamas, y dice: «Mañana seremos más», y bebió ella también[370]. ¡Haz que seamos más, nadando y venciendo al mar, oh tú que formas

169. Tiro, mediante engaño, fue amada por Neptuno, del que tuvo los gemelos Pelias y Neleo. La misma alusión a Alcíone y Ceix arriba en la carta de Leandro, 18, 81. Con Medusa, la única mortal de las tres Górgonas, se unió Neptuno, que la dejó preñada. Celeno era una de las Pléyades, que se unió a Neptuno y le dio varios hijos, cf. *Fastos* IV 173.

[369] El texto dice *sternuit* (perfecto con valor de presente), que es el verbo propio para el estornudo humano, y «estornudo» (chispazo) de la lámpara. El estornudo era un signo de aprobación, cf. CATULO, XLV 9, PROPERCIO, II 3, 24.

[370] Nótese el rito propiciatorio que lleva a cabo acto seguido la nodriza, con el detalle humorístico de su caracterización como vieja bebedora (SOCAS).

parte de lo más hondo de mi corazón! Vuelve a tu campamento[371], desertor de tu amor y tu alianza. ¿Por qué se pone mi cuerpo en la mitad de la cama? No hay de qué
160 temer; la propia Venus te ayudará en el peligro y ella, hija del mar, te extenderá en el mar un sendero. Muchas veces me entran ganas a mí misma de ir por las olas, pero veo que este mar suele ser más seguro para los hombres. ¿O por qué, si no, cuando Frixo y su hermana viajaron los dos por él,
165 sólo la mujer dio nombre a este ancho mar? ¿Quizá temes que no haya tiempo suficiente para la vuelta, o que no puedas resistir el peso del doble esfuerzo? Pues acudamos a encontrarnos en medio del mar y crucemos nuestros besos allí en la superficie de las aguas, y después volvamos cada
170 uno de nuevo a nuestra ciudad; poca cosa, pero al menos será más que nada. Ojalá quisiera ceder ya este pudor que nos obliga a amarnos en secreto, o ya nuestro amor, tan temeroso de las habladurías. Ahora luchan la pasión y la vergüenza, dos cosas que mal se avienen. No sé a cuál le haré
175 caso; la una conviene, la otra gusta. Una vez que entró en la Cólquide Jasón el pagáseo, se llevó a la del Fasis[372] montada en su nave ligera; una vez que llegó el seductor del Ida[373] a Lacedemonia, en cuanto pudo se volvió con su botín. Tú, cuantas veces vienes en busca de tu amor, otras
180 tantas lo abandonas, y aunque haya peligro para las naves, vuelves nadando. Sin embargo, galán vencedor de las enfurecidas aguas, procura desafiar al mar de tal manera que a

[371] Nueva metáfora de la *militia amoris*.

[372] Medea, así llamada por el Fasis, río de la Cólquide. A Jasón se le llama pagáseo por Págasa, ciudad de Tesalia donde fue construida la nave Argo.

[373] Paris.

la vez lo respetes. El mar hunde naves construidas con sabiduría; ¿crees tú que tus brazos van a ser más que los remos? Tú deseas nadar, y nadar les da miedo a los mari- 185 neros; porque suele ser el escape de las naves naufragadas. ¡Pobre de mí! Deseo no convencerte de lo que te aconsejo, sé, válgame el cielo, más valiente de lo que lo son mis consejos, con tal de que llegues aquí y me eches al cuello los 190 brazos cansados de tanto agitar el mar. Pero a mí cada vez que me pongo frente al azul de las olas un no sé qué espantoso me sobrecoge y me hiela el pecho. No menos me preocupa la visión de ayer por la noche[374], aunque la he expiado con sacrificios. Era casi al amanecer, cuando ya la 195 lámpara dormitaba, en ese momento en que aparecen los sueños verídicos[375]; las hebras se me cayeron de entre las manos, rendidas por el sopor, y dejé que en la almohada se recostase mi cuello. En esto que me pareció ver sin lugar a dudas un delfín que nadaba por las olas azotadas por el 200 viento: el oleaje lo estrelló contra la esponjosa arena, y en ese instante, a la vez que el agua, lo abandonó al pobre la vida. Me da miedo, sea lo que sea; y en cuanto a ti, no te rías de mis sueños y no confíes tus brazos al mar si no está

[374] El sueño del delfín. Siguen las premoniciones de la noche con un sueño ominoso que apenas puede interpretarse de forma optimista, así KENNEY, *Literatura latina...*, pág. 132, que cita la *Antología Palatina* VII 215, 216, 214. La interpretación de los sueños aparece mencionada desde Homero en adelante y fue muy estudiada en la Antigüedad (cf. ARISTÓT., *Sobre la adivinación a través de los sueños*, ARTEMIDORO, *Onirocrítica*, SINESIO, *Sobre los insomnios)*, cf. *Oxf. Class. Dict.*[2], s.v. *Divination*, pág. 356.

[375] Lo dicen HIPÓCRATES y JÁMBLICO; cf. AUGER FERRIER, *Liber de somniis* [ed. pr. Lyon, 1549], ed. de F. Calero, Madrid, 1989, Cuadernos de la UNED, pág. 19 (SOCAS).

205 en calma. Si no por compasión hacia ti, por compasión hacia la mujer que amas, que nunca estará a salvo si tú no lo estás. Sin embargo hay esperanza de una próxima tregua en las alborotadas aguas; surca entonces las aguas serenas con ánimo despreocupado. Mientras tanto, ya que no es tran-
210 sitable el mar para un nadador, que esta carta que te mando dulcifique la odiosa demora.

20

ACONCIO A CIDIPE[376]

[Recibe, Cidipe, el nombre de tu despreciado Aconcio, de aquel que te engañó con la manzana[377].] No tengas miedo, que aquí no vas a jurar otra vez nada a tu amante; es

---

[376] Sobre las cartas 20 y 21 entre Cidipe y Aconcio, cf. E. J. KENNEY, «Liebe als juristisches Problem. Über Ovids *Heroides* 20 und 21», *Philologus* 111 (1967), 212-232, y posteriormente, del mismo, «Ovid and the Law», *Yale Class. Stud.* 21 (1969), 243-263, esp. 259 y sigs. La carta trata la pasión de Aconcio y la reacción de Cidipe, típica semblanza de la mujer ovidiana con sus contradicciones, y típica riqueza psicológica que no interesa a su predecesor, Calímaco, y sí a Ovidio. Véase también el estudio de FISCHER, *Ignotum hoc aliis...*, págs. 152-175, con estructura en págs. 173-174, básicamente la que sigue: 1-6 introducción; 7-20 situación; 21-94 reproche: la promesa que involuntariamente hizo Cidipe a Aconcio y sus consecuencias; 95-142 la enfermedad de Cidipe; 143-228 el cumplimiento de las justas pretensiones de Aconcio *(aequum, necessarium, possibile, utile);* 229-240 final: resumen y votos por el cumplimiento de sus deseos.

Son interesantes los motivos novelescos que señala SOCAS: el encuentro en el templo de una diosa, el enamoramiento súbito, la figura de la confidente (la madre), la enfermedad enviada por los dioses, y el rival comprometido.

[377] En el templo de Diana en Delos, e inspirado por la diosa, Aconcio envió a Cidipe rodando una manzana con un juramento de amor escrito en ella; al leerlo, Cidipe se comprometió a ser suya en contra de su voluntad. Prometida a otro por su padre, ignorante del juramento, Cidipe enfermaba cada vez que intentaba casarse faltando a su promesa, cf. RUIZ DE ELVIRA, *Mitol. clás.*, Gredos, págs. 492-494.

bastante con que una vez te hayas prometido a mí. Sigue leyendo: para que así la enfermedad abandone tu cuerpo, porque lo que a ti te duele es dolor para mí. ¿Por qué te da vergüenza? Pues sospecho que, igual que en el templo de Diana, ha subido ahora el color a tus nobles mejillas. Lo que pido es el matrimonio y la palabra pactada, no nada prohibido; te amo como marido al que te debes, no como un adúltero. Recuerda las palabras que aquella fruta, que cogí del árbol y te tiré, hizo llegar a tus castas manos. Verás que allí tú me prometiste lo que deseo que recuerdes, muchacha, tú más que la diosa. Ahora también temo lo mismo; pero eso mismo incluso ha tomado más fuerza y la llama ha aumentado con la demora, y ese amor, que nunca ha sido pequeño, ahora, con tanto tiempo y con la esperanza que tú me has dado, más ha crecido. Tú me habías dado esperanzas, y este fuego mío se entregó a ti; no puedes negar un hecho del que la diosa fue testigo. Allí, en persona como estaba, se dio cuenta de tus palabras, y pareció que su cabeza se movía aprobando esas palabras. Puedes decir que has sido víctima de mi engaño, mientras se diga que el motivo de ese engaño era el amor. ¿Qué buscaba mi engaño sino unirme a ti sola en el mundo? Eso que me reprochas puede redimirme. No soy tan artero ni por mi forma de ser ni por costumbre; créeme, niña, que por ti he sido astuto. Pero si algo he hecho, al disponer con astucia la frase[378], fue obra de Amor ingenioso el unirte estrechamente conmigo. Elaboré la promesa de boda con palabras dictadas por él y he sido listo con el Amor como asesor legal[379]. Llámese

[378] En la manzana.

[379] Nótese el lenguaje técnico legal de los dos dísticos que aquí acaban *(Dictatis ab eo feci sponsalia verbis / consultoque fui iuris Amore vafer)*, cf. E. J. Kenney, «Ovid and the Law», *Yale Class. Studies* 21 (1969), 243-263, esp. 260.

engaño a tal cosa y dígaseme taimado si es dolo querer poseer lo que se ama. Aquí me tienes, escribiéndote otra vez y mandándote palabras suplicantes; otro engaño tienes aquí del que quejarte. Si hago daño a la que quiero: se lo haré sin fin, lo confieso, y te pretenderé; aunque te resistas, yo te pretenderé. Otros raptaron a espada a la mujer que les gustaba; ¿será pues un delito esta carta que yo con discreción te escribo? ¡Quieran los dioses que yo pueda ponerte más nudos[380] para que tu promesa no esté suelta por ninguna parte! Quedan mil argucias; sudo al empezar la cuesta; mi pasión no me permite que deje nada sin intentar. Dúdese de que te pueda seducir: seguro que te seduciré; el desenlace está en manos de los dioses, pero te seduciré. Aunque te escapes por un lado, no te salvarás del resto de las redes que te ha tendido Amor, muchas más de las que te crees. Si los trucos no sirvieran, yo llegaría a las armas, y secuestrada te arrastraría a mi regazo, que está ávido de ti. Yo no soy de los que critican lo que hizo Paris, ni lo que haya hecho cualquiera que, para poder ser hombre, como tal se ha portado. Yo también... mejor me callo: aunque la muerte sea la condena de este secuestro, será más llevadera que no haberte poseído. Podías ser menos hermosa, y se te pretendería con menos ansia; tenemos que ser atrevidos por culpa de ese rostro tuyo. Tú tienes la culpa, y también esos ojos que derrotan al fuego de las estrellas, y que han sido el origen de mis llamas. La culpa la tiene ese pelo rubio[381] y ese cuello de marfil, y esas manos que yo pido al cielo que puedan acariciar mi cuello, tienen la culpa tu gracia, y tu rostro, pudoro-

[380] Como el del juramento.

[381] Rubias eran Minerva, Europa, Enone, Laodicea y Dido; la palidez era símbolo de hermosura, cf. Bornecque-Prévost, pág. 142, n. 2. La atención al detalle del pelo, como motivo erótico, es muy propio de Ovidio, cf. por ejemplo *Amores* I 1 y *passim*.

so sin simpleza, y esos pies, a los que dudo que los de Tetis se parezcan. Si pudiera elogiar lo demás, más feliz sería, pero no dudo que la obra completa corresponda a lo que se ve. No tiene nada de raro que esa belleza me haya trastornado y haya querido tener de ti la prenda de tu promesa. En una palabra: mientras tengas que confesar que eres mi prisionera, aunque por mis malas artes, sé tú mi prisionera. Sufriré tu odio, mientras por sufrirlo se me otorgue mi recompensa; ¿por qué no lleva consigo su disfrute un delito tan grande? Telamón cautivó a Hesíone, y Aquiles a Briseida, y las dos siguieron de verdad al marido y vencedor. Acúsame cuanto quieras, enfádate si quieres, mientras pueda yo gozar de ti aunque enfadada. Yo que la provoqué sabré apaciguar tu rabia con una pequeña oportunidad que tenga de calmarte. Pueda yo presentarme llorando ante ti y añadir palabras a mis lágrimas. Pueda yo, igual que los criados[382] cuando temen azotes despiadados, tender a tus rodillas mis sumisas manos. No conoces tus derechos: ¡cítame a juicio! ¿Por qué me acusas en mi ausencia? Mándame venir de inmediato, como hace una señora. Puedes tirarme de los pelos, hecha una fiera, me puedes pegar en la cara y llenármela de moretones, que todo lo aguantaré; lo único que me asustará es que por culpa de mi cuerpo se te pueda lastimar esa mano. Pero para pegarme no tendrás que retenerme con grillos ni con cadenas; me mantendrá atado mi firme amor por ti. Cuando se sacie tu ira todo lo que ella quiera, tú misma te dirás para tus adentros: «¡Qué resignado es en el amor!». Tú misma te dirás cuando hayas visto que todo lo aguanto: «Que me sirva a mí éste que tan bien sirve». Ahora en cambio, sin estar allí, soy un reo sin salvación, y mi causa, aunque es tan buena, está perdida sin nadie que la defienda. También este escrito mío puedes tomarlo como una injuria, si quieres; de mí sólo tienes motivos de queja. Pero la Delia[383] no merece que la engañes como a mí; si no quieres cumplir conmigo tu compromiso, cúmplelo con ella. Ella estaba allí y lo presenció todo cuando tú te sonrojaste víctima del engaño, y guarda en su oído memorioso tus palabras. ¡Que mis augurios no sean fundados! No hay nada más violento que ella cuando ve su divino poder despreciado, ¡no lo quisiera yo![384]. Será testigo el jabato de Calidón, porque sabemos que más cruel que él llegó a ser una madre con su hijo[385]; testigo será también Acteón, al que antaño creyeron una bestia aquellos[386] con quienes él mataba a las fieras; también aquella madre soberbia[387] por cuyo cuerpo creció una roca y que se yergue todavía ahora, llorando, en la tierra de Migdonias[388]. Ay de mí, Cidipe, me da miedo decirte la verdad, no vayas a pensar que por interés te aviso en falso. Pero hay que decirlo, créeme: por eso caes enferma cada vez que llega el día de casarte, porque ella así lo decide y cuida de que no seas perjura, y desea que

[382] *Famuli.* Siguen los rasgos del *servitium amoris* elegíaco unidos con los susodichos del lenguaje jurídico, y a esto se suman, curiosamente, elementos tomados de los malos tratos de la amada elegíaca a sus *ancillae*.

[383] Epíteto de Diana de Delos.

[384] Siguen varios episodios de la violenta venganza de Diana ante la impiedad.

[385] Diana ofendida por Eneo, padre de Meleagro, envió a Calidón el jabalí. Meleagro lo mató, y Altea, la madre de Meleagro, inspirada por Diana, causó la muerte de su hijo.

[386] Acteón fue muerto por sus propios perros por haber contemplado a Diana desnuda mientras se bañaba.

[387] Níobe, que orgullosa de tener siete hijos y siete hijas ofendió a Latona, madre sólo de dos, Diana y Apolo. Éstos mataron a los catorce hijos de Níobe y la convirtieron en roca.

[388] *Flebilis,* «que da pena» y «llorando», porque de la roca sale una vía de agua. Migdonia, región de Frigia, está aquí por la propia Frigia.

te salves tú sólo si se salva la palabra dada. De ahí que, cuantas veces intentas quedar por perjura, otras tantas corrige ella tu pecado. Basta pues de desafiar los feroces arcos de la furiosa virgen; todavía puede aplacarse si tú la dejas. Basta ya, por el cielo, de estropear tu tierno cuerpo con fiebres; sálvese esa hermosura para que yo pueda disfrutarla; sálvese esa cara nacida para abrasarme, y ese tenue sonrojo que sube a la nieve de tu rostro. Que mis enemigos y todo el que luche para que no seas mía sufran como yo cuando tú estás enferma. Igual es mi tormento si te casas o si enfermas, y no sé decir qué deseo menos. Muchas veces me tortura ser yo la causa de tu mal, y pienso que es por aquella astucia mía por lo que sufres: ¡que el perjurio de mi dueña caiga, pues, sobre mi cabeza, y que con mi castigo quede ella a salvo! Sin embargo, para no quedarme sin saber qué es de ti, voy y vengo muchas veces por tu puerta[389], angustiado y entre disimulos; persigo a escondidas a tu doncella y a tu criado y les pregunto si te ha hecho mejorar el sueño, o la comida. ¡Pobre de mí, que no puedo servirte lo que te mandan los médicos ni frotarte las manos, ni sentarme en tu cama! Desgraciado también porque, mientras se me mantiene muy lejos de ti, ¿quizá otro, el que menos querría yo, está a tu lado? Él frota esas manos y cuida a la enferma, odioso para los dioses y odioso también para mí. Y al tomar con el pulgar el pulso de tu vena, muchas veces sostiene tus blancos brazos con esa excusa y te toca los pechos, y quién sabe si te besa los labios, un pago mucho más alto del que merece tal servicio. ¿A ti[390] quién te ha dado permiso para

[389] Siguen los temas elegíacos del amante rechazado, o *exclusus amator,* ante la puerta de la amada *(paraklausithyron,* cf. F. J. CAIRNS, *Generic Composition in Greek and Roman Poetry,* Edimburgo, 1972, págs. 6 y 152) y el de la tercería de los sirvientes de la *domina.*

[390] Apóstrofe al rival, en el estilo de la elegía amatoria.

recoger mi cosecha? ¿Quién te ha abierto a ti la puerta del cercado[391] ajeno? ¡Esos pechos son míos! ¡Me robas con afrenta besos que son míos! ¡Quita tus manos de un cuerpo que está comprometido conmigo! ¡Miserable, fuera esas manos! ¡Esa que estás tocando será mi mujer! Si vuelves a hacer eso serás reo de adulterio. Búscate una que esté libre, una que otro no reclame; entérate: ésta ya tiene su dueño. Y si no te fías de mí, que se recite la fórmula del compromiso; y para que no puedas decir que es falsa, que ella te la lea. ¡Sal del dormitorio de otro, sí, a ti, a ti te estoy hablando! ¿Qué estás haciendo aquí? ¡Sal de aquí! Esta cama no está libre. Porque lo que tú tienes son segundas palabras del pacto duplicado, así que tu causa no llegará a la altura de la mía. Ella se ha prometido conmigo; y a ti te la prometió su padre el primero, pero detrás de ella; pues ciertamente más cerca de sí está ella misma que su padre. Su padre te la ha prometido, pero ella hizo un juramento a su amante; los testigos de él eran hombres, la de ella una diosa. Él teme que le digan mentiroso; ella que le digan perjura; ¿y dudas si es más fuerte este miedo que aquel otro? Y lo último, para que puedas comparar los peligros de lo uno y de lo otro, mira los resultados: ella está en cama y él sano y salvo. Tú y yo también afrontamos la disputa con distinto talante, y ni tenemos la misma esperanza, ni tenemos un miedo equiparable; tú lo intentas sin peligro, pero para mí es peor su rechazo que la muerte; y yo ya amo a la que quizá tú alguna vez llegues a querer. Si a ti te importara algo la justicia, o lo recto, tú deberías ceder a mis fuegos.

[391] Prefiero la lectura de HEINSIUS y BURMANN *saepem* (frente a DÖRRIE *spem)* para que prosiga la metáfora agrícola.

Y ahora, por culpa de este salvaje que lucha por una causa injusta, de nuevo[392], Cidipe, va hacia ti un mensaje mío. Por su culpa estás tú enferma y te mira con malos ojos Diana; no seas tonta y prohíbele a ese hombre que entre por tu puerta. Por culpa de ése corre tu vida tan cruel peligro, y ojalá que él, no tú, sea la víctima de los peligros que él provoca. Si te libraras de él y no amaras a quien la diosa condena, en ese mismo instante te volvería a ti la salud, y a mí, seguro, también. Deja atrás el miedo, niña, y tendrás una salud duradera; tú sólo tienes que honrar el templo de nuestra cómplice la diosa. No por el sacrificio del buey se alegran los dioses celestiales, sino del cumplimiento de la palabra dada, incluso si no hay testigos. Para curarse, otras tienen que padecer el hierro y el fuego; a otras da triste ayuda la amarga medicina. Nada de eso hace falta aquí; sólo tienes que guardarte del perjurio, y con eso te salvarás tú, me salvarás a mí, y también la palabra dada. Tu ignorancia justificará tu pasada culpa: el compromiso que leíste se te fue de la memoria. Pero te lo recuerdan tanto mis palabras como esas recaídas que sueles sufrir cada vez que intentas engañarme. Aunque estas últimas no te afectaran ¿no le rogarás a ella[393] en el parto para que te asistan sus manos alumbradoras? Escuchará estas plegarias, pero, recordando otra cosa que también oyó, ella te preguntará de qué marido viene ese hijo. Le harás una promesa; pero ella sabe que tú prometes en falso; le harás un juramento, pero ella sabe que tú puedes engañar hasta a los dioses. No hablo por mí. Me preocupan cosas más importantes. En mi corazón siento angustia por tu vida. ¿Por qué hace poco te lloraban tus padres, aterrados de

[392] Tras el primer mensaje de la manzana.

[393] Diana Lucina, protectora de los alumbramientos. Normalmente es Juno quien asume esta advocación.

verte en peligro, pues no saben por ti una palabra de tu pecado? ¿Y por qué no saben nada? Debes contárselo todo a tu madre; en lo que has hecho, Cidipe, no hay nada de que avergonzarse. Cuéntale por su orden cómo te conocí yo primero, mientras ella le hacía un sacrificio a la diosa de la aljaba[394]; cómo me quedé pasmado cuando te vi de pronto (no sé si lo notaste), clavados mis ojos en tu cuerpo, y cómo, mientras te miro extasiado, se me resbaló la capa de los hombros, signo cierto de mi mal de amores; cómo llegó después, no sé por dónde, una manzana rodadora, que llevaba las palabras traicioneras escritas en doctos trazos; y que por haberla leído en presencia de la santa Diana, tu palabra está comprometida por tener una diosa como testigo. Y para que no ignore el contenido de aquel escrito, repítele las palabras que leíste aquel día. Y ella te dirá: «Cásate, te lo ruego, con quien te ha unido de buena gana el poder divino; sea mi yerno el que juraste que lo sería. Me gustará, sea quien sea, porque antes le ha gustado a Diana». Así será tu madre, si es madre de verdad. Pero que también se ocupe de averiguar quién soy y de qué condición: y se dará cuenta de que la diosa os asiste.

Hay una isla, muy visitada en otros tiempos por las ninfas coricias[395]; la rodea el mar Egeo, y su nombre es Ceos. Ésa es mi patria, y, si apreciáis los nombres con alcurnia, no se me reprochará haber nacido de antepasados humildes; soy rico, también, y tengo una conducta irreprochable; para no seguir más: Amor me ha atado a ti. Te gustaría un marido así aunque no le hubieras jurado el compromiso; y si yo no fuera así, tendrías que aceptarme, por haber jurado. En sueños me ha mandado Febe, la cazadora, que te escriba

[394] Diana.

[395] Ninfas de la gruta Coricia, en el monte Parnaso.

esta carta, despierto me ha mandado Amor que te la escriba. A mí ya me han alcanzado las flechas del uno; ten cuidado, 235 no te alcancen a ti los dardos de la otra. Nuestra salvación está unida: ten piedad de ti y de mí. ¿Por qué tardas en darnos a los dos la misma ayuda? Si así fuera, cuando ya resuenen las señales[396] y Delos esté teñida de la sangre votiva, se le ofrendará representada en oro la manzana de nuestra 240 felicidad, y se escribirá el motivo en dos versos: «Con la representación de esta manzana da fe Aconcio de que se ha cumplido lo que en ella estuvo escrito». No canse ya una carta más larga tu cuerpo enfermo, y que acabe para ti con la despedida acostumbrada: ¡que tengas salud!

[396] Para el comienzo de la boda.

21

CIDIPE A ACONCIO[397]

[Ha llegado tu carta adonde es costumbre, Aconcio, y casi me ha tendido una trampa a los ojos.] Atemorizada, he leído tu escrito sin levantar la voz, no fuera que mi lengua desprevenida jurara por algún otro dios. Y creo que me ha- 5 brías vuelto a engañar si no fuera porque, como tú mismo confiesas, te bastaba saber que ya lo había prometido una vez. Y estaba dispuesta a no leerla, pero si era dura contigo, quizá creciera la saña de la terrible diosa. Aunque haga lo que sea, aunque le ofrende devoto incienso a Diana, ella sin 10 embargo sigue favoreciendo más de lo justo tu parte, y como tú quieres que se crea, te protege con ira memoriosa: ni con su mismo Hipólito[398] se portó apenas así. Y, en cambio, mejor estaría que la virgen hubiera mirado por los años de otra virgen, que me temo que en mi caso ella quiere que sean pocos. Verdad que persiste mi dolencia por razones in- 15 explicables, y que, postrada, no hay medicina que me alivie. ¿Cuán delgada piensas que está la que apenas si tiene fuerzas para contestarte y apenas puede sostener sobre el codo sus pálidos miembros? A eso se suma ahora el temor de que alguno que no sea mi nodriza, cómplice nuestra, note que 20

[397] Véase la primera nota de la epístola anterior. Un estudio en FISCHER, *Ignotum hoc aliis...*, págs. 175-196.

[398] Diana, diosa a la que honraba Hipólito, lo resucitó tras su trágica muerte. La virgen aludida es, naturalmente, la propia Diana.

entre nosotros se cruzan cartas. Ella se sienta a la puerta y a los que preguntan qué hago yo dentro, les contesta, para que yo pueda escribir tranquila: «Está dormida». Luego, cuando el sueño (la mejor excusa para estar solo largo rato) deja de
25 ser una razón creíble por durar demasiado, y ella ve que llegan los que sería grosero no dejar pasar, tose, y con esa fingida contraseña me da aviso. Dejo presurosa las palabras a medias por donde voy y oculto la carta empezada en mi pecho palpitante. La vuelvo a sacar de ahí y vuelve ella a fati-
30 gar mis dedos. Tú mismo puedes apreciar cuánto esfuerzo me supones. Y a decir verdad, que me muera si eres digno de ello; pero soy más buena de lo conveniente y de lo que tú mereces. ¿Así que por tu culpa he estado tantas veces entre la vida y la muerte, y he sufrido, y sufro aún, el castigo de
35 tus artimañas[399]? ¿Éste es el pago que me toca por las alabanzas que hiciste de mi soberbia hermosura, y resulta que me perjudica el haber gustado? Si me hubieras encontrado fea, cosa que preferiría, mi cuerpo despreciable no habría necesitado ayuda[400] alguna; mientras que ahora, alabada,
40 me hacéis llorar; ahora me perdéis con vuestra rivalidad, y mi propio bien me hace daño[401]. Mientras tú no cedes ni él se reconoce segundo, y tú te opones a los deseos de él y él a los tuyos, yo me veo zarandeada como barco que el bóreas empuja decidido hacia alta mar, y lo repelen las olas y la
45 marea. Y cuando se echa encima el gran día ansiado por mis queridos padres, en el mismo momento se mete en mi cuerpo una fiebre desmedida. Ahora, en el preciso instante de la

[399] La manzana enviada por Aconcio; cf. nota 377.

[400] La asistencia de la medicina.

[401] Tema novelesco de la *hybris*. La belleza de Cidipe es *superba* y provoca la envidia de los dioses (SOCAS). La desmesurada belleza de Psique, por ejemplo, fue lo que le valió la *inuidia* de Venus en el episodio central de las *Metamorfosis* de Apuleyo.

boda, la cruel Perséfone llama implacable a mis puertas. Ya empieza a darme vergüenza y miedo el que, aunque para mí sea yo inocente, parezca que he merecido el castigo de los 50 dioses. Unos sostienen que esto pasa por casualidad, y otros dicen que este marido no les gusta a los dioses. Pero no te creas que no hay también rumores contra ti: achacan estos sucesos a maleficios que tú haces. La causa sí está oculta, 55 pero a la vista mi enfermedad; vosotros rompéis la tregua y os declaráis la guerra, yo me llevo los golpes. Habla, pues, y engáñame de nuevo como es tu costumbre: ¿qué no harás cuando odias, si así hieres cuando amas? Si hieres lo que amas, bueno es que ames a tu enemigo: ¡ojalá quieras ma- 60 tarme, para salvarme la vida! O ya no te importa nada la mujer que pretendías, y la dejas morir, despiadado, de una enfermedad que no merece, o, si en vano pides por mí a la terrible diosa, ¿por qué te crees mi dueño, si no obtienes gracia? Elige una de estas dos suposiciones: si no quieres 65 aplacar a Diana, me ignoras a mí; y si es que no puedes, ella te ignora a ti. Ojalá nunca hubiera conocido Delos, en las aguas egeas, o que al menos no hubiera sido en aquel momento. Mi barco partió entonces con un mar difícil y fue 70 aciaga la hora para emprender la ruta. ¿Con qué pie salí? ¿Con qué pie crucé el umbral? ¿Con qué pie toqué la pintada armazón de la rápida nave? En cambio el velamen se volvió dos veces a un golpe de viento adverso. ¡Miento, loca de mí! El viento era favorable. Era favorable el viento 75 que me hacía regresar cuando avanzaba y que me impedía una partida poco venturosa. ¡Y ojalá que él hubiera sido tenaz contra mis velas! Pero es tontería quejarse de la inconstancia del viento. Arrastrada por la fama de aquel sitio, me apresuraba a visitar Delos, y me parecía que hacía la trave- 80 sía en un barco holgazán. ¡Cuántas veces insulté a los remos, por lentos, y me quejé de que se daba poca vela al

viento! Y ya había pasado por Míconos y por Tenos y An-
85 dros, cuando la blanca Delos quedó ante mis ojos. Y dije al verla de lejos: «¿Por qué me huyes, isla? ¿Vuelves a nadar como antes por el ancho mar?[402]». Desembarqué en tierra cuando ya, casi al caer el día, el Sol iba a quitarles el yugo a sus lucientes caballos. Cuando él los volvió a llamar como
90 siempre para el amanecer, mi madre mandó que me peinaran. Ella misma me puso joyas en los dedos y oro en el pelo[403] y me puso también el vestido sobre los hombros. Salimos en seguida, saludamos a los dioses a los que la isla está consagrada y les ofrecimos vino y rubio incienso.
95 Mientras mi madre tiñe los altares de sangre votiva y echa las faustas entrañas a los humeantes fuegos sagrados, la nodriza diligente me conduce a otros templos, y vagamos de un lado a otro por los sagrados lugares. Me paseo por los
100 pórticos, admiro las ofrendas de los reyes y las imágenes que se levantaban por todos lados. Admiro también el altar levantado con innumerables cuernos[404] y el árbol en el que se apoyó la diosa al parir[405], y en fin —ni me acuerdo ni tengo ganas de contar lo que vi allí— todas las demás cosas
105 de Delos. Quizá mientras yo lo miraba todo, Aconcio, tú me mirabas a mí, y quizá te pareció que podías aprovecharte de mi ingenuidad. Volvía ya al templo de Diana, soberbio sobre su escalinata —¿qué sitio debería haber más seguro que éste?—, cuando me llega ante los pies la manzana con un

[402] Delos era una isla errante hasta que Apolo le dio su sede, cf. *Metamorf.* XV 336.

[403] Prefiero la lectura *crinibus* con SHOWERMAN-GOOLD, BORNECQUE y MOYA a la también plausible que elige DÖRRIE de *cruribus*, «piernas», con lo que el oro sería el de unas ajorcas para los tobillos.

[404] Construido por Apolo con los trofeos de los animales cazados por su hermana Diana.

[405] Latona, en el nacimiento de Apolo y Diana.

poema tal que así... ¡Ay de mí! ¡A punto he estado de vol- 110
vértelo a jurar! La cogió mi ama y me dijo extrañada: «Lee esto», y leí tu trampa, grandísimo poeta. Una vez que pronuncié la palabra matrimonio, muerta de vergüenza, noté que me ponía completamente colorada; tenía los ojos como cla- 115
vados en el regazo, unos ojos que se habían hecho servidores de tus propósitos. Mal hombre, ¿de qué te alegras, o qué victoria has conseguido, o qué mérito tiene un hombre que ha engañado a una muchacha? No me enfrentaba a ti con el escudo de media luna y el hacha, como Pentesilea en tierras 120
de Ilión; ningún tahalí de amazona forjado en oro como el de Hipólita[406] fue el botín que sacaste. ¿Por qué tanto regocijo, si tus palabras me enredaron entre palabras[407], y sólo una muchacha ignorante ha sido víctima de tal perfidia? A 125
Cidipe la engañó una manzana, una manzana engañó a la hija de Esqueneo[408]; ¿y acaso tú serás ahora un segundo Hipómenes[409]?

Pero mejor hubiera sido, si tú eras presa de ese niño[410] que dices que tiene no sé qué antorchas[411], mejor hubiera sido, como hace la buena gente, no estropear tus esperanzas con un engaño: debiste pretenderme en matrimonio, y no 130
cogerme en una trampa. ¿Por qué, si me deseabas, no creías digno de confesar aquello por lo que tú te hacías digno de

[406] La amazona Pentesilea cayó defendiendo Troya. Uno de los trabajos de Hércules fue hacerse con el cinturón de la amazona Hipólita.

[407] *Verba quid exultas tua si mihi verba dederunt,* nótese el juego de ingenio: las palabras *(verba)* «dieron palabras» *(verba dederunt,* que en latín significa «engañaron, enredaron») a Cidipe.

[408] Atalanta.

[409] El vencedor de Atalanta, cf. nota 295.

[410] Cupido.

[411] Ella no está enamorada y no ha conocido aún el fuego ni las flechas de Cupido, por eso se muestra aquí ignorante de cuáles son y cuál es su efecto.

que yo te deseara? ¿Por qué preferiste obligarme, antes que convencerme, si podía haberme rendido al oír tu proposi- 135 ción? ¿De qué te sirve ahora la fórmula del juramento, y mi lengua que tuvo por testigo a la diosa allí presente? Se jura con la mente, y con ella no juré yo nada; ella es la única que puede dar valor al juramento. Jura la previsión y el buen 140 sentido del alma, y si no son las del juicio, no hay cadenas que valgan. Si por mi voluntad hubiera prometido casarme contigo, exige los derechos que se te deben de compromiso matrimonial. Pero si no te di otra cosa que palabras sin consentimiento, para nada tienes palabras huérfanas de valor. 145 Yo no he jurado; he leído unas palabras de juramento; no tenía que haberte elegido como esposo de esa manera. Engaña así a otras; venga la carta detrás de la manzana: si esto vale, róbales así †a los ricos† sus grandes fortunas. Haz que 150 los reyes juren que te van a dar sus reinos, y haz tuyo todo lo que en la tierra gusta. Tú eres mucho más grande que la mismísima Diana, créeme, si tus escritos tienen un poder tan manifiesto.

Pero ahora que ya he dicho esto, cuando, firme, he negado que yo sea tuya, cuando ya he acabado del todo la defen- 155 sa de mi promesa, confieso que tengo miedo de la ira de la despiadada hija de Latona y sospecho que de ahí viene el padecimiento de mi cuerpo. ¿O por qué, si no, cada vez que se prepara la ceremonia matrimonial cae enfermo el cuerpo de la futura esposa? Tres veces, acercándoseme ya Hime- 160 neo[412] al altar preparado, ha huido, dándose la vuelta en el umbral del tálamo, y apenas se reaviva la lumbre tantas veces alimentada con reposada mano, apenas enciende las antorchas al agitar la llama. Muchas veces brilla el ungüento en su pelo coronado, y muchas veces arrastra el brillante

[412] Personalizado, sujeto de lo que sigue.

manto de color azafrán. Pero cuando toca el umbral, y con- 165 templa las lágrimas y el miedo a la muerte y las muchas cosas que contrastan con su atavío, arranca de su frente las guirnaldas y las tira, y se enjuga el espeso amomo de su luciente cabellera; y le da vergüenza de aparecer alegre en medio de la tristeza de todos, y la rojez que estaba en su 170 capa se va a su cara. ¡Ay, qué desgracia la mía! El cuerpo me arde de fiebre y los cobertores pesan más de lo que deben. Veo a mis padres llorar sobre mi rostro, y en vez de la antorcha de boda me acompaña la antorcha de la muerte. Ten piedad de mi sufrimiento, diosa que se goza de su pin- 175 tada aljaba, y dame ya la saludable ayuda de tu hermano[413]. No te honra que su misión sea apartar las causas de muerte mientras tú te llevas la gloria de mi muerte. ¿Acaso cuando tú quisiste bañarte en aquel manantial umbrío volví yo im- 180 prudente la cara para mirar tu baño?[414] ¿He descuidado yo tus altares[415] de entre todos los de los dioses o ha despreciado nunca mi madre a la tuya?[416] No he cometido falta, salvo haber leído un falso juramento y haberme instruido en unos versos muy perniciosos. También tú, si no es otra 185 mentira tu amor por mí, ofrece incienso por mí: que me ayuden las manos que me han dañado. ¿Cómo es que ella, que reprueba que la mujer que se te ha prometido todavía no sea tuya, me hace que no pueda llegar a serlo? Se puede es-

[413] Apolo, dios de la medicina.

[414] Alude a Acteón, que vio desnuda, bañándose, a Diana; como castigo, ésta lo transformó en ciervo, y fue despedazado por la jauría de la diosa.

[415] Alusión a Eneo y la plaga del jabalí de Calidón, reverso de la argumentación de Aconcio en 20, 101 y sigs., especialmente 103-104.

[416] Níobe, madre de siete hijos y siete hijas, había presumido de su fecundidad ante Latona, madre de Apolo y Diana. En castigo a su soberbia, estos dos dioses asaetearon a los catorce hijos de la infeliz madre.

190 perar todo de una muchacha viva; ¿cómo es que la diosa cruel me arranca la vida, que es la esperanza que tú tienes en mí? Y no te creas que ese al que se me ha destinado como esposa me pone sus manos encima para reanimar mi cuerpo enfermo. Me atiende desde luego todo lo que se le consiente, pero bien sabe que mi lecho es el de una donce-
195 lla. Ya parece que también ha notado algo por mi parte, porque muchas veces se le caen las lágrimas sin que se vea el motivo, no se atreve a demasiadas ternuras, me besa muy de vez en cuando y me llama suya con poca confianza en la voz. No me extraña que algo haya notado, cuando me trai-
200 ciono con señales evidentes; me vuelvo del otro lado cuando él se acerca, no hablo palabra, cierro los ojos, simulando dormir, y rechazo el contacto de sus manos si intenta tocarme. Suspira y gime sin abrir su corazón, y cree que estoy
205 enfadada sin que él se lo merezca. ¡Pobre de mí, porque sé que te alegras y gozas de este placer! ¡Pobre de mí por haberte confesado mis sentimientos! De estar yo enfadada, más justo sería enfadarme contigo, que me has tendido tus redes. Me escribes que ojalá pudieras venir a visitar mi
210 cuerpo sin fuerzas: estás lejos de mí, y aun de lejos me haces daño. Me preguntaba yo por qué te llamas Aconcio: es porque tienes punta[417] para herir de lejos. Y en verdad todavía no me he recuperado de tal herida, como una jabalina
215 tu carta me ha asestado de lejos el golpe. ¿Para qué quieres venir aquí? Sin duda para ver el triste estado de mi cuerpo, el doble trofeo de tu astucia. La delgadez me está matando; sin lozanía tengo la piel, igual color recuerdo que tenía tu

[417] Juego de palabras entre el griego *akóntion* (jabalina) y el término latino *acumen*, que traduzco como «dardo». Alusión también a la catástrofe final de la leyenda: Aconcio hiere a Cidipe confundiéndola con una fiera.

manzana. En las mejillas no tengo la blancura matizada de rubor; tal suele ser el aspecto del mármol nuevo; igual es el 220 color de la plata en los banquetes cuando palidece al contacto del agua helada. Si me vieras ahora dirías que no me has visto antes y dirías: «Ésta no merece que la pretenda con mi astucia». Me devolverías la palabra del compromiso para 225 que no me una a ti y desearías que la diosa no se vuelva a acordar de aquello. Quizá me harías que jurara de nuevo, ahora lo contrario, y me mandarías otras palabras para que las leyera. Sin embargo me gustaría que me vieras, tal como pedías, y que †supieras† cómo languidece el cuerpo de tu 230 prometida. Aunque tengas el pecho más duro que el hierro, Aconcio, hasta *tú mismo pedirías dispensa para las palabras* que pronuncié[418]. Para que no dejes de saber por qué medio podría recuperarme, se ha preguntado al dios que en Delfos canta el destino. También él —según murmura ahora la 235 fama vagabunda— se queja de una que ha faltado a su palabra siendo él testigo[419]. Eso dice el dios y profeta, eso dicen los versos de mi oráculo. ¡Se ve que no son versos lo *que falta a tus deseos!*[420]. ¿De dónde te viene este favor, si no es que has inventado un nuevo mensaje capaz de atrapar 240 a los dioses si lo leen? Y ya que tú tienes a los dioses, yo sigo su divina voluntad y rindo con gusto mis manos vencidas[421] a tus deseos. Ya, con los ojos clavados en tierra y llenos de vergüenza, le he confesado a mi madre el pacto de mi lengua engañada. Lo demás es asunto tuyo; lo que yo he 245

[418] El juramento.

[419] Apolo, hermano de Diana y dios adorado en Delos.

[420] Versos en la manzana, versos en el oráculo y versos en la carta.

[421] Ofrecer las manos vencidas, o atadas, al vencedor es trasposición elegíaca tomada de la solemne ceremonia romana del *triumphus*, y aplicada al triunfo de Amor.

hecho es más de lo que corresponde a una doncella, porque mi papel no ha tenido miedo de hablar contigo. Bueno, ya he cansado bastante con el cálamo mi cuerpo extenuado, y mi mano enferma se niega a seguir prestando servicio. ¿Qué 250 otra cosa me queda, si deseo estar ya contigo, sino que mi mano escriba ya el adiós?

ÍNDICE DE NOMBRES

IBIS

INTRODUCCIÓN

Desde uno de los primeros libros de Ovidio, como son las *Cartas de las heroínas*, que se recrean en el análisis del amor y sus temas derivados, pasamos ahora a uno de sus últimos libros, donde el autor explora el tema, absolutamente opuesto, de la enemistad y del odio eternos.

El *Ibis* es un poema insólito, cuyo fin es lanzar una larga serie de imprecaciones y maldiciones a un enemigo que Ovidio no menciona, y al que desea todos los incalculables males, sufrimientos y muertes que padecieron diversos personajes míticos, legendarios o históricos. Tan insólito es el tema como prolongado y peculiar su desarrollo, porque Ovidio logra sostener nuestro interés (si estamos alerta) a lo largo de 644 versos (!) en un tema que, en principio, no es nada atractivo. El arte del *Ibis* consiste en un sabio reaprovechamiento de la poesía ovidiana anterior sumado a las más enigmáticas y oscuras alusiones, y con él su autor nos vuelve a demostrar una vez más la versatilidad y exuberancia de su ingenio poético.

La fecha exacta[1] de composición se desconoce, pero corresponde sin duda a sus años de destierro, quizá a los pri-

---

[1] Cf. KENNEY, *Literatura latina...*, pág. 500. Pasaba de los 50 años, como revela en el primer verso del *Ibis: Tempus ad hoc lustris bis iam*

meros. En esta primera etapa escribió los *Tristes* y pienso que, paralelamente, el *Ibis*, que tienen en común la voluntaria ocultación de los destinatarios. Las *Cartas desde el Ponto*, posteriores en el tiempo, sí revelaban los destinatarios, y, sin duda, lo mismo cabría esperar de la anunciada segunda parte del *Ibis*, que Ovidio nunca llegó a escribir: «Posteriormente leerás más cosas, y llevarán tu verdadero nombre, y con el pie adecuado se librará el agrio combate»[2].

La concepción de la obra e incluso el nombre de su enemigo los toma, según dice el propio Ovidio (vv. 55 y sigs.), de Calímaco:

> Ahora, igual que el Batíada [= Calímaco] maldice a su enemigo Ibis, de esa misma forma te maldigo yo a ti y a los tuyos, y, como él, envolveré mi poema en oscuras historias, aunque no suela yo practicar este género. Se dirá que imité los enigmas de su Ibis olvidándome de mi costumbre y de mi gusto. Y, puesto que no desvelo aún quién eres a los que quieren saberlo, recibe tú también, por ahora, el nombre de Ibis.

Calímaco había escrito un ataque, hoy perdido, a Apolonio de Rodas, su rival poético, con el nombre de esta ave (de la que Ovidio nos da un solo y definitivo detalle: que se purgaba el cuerpo inyectándose agua con su propio pico[3]), y ése será el modelo griego que inspirará las oscuras historias

---

mihi quinque peractis. Más detalles en A. La Penna, *Ibis*, Florencia, La nuova Italia, 1957, págs. VII y sigs. J. H. Mozley, *Ovid. The Art of Love and Other Poems (Med., Ars, Rem., Ibis, Nux, Hal., Cons. ad Liv.)*, 2.ª ed. rev. por G. P. Goold, Cambridge (Mass.) - Londres, 1978, lo sitúa alrededor del año 11 d. C.

[2] *Ibis* 643-644.

[3] *Ibis* 449-450.

y los ambages del romano. Pero los escolios al *Ibis*[4] son testimonio de que su deuda es muy relativa, y que se extiende a otras obras del mismo Calímaco: en especial los *Aetia*, que fueron siempre para Ovidio una verdadera antología de leyendas.

Se ha discutido mucho sobre la identidad del enemigo al que se dirige la invectiva[5], e incluso hay quienes piensan que quizá tal personaje nunca existió[6], con lo que el objetivo de la obra sería más literario que personal[7]. Lo cierto es que Ovidio se queja frecuentemente en las *Tristes* y en las *Cartas desde el Ponto* de la insolidaridad de sus antiguos amigos, que le volvieron la espalda en su desgracia. A todos ellos quizá se dirige el *Ibis* desde su calculado anonimato, pero yo creo que las frecuentes alusiones personales (día de su nacimiento, intervenciones de Ibis en el foro, sus datos familiares...) sí se refieren a un individuo concreto. Poco aportan estas especulaciones, en cualquier caso, a la valoración de la obra en sí misma.

Su plan literario era, pues, elaborar una impresionante invectiva, partiendo de su modelo griego, cuyo plato fuerte sería la alusión mitológica y legendaria. Para ello decidió reutilizar la inmensa cantera de sus *Metamorfosis*, que ten-

---

[4] Cf. A. La Penna, *Scholia in P. Ovidi Nasonis Ibin*, Florencia, La nuova Italia, 1959.

[5] Puede tratarse del mismo individuo al que alude en *Tristes* I 6, 7-14 (cf. La Penna, *Ibis...*, págs. VII-XIX); a Salvagnio se debe la hipótesis más famosa (y más atractiva por su paralelismo con la rivalidad de Calímaco y Apolonio de Rodas), que es la que lo identifica con Higino, el docto mitógrafo.

[6] Cf. A. E. Housman, *The Classical Papers of A. E. Housman*, J. Diggle y F. R. D. Goodyear (eds.), Cambridge, 1972, pág. 1040. Extensa discusión sobre las diversas identificaciones en J. André, *Contre Ibis*, París, Budé, 1963, págs. XVII-XXVI.

[7] Así lo supone Kenney, *Literatura latina...*, pág. 500.

dría ciertamente sobre la mesa y también, en parte, en la memoria. Pues así como parece lógico pensar que Ovidio no contaba con una extensa biblioteca en Tomos, sí debemos suponer que disponía de sus propios escritos y, al menos, las obras mencionadas de Calímaco.

Ovidio organizó su material de la siguiente forma:

I) 1-66 El crimen de Ibis.
- 1-22 Invectiva contra el enemigo que lo persigue en la calamidad.
- 23-28 Los dioses no consienten los intentos del enemigo, y entre los dioses, Augusto.
- 29-44 El odio contra su enemigo será inamovible, como lo son las leyes de la naturaleza.
- 45-66 Aviso: si el enemigo persiste, le lanzará un violentísimo ataque en yambos, pero por ahora seguirá los pasos de Calímaco en su *Ibis*.

II) 67-250 Preliminares ante el altar. La *deuotio*.
- 67-86 Invocación solemne a los dioses para que estén presentes en el rito de la *deuotio*.
- 87-106 La *defixio*: que se cumplan mis maldiciones aunque no diga el nombre de la persona que maldigo. El poeta será el sacerdote del rito e invita a los presentes a acomodarse a la lúgubre circunstancia, y a Ibis a que se ciña las bandas fúnebres y se coloque en el altar.
- 107-127 Comienzan las imprecaciones.
- 127-140 Los suplicios prometidos: el poeta ha tenido de Apolo el signo de que sus *dirae* tendrán efecto. Los dioses no quedarán indiferentes: siempre tendrá la esperanza de ver morir a Ibis. Su odio será inmutable como las leyes de la naturaleza. Sólo la muerte de él o de su enemigo pondrá fin a su guerra.
- 141-160 Persecución de la sombra de Ovidio contra Ibis vivo.

- 161-172 Penalidades que sobrevendrán al cadáver de Ibis.
- 173-194 Penas de Ibis en ultratumba.
- 195-208 Tus penas no tendrán fin.
- 209-250 El horóscopo de Ibis: las maldiciones se realizarán porque estaban en su destino.

III) 251-638 Larguísima letanía de maldiciones: Los *exempla*. En muchos casos se agrupan por su personaje central o el tipo de destino al que se alude (véase en las notas).

IV) 639-644 Final. Anuncio de una obra aún más terrible y que revelará el verdadero nombre.

Los filólogos, y entre ellos Ellis[8], han intentado encontrar un plan orgánico en la parte más extensa de la obra, que corresponde a los *exempla* (vv. 251-638). Es cierto que puede observarse una voluntaria agrupación de los versos, por ejemplo, alrededor del personaje central (empresas de Ulises, vv. 385-392; de Hércules, vv. 401-404; de Teseo, 405-412), o por los destinos que sufren los personajes (personajes que son cegados, vv. 259-272; arrastrados por caballos, 331-338; enloquecidos, 343-348)[9]. Pero pienso que, al igual que sucede en las *Metamorfosis* (obra de la que continuamente se hace eco), la verdadera esencia de esta parte es su carácter de *antología* de mitos y leyendas, con la peculiaridad de que estas historias están «especializadas», por decirlo así, en un mensaje concreto. Una clave de la obra es que los mitos y leyendas están, en general, tratados con escasa extensión, pues en ellas se desarrolla de hecho la

[8] *Ibis*, Oxford, 1881, págs. XLIV-XLV. Véase también el cuadro de LA PENNA, *Ibis*..., págs. XLVI-XLVII.

[9] LA PENNA (*Ibis*..., págs. XLVI-XLIX) ofrece un intento de delimitación de los grupos, que, salvo en los casos dudosos, he recogido en mis notas a la traducción.

técnica de la alusión literaria: en pocas palabras se condensa —y ése es su arte fundamental— la clave de un destino horrible. En su disposición los *exempla* repiten la libertad de ordenación y nexo, aparentemente inexistente o inmotivado, que encontrábamos en un *carmen perpetuum* como las *Metamorfosis* (también en esto son como un eco, como una miniatura de ellas). El efecto que la obra consigue en el lector (repito, si está alerta) es el del sobrecogimiento: queda impresionado por la acumulación de una serie interminable de imágenes, a veces una leve pincelada, y otras veces detalles tan vívidos como horripilantes. La novedad respecto a *Metamorfosis* está en la *especialización* del tema en torno a un solo motivo: la execración de un enemigo, que, a efectos literarios, no importa si es real o figurado.

Ésa es sin duda la parte más original de la obra, de la que no conservamos paralelos de su misma escala y proporción. Pero además de la cadena de maldiciones hay una importante sección inicial de 250 versos donde Ovidio sigue su línea general de las obras del destierro, a saber, la explotación de su poesía anterior con gran diversidad de artificios. El precedente debía actuar de eco en la memoria de sus lectores, a los que se invita a comparar el nuevo tratamiento del material con los motivos y temas anteriores. Veamos como ejemplo el comienzo de la obra (traducción en págs. 227-228):

Tempus ad hoc lustris bis iam mihi quinque peractis
Omne fuit Musae carmen inerme meae;
Nullaque, quae possit, scriptis tot milibus, extat
Littera Nasonis sanguinolenta legi;
Nec quemquam nostri, nisi me, laesere libelli, 5
Artificis periit cum caput Arte sua.
Unus —et hoc ipsum est iniuria magna— perennem
Candoris titulum non sinit esse mei.

Quisquis is est —nam nomen adhuc utcumque tacebo—
Cogit inadsuetas sumere tela manus. 10
Ille relegatum gelidos Aquilonis ad ortus
Non sinit exilio delituisse meo,
Vulneraque inmitis requiem quaerentia uexat,
Iactat et in toto nomina nostra foro,
Perpetuoque mihi sociatam fœdere lecti 15
Non patitur uiui funera flere uiri;
Cumque ego quassa meae conplectar membra carinae,
Naufragii tabulas pugnat habere mei,
Et, qui debuerat subitas extinguere flammas,
Hic praedam medio raptor ab igne petit. 20
Nititur ut profugae desint alimenta senectae:
Heu quanto est nostris dignior ipse malis!

En sus primeros versos Ovidio desarrolla el tema de la enemistad como guerra armada. Empieza recordando que, hasta que no ha pasado de los cincuenta, en su programa poético no habían cabido las armas. El lector evoca, pues, la *recusatio* del poeta elegíaco que había sido Ovidio, la renuncia a emprender obras de envergadura épica o trágica, su negativa a servir en otra milicia o en otros cuarteles que no sean los de Cupido; y así nos dice al comienzo de sus *Amores* que, cuando se disponía a escribir hexámetros épicos, Amor lo obligó a aceptar la poesía amorosa en dísticos elegíacos:

Arma graui numero uiolentaque bella parabam
edere, materia conueniente modis.
Par erat inferior uersus: risisse Cupido
dicitur atque unum surripuisse pedem.

[Armas en solemne metro y violentas guerras me disponía a publicar acordando tema y ritmos. Parejo era el verso segundo: dicen que sonrió Cupido y quitó un pie]
(ed. de Ramírez de Verger - Socas, Madrid, 1992, pág. 1).

Ovidio nos invita a recordar estos versos, pero les dará una dimensión nueva: tampoco ahora escribirá hexámetros. Seguirá por ahora fiel al dístico (v. 46), que sólo abandonará para empuñar el yambo (vv. 43-44 y final), el metro propio de la invectiva. Ovidio prosigue la metáfora militar *(inerme*, 1; *littera sanguinolenta*, 4) con un tema propio de sus libros del destierro: en los versos 5-6, evoca el motivo por el que en apariencia fue exiliado, por haber escrito —¡hacía ocho años!— el *Arte de amar*[10] (nuevos términos militares: *laesere*, 5; *periit caput*, 6). El lenguaje militar da color a todo el pasaje y permite diversas personificaciones efectivas en las que nos induce a que veamos un poema que no empuña armas, letras que no tienen sus manos manchadas de sangre, o libros que hieren a su autor y le dan muerte *(periit caput)*. Aparece por fin (v. 7) la primera presentación de su enemigo con el despectivo *unus*, reforzado por la insistencia en su anonimato *(quisquis is est... nomen tacebo)*. Es un enemigo que le quita el honor de su inocencia *(candoris titulum)*, cuando ese pretendido candor esconde detrás nada menos que su rebeldía de poeta elegíaco, el intelectual que, recreándose en un aparente *arte por el arte*, se negaba a escribir obras en beneficio del régimen de Augusto y su política. Prosigue la metáfora militar (v. 10) apelando a la compasión: su enemigo obliga *(cogit)* a Ovidio a empuñar las armas con sus manos de anciano (vv. 1, 21), unas manos que nunca las han empuñado *(inadsuetas*, v. 10). Pero las heridas *(vulnera)* que se mencionan en el verso 13 son una nueva sorpresa: no son las mismas que nombra arriba (vv. 5-6), sino que se trata de las heridas del rayo (= decreto del

[10] Se dieron oficialmente dos motivos para su destierro: haber escrito el *Ars amatoria*, contraria a la moral que pretendía imponer Augusto, y un cierto *error*, que menciona con frecuencia Ovidio en su obra del destierro pero que nunca llegó a revelar.

exilio) de Júpiter (= Augusto), y así lo debe entender el lector familiarizado con la obra ovidiana del destierro *(passim)*. Con los versos 15-16 toca Ovidio otro de los motivos favoritos del destierro, esto es, el destierro como muerte en vida[11]. Ahora cobran su verdadera dimensión y se refuerzan dos pistas que había dejado antes, *periit caput* (v. 6) y *requiem* (13), que deben ser entendidas en toda su literalidad, en relación con la efectiva muerte del poeta. Para terminar este pasaje que abre el poema, Ovidio vuelve a acumular imágenes ya conocidas de su literatura del destierro que quieren despertar compasión. La primera de estas imágenes es la del destierro como un naufragio, muy elaborada dentro de su condensación (personificación de su barca como un cuerpo destrozado —*membra*—, golpeado —*quassa*—, que él como náufrago estrecha en un abrazo —*conplectar*—, mientras su enemigo lucha —*pugnat*— por apropiársela —*habere*—). La segunda imagen procede de la rapiña que seguía a la toma de una ciudad, y presenta a su enemigo como ladrón *(raptor)* que busca el botín de guerra *(praedam)* incluso en medio de las llamas *(medio ab igne)*, en vez de apagar, como debería *(debuerat)*, las repentinas llamas *(subitas extinguere flammas)*. Por último, Ovidio se presenta a sí mismo como un anciano en la lamentable necesidad de huir al exilio *(profugae senectae)* al que Ibis quiere privar hasta de la comida *(desint alimenta)*. Al interés del contenido se suma el esmero de la forma: nótese por ej. el juego etimológico en *Artificis - Arte* (v. 6), o el espléndido verso 16, donde la paradoja *(funera / uiui)* de la esposa de Ovidio llorándole en sus funerales (ya reforzada

[11] Además del antiguo tema elegíaco del *foedus amoris* ahora reconvertido en amor conyugal.

por los juegos de sonido *FunERa FlERe)* queda insertada en medio de la paronomasia *uiui / uiri*.

Como conclusión digamos que el logro principal de *Ibis*, pero hemos visto que no único, reside en su fertilidad retórica y su recóndita erudición mitológica, que hacen de él un auténtico *tour de force*[12] de incalculable eficacia como invectiva y como obra de arte. Pero hay que añadir también que su lectura es difícil y su tema es poco atractivo para el lector moderno. Como toda la obra de Ovidio, y en particular la del exilio, el *Ibis* hay que leerlo con mucha atención, y con la conciencia de estar ante una valiosísima demostración literaria, sin dejarnos llevar por las frecuentes e inmerecidas descalificaciones que sufre.

En la traducción he preferido seguir el texto de Antonio LA PENNA[13]. En las notas mi deuda con los anteriores comentaristas y estudiosos de la obra es inmensa. He querido descargar de datos las notas (y aun así puede que

[12] KENNEY, *Literatura latina...*, pág. 500.

[13] La historia del texto de *Ibis* es la siguiente: las copias que conservamos de este poema son posteriores al 1200 (cf. catálogo de LA PENNA, 1957, en sus *Prolegomeni*). Todos se remontan a un arquetipo común, probablemente de los siglos IX o X. Los *meliores* se dividen, según su tratamiento de las interpolaciones o sus errores significativos, en tres grupos, cuyos representantes más significativos se conservan en: (grupo I) Cambridge, Trinity College 1335, principios del s. XIII; Berlín, Phill. 1796 (Rose 210); (grupo II) Tours 879, *ca.* año 1200; (grupo III) Frankfurt, Univ. Barth. 110. En España se conservan las copias de Madrid, Bibl. Nac. Res. 206 y Toledo, Bibl. del Cabildo 102-10. Léase, además de la edición magistral de LA PENNA (Florencia, 1957) y su edición de los escolios (Florencia, 1959), a L. D. REYNOLDS (ed.), *Texts and Transmission. A Survey of the Latin Classics*, Oxford, 1990 (=1983), págs. 273-75, con bibliografía, y L. RUBIO, *Catálogo de manuscritos clásicos latinos existentes en España*, Madrid, 1984.

parezcan excesivas) para que permitan al lector concentrarse en el texto. El índice es independiente del de *Heroides*, y consideré preferible para el lector, por la peculiar erudición del *Ibis*, que la explicación de los lugares o personajes se hiciera en su momento de aparición en el texto, en vez de relegarla al final, como en otros índices de esta Colección. Aun considerándome única responsable de los posibles errores, quiero agradecer aquí la ayuda de los amigos y colegas que han leído parcialmente estas páginas. Mención especial dedico al revisor, que —como para *Heroides*— también en esta segunda obra ha sido Francisco SOCAS. A él se deben también aquí numerosas mejoras del libro en general y de la traducción en particular.

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

Ediciones y comentarios

J. André, *Contre Ibis*, París, Budé, 1963.

F. della Corte y S. Fasce, *Opere di P. Ovidio Nasone*, II *(Tr., Ibis, Ex P., Hal.)*, Turín, 1986 (con bibliografía, págs. 59-92).

R. Ellis, *Ibis*, Oxford, 1881.

N. Heinsius, ed. Amsterdam, 1661.

A. La Penna, *Ibis*, Florencia, La nuova Italia, 1957, prolegóm., ed. crít. y comentario.

— *Scholia in P. Ovidi Nasonis Ibin*, Florencia, La nuova Italia, 1959.

F. W. Lenz, *Ibis*, Turín, Paravia, 2.ª ed., 1966 (1.ª, 1937).

J. H. Mozley, *Ovid. The Art of Love and Other Poems (Med., Ars, Rem., Ibis, Nux, Hal., Cons. ad Liv.*, 2.ª ed. rev. por G. P. Goold, Cambridge (Mass.)-Londres, 1978.

Estudios

A. E. Housman, «Transpositions in the *Ibis* of Ovid», *Journ. of Phil.* 34 (1918), 222-238.

— «The *Ibis* of Ovid», *Journ. of Phil.* 35 (1920), 287-318.

H. Le Bourdellès, «La personnalité d'*Ibis*. La genèse du poème d'Ovide», *Colloque présence d'Ovide*, ed. R. Chevallier, París, 1982, págs. 45-50.

J. A. Richmond, «On Imitation in Ovid's *Ibis* and in the *Halieutica* ascribed to him», *Atti del convegno internazionale ovidiano*, Sulmona, 1958, E. Paratore, ed., Roma, Istituto di Studi Romani Editore, 1959, II, págs. 9-57.

C. Zipfel, *Quatenus Ovidius in Ibide Callimachum aliosque fontes imprimis defixiones secutus sit*, Tesis doctoral, Leipzig, 1910.

[Al igual que en *Her.*, F. Socas, el revisor de este volumen, aparece citado en las notas que él ha sugerido o en las mías que él ha mejorado.]

IBIS

Completados ya hasta este momento dos veces cinco lustros de mi vida[1], todas las obras de mi Musa han estado desarmadas; aunque había escrito tantos miles de cosas, no se puede leer ni una sola letra de Nasón que esté bañada en sangre; a nadie han herido mis libros, sólo a mí, cuando la 5 cabeza de su autor cayó por culpa de su Arte[2]. Un solo individuo —y esto mismo es ya una gran afrenta suya— no deja que sea perenne el honor de mi inocencia. Sea quien sea él —pues de momento, a pesar de todo, callaré su nombre—, obliga a mis manos, desacostumbradas, a coger las 10 armas. Él no deja que yo, relegado[3] a donde nacen los fríos

---

[1] Es decir pasados los cincuenta, entre cincuenta y cincuenta y cinco. Tenía posiblemente 52 años, cf. LA PENNA, *Ibis*..., pág. 3.

[2] El *Ars amatoria*, aducida como una de las dos causas de la relegación de Ovidio. Tanto esta inculpación como la otra —un *error* envuelto en el misterio— siguen manteniendo oscura la verdadera causa por la que Augusto desterró a Ovidio.

[3] El edicto de Augusto, que no conservamos, no era de exilio, sino de *relegatio*, aunque Ovidio utiliza los dos términos. La relegación no privaba del derecho de ciudadanía, ni suponía en todos los casos la expropiación. A Ovidio se le dejaron sus bienes, de ahí que la mujer de Ovidio, su tercera mujer, Fabia, permaneciera en Roma para interceder por su marido.

aquilones, viva oculto en este exilio mío, y sin compasión atormenta unas heridas[4] que buscan descanso, y expone mi
15 nombre en pleno Foro, y no permite que la que se unió a mí en el perpetuo lazo del lecho llore los funerales de su esposo vivo[5]; y mientras yo abrazo los quebrantados miembros de mi barca[6], él lucha por adueñarse de las tablas de mi naufragio, y aquel que habría debido apagar las repentinas lla-
20 mas, ése, como un ladrón, busca el botín en medio del fuego. Intenta que falte el sustento a mi vejez desterrada. ¡Ay, cuánto más merece él mi castigo que yo!

No lo permitan los dioses, de los cuales el más grande es, con mucho, aquel que no dejó que mi marcha fuera sin
25 recursos[7]. A él siempre, en cualquier parte que pueda estar, daré las gracias por la bondad de su corazón. El Ponto escuchará estas palabras, quizá también hará ese mismo dios que pueda yo poner por testigo una tierra más cercana.

En cambio yo seré para ti, violento, que me pisoteaste
30 en mi caída, yo seré, mientras pueda en mi triste situación, el enemigo que mereces. Antes dejará de oponerse[8] la humedad al fuego, y juntos estarán con la luna los rayos del

[4] La herida es la del rayo de Júpiter-Augusto, como aparece en *Tristes* y *Cartas desde el Ponto (passim)*.

[5] Siguen los motivos literarios de la obra del destierro: el destierro es la muerte, cf. Introducción, pág. 221.

[6] El naufragio es otro motivo del destierro para simbolizar la desgracia. La metáfora es muy antigua y Ovidio la utiliza reiteradamente desde sus primeras composiciones del destierro.

[7] Augusto. Alude a la *relegatio* sin confiscación de bienes, cf. La Penna, *Ibis*..., pág. 8.

[8] Comienza una serie de *impossibilia* tradicionales cuyo interés radica en cuáles selecciona el autor y por qué. Ovidio ilustra aquí la discordia, y es especialmente valioso el *adýnaton* mitológico de los vv. 35-36, que se refiere a los hermanos Eteocles y Polinices, cuyo odio se prolongó hasta después de la muerte.

sol[9], y la misma parte del cielo enviará los céfiros y los euros, y el cálido noto soplará desde el helado polo, y una 35
concordia desconocida vendrá al humo de los hermanos, al que separa un viejo odio en la pira encendida[10], y la primavera se mezclará con el otoño, con el invierno el verano, y una misma región serán el poniente y el oriente, antes que yo abandone unas armas[11] que empuñé contra ti al romperse 40
nuestra amistad, malvado, por tus delitos[12]. Nuestra paz 43
será, mientras a mí me quede vida, la que suele haber entre los lobos y el desvalido ganado.

Acometeré los primeros combates en el verso con el 45
que he empezado, aunque no suelan sostenerse las guerras en este pie[13]. Igual que busca primero el suelo lleno de rubia arena la lanza del soldado que todavía no está en caliente[14], así no te dispararé yo todavía el agudo[15] acero, ni 50

[9] Se pierde en español el juego verbal latino *Iunctaque cum LUNA LUmiNA solis erunt.*

[10] Eteocles y Polinices, hijos de Edipo y Yocasta, que acordaron gobernar Tebas en años alternos, pero que finalmente se mataron el uno al otro. El humo se separó al ser quemados en una pira común.

[11] Tema de la enemistad como guerra armada, cf. v. 10 y v. 139 (La Penna, *Ibis*..., pág. 11). Una nueva alusión literaria al pie métrico propio de las batallas épicas (el hexámetro) aparece de nuevo en el último verso de la composición.

[12] Aquí se interpolan en una parte de la tradición manuscrita los vv. 133-134.

[13] Está usando el dístico elegíaco, en vez del pie yámbico, usual en las invectivas.

[14] Aunque la lanza del fecial *(fetialis)* es anterior a Pirro, cf. Liv., I 32, 12 (Socas), se ha visto aquí la simbología que desde tiempos de Pirro se usaba en la declaración de guerra, cf. *Fastos* VI 205 sigs. (detalles en La Penna, *Ibis*..., págs. 12-13). Nótese cómo esta comparación y la metáfora que sigue (vv. 49-50) amplían y explican el dístico anterior dando viveza y colorido a la exposición.

[15] Cf. *Ars* III 589: *Ponite iam gladios hebetes: pugnetur acutis.*

buscará directamente mi lanza tu odiada cabeza, y ni diré tu nombre ni diré tus culpas en este libelo, y dejaré que por breve tiempo no se sepa quién eres. Después, si persistes, el yambo libre me dará contra ti dardos teñidos en la sangre de Licambes[16]. Ahora, igual que el Batíada[17] maldice a su enemigo Ibis, de esa misma forma te maldigo yo a ti y a los tuyos, y, como él, envolveré mi poema en oscuras[18] historias, aunque no suela yo practicar este género. Se dirá que imité los enigmas de su Ibis olvidándome de mi costumbre y de mi gusto. Y, puesto que no desvelo aún quién eres a los que quieren saberlo, recibe tú también, por ahora, el nombre de Ibis. Y al igual que tendrán mis versos algo de la oscuridad de la noche, así sea todo negro el curso de tu vida entera. Que sea esto lo que por tu cumpleaños y por año nuevo[19] acaso alguien te lea, con boca que no mienta.

Dioses del mar y de la tierra, y los que con Júpiter poseéis reinos que a éstos superan entre los distantes polos[20],

[16] Licambes fue el blanco de la invectiva del poeta Arquíloco porque no cumplió su promesa de darle por esposa a su hija Neobula. Según la tradición, Licambes y Neobula se suicidaron por no poder soportar esos ataques. Cf. HORACIO, *Epod.* VI 13, MARCIAL, VII 12, 6.

[17] El Batíada es Calímaco, nacido en Cirene, cuyo fundador legendario fue Bato. Calímaco escribió una invectiva contra un enemigo suyo al que dio este seudónimo de Ibis. Algunos identifican a Ibis con Apolonio de Rodas, el rival literario de Calímaco (cf. LA PENNA, *Ibis*..., págs. XXXVIII y sigs.). El ibis es un pájaro que se consideraba sagrado en Egipto, pero aquí sólo se recuerdan otros aspectos más escatológicos, cf. vv. 449-450 y nota.

[18] «Ciegas» en el original, comentado por LA PENNA, *Ibis*..., pág. 15, que cita entre otros textos el de *Fastos* IV 668 *ambages caecaque iussa*, las órdenes enigmáticas de Fauno a Numa.

[19] En el cumpleaños y en año nuevo se mandaban regalos y augurios. Ovidio quiere que estos funestos augurios suyos sustituyan a los tradicionales.

[20] El cielo.

hacia aquí, os lo ruego, volved todos hacia aquí vuestra atención, y permitid que tengan validez mis votos. Y tú también, tierra, tú también, mar con tus olas, tú también, aire de las alturas, acepta mis plegarias, y astros e imagen del sol, circundada por sus rayos, y luna, que nunca brillas con tu esfera del día anterior, y noche, temible por tus fantasmas y tus sombras, y vosotras, las que con triple pulgar hiláis la tarea fijada[21], y tú, río de aguas por las que no se jura en vano[22], que corres a través de los valles infernales con terrible murmullo, y vosotras, que con cabellos sujetos por retorcida serpiente dicen que os sentáis ante las oscuras puertas de la cárcel[23], y vosotros también, dioses comunes[24], faunos y sátiros y lares, y ríos y ninfas y raza de los semidioses, y, por último, dioses todos, antiguos y nuevos, desde el primitivo Caos hasta los de nuestro tiempo, sed testigos mientras se entonan siniestros sortilegios contra esta cabeza pérfida, y mientras la ira y el dolor recitan su papel. Asentid todos[25], en orden[26], a mis deseos, y que ninguna parte de mi voto quede frustrada. Que se cumpla lo

[21] Las tres Parcas o Moiras, las ancianas hilanderas que trenzaban los hilos de la vida.

[22] Se juraba y se execraba en nombre del río del infierno, el río Estige.

[23] Las Furias vengadoras, o Erinias, o Euménides, representadas frecuentemente con serpientes a su alrededor. La cárcel es aquí el infierno, cf. OVID., *Metamorf.* IV 453-454: *Carceris ante fores clausas adamante sedebant deque suis atros pectebant crinibus angues*, SÉNECA, *Epíst.* LXXXII 16.

[24] *Plebs superum*, dioses de rango ordinario o común, cf. *Oxf. Latin Dict.*, s.v., pág. 1389.

[25] Lenguaje técnico en las *deuotiones* y *defixiones*, a cuyos rasgos se alude aquí (vv. 87-106). Sobre la deuda de *Ibis* con las *tabellae defixionis* cf. LA PENNA, *Ibis*..., intr., cap. II (págs. XX y sigs.).

[26] *Ex ordine*, referido a los versos 83-84, porque del Caos partían todas las divinidades.

90 que pido, que él crea que no son palabras mías, sino del yerno de Pasífae[27]. Y que también sufra él los castigos que yo omita: que sea más desgraciado de lo que puede concebir mi mente. Y que no dañen menos unos votos que execran con nombre fingido[28] ni conmuevan menos a los grandes 95 dioses: yo maldigo a ese Ibis que mi mente reconoce, ese que sabe que por sus obras ha merecido esta execración.

No voy a demorarme: como sacerdote haré cumplir las imprecaciones fijadas: los que asistís a mis ritos, acomodad vuestra boca[29]. Decid palabras fúnebres los que asistís a mis 100 sacrificios, y marchad a ver a Ibis con las mejillas bañadas en llanto, y marchad a su encuentro con malos presagios y echando el pie izquierdo[30], y que negras vestiduras cubran vuestros cuerpos. Tú también, ¿a qué esperas para coger las cintas funerarias? Ya está en pie, como ves tú mismo, el al- 105 tar de tu funeral. Tu cortejo está ya preparado —no se retrasen mis siniestros deseos—: pon tu cuello bajo mi cuchillo, víctima funesta.

Que la tierra te niegue sus frutos, el río su corriente, el viento y la brisa te nieguen sus soplos. Y que el sol no brille 110 para ti ni Febe ilumine, los brillantes astros falten a tus

[27] De Teseo, esposo de Fedra, hija de Pasífae. Fedra se enamoró de su hijo o hijastro Hipólito, pero éste no cedió a las pretensiones de ella, por lo que Fedra se suicidó, pero dejó una carta culpando a Hipólito de su muerte. Teseo creyó las calumnias de Fedra contra Hipólito y maldijo a su propio hijo, que murió poco después. Los antiguos creían que las maldiciones de los padres contra los propios hijos se cumplían siempre.

[28] El de Ibis.

[29] Fórmula religiosa: en la ceremonia se deben evitar palabras de mal agüero, cf. *Oxf. Latin Dict.*, s.v. (5).

[30] Referido a la creencia de que traía mala suerte cruzar un umbral o empezar un viaje con el pie izquierdo, cf. arriba *Her.* XXI 71-72.

ojos[31]. Que no se te ofrezca fuego ni aire, y no te hagan camino ni la tierra ni el mar. Que desterrado y pobre andes errante y vayas de puerta en puerta, y con boca temblorosa pidas un poco de comida. Que ni tu cuerpo ni tu mente, en- 115 fermos, estén libres de quejoso dolor, que la noche te sea más pesada que el día, y el día que la noche. Que siempre seas desgraciado sin que a nadie le duela tu desgracia: que mujeres y hombres se regocijen de tus infortunios. Que el odio se sume a tus lágrimas, y que se te crea digno, a ti que 120 sufres muchos males, de que sufras muchos más. Y que la visión de tu desgracia, despojada —cosa rara— de la compasión que suele despertar, sea motivo de repulsa hacia ti. Que no te falte una razón, pero que te falte la posibilidad de morir: que la ansiada muerte huya de tu vida forzosa, y que 125 la respiración, tras larga lucha, abandone tus miembros martirizados, pero antes te torture en larga demora.

Así será: Febo mismo me dio presagios del evento, y un pájaro aciago voló desde la izquierda. Con razón creeré yo que lo que pido conmoverá a los dioses y me alimentaré 130 siempre, perjuro, de la esperanza de tu muerte. Y me arrancará el aliento que tú tanto has atacado aquel último día, que tanto tarda en llegarme[32], antes que este dolor se pueda desvanecer jamás con el paso del tiempo, o que los días y sus horas suavicen mi odio. Mientras los tracios luchen con el 135 arco y los yáziges con la lanza, mientras sea templado el Ganges, frío el Danubio, mientras los montes tengan robles,

[31] *Nec tibi Sol clarus* (uel *calidus) nec sit tibi lucida Phoebe destituant oculos sidera clara tuos*. Pese a la repetición, prefiero la lectura *clarus* (con LA PENNA), antes que la variante *calidus* (ANDRÉ).

[32] El deseo de la muerte es un motivo literario recurrente en las obras del Ovidio en el exilio, cf. p. ej. *Pont.* I 6, 41-42 *(Spes, dea) me quoque conantem gladio finire dolorem arguit* (uel *arcuit) iniectam continuitque manum*.

suaves pastos los campos, mientras tenga el etrusco Tíber aguas cristalinas, estaré yo en guerra contigo; ni siquiera la 140 muerte pondrá fin a mis iras, sino que daré violentas armas a mi ánima para luchar contra la tuya.

También entonces, cuando me disperse en el vacío de los aires, mi sombra exangüe odiará tu forma de ser. También entonces vendré, sombra que no olvida tus actos, y en 145 forma de esqueleto perseguiré tu rostro. Tanto si me muero consumido por larga edad, que no quisiera, como si me libera una muerte violenta[33], o si, náufrago[34], soy juguete de las inmensas olas, y se come mis entrañas un pez remoto, o 150 si aves de tierra extraña desgarran mis miembros, o si de mi sangre tiñen sus hocicos los lobos, o si alguien se digna sepultar mi cuerpo exánime y ofrecerle una hoguera plebeya, sea cual sea mi suerte, intentaré arrancarme de las orillas estigias y lanzaré vengador hacia tu cara mis heladas ma- 155 nos. Me verás si estás despierto, y en las calladas sombras de la noche, como si me hubiera aparecido a ti, te ahuyentaré el sueño. Así que, hagas lo que hagas, volaré por delante de tu cara y tus ojos quejándome, y en ninguna parte encontrarás reposo. Sonarán golpes crueles, y serpientes enro- 160 lladas[35], y ante tu cara culpable humearán antorchas.

Estas calamidades te azotarán en vida, las mismas cuando estés muerto, y más breve será tu vida que tus castigos. No te corresponderá funeral, ni las lágrimas de los tuyos: se 165 te arrancará la cabeza sin que la lloren, y serás arrastrado

[33] Ovidio puede referirse a que lo asesinen, dado el continuo estado de guerra que él cuenta que acosaba a Tomos (su lugar de destierro), o bien a que él mismo se quite la vida, cf. nota al v. 132.

[34] No era probable que Ovidio volviera a surcar el mar, puesto que no llegaba el perdón de Augusto. La metáfora del naufragio como tema literario en el destierro ha aparecido ya en el v. 18.

[35] Las de las Furias.

por la mano del verdugo entre los aplausos de la gente, y su gancho se clavará en tus huesos[36]. De ti huirán hasta las mismas llamas que todo lo consumen, y la tierra justiciera escupirá fuera de sí tu cadáver aborrecido. Con sus garras y su pico te sacará las entrañas lento el buitre y ávidos perros 170 despedazarán tu corazón embustero, y que tu cuerpo sea motivo de disputa (puedes estar orgulloso de esta gloria) entre lobos insaciables.

Se te desterrará al lugar opuesto de los Campos Elisios[37], y habitarás las sedes que corresponden a la multitud de los culpables[38]. Allí está Sísifo[39] haciendo rodar su pie- 175 dra y buscándola de nuevo, y el que da vueltas atado a la 176 esfera de la rápida rueda[40], y el que desde su altura hasta 181 abajo mide nueve yugadas y expone como tributo sus en- 182 trañas al pájaro incesante[41], y las que llevan sobre sus hom- 177 bros las aguas que van a escurrirse, las descendientes de Belo[42], nueras del desterrado Egipto, sangrienta multitud;

[36] Costumbre romana de maltratar los cadáveres de los que morían en la cárcel.

[37] Al Tártaro.

[38] Sigue un catálogo de castigos de grandes culpables, un recurso frecuente en la poesía antigua, y en Ovidio en particular, cf. *Metamorf.* IV 457-63 y X 41-44.

[39] Legendario rey de Corinto, famoso ladrón, condenado en el Hades a subir a la cima una piedra que volvía a rodar de nuevo hacia abajo, de modo que su castigo era eterno.

[40] Ixión, rey de los lápitas, fue atado a una rueda que giraba eternamente por haber intentado seducir a Juno, cf. *Metamorf.* X 42, VIRG., *Eneida* VI 601.

[41] El gigante Ticio, condenado en el infierno al haber intentado violar a Latona por orden de Juno. Su castigo en la versión más conocida consistía en que un pájaro (o pájaros) le comiera eternamente el hígado, que se regeneraba de nuevo siempre.

[42] Las cincuenta Danaides, hijas de Dánao, hijo de Belo (de ahí Bélides), obligadas por su padre a matar a sus cincuenta primos, hijos de

frutos que tiene a su alcance persigue el padre de Pélope[43],
180 y a él le falta el líquido siempre, agua que siempre le sobra.
183 Aquí te herirá el costado con su látigo una de las Furias,
185 para que confieses en su totalidad tu delito, otra dará a las serpientes del Tártaro tus miembros despedazados, la tercera cocerá al fuego tus humeantes mejillas. Tu sombra criminal será atormentada de mil maneras, y Éaco será muy ingenioso en inventar suplicios para ti. A ti te trasladará los
190 tormentos de los viejos personajes: gracias a ti podrán descansar antiguos pecadores. Sísifo, tendrás a quien traspasarle tu carga que siempre retrocede; las veloces ruedas[44] harán girar ahora otro cuerpo. Éste será también quien en vano trate de coger las ramas y las aguas; éste con su hígado inagotable[45] será alimento de las aves.

195 Y otra muerte no pondrá fin a los castigos de esta muerte, y no habrá última hora para tan grandes tormentos. Poco podré yo cantar de eso, como poco quita el que coge hojas en el Ida[46] o agua en la superficie del mar libio. Pues yo no
200 podría decir cuántas flores nacen en el Hibla siciliano, ni cuánto azafrán da la tierra cilicia, ni podría decir, cuando el

---

Egipto, en la noche de su boda (sólo Hipermestra no mató a Linceo, cf. *Her.* 14), y cuyo castigo, en algunas versiones ([PLATÓN] *Axioc.* 2371e, HORAC., *Carm.* I 11, 22 ss.) era llenar perpetuamente en el Hades una jarra agujereada, cf. *Metamorf.* IV 463; *Trist.* III 1, 63; SÉNECA, *Hércules loco* 757.

[43] Tántalo, rey lidio, hijo de Zeus y padre de Pélope, que por abusar de los privilegios de los dioses fue castigado a permanecer en el agua, que retrocedía cuando intentaba beberla, y a tener a su alcance frutos que no podía coger, cf. *Amores* II 2, 44.

[44] De Ixión, cf. nota al v. 176.

[45] *Inconsumpto.* La misma expresión, para el mismo tormento de Ticio en *Pont.* I 2, 39-40.

[46] Comienza una serie de *adýnata* o *impossibilia* aquí muy efectivo para destacar la infinitud de las desgracias que esperan a Ibis.

aciago invierno se eriza sobre las alas del aquilón, cuánto granizo tiñe de canas al Atos: tampoco podría mi voz contar todas tus desgracias aunque me dieras muchas bocas. Todas 205 esas ruinas, ¡oh, desgraciado!, te sobrevendrán, y de tal suerte, que creo que hasta yo mismo podría verme obligado a llorar. Esas lágrimas me harán feliz sin límite: más dulce que la risa sería ese llanto entonces para mí.

Has nacido en desgracia, así lo quisieron los dioses, sin que ninguna estrella te fuera favorable o benigna al nacer. 210 No fulgía Venus, no fulgía Júpiter en aquella hora, ni la Luna ni el Sol estaban en sitio adecuado. Ni te ofreció luz suficientemente bien situada aquel que la luminosa Maya parió como hijo del gran Júpiter[47]. A ti te oprimían los astros atroces de Marte y del anciano portador de la hoz[48], que 215 nada pacífico prometen. También la luz del día de tu nacimiento, para que no vieras nada que no fuera aciago, fue hostil y negra, cubierta de nubes. El día al que da su nombre el funesto Alia[49] en nuestro calendario, es el mismo día que 220 trajo al mundo a Ibis, día que trajo desastres públicos. Al mismo tiempo que él caía del impuro vientre de su madre y su cuerpo inmundo oprimió la tierra del Cínife[50], un búho nocturno se posó enfrente, en la copa de un árbol, y de su fúnebre pico salieron sonidos ominosos. Después las Euménides lo lavaron[51] en unas aguas pantanosas por donde un 225 profundo canal fluía desde las olas de la Estige, y ungieron su pecho con veneno de culebra del Érebo, y tres veces

---

[47] Mercurio.

[48] Saturno, cf. nota a 273-274.

[49] Afluente del Tíber donde los galos vencieron a los romanos el 18 de julio de 390 a. C., cf. *Arte de amar* I 413.

[50] Río de Libia.

[51] Alusión al baño del recién nacido, que tenía lugar el octavo día para las niñas, y el noveno en el caso de los niños (cf. J. ANDRÉ, pág. 34 n. 8).

palmearon sus ensangrentadas manos, y humedecieron su
230 garganta infantil con leche de perra —éste fue el primer alimento que vino a la boca del niño: de ahí se imbuyó el crío de la rabia de su nodriza, y ladra en pleno foro, como un perro, sus palabras— y ciñeron su cuerpo con prendas manchadas de podredumbre que robaron de una pira abando-
235 nada de mala manera[52], y, para que no reposara sin apoyo sobre la desnuda tierra, pusieron su tierna cabeza encima de unas piedras. Y cuando ya iban a alejarse acercaron a sus ojos muy cerca de su cara antorchas hechas de verde rama. Lloraba como lo hace un niño al que alcanza el amargo hu-
240 mo, cuando así habló una de las tres hermanas: «Para un tiempo infinito te hemos provocado estas lágrimas, que caerán siempre sin que falte causa». Fueron sus palabras: pero Cloto hizo valer esas promesas, y trenzó con su mano hostil
245 negras hebras, y para ahorrarse decir ella con su boca largas predicciones, «Habrá un vate[53] que cantará», dijo, «tu destino». Yo soy ese vate: de mi boca conocerás tus heridas, si los dioses me otorgan sus fuerzas para mis palabras; y a mis
250 sortilegios se sumará el peso de la realidad, y por tu dolor comprobarás su acierto.

Y para que no sufras tormentos sin precedentes en el pasado, que tus desgracias no sean más leves que las de los troyanos. Que sufras tantas heridas como el hijo de Peante[54], heredero de Hércules, portador de la maza, en su envenenada pierna. Y que tu dolor supere al de aquel que bebió 255 de las ubres de la cierva, que recibió la herida del hombre armado, y del desarmado la curación[55], y al de aquel otro que se cayó del caballo en los campos Aleyos, y cuya belleza fue casi la causa de su muerte[56]. Que veas tú tanto como el hijo de Amíntor[57], y, huérfano de luz, con un bas- 260 tón como sirviente, explores a tientas un tembloroso camino. Que no veas mejor que aquel al que su hija guiaba[58], cuyo delito sufrieron su padre y su madre; igual que quedó, después que fue tomado como juez de la jocosa contienda, el anciano famoso en la ciencia de Apolo[59], igual que quedó 265 aquel por cuyo consejo fue dada la paloma como precursora

---

[52] *Male deserto ... rogo*, el sentido es dudoso. J. André da como posible interpretación que la pira funeraria fue abandonada indebidamente, por descuido del guardián, a merced de los *bustirapi* o ladrones de tumbas. Otra posibilidad es (cf. La Penna, *Ibis*..., pág. 48) que la pira fuera abandonada por ser la de un condenado a muerte.

[53] El poeta como adivino o profeta.

[54] Ciclo de la guerra de Troya: Filoctetes y Télefo (251-256). Según la leyenda, Hércules dio a Filoctetes, hijo de Peante, el arco y las flechas sin los que Troya no podía ser tomada. Pero por la fetidez de una herida que tenía en la pierna, Filoctetes fue abandonado en Lemnos y posteriormente recogido, cf. *Metamorf.* XIII 329.

[55] Se trata de Télefo, rey de Misia, herido por la lanza de Aquiles y curado por el óxido de la misma arma, cf. *Metamorf.* XII 112, *Pont.* II 26, Horac., *Epod.* XVII 8.

[56] Belerofonte, que de lomos de Pegaso, el caballo alado, cayó en los campos Aleyos (Cilicia) y allí murió, cf. Higino, *Fáb.* 57, 4. Su culpa había sido desdeñar a Estenobea, esposa de Preto, que intentó seducirlo, cf. Higino, *Fáb.* 57, 1, Juvenal, X 327.

[57] Que no veas nada, que te quedes ciego: empieza el grupo de los cegados, vv. 259-274. El primero es Fénix, hijo de Amíntor y compañero-tutor de Aquiles. La madre de Fénix, por celos de una concubina rival, indujo a su hijo a seducirla. Amíntor lo descubrió y, en una de las versiones, cegó a su hijo, cf. *Ilíada* IX 447-477, *Trag. Graec. Fragm.* (Nauk) 261 y sigs., 816.

[58] Edipo, hijo de Layo y Yocasta, que sin saberlo mató a su padre y se casó con su madre. Yocasta se ahorcó y Edipo se cegó, cf. *Odisea* XI 271 y sigs., Sófocles, *Edipo Rey*. Su hija Antígona lo guiaba.

[59] Tiresias fue temporalmente transformado en mujer. Al preguntarle Júpiter y Juno quién disfrutaba más en el amor, si el hombre o la mujer, dio la razón a Júpiter —que sostenía que gozaba más la mujer—, por lo que Juno lo dejó ciego y Júpiter le concedió el don de la adivinación.

y guía de la nave paladia[60], y el que perdió los ojos con los que por desgracia vio el oro que su madre dio a su hijo muerto como exequias[61]; como el pastor del Etna[62], a quien 270 Télemo, hijo de Eurimo, había presagiado con anterioridad los sucesos del futuro[63]; como los dos hijos de Fineo[64], a quienes quitó la vista el mismo que se la dio; como la cabeza de Támiras[65] y Demódoco[66]. Que alguien te corte los miembros, como Saturno[67] cortó las partes de donde fue 275 engendrado. Que no sea para ti mejor Neptuno entre sus hinchadas olas que lo fue para aquel[68] cuyo hermano[69] y mujer[70] se convirtieron de pronto en aves, y para el astuto

---

[60] Fineo, rey legendario de Tracia, en diversas versiones castigado y cegado por los dioses o las Harpías. Con sus instrucciones los argonautas (la nave paladia es la nave Argo, ideada por Palas y mandada por Jasón) superaron el estrecho de las Simplégades siguiendo el vuelo de una paloma.

[61] Poliméstor, rey de Tracia que robó el oro confiado a Polidoro; fue cegado por Hécuba, madre de Polidoro. La historia la narra el mismo Ovidio en *Metamorf.* XIII 340 y sigs.

[62] Polifemo.

[63] Télemo, adivino del país de los Cíclopes que había presagiado a Polifemo que Ulises lo cegaría, cf. *Metamorf.* XIII 770-775.

[64] Ambos fueron cegados por el odio que hacia ellos sentía su madrastra. Sus nombres y los de la madrastra varían según la tradición.

[65] O Támiris, bardo tracio al que dejaron ciego las Musas por presumir de superarlas.

[66] El cantor ciego de la corte del feacio Alcínoo en la *Odisea* VII 64.

[67] Saturno (Crono), que castró a su padre Urano porque éste confinaba a sus hijos en el Tártaro desde el momento de su nacimiento.

[68] Serie de los ahogados o en peligro de ahogarse, vv. 275-278. Alude en primer lugar a Ceix, que se ahogó. Ovidio desea a su enemigo la misma suerte a manos de Neptuno.

[69] Dedalión.

[70] Alcíone. El episodio al que aquí se alude fue ampliamente desarrollado antes por Ovidio en *Metamorf.* XI 410-748. Ceix murió en un naufragio, su mujer Alcíone fue metamorfoseada en el alción y posteriormente catasterizada en una de las Pléyades. Dedalión, el hermano de Ceix,

varón[71] de quien, cuando sujetaba los rotos miembros de su nave destrozada, se compadeció la hermana de Sémele[72]. O bien lleven tus entrañas desgarradas (para que no sea un solo hombre el que haya conocido este tipo de castigo) 280 opuestos caballos[73]. O que sufras lo mismo que sufrió a manos del jefe púnico aquel que creyó vergonzoso para un romano que se pagara el rescate[74]. Que no te sirva de ayuda la presencia de una divinidad, como a aquel al que de nada le valió el altar de Júpiter Herceo[75]. Y como Tésalo[76] saltó 285 de lo alto del Osa, también tú te precipites desde una cumbre rocosa. O que igual que los de Eurîloco, que tomó de éste el cetro, sean tus miembros pasto de serpientes ávidas. O que apresure tu muerte, como fue la de Minos[77], hirviente agua derramada por tu cabeza. O que, como 290

---

cuando iba a suicidarse por causa de la pérdida de su hija, fue metamorfoseado por Apolo en halcón.

[71] Ulises.

[72] Ino, esposa de Atamante, que, perseguida por su enloquecido esposo, fue convertida en diosa marina (Leucotea); salvó a Ulises de la tempestad provocada por Neptuno *(Odisea* V 333 ss.).

[73] Dos ejemplos romanos (vv. 279-282). Se trata de la brutal muerte por descuartizamiento de Metio Fufecio, general albano asesinado por Tulo Hostilio por deslealtad, cf. Livio, I 28, 10 y I 23, 4.

[74] Atilio Régulo, general en la primera guerra púnica, que fue hecho prisionero por los cartagineses y enviado a Roma con una propuesta de paz, bajo juramento de que regresaría. La negociación no prosperó. Él consideró deshonroso faltar a su palabra y volvió a Cartago, donde tuvo que afrontar una muerte atroz. No se ha trasmitido quién era el general cartaginés al que se alude en el verso anterior.

[75] Príamo, asesinado despiadadamente por Neoptólemo o Pirro en presencia de su familia cuando estaba refugiado en el altar que se cita. El epíteto Herceo significa "protector de la casa".

[76] Ejemplos de la historia tesalia y macedónica (vv. 285-288, 293-298). Tésalo es quizá el primer rey legendario de Tesalia.

[77] Rey y legislador de Creta que, persiguiendo a Dédalo, encontró esta muerte violenta.

Prometeo[78], para su desgracia poco dócil, clavado alimentes con tu sangre a pájaros voladores. O que, como el Equecrátida que hace el número quince desde la estirpe del gran 295 Hércules, seas asesinado y arrojado al inmenso mar[79]. O que, como al hijo de Amintas[80], que un muchacho amado con deshonroso amor te odie y con su cruel espada te hiera. Y que no puedan servirte copas más fiables que para el que nació de un Júpiter cuya cabeza adornan cuernos[81]. O que 300 mueras colgado, a la manera del prisionero Aqueo[82], el desgraciado que fue colgado sobre auríferas aguas[83] que fueron testigo. O que como el Aquílida, famoso por el nombre de su antepasado, te sorprenda una teja lanzada por mano enemiga[84]; y que tus huesos no descansen con mejor suerte que

[78] El titán que modeló al hombre de arcilla. Cuando Zeus privó a la humanidad del fuego, lo robó Prometeo y lo devolvió, y enseñó al hombre muchas artes y habilidades. Para castigarlo por su rebeldía (de ahí quizá *parum mitis*, poco dócil, cf. LA PENNA, *Ibis...*, *ad loc.*), Zeus lo tenía encadenado a una roca donde un águila (o buitre) le comía cada día el hígado, y éste se le regeneraba cada noche.

[79] Los Equecrátidas de Tesalia se decían descendientes de Hércules. Quizá sea el Equecrátida de Larisa del s. VII a. C., de cuya muerte sólo tenemos este testimonio, cf. ANDRÉ, pág. 37, n. 7.

[80] Filipo II de Macedonia, hijo de Amintas y padre de Alejandro Magno, asesinado por Pausanias. Pausanias fue escarnecido y deshonrado por Átalo durante un banquete. Pausanias protestó ante Filipo, que no lo oyó, por lo que la víctima vengó su afrenta en el rey, cf. ARISTÓTELES, *Polít.* V 8, 10.

[81] Júpiter Amón. Mediante un oráculo fue reconocido Alejandro Magno como hijo de Júpiter Amón. Se cree que fue envenenado por Antípatro.

[82] Aqueo, hijo de Andrómaco, emparentado con Seleuco III Cerauno, gozó de su favor y del de Antíoco III el Grande. Se rebeló contra éste último, que lo venció, y fue por ello bárbaramente martirizado y asesinado.

[83] Del río Pactolo.

[84] Ejemplos de la historia epirota (vv. 301-308). El Pirro histórico, rey del Épiro, que como aliado de Tarento hizo la guerra a Roma al frente de los griegos de Italia. Se jactaba de descender del homérico Neoptólemo (o Pirro), hijo de Aquiles. Murió golpeado por una teja que le lanzó una mujer.

los de Pirro[85], que yacieron esparcidos por los caminos de Ambracia. Y que, como la hija del Eácida[86], mueras alcan- 305 zado por dardos —no puede Ceres ocultar este sacrificio—. Y que, como el nieto del rey que acabo de nombrar en mi poema, bebas jugo de cantáridas de manos de tu padre[87]. O que, por haberte dado muerte, a una adúltera se la llame justa, como se llamó justa a aquella por cuya venganza mu- 310 rió Leuconte[88]. Y que a tu pira contigo envíes a los cuerpos que más amas, el fin de su vida que tuvo Sardanápalo[89]. Y, como a los que intentaban violar el templo de Júpiter libio, arena arrastrada por el viento sur cubra tu cara[90]. Y, como 315

[85] No se sabe si se refiere al Pirro histórico que acaba de mencionar (lo más probable, para evitar el desorden en las alusiones [SOCAS]) o al hijo de Aquiles. De éste último cuenta una tradición dudosa (HIGINO, *Fáb.* 123) que, en la rivalidad de ambos por poseer a Hermíone (cf. *Her.* VIII), fue asesinado por Orestes y sus huesos dispersados.

[86] Laodamía o Deidamía, la hija de Pirro I el rey del Epiro, que fue víctima de la ira popular y asesinada en el templo de Ceres (Diana en otras fuentes).

[87] Probablemente Pirro II, nieto del Pirro rey del Epiro nombrado arriba. La cantárida es una especie de mosca que al picar produce vejigas, pero el ejemplar adulto, disecado y pulverizado se convierte en un potente veneno.

[88] De la dinastía Eácida pasa a otra dinastía póntica. Sabemos sólo por los escolios a *Ibis* que debe tratarse de un Leuconte rey del Ponto que mató a su hermano Espártoco al saber que quería seducir a su esposa Alcatoe. Ella se vengó matando al marido.

[89] O Sardanapalo, el último rey de Asiria (Asurbanipal IV, 668-626 a. C.) cuya riqueza y sensualidad eran proverbiales, y que viéndose asediado se hizo quemar con su esposa y sus numerosísimas concubinas.

[90] Se alude al ejército de Cambises, rey de Persia, hijo de Ciro el Grande, s. VI a. C.; cuenta HERÓDOTO (III 25-26) que mandó 50.000 hombres a saquear el templo de Zeus Amón (el Júpiter libio de nuestro texto),

los asesinados por el engaño del segundo Darío, así la enterrada brasa devore tu cara[91]. O, como para aquel que mandaron en el pasado a Sición, rica en olivos, sean el frío y el hambre causa de tu muerte[92]. O, como el de Atarnea, cosido dentro de la piel de un ternero, seas conducido oprobiosamente como botín ante tu señor[93]. Y que en tu tálamo seas degollado a la manera de Feres, el que fue entregado a la muerte por la espada de su esposa[94]. Y que los que crees leales, como Alevas de Larisa, compruebes por tu herida que no son leales[95]. Y que como Milón, el tirano que martirizó a Pisa, seas precipitado vivo en las ocultas aguas[96]. Y

y que éstos desaparecieron en masa de un modo misterioso, según se decía, enterrados por la arena.

[91] Cuenta VALERIO MÁXIMO (IX 2, ext. 6) que Darío II *el Bastardo*, queriendo matar a los que le habían ayudado en la revuelta de los siete Magos (pese a que juró no hacerles nunca daño), los metió en un lugar cerrado bajo el cual colocó brasas encendidas para que al dormirse cayeran sobre ellas. Heródoto atribuye el crimen a Darío I.

[92] Probablemente Nicocles, tirano de Sición, que huyó a escondidas de la ciudad al ocuparla Arato, cf. PAUSANIAS, II 8, 3; PLUTARCO, *Arat.* 4-5. No se conocen las circunstancias de su muerte.

[93] Muerto por traición (vv. 319-324) Hermias, tirano de Atarneo y Aso en la Tróade, se rebeló contra Artajerjes III, rey de Persia. Fue apresado, enviado al rey de Persia y mandado matar. Sólo los escolios a *Ibis* hablan del suplicio de la piel de toro.

[94] Alejandro, tirano de Feras, famoso por su crueldad, que murió a manos de los hermanos de su mujer, Tebe, a los que él pensaba asesinar, cf. JENOFONTE, *Helénicas* VI 4, 35; DIODORO SÍC., XVI 14, 1.

[95] No se sabe a cuál de los Alévadas, la dinastía reinante en Tesalia, se alude aquí. Se opusieron a los tiranos de Feras y en varias ocasiones invitaron a Macedonia a intervenir. En alguna de estas ocasiones se debió producir la traición que se menciona.

[96] No hay base para identificar a este Milón con un personaje concreto. Las *occultas ... aquas* pueden explicarse, según vieron ya los escoliastas, como las aguas del Alfeo, cuyo curso es en parte subterráneo, o las de un pozo.

que los dardos que de Júpiter vinieron a alcanzar a Adimanto[97], el dueño de los reinos fialesios, también te persigan a ti. Y que, como Leneo[98] fue privado de las orillas de Amastris, seas tú privado de la tierra aquílea. Y, como Euridamante fue arrastrado tres veces alrededor de la tumba de Trasilo a manos del enemigo por las ruedas lariseas[99], o el que con su cuerpo rodeó unas murallas que tantas veces había defendido y que poco durarían[100], y como el adúltero que se dice que fue arrastrado en tierra actea mientras la hija de Hipómenes sufría un insólito tipo de castigo[101], de la

[97] Personaje desconocido que ha sido identificado de manera hipotética con Licaón (ELLIS, corrigiendo en *Aphidantum Philacesia);* ZIPFEL, al que siguen ANDRÉ y LA PENNA, corrige en *Phialesia*, nombre de una ciudad arcadia. El texto de la vulgata es *p(h)il(l)esia/p(h)yl(l)esia.*

[98] Muy posiblemente Mitridates VI Eupátor Dioniso (de ahí *Lenaeus*, sobrenombre de Baco), rey del Ponto. Fue vencido por Pompeyo en Nicópolis. Huyó a la Cólquide, y ordenó que se masacrara su harén. Sabiéndose abandonado, quiso envenenarse, pero una dieta lo había hecho inmune al veneno, por lo que se quitó la vida con la espada de un guardia. Amastris es una ciudad de Paflagonia y se refiere aquí al Ponto en general. *Achillea ... humo* es probablemente *Achilleion*, ciudad del Bósforo cimerio.

[99] Breve lista de los que fueron arrastrados por caballos (vv. 331-338). Como explican los escolios, aquí hay un eco de CALÍMACO (fr. 588 PFEIFFER). Este primer ejemplo explica la costumbre tesalia de arrastrar el cadáver del asesino alrededor de la tumba de la víctima. La costumbre provendría de la leyenda del tesalio Simo, que, muerto su hermano Trasilo a manos de Euridamante, mató a éste último y lo arrastró tres veces alrededor de la tumba de Trasilo. Larisa era una ciudad de Tesalia de donde lo de 'ruedas lariseas'.

[100] Héctor, el jefe de las fuerzas troyanas durante el asedio de Troya, asesinado por Aquiles, y cuyo cadáver fue arrastrado, atado al carro de Aquiles, hasta las naves, cf. *Ilíada* XXII-XXIV.

[101] El castigo de Limone, hija de Hipómenes, rey ateniense, y Atalanta. Su padre, al descubrirla en un amor ilícito, la condenó a ser devorada por caballos. Al amante lo ató muerto a un caballo que lo arrastró por la ciudad, cf. CALÍMACO, *Aetia* fr. 94 (PFEIFFER).

misma manera, cuando la odiada vida abandone tus miembros, caballos vengadores arrastren tu deshonroso cadáver, 459 460 y, para que no sufriera Limone sola[102] aquel castigo, también 439 se coma tus entrañas el caballo con su fiero diente. Y, como el sanguinario Fálaris, cortada antes tu lengua con la 440 espada, gimas encerrado en el bronce pafio, a la manera de 461 un buey[103], o, como el de Casándrea[104], no más amable que 462 aquel monarca, seas enterrado herido bajo una avalancha de tierra. Que algún escollo horade tus entrañas, de la misma 340 manera que en el pasado horadaron las de los griegos cerca de la bahía eubea[105]. Y, como el feroz raptor[106] murió víctima del rayo y del mar, así el fuego ayude a las aguas que te ahoguen. Que también tu cabeza se agite tan demente por la locura como la de aquel que por todo su cuerpo tiene sólo

[102] La misma de los vv. 335-336.

[103] Tiranos castigados (vv. 439-440, 461-462, Fálaris y Apolodoro de Casándrea). Fálaris, tirano de Agrigento, legendario por su crueldad, especialmente por el buey de bronce que encargó a Perilo, donde encerraba y abrasaba a sus enemigos, y donde se transformaban en mugidos los gritos del torturado; el inventor fue la primera víctima, cf. A. OTTO, *Die Sprichwörter und sprichwörtlichen Redensarten der Römer*, Leipzig, 1890, pág. 277. No se conoce en ningún otro testimonio que el propio Fálaris fuera a su vez torturado en el buey de bronce. Pafos (en Chipre) era el lugar legendario en el que se inventó el bronce.

[104] Apolodoro, tirano de Casándrea, célebre también por su crueldad, a menudo unido a Fálaris como *exempla*, cf. p. ej. *Pont.* II 9, 43-44.

[105] Leyendas griegas (vv. 339-42). Parte de la flota griega naufragó al regresar de Troya cerca de la costa de Eubea, cf. *Odisea* IV 499 ss.

[106] Áyax hijo de Oileo o Ileo, el jefe locrio, violento y odioso a Atenea: Poseidón lo ahogó por impío (*Odisea* IV 502). El rapto de Casandra del altar de Atenea es un motivo artístico frecuente desde principios del s. VI a. C. (por ej. en decoración de vasijas, cf. *Oxf. Class. Dict.*², s.v.). Léase la versión de Virgilio en *Eneida* II 402 ss. La muerte de Áyax aparece también en *Eneida* I 44-45.

una herida[107], y como la del hijo de Driantes, señor de los 345 reinos del Ródope, que en cada uno de sus dos pies tenía diferente atavío[108]; o como la del Eteo[109], en tiempos lejanos, y la del yerno de las serpientes[110], y la del padre de Tisameno[111], y la del esposo de Calírroe[112]. Y que no te toque una

[107] Enloquecidos o ensoberbecidos (vv. 343-348). Marsias, que encontró el *aulós* (especie de oboe) que había desechado Atenea y aprendió a tocarlo. Su locura fue creerse capaz de superar a Apolo con su música, pero en la contienda ganó el dios y en castigo lo despellejó vivo. De ahí que diga aquí que todo su cuerpo era una sola herida, cf. *Frag. trag. adespota* (NAUK), 381.

[108] Licurgo, rey de Tracia (de donde la mención de la cordillera del Ródope), hijo de Driantes, personaje legendario que atacó a Dioniso. La leyenda varía mucho según los autores, pero lo que aquí se recoge es sin duda el castigo del dios, que lo enloqueció con la bebida. Embriagado intentó violar a su madre, mató a su mujer y a su hijo y se cortó un pie mientras intentaba cortar una vid. De aquí el diferente atavío de sus pies.

[109] Hércules, que murió abrasado sobre el monte Eta. La causante involuntaria de su muerte fue su primera esposa, Deyanira. Ésta, celosa de su rival Yole, le mandó a Hércules una ropa impregnada en un supuesto filtro amoroso que le había dado el centauro Neso (Hércules mató a Neso por haber intentado violar a Deyanira, y éste en venganza dio a la mujer un poco de su sangre venenosa, haciéndola creer que era un afrodisíaco). Así, Hércules murió a causa de esa ropa envenenada que ardió sobre su cuerpo, cf. *Metamorf.* IX 152 ss.

[110] Atamante, cuya segunda esposa fue Ino, hija de Cadmo y Harmonía, que fueron transformados en serpientes. Porque Ino había criado a Dioniso, Hera enloqueció a Ino y a Atamante. Él mató a su hijo Learco, mientras Ino y su otro hijo, Melicertes, se lanzaron al mar, donde se convirtieron en divinidades marinas, Leucotea y Palemón, cf. *Metamorf.* IV 416 ss.

[111] Orestes, que, tras matar a su madre Clitemnestra, se volvió loco. Fue tema de muchas obras literarias, p. ej. la trilogía *Oresteia* de ESQUILO, el *Orestes* de EURÍPIDES o *Electra* de SÓFOCLES.

[112] Alcmeón, hijo de Anfiarao, vengó la muerte de su padre matando a su madre. Fue enloquecido por las Erinias. Alcmeón, Orestes y Licurgo

350 esposa más pudorosa que aquella que como nuera pudo avergonzar a Tideo[113], o como la locria que unió su deseo con el hermano de su marido, y que lo disimuló con la 355 muerte de su doncella[114], y las esposas que se atrevieron a 356 preparar la muerte de sus primos, las Bélides, cuyos cuellos 353 oprimen incesantes aguas[115]. Quieran los dioses que puedas 354 gozar también de una esposa tan fiel como el yerno de Tálao[116] y el de Tindáreo[117]. Que tu hermana se abrase, como tú lo haces, con el fuego de Biblis[118] y Cánace[119], y que no te sea fiel tu hermana sino a través del pecado. Si tuvieras una hija, que sea lo que fue Pelopea para Tiestes[120],

---

aparecen como *exempla* de personajes enloquecidos en PLAUTO, *Capt.* 562.

[113] Traicionados o asesinados por sus esposas (vv. 349-356). Egialea, esposa de Diomedes, hijo de Tideo, héroe griego de la guerra de Troya que hirió a Afrodita y a Ares con la ayuda de Atenea. En venganza, Afrodita hizo una adúltera de su mujer, aquí nombrada.

[114] Se desconocen esta leyenda y sus personajes.

[115] Las Danaides, cf. nota al v. 177.

[116] Anfiarao (cf. nota al v. 348), esposo de Erifila. Anfiarao rehusó tomar parte en la primera expedición contra Tebas. Erifila, árbitro entre Adrasto y Anfiarao, seducida por un regalo (el collar de Harmonía) decidió a favor de la guerra, en la que tuvo que participar su marido y donde habría de desaparecer. Zeus concedió la inmortalidad a Anfiarao.

[117] Agamenón (cf. nota a 348), rey de reyes en la guerra de Troya. Al volver de la expedición fue asesinado por su esposa Clitemnestra y el amante de ésta, Egisto.

[118] Amores incestuosos (vv. 357-360). Biblis era hija de Mileto que se enamoró de su hermano Cauno, cf. *Metamorf.* IX 447-665, *Arte de amar* I 283-284, HIGINO, *Fáb.* 243.

[119] El amor incestuoso de Macareo con su hermana Cánace es el motivo de *Her.* 9 (véase más arriba).

[120] Tiestes, hermano gemelo de Atreo, protagonistas de horribles venganzas el uno contra el otro. Un oráculo había vaticinado a Tiestes que sólo podría vengarlo de su hermano un hijo fruto del incesto con su hija Pelopea. Éste hijo fue Egisto, cf. nota al v. 354.

lo que Mirra para su padre[121] y Nictímene para el suyo[122], y 360 que no sea más buena ni más compasiva para la vida de su padre que lo fue la suya para Pterelao[123] o para ti, Niso[124], y la que hizo infame un lugar con el nombre de su crimen[125], y atropelló el cuerpo de su padre conduciendo sobre él las ruedas. Que mueras como esos jóvenes cuyos rostros sostu- 365 vieron los techos y cuyos brazos sostuvieron las puertas de Pisa[126]; como el que con más justicia tiñó con su propia sangre una tierra muchas veces regada con la de sus desgraciados pretendientes[127]; como murió el traidor auriga del

---

[121] Mirra o Esmirna se unió con su padre Cíniras, contra la voluntad de ella, según algunas versiones, cf. *Metamorf.* VI 98 ss., X 435 ss.

[122] Nictímene se unió, también contra su voluntad, según unas versiones, con su padre Epopeo, rey de Lesbos. Avergonzada huyó al bosque, donde Atenea la transformó en lechuza, cf. *Metamorf.* II 590.

[123] Traicionados por sus hijas (vv. 361-364). Pterelao era célebre por la traición de su hija Cometo, que enamorada de Anfitrión, en guerra contra su padre, arrancó de la cabeza de Pterelao un cabello de oro que Poseidón le había concedido y que le hacía inmortal, causándole así la muerte.

[124] Rey de Mégara. Su hija Escila se enamoró de Minos, enemigo de su padre, y por amor traicionó a su padre cortándole el cabello de púrpura (o de oro) que le hacía invencible; fue metamorfoseada en el pájaro *ciris*, el martinete, cf. *Ciris*, passim, OVIDIO, *Metamorf.* VIII 6 ss.

[125] El *uicus sceleratus*, lugar del Esquilino que recibe su nombre por el horrible crimen de Tulia, esposa de Tarquinio *el Soberbio*, que tras asesinar a su padre, Servio Tulio, pasó con su carro sobre su cadáver, cf. *Fastos* VI 587-610, VARRÓN, *Lengua lat.* V 159, LIVIO, I 48, 7.

[126] Lista de pretendientes asesinados (vv. 365-372). Enómao, rey de Pisa, para disuadir a los pretendientes de su hija Hipodamía, los retaba a una carrera de carros. Si vencían obtenían la mano de su hija, pero si perdían les cortaba la cabeza y la clavaba en la puerta de su casa, cf. ENNIO, *Dramas* 358 (VAHLEN); OVIDIO, *Her.* 8, 70.

[127] El propio Enómao. Hipodamía, enamorada de Pélope, hizo que Mirtilo, el auriga de su padre, cambiase las clavijas de las ruedas del carro de su padre por otras de cera. Al romperse provocaron la muerte de Enómao.

370 cruel tirano que dio nuevo nombre a las aguas del Mírtoo[128]; como los que en vano perseguían a la veloz doncella, mientras que a ella la hicieron más lenta tres manzanas[129]; como los que entraron en las estancias que guardaba un monstruo de inusitada figura, estancias sin retorno de la mansión sin 375 salida[130]; como aquellos cuyos cuerpos, seis junto a otros seis, arrojó el violento Eácida en la alta hoguera[131]; como los que, vencidos por los ambages de su oscura boca, leímos que entregó la esfinge a una muerte innombrable[132]; como 380 los que cayeron en el templo de la Minerva Bistonia, por

[128] Ahora le toca a Mírtilo, el recién nombrado auriga de Enómao que le traicionó. En las diferentes versiones aparece como enamorado de Hipodamía (por lo que cedió a sus criminales deseos), o sobornado por Pélope, o por la propia Hipodamía, a cambio de una noche con la doncella; o bien se cuenta que intentó violentarla. Su final fue que Pélope lo arrojó al mar que desde entonces lleva su nombre, el *mare Myrtoum* (al SO. del mar Egeo), cf. *Her.* 15, 210.

[129] Leyenda de Atalanta, la doncella que retaba a sus pretendientes a competir con ella en la carrera. Sería la mujer del que venciera, pero al que ella venciera, lo atravesaría ella misma con una lanza. Le ganó con engaño Hipómenes (o Milanión), que la entretuvo tirando unas manzanas (o naranjas) de oro que le dio Afrodita, cf. *Her.* 4, 99; 16, 265; 21, 124; *Metamorf.* X 560-680. La continuación de esta leyenda aparece aludida en los vv. 457-458.

[130] Muertos como víctimas o pasto de los monstruos (vv. 373-388). Los jóvenes y doncellas atenienses que cada año eran entregados como víctimas al Minotauro en el laberinto de Creta.

[131] Aquiles arrojó a la pira funeraria de Patroclo doce cadáveres de guerreros troyanos, cf. *Ilíada* XXIII 175.

[132] La esfinge era un monstruo con rostro de mujer, cuerpo de león y alas de ave rapaz, que asolaba a Tebas planteando a los viajeros unos enigmas que no podían resolver, por lo cual los devoraba, hasta que Edipo logró descifrar el enigma, cf. SÓFOCLES, *Edipo Rey* 391 y sigs.; OVIDIO, *Metamorf.* VII 759-761; SÉNECA, *Edipo* 92.

cuya causa todavía ahora la cara de la diosa está cubierta[133]; como los que en el pasado mancharon de sangre los establos del rey tracio consigo mismos como manjares[134]; como los que sintieron sobre sí los leones de Terodamante[135] y los ritos táuricos de la diosa de Toante[136]; como los que[137] Esci- 385 la voraz y Caribdis frente a Escila arrancaron aterrados de la nave duliquia[138], como los que Polifemo echó en su vasto vientre[139], como los que sufrieron la violencia de los lestrígones[140]; como los que el general fenicio hundió en las

[133] Se refiere a los cincuenta jóvenes de Siris, en la Magna Grecia, que fueron asesinados en el templo de Minerva Bistonia (es decir, tracia) a manos de los asaltantes metapontinos, sibaritas y crotoniatas, cf. JUSTINO, XX 2; LICOFR., 984-992.

[134] Diomedes, rey de Tracia, que alimentaba a sus caballos con carne humana, cf. *Her.* 9, 67; *Metamorf.* IX 194-195; *Pont.* I 2, 119-120; LUCR., V 30 (29).

[135] Príncipe libio que alimentaba a los leones con carne humana; puede ser el mismo Teromedón que aparece en el recién citado dístico de *Pont.* I 2, 119-120: *Non tibi Theromedon crudusque rogabitur Atreus, / quique suis homines pabula fecit equis.*

[136] Ártemis. Toante, rey de Táuride, sacrificaba a Ártemis a todos los extranjeros que pasaban por su reino, famoso por la tragedia de EURÍPIDES, *Ifigenia en Táuride;* cf. también OVIDIO, *Tristes* I 9, 28; *Pont.* III 2, 59.

[137] Empiezan las empresas de Ulises, vv. 385-392. Es dudosa la relación que pueden tener los versos 389-390 con este contexto (¿quizá el tipo de muerte? ¿Ser enterrados bajo piedras? Puede que pertenezcan a otro lugar del poema).

[138] Alude al naufragio de Ulises en los remolinos de Caribdis (*Odisea* XII) y a la muerte de seis de los compañeros de Ulises, devorados por los perros de Escila. Duliquio era una isla del reino de Ulises.

[139] Ulises y doce de sus compañeros fueron capturados por el cíclope Polifemo, quien devoró a varios de los prisioneros antes de que Ulises y los restantes pudieran escapar, cf. *Odisea* IX.

[140] Los lestrígones eran gigantes que devoraban a los extranjeros, cf. *Odisea* X 81-132. Un compañero de Ulises fue devorado por Antífates, mientras los demás lestrígones hundieron con enormes piedras todas las naves de la flota de Ulises, salvo la que él ocupaba.

390 aguas del pozo y vertiendo polvo volvió blancas las aguas[141]; como murieron las doce sirvientas de la hija de Icario y los pretendientes, y el que daba las armas a los pretendientes contra la vida de su señor[142]; como yace el luchador caído a manos de su huésped aonio, el que cuando 395 caía a tierra, oh portento, se hacía vencedor[143], como los que fueron oprimidos por los forzudos brazos de Anteo[144], y los que la multitud lemnia entregó a una muerte fiera[145]; como aquel inventor de un rito injusto que, al año sucesivo, hizo caer, tras ser sacrificado como víctima, agua de lluvia[146]; como el hermano de Anteo, que tiñó los altares con

[141] Aníbal saqueó en 216 la ciudad campana de Acerra y a sus senadores los arrojó a un pozo y los cubrió con tierra, cf. LIVIO, XXIII 17, 4-8, VALERIO MÁX., IX 6, ext. 2.

[142] Episodio de la *Odisea* en el que tiene lugar la matanza de los pretendientes de Penélope, hija de Icario; las criadas traidoras son ahorcadas en el patio de palacio junto con el cabrero Melancio, que durante la batalla de Ulises contra los pretendientes surtió de armas a éstos, cf. *Odisea* XXII.

[143] Hazañas de Hércules (vv. 393-404). El luchador es el gigante libio Anteo y el huésped aonio es Hércules, a su paso por Libia. Anteo era un gigante, hijo de la Tierra y Poseidón, que se hacía invulnerable mientras tocaba a su madre, la Tierra; Hércules lo ahogó levantándolo sobre sus hombros, véanse los escolios *ad loc.* e HIGINO, *Fáb.* 31.

[144] Anteo (cf. nota anterior) adornaba el templo de su padre Poseidón con los despojos de los viajeros que asesinaba con sus forzudos brazos.

[145] Las lemnias fueron castigadas por Afrodita, por haber descuidado su culto, a despedir un horrible olor. Sus maridos las huían, y ellas se vengaron asesinándolos a todos. Sólo Hipsípila salvó a su padre, el rey lemnio Toante (distinto del Toante del v. 384).

[146] El adivino Trasio o Frasio. Tras unos años de malas cosechas en Egipto, el chipriota Trasio aconsejó al rey egipcio Busiris que cada año sacrificara a un extranjero para aplacar a Zeus. Busiris empezó por el propio Trasio, cf. *Arte de amar* I 647-652. Una dificultad es el *post annum*, que LA PENNA (*Ibis*..., pág. 99) explica como el año siguiente de la muerte de Trasio.

la sangre que debía, y cayó él mismo según su propio 400 ejemplo[147]; como el que impíamente apacentó a sus terribles caballos con carne humana, en vez de con hierba portadora de grano[148], como los dos que cayeron por distintas heridas del mismo vengador, Neso[149] y el yerno de Dexámeno[150]; como tu biznieto, Saturno, a quien el hijo de Corónide vio 405 expirar desde su propia ciudad[151]; como Sinis y Escirón[152], y, junto con Polipemón[153], su hijo, y el que era hombre en

[147] El propio Busiris, hijo de Poseidón (y por lo tanto hermano de Anteo), que intentó matar a Hércules a su paso por Egipto, pero cuando éste era conducido al altar del sacrificio se desató y mató a Busiris y a todos los presentes, *Metamorf.* IX 182-183, HIGINO, *Fáb.* 31.

[148] Diomedes, ya mencionado en los vv. 381-382 (v. nota). Allí hablaba de la horrible muerte de las víctimas de este rey de Tracia, que eran devoradas por sus caballos, y aquí se alude a la muerte del propio Diomedes, de nuevo a manos de Hércules, que se lo dio a comer a sus caballos, cf. APOLODORO, II 97.

[149] Centauro al que mató Hércules de un flechazo por intentar violar a su esposa Deyanira, cf. *Metamorf.* IX 101 y nota al verso 347.

[150] El centauro Euritión, muerto por Hércules por haber intentado obligar a Dexámeno a casarlo con su hija Mnesímaca (Deyanira en otras versiones), prometida ya por Dexámeno a Hércules, cf. *Metamorf.* VIII 311.

[151] Hazañas de Teseo, héroe celebrado porque libró al mundo de muchos personajes abominables. Corónide o Coronis es la heroína amada por Apolo, de cuya unión nació Asclepio o Esculapio, el gran dios de Epidauro (Epidauro es el escenario de la primera muerte justa). Perifetes era un salteador de caminos que vivía en Epidauro. Mataba con una maza a los viajeros que pasaban cerca de él. Teseo lo mató, cf. *Metamorf.* VII 436 ss.

[152] Otros de los bandidos asesinados por Teseo, cf. *Metamorf.* VII 440 y sigs. Sinis era un gigante de fuerza extraordinaria y de extremada crueldad. Escirón obligaba a los viajeros a lavarle los pies y entonces los tiraba al mar, donde una tortuga gigante los devoraba.

[153] Polipemón era en algunas versiones el padre de Procrustes o Procoptes (cf. BAQUÍLIDES, XVIII 27-30), y en otras Procrustes es sobrenombre de Polipemón; era otro de los bandidos muertos por Teseo (cf. *Metamorf.* VII 438 ss.); obligaba a los viajeros a tumbarse en una de sus

una parte y en la otra era novillo[154], y el que doblaba árboles y los lanzaba desde la tierra al aire[155] a la vista de las aguas de uno y otro mar[156], y el cuerpo de Cerción[157], que Ceres con rostro alegre vio morir a manos de Teseo: que estas cosas te sucedan a ti, de quien mi ira abomina con justas plegarias, o desgracias no más llevaderas que las dichas. Como fue la suerte de Aqueménides cuando, abandonado en el Etna siciliano, vio llegar las velas troyanas[158], como fue la suerte de Iro[159], el de los dos nombres, y de aquellos que ocupan el puente[160], no †mejor será la tuya[161]†. Que siempre ames en vano al hijo de Ceres, y que por más que lo persigas, siempre abandone tus posesio-

dos camas: a los altos en la cama corta, y para adaptarlos, les cortaba los pies; a los bajos los tumbaba en la cama larga, y a éstos los estiraba violentamente.

154 El Minotauro del laberinto de Creta, también muerto por Teseo.

155 *Pityocamptes*, «el que dobla pinos», que doblaba dos pinos atando entre ellos a su víctima. Luego soltaba los árboles y la víctima era despedazada. A este bandido también lo mató Teseo. Esta tortura suele atribuirse al recién nombrado Sinis en otras versiones, incluso en *Metamorf.* VII 440-42: *Occidit ille Sinis... qui poterat curuare trabes et agebat ab alto ad terram late sparsuras corpora pinus.*

156 El Istmo de Corinto, entre los mares Jonio y Egeo.

157 Cerción tenía su guarida en el camino entre Mégara y Eleusis; obligaba a los viajeros a luchar con él y tras vencerlos los mataba. Teseo fue más hábil que él y pudo darle muerte, cf. CALÍMACO, *Ecale* fr. 294.

158 Personajes que padecieron hambre (vv. 415-26). Ulises y los suyos olvidaron al griego Aqueménides en la gruta del Cíclope (cf. nota al v. 387); en lamentable estado, y a pesar de haber sido enemigos en la guerra, fue recogido por el troyano Eneas, cf. VIRG., *Eneida* III 588-654.

159 También llamado Arneo, es el mendigo con el que Ulises luchó y al que mató para divertir a los pretendientes, cf. *Odisea* XVIII 1-5.

160 El puente Sublicio, entre Roma y el Janículo, era refugio de mendigos, cf. SÉNECA, *Diál.* VII 25, 1, MARCIAL, X 5, 3.

161 Pasaje mal transmitido que ha dado lugar a numerosas conjeturas, cf. LA PENNA, *Ibis..., ad loc.*, pág. 106.

nes[162]. Y como la blanda arena, cuando resbala la ola en sus alternos vaivenes, va disminuyendo para el pie que la pisa, que igual se desvanezca tu fortuna, no sé de qué modo, hasta que resbale y se te escurra de entre las manos. Y, como el padre de la que solía cambiarse en diversas figuras, que con el vientre lleno te consumas de hambre insaciable[163]. Que no sientas repugnancia por comer carne humana, y, en la única parte que puedes, serás el Tideo de nuestro tiempo[164]. Y cometerás un crimen tal que por su causa los caballos del Sol enloquecidos correrán a la inversa, desde el ocaso hasta el orto[165]. Repetirás el repugnante banquete de la mesa de Licaón, e intentarás engañar a Júpiter mediante fraudulenta comida[166]. Y yo ruego que alguien, servido tú a

162 El hijo de Ceres es Pluto, «la riqueza».

163 El tesalio Erisictón, que Deméter castigó por impiedad hacia ella provocándole un hambre inextinguible. Para conseguirle recursos, su hija Mestra, que tenía el don de cambiarse de figura, se vendía como esclava y luego se liberaba metamorfoseándose, pero Erisictón, enloquecido, acabó por devorarse a sí mismo, cf. *Metamorf.* VIII 738-878.

164 Personajes que devoraron carne humana o fueron devorados (vv. 427-34). Tideo, rey de Calidonia, uno de los Siete contra Tebas. En la batalla decisiva, Tideo, protegido por Atenea, fue herido por Melanipo o Menalipo. Anfiarao cortó la cabeza de Melanipo y se la llevó a Tideo, que le devoró los sesos, perdiendo así la asistencia de la diosa horrorizada, cf. *Pont.* I 3, 79, ESTACIO, *Tebaida* I 42, III 84, IX 2.

165 Alusión al horripilante crimen de Atreo, que sirvió en un banquete a su hermano Tiestes a los propios hijos de éste último. Atreo había acordado con Tiestes (por aviso de Zeus) que si el Sol invertía su carrera, Atreo reinaría en Micenas, y si seguía su curso, el rey sería Tiestes. Aquí Ovidio relaciona estos dos sucesos de la leyenda como si los caballos del Sol corrieran al revés espantados del crimen. Cf. SÉNECA, *Tiestes* 776 ss.

166 Una de las variantes de la leyenda de Licaón le presenta como un impío puesto a prueba por Júpiter, que le pidió hospitalidad tomando la forma de un campesino. Licaón le sirvió carne humana, y Júpiter, indignado, lo convirtió en lobo, cf. *Metamorf.* I 216 ss.

la mesa, provoque la ira de la divinidad: que seas tú el hijo de Tántalo y tú el hijo de Teleo[167]. Y que trozos de tu cuerpo sean esparcidos por los anchurosos campos, como los del que frenó la marcha de su padre[168]. Que imites en el bronce de Perilo a los verdaderos novillos, con voz adecuada a la figura de un toro[169]. Y que por querer volver a los años de la mejor edad seas engañado, como el viejo suegro de Admeto[170]. O que a caballo te sumerjas en mitad de una vorágine de lodo, pero que a su vez no obtengas ninguna fama de tu suerte[171]. Y ojalá que en cambio mueras como los que nacieron de los dientes que arrojó la mano sidonia por los

[167] El hijo de Tántalo es Pélope, que fue ofrecido como víctima en banquete a los dioses; la segunda es sin duda una leyenda alejandrina, pero Ovidio no sigue en concreto ninguna variante conocida: Teleo, rey de Arcadia, se enamoró de su hija Harpálice, de la que engendró un hijo, Clímeno; Harpálice para vengarse de su padre mató a su hijo, y hermano a la vez, y lo sirvió a su padre en una comida, cf. PARTENIO, *Erot.* 13.

[168] Absirto; Medea ayudó a Jasón a robar el vellocino de oro, traicionando a su padre, Eetes; se llevó como rehén a su hermano Absirto, y lo asesinó y despedazó para retrasar la persecución de Eetes, cf. *Tristes* III 9, 6.

[169] Véase más arriba, pág. 246, nota al v. 440.

[170] Pelias, rey de Tesalia. Para que Jasón pudiera vengarse de los crímenes de Pelias contra su familia, Medea convenció a las hijas de Pelias de que podían rejuvenecer a su padre cociéndolo en un caldero con hierbas mágicas. Medea lo había demostrado cociendo en una olla un carnero despedazado, del que salió luego un cordero. Sus hijas descuartizaron y cocieron a Pelias, pero éste no resucitó, cf. *Metamorf.* VII 297 ss.

[171] Personajes engullidos por la tierra (vv. 443-446). Puede referirse a Marco Curcio, el joven caballero romano que, para cumplir un oráculo y salvar así a su patria, se lanzó armado y a caballo a un abismo que se abrió súbitamente en el Foro romano, y el abismo se cerró tras él, cf. LIVIO, VII 6, 1-6. También puede tratarse del sabino Metio Curcio, que, mientras luchaba con Rómulo, cayó del caballo en una ciénaga, cf. LIVIO, I 13, 5 y OGILVIE, *Comm. on Livy 1-5*, págs. 75 y sigs.

campos griegos[172]. Y que los siniestros votos que hizo el hijo de Piteo para el hermano de Medusa caigan sobre tu cabeza[173], y esos otros votos con los que en un pequeño libelo es execrado el pájaro que purga su cuerpo inyectándose agua[174]. Y que sufras tantas heridas como las que se dice que sufrió aquel de cuyas ofrendas fúnebres suele estar ausente el cuchillo[175]. Y que delirante te cercenes, como aquellos a los que incita la madre Cíbeles, tus despreciables partes al modo frigio[176]. Y que de hombre te vuelvas ni mujer ni hombre, como Atis, y golpees con blanda mano los

[172] Cadmo, el fundador de Tebas de Beocia, por consejo de Atenea sembró los dientes de un dragón, hijo de Ares, al que él mismo había dado muerte; de ellos brotaron los *Spartoi* («hombres sembrados»); Cadmo les lanzó piedras, y ellos reaccionaron culpándose unos a otros, luchando y dándose una muerte fratricida, cf. *Metamorf.* III 3 y sigs. Aquí *Sidonia ... manu* porque venía de Fenicia.

[173] Invectivas famosas de poetas (vv. 447-50). Dístico confuso que los escolios a *Ibis* —también confusos— en su mayoría identifican con Hiponacte, el hijo de Piteo según la *Suida*.

[174] Los votos que hizo Calímaco en su poema *Ibis*, invectiva contra Apolonio de Rodas, y modelo de Ovidio en esta obra. Se alude aquí a la costumbre del ibis, el pájaro que da nombre a ambas obras, de hacerse lavativas con su pico para purgarse, cf. CIC., *Sobre la nat. de los dioses* I 101, PLINIO, *Historia nat.* VIII 97.

[175] Heridos por cuchillo (451-54). Los escolios lo explican —relacionando este texto con otro de los *Aetia* de Calímaco— como alusión al héroe Menedemo, en cuyos sacrificios en la isla de Creta (o más probablemente en Citno, cf. CLEMENTE DE ALEJ., *Protr.* II 40, 2) no se podía usar el hierro, cf. LA PENNA, *Ibis...*, pág. 116.

[176] Referencia al culto de la Gran Madre o Cíbeles, importado a Roma desde Frigia. El culto de Cíbeles incluía ritos orgiásticos (*Fastos* IV 223 ss.; CATUL., LXIII). Según la leyenda, la Gran Madre se enamoró de Atis, un joven y hermoso cazador, que fue incapaz de mantenerse casto, y en represalia la diosa le dio la locura que le llevó a castrarse. Los *Galli* eran los emasculados sacerdotes de Cíbeles a los que aquí se alude.

roncos tímpanos[177]. Y que de repente te conviertas en un
458 animal de la Gran Madre, como les ocurrió al vencedor de
463 veloz pie y a la vencida[178]. O que como el Abantíada[179], o
como el héroe hijo de Cigno[180], se te eche encarcelado a las
465 aguas del mar, o que, como víctima, seas sacrificado a Febo ante los altares consagrados, que fue la muerte que sufrió Teudoto a manos de su cruel enemigo[181]. O que te ofrezca en sacrificio Abdera en el día prefijado, y que al sacrificado

[177] Sobre Atis véase la nota anterior. El *tympanum* era un pequeño tambor o instrumento de percusión similar que se utilizaba en el culto de Cíbeles, al que se relacionaba con el afeminamiento, cf. *Oxf. Latin Dict.*, s.v.

[178] El animal de la Gran Madre de los dioses, o Cíbeles, es el león. Se la representa habitualmente acompañada de estos animales o encima de un carro tirado por ellos. El vencedor y la vencida suponen una nueva alusión a Hipómenes y Atalanta, cf. nota a los vv. 371-72, vueltos a tratar ahora por su transformación en leones. Hipómenes logró vencer a Atalanta en la carrera con ayuda de Afrodita, pero olvidó agradecerlo a la diosa. Afrodita lo castigó induciendo a los esposos a unirse en el templo de la Gran Madre (o de Zeus en otras versiones), que, indignada, los transformó en leones. Eso se explica por la antigua creencia de que los leones no se unen entre sí, sino con los leopardos.

[179] Los que fueron encerrados en arcas o cofres y arrojados al mar (vv. 463-64). Perseo, descendiente de Abante, hijo de Dánae. Acrisio, abuelo de Perseo y padre de Dánae, por luchar contra el oráculo de que su nieto causaría su muerte, encerró a Dánae y a Perseo en un cofre de madera y los echó al mar, cf. HIGINO, *Fáb.* 63, 151.

[180] Se refiere a Tenes, hijo de Cigno, rey de Colonas, cerca de Troya. La madrastra de Tenes, Filomena o Filonome, se enamoró de él, y al no ser correspondida lo calumnió. Cigno creyó a su esposa y arrojó al mar a su hijo como en el caso anterior, cf. *Metamorf.* XII 72 y sigs., HIGINO, *Fáb.* 157, 273.

[181] Víctimas *deuotae* (vv. 465-68). Según los escolios, en este primer ejemplo Ovidio usa a Calímaco. Éste cuenta cómo, en las guerras de los tirrenos (o etruscos) contra los liparienses, los tirrenos sacrificaron a Teudoto —el prisionero lipariense más valiente— a Apolo, cf. LA PENNA, *Ibis*..., págs. 118-19.

alcancen piedras más numerosas que el granizo[182]. O que seas herido por el trisulco dardo de Júpiter, como el vástago 470
de Hipónoo[183] y el padre de Dexitea[184], como la hermana de Autónoe[185], como aquel cuya tía materna es Maya[186], como el que gobernó mal los caballos que insensatamente deseó[187], como el salvaje hijo de Éolo[188], como el nacido de la

[182] Nueva alusión a los *Aetia* de Calímaco (cf. *Diégesis* del fr. 90 PFEIFFER). Cada año se pagaba a un hombre (al que se llamaba *phármakos)* para que el rey y los ciudadanos los lapidasen a las puertas de la ciudad de Abdera, y así, purificarla, cf. LA PENNA, *Ibis*..., pág. 119.

[183] Los que fueron fulminados (vv. 469-76). Capaneo, uno de los Siete contra Tebas, que no temía a los dioses, por lo que fue castigado por Zeus cuando iba a escalar la muralla de Tebas, cf. ESQUILO, *Siete contra Tebas* 422 ss., OVIDIO, *Metamorf.* IX 404-405.

[184] Demonacte, rey de los telquines, unos genios de la isla de Rodas, responsables de haber regado la isla con agua de la Estige para hacerla estéril. Él y su pueblo fueron fulminados por Zeus (en esta versión; en otras, asaeteados por Apolo) en castigo a su impiedad, cf. CALÍMACO, fr. 75, 66 (PFEIFFER).

[185] Sémele, de quien Zeus se enamoró y con quien tuvo a Dióniso. Zeus concedió a Sémele el cumplimiento de cualquier deseo que tuviera. Inducida por la celosa Hera, Sémele quiso ver al padre de los dioses en todo su poder, con lo que quedó fulminada por sus rayos, cf. *Metamorf.* III 273 ss.

[186] Yasión, hijo de Zeus y de Electra (hermana de Maya), que se enamoró perdidamente de Deméter, y con la que se unió, según algunas tradiciones, violentándola, por lo que Zeus lo fulminó, cf. *Tristes* II 300, *Metamorf.* IX 402 ss.

[187] Faetón o Faetonte, hijo del Sol, que pidió a su padre que le dejara conducir su carro, a lo que el Sol accedió; pero en plena carrera Faetón sintió miedo y se salió del camino que le había indicado su padre, por lo que Zeus, para evitar mayores males, lo fulminó, véase el extenso tratamiento de Ovidio en *Metamorf.* I 750 ss., II 1-332.

[188] Salmoneo, rey de Salmone, en la Élide, quiso igualarse a Zeus, para lo que ideó una manera de imitar el sonido de su trueno mediante unas cadenas que arrastraba con un carro cuyas ruedas eran metálicas

misma sangre de la que nació Arctos, la que no conoce el agua transparente[189], como Macelo y su esposo fueron arrojados a las voraces llamas[190], así, yo lo ruego, mueras por el fuego del vengador celestial. Y que seas presa de aquellos que no pueden pisar la latonia Delos por haber muerto Taso antes de su hora[191], y de los que despedazaron al que espiaba el baño de la pudorosa Diana[192], y a Lino, el nieto de Crotopo[193]. Que no te hiera menos la serpiente en-

(también la carretera) y desde el que lanzaba antorchas encendidas; así provocó la cólera del dios, que lo fulminó, cf. Higino, *Fáb.* 61, 250.

[189] La que no conoce el agua es Calisto, que fue catasterizada en la constelación de la Osa Mayor (que nunca se esconde bajo el agua, cf. *Metamorf.* II 401 ss., *Fastos* II 153-92). El padre de Calisto era Licaón (cf. nota a los vv. 431-32), que había tenido de diversas mujeres cincuenta hijos (el número varía según las versiones), que por su impiedad fueron fulminados por Zeus, con la excepción de Nictimo. Esto presenta una dificultad para entender este texto, donde se habla en singular de uno de ellos.

[190] Los escolios (cf. especialmente esc. *G)* explican que Macelo y su marido invitaron a su boda a todos los dioses excepto a Zeus, quien en castigo los fulminó; pero la leyenda de Macelo es oscura, y puede que esté relacionada con la leyenda rodia de los telquines referida en la nota a 469-70, cf. Servio, coment. a *Eneida* VI 618.

[191] Los que fueron devorados por perros (vv. 477-80). Según los escolios, Taso, el hijo del sacerdote de Apolo en Delos, fue despedazado por los perros; ésa es la explicación legendaria de que no pueda haber perros en Delos, isla consagrada a Latona, cf. Higino, *Fáb.* 247.

[192] Acteón. Durante una cacería vio desnuda a Ártemis mientras ésta se bañaba, y al notarlo, la diosa enfurecida lo transformó en ciervo, y bajo esta forma lo persiguieron y despedazaron sus propios perros, cf. *Metamorf.* III 138-252.

[193] Lino, hijo de Psámate y de Apolo, a quien abandonó su madre al nacer por miedo de su padre Crotopo. A Lino lo criaron unos pastores y cuando su abuelo lo supo lo entregó a los perros, o según otra versión, lo devoraron los perros de los pastores, cf. Calímaco, *Aetia*, fr. 26-28 (Pfeiffer); *Antol. Palatina* VII 154; Servio, coment. a Virg., *Égl.* IV 56.

venenada que a la nuera del anciano Eagro y Calíope[194], o que al hijo de Hipsípila[195], o que al primero que clavó su aguda pica en el hueco roble del caballo sospechoso[196]. Que no pises los altos peldaños con más cautela que Elpenor, y sufras la fuerza del vino de la misma manera que él la sufrió[197]. Que tan vencido caigas como cada uno de los dríopes que ayudaron al inhumano Tiodamante cuando convocó a las armas[198], como el salvaje Caco mismo murió sacri-

[194] Los que fueron muertos por serpientes (vv. 481-84). Eurídice, la dríade esposa de Orfeo (hijo de Eagro y la musa Calíope), que murió mordida por una serpiente, provocando el descenso de su marido a los infiernos para rescatarla, cf. *Metamorf.* X 1-64.

[195] Ofeltes (posteriormente llamado Arquémoro), hijo de Hipsípila en esta versión, mientras que en otras es la nodriza del niño (hijo de Eurídice y Licurgo). Hipsípila, desoyendo un oráculo que prohibía depositar al niño en el suelo antes de que supiese andar, descuidó su vigilancia para indicar a los Siete Jefes, en marcha contra Tebas, dónde había una fuente. Mientras tanto, una serpiente mordió al niño, cf. Higino, *Fáb.* 74. La leyenda se sitúa en un momento posterior al de su época de reina de Lemnos y amante de Jasón (cf. arriba, *Her.* 6), cuando tuvo que huir de Lemnos acusada de traición.

[196] Laocoonte, que por castigo de Apolo murió junto a sus dos hijos víctimas de dos enormes serpientes. Laocoonte se había opuesto a que entrara en Troya el caballo de madera que los griegos dejaron como regalo a los troyanos en su simulacro de huida, e incluso le había lanzado una jabalina, cf. Virg., *Eneida* II 199 ss.

[197] Destino de los que fueron precipitados (vv. 485-500). Elpenor, uno de los compañeros de Ulises, se durmió ebrio en la terraza del palacio de Circe, y al llamarlo sus compañeros, todavía con la resaca, cayó desde lo alto y se mató, cf. *Odisea* X 550 ss., XI 57 ss., XII 10 ss.

[198] Heracles y Deyanira con su hijo Hilo atravesaban el país de los dríopes cuando el niño tuvo hambre. Heracles pidió al rey Tiodamante algo de comer y el rey, ocupado en labrar la tierra, se lo negó. El héroe le tomó un buey de su yunta y lo mató para comer. Entonces el rey reunió un pelotón de combatientes y se enfrascaron en una dura lucha de la que salió vencedor el héroe, cf. Calímaco, *Aetia*, fr. 24 (Pfeiffer).

490 ficado en su caverna, traicionado por la boca de una vaca cautiva[199], como el que llevó el regalo empapado de la ponzoña de Neso, y tiñó con su sangre las aguas eubeas[200]. O que bajes al Tártaro desde una vertiginosa roca, como el que 495 leyó la obra de Sócrates acerca de la muerte[201], como el que vio las engañosas velas de la nave de Teseo[202], como el muchacho arrojado desde el alcázar de Ilión[203], como la nodriza y a la vez tía materna del tierno Baco[204], como aquel de

[199] Caco robó a Heracles unas cuantas reses de su ganado, y las ocultó en su caverna, conduciendo a los animales por la cola, para que las huellas, en sentido inverso, confundieran al dueño del ganado; una de las reses mugió, con lo que el héroe encontró a Caco y lo mató, cf. VIRG., *Eneida* VIII 190 ss., DIONISIO DE HAL., I 39 ss.

[200] Licas, compañero de Heracles, que entregó al héroe la vestidura teñida de la venenosa sangre del centauro Neso, provocando con ella la muerte de Heracles, cf. notas a los versos 347 y 404. Cuando Heracles se sintió morir arrojó a Licas al mar, cf. *Metamorf.* IX 211 ss.; SÓFOCLES, *Traquin.* 714 ss., 831 ss.

[201] Cleombroto de Ambracia, que se precipitó al Hades después de leer el *Fedón* de PLATÓN, cf. CALÍM., *Epigr.* 23, CICERÓN, *Tusculan.* I 34, 84.

[202] Egeo, rey de Atenas y padre de Teseo. Teseo había acordado con su padre que llevaría en su barco velas blancas si lograba vencer al Minotauro, y que si moría en el intento, las velas serían negras, pero olvidó su promesa, y su padre, al verlas negras desde la costa, se arrojó al mar, cf. *Metamorf.* VII 402 ss.; PLUTARCO, *Teseo*, 3 y 13; CATUL., LXIV 241 ss.

[203] Astianacte, hijo de Héctor y Andrómaca, a quien Ulises y otros jefes griegos precipitaron desde una torre de la ciudadela de Troya una vez tomada la ciudad, cf. *Ilíada* XXIV 734 ss.; OVIDIO, *Metamorf.* XIII 415.

[204] Ino, hermana de la madre de Baco, Sémele, que concibió este hijo de Zeus. Muerta Sémele, Ino y su esposo Atamante acogieron al niño, pero Hera, celosa de Baco como fruto del amor adúltero de su esposo, enloqueció a ambos esposos: Atamante mató a su hijo Learco creyéndolo un ciervo; Ino coció a su hijo Melicertes en un caldero, y luego se arrojó al mar, cf. *Metamorf.* IV 539 ss.

cuya muerte fue causa la sierra que inventara[205], como la doncella de Lindos que se lanzó desde los altos riscos, la 500 que había proferido insultos contra el dios invencible[206]. Que una leona paisana tuya te salga al encuentro en los campos de tu patria y te cause una muerte como la de Faleco[207]. Y que el jabalí que asesinó al hijo de Licurgo[208] y al que nació de un árbol[209] y al atrevido Idmón[210], también te destroce a ti, y que incluso en tu agonía te hiera, como a 505

[205] Pérdix, sobrino de Dédalo y su aprendiz. Por celos de su mayor habilidad como inventor (se le atribuye el invento de la sierra, aquí mencionada, entre otros) su tío lo arrojó desde la Acrópolis, cf. *Metamorf.* VIII 243 ss.; DIODORO SÍC., IV 76, 4.

[206] Leyenda dudosa. Puede aludir al culto de Heracles en la ciudad rodia de Lindos, en cuyos ritos los asistentes injuriaban al sacerdote. Algunos escolios la relacionan con la leyenda ya mencionada de Heracles y Tiodamante (cf. nota a los vv. 487-88), explicando que un año que no se celebraron los sacrificios, las doncellas lindias, enloquecidas, se arrojaron a los arrecifes; otros escolios hablan de una virgen lidia (en vez de lindia) que habría injuriado a Baco, cf. LA PENNA, *Ibis...*, págs. 127-28.

[207] Los que fueron devorados por fieras (vv. 501-508). Faleco era un tirano de Ambracia. Ártemis lo indujo a capturar un cachorro de león, provocando así la ira de su madre, la leona que lo despedazó, cf. NICAND., *Metamorf.* fr. 38 (SCHN.).

[208] Anceo, hijo del argonauta Licurgo, murió víctima del jabalí de Calidón, cf. *Metamorf.* VIII 391-402.

[209] Adonis, fruto del incesto de Mirra con su padre, Cíniras. Una vez consumado el incesto fue transformada en el árbol de la mirra, y de éste, a los nueve meses, nació Adonis. Era muy hermoso, por lo que Afrodita lo protegió. Posteriormente, no se sabe bien por qué, Ártemis (o Ares, amante de Afrodita, por celos) mandó contra él un jabalí que lo mató, cf. *Metamorf.* X 345, PROP., III 5, 38.

[210] Uno de los Argonautas, cuyo nombre parlante significa «el adivino, el clarividente», que vaticinó su propia muerte en la expedición, muerto por un jabalí, cf. APOLONIO DE RODAS, *Argonáut.* I 142 ss., II 815 ss., 844 ss.

aquel sobre el que cayó la cabeza del cerdo colgado[211]. Y que seas también como el frigio cazador berecintio[212], aquel al que un pino mató con muerte parecida[213]. Que si tu barco 510 alcanzara las arenas de Minos, que la multitud cretense te tome por un corcirio[214]. Que entres en una casa que vaya a caerse, como el descendiente de Alevas, cuando una estrella fue propicia para el hijo de Leoprepes[215]. O que, como Eve-

[211] La *Diégesis* al fragmento 96 (PFEIFFER) de Calímaco y los escolios explican cómo un cazador había colgado de un árbol la cabeza de un jabalí que había cazado, sin quererla consagrar a Ártemis. Como castigo, la cabeza le cayó encima y lo mató. Véase la misma leyenda en DIODORO SÍC., IV 22, 3 ss.

[212] *Bereyntiades* y *Berecynt(h)ius* son epítetos que se aplican a Cíbeles o a su culto.

[213] Atis, el amado de Cíbeles, la Madre de los dioses, cf. nota a los vv. 453-56. Allí se narraba su locura y autocastración, producto de los celos de la Gran Madre; la tradición suele atribuir su muerte a la emasculación, pero los escolios a este pasaje explican que su muerte se debió a la caída de una piña desde lo alto de un pino (Cíbeles derribó un árbol con cuya vida estaba ligada la de Sagaritis, la ninfa con la que Atis cometió adulterio, para matarla), cf. ANDRÉ, pág. 50, n. 14, LA PENNA, *Ibis...*, pág. 132.

[214] Sabemos por los escolios que, tras la muerte de Minos en Sicilia (cf. nota a los vv. 289-90) los cretenses que llevaban sus huesos pararon en Corcira, donde sus habitantes los dispersaron. Desde entonces los cretenses mataban a todos los corcirios que atracaban en su isla. La explicación ilustra el odio legendario que existía entre ambos pueblos.

[215] Destinos de los que murieron en accidentes (vv. 511-14). Nueva alusión a Alevas (cf. nota a los vv. 323-24), cuyo hijo mencionado aquí es uno de los Escópades. En un epinicio a Escopas, tirano de Tesalia, el poeta Simónides había dedicado mucho espacio a los Dioscuros, Cástor y Pólux, por lo que el tirano le pagó sólo la mitad. El poeta fue compensado por los Dioscuros: por un presentimiento, Simónides salió de una sala que poco después se derrumbó aplastando a Escopas, cf. CIC., *De orat.* II 86, 352 ss.; QUINT., XI 2, 11. No se sabe si los Alévadas y Escópadas se remontaban a una estirpe común o si es error de memoria de Ovidio el hecho de relacionarlos.

no[216], o como Tiberino[217], ahogado en un torrente fluvial, des nombre, a una corriente arrebatadora. Y que a la manera 515 del hijo de Ástaco, clavado tu cadáver a un tronco, siendo alimento digno de las fieras, tu cabeza lo sea de un hombre[218]. Y que, como dicen que hizo Broteas por deseo de morir, des tu cuerpo a quemar en la pira encendida[219]. Y que encerrado en tu jaula sufras la muerte, como aquel es- 520 critor de una historia que de nada le serviría[220]. Y que como hirió al inventor del yambo pendenciero, así tu lengua sea violenta para tu propia perdición[221]. Y que, como el que con

[216] Eveno, padre de Marpesa, la doncella que mataba a sus pretendientes y con sus cráneos adornaba el templo de Poseidón. Fue raptada por Idas y amada por Apolo. Su padre persiguió a Idas, y al no poder alcanzarlo, mató a sus caballos y se arrojó al río Licormas, que en su memoria se llamó Eveno, cf. *Metamorf.* IX 104, SIMÓNIDES, fr. 216; HIGINO, *Fáb.* 242.

[217] Héroe descendiente de Eneas (o de origen divino, según diferentes tradiciones), epónimo del río Tíber, donde se ahogó, cf. *Metamorf.* XIV 614; *Fastos* II 389.

[218] Alusión a Melanipo o Menalipo, hijo de Ástaco, a quien Tideo, uno de los jefes que marcharon contra Tebas, devoró los sesos, cf. nota a los vv. 427-28.

[219] En APOLODORO, II 2, se cuenta la leyenda de este cazador que no honraba a Ártemis y que, enloquecido por la diosa, se tiró al fuego.

[220] Escritores que con sus obras se procuraron la muerte (vv. 519-26). Calístenes, sobrino de Aristóteles, autor de unas *Hellenica* sobre las campañas de Alejandro; Calístenes desconfiaba de la nueva orientación de Alejandro Magno hacia el tipo de monarca divino oriental, por lo que fue acusado y sometido a suplicios horrendos, tales como, siguiendo a JUSTINO-TROGO (XV 3, 3 ss.), la amputación de las extremidades, de la nariz, las orejas y los labios, y luego fue encerrado en una jaula con un perro.

[221] Se refiere a Arquíloco, aunque esta versión sobre su muerte, como debida a sus propios yambos, sólo nos es conocida por este texto y sus correspondientes escolios; según los otros testimonios (cf. *Real Encykl.* II col. 495), murió en combate a manos de un tal Arquías (o Calondas, o Córax).

un poema renqueante hirió a Atenis[222], mueras, odiado, por
525 falta de alimento[223]. Y que como se dice que murió el poeta de la lira severa, la causa de tu perdición sea una mano ofendida[224]. Y que como la serpiente hizo una herida a Orestes, hijo de Agamenón, mueras tú también de una mordedura cargada de veneno[225]. Que la primera noche de tu
530 boda sea la última de tu vida: de ese modo murió Éupolis, y su recién desposada[226]. Y que, como cuentan que murió Licofronte, portador de coturno, se te clave una flecha en tus carnes[227]. O que las manos de los tuyos dispersen por el bosque tu cuerpo destrozado, como fueron dispersados en
535 Tebas los de aquel cuyo abuelo era una serpiente[228]. Y que

[222] Sigo la lectura *Athenin* con TURNEBUS y LA PENNA. Los códices, ELLIS y ANDRÉ dan *Athenas*. En la primera alternativa se referiría a Atenis, hermano de Búpalo, dos escultores a los que atacó Hiponacte en sus versos.

[223] El verso *parum stabili*, aquí traducido «renqueante» debe ser el escazonte, cuyo inventor pasa por ser Hiponacte. Tampoco se conoce esta versión de su muerte salvo por estos versos y sus escolios.

[224] Se ha conjeturado mucho sobre el personaje aquí aludido. De las conjeturas destaco la preferida de ANDRÉ (pág. 51, n. 9), que se inclina por Lino, el hijo de Anfímaro y una Musa, maestro de música del rudo Heracles, al que a menudo pegaba por ser tan mal alumno; un día Heracles se cansó y con una enorme piedra mató a Lino de un golpe. LA PENNA (*Ibis...*, págs. 139-40) supone siguiendo a Sanctius, y quizá con acierto, que podemos tener aquí a otro inventor de un género poético, enlazando con las alusiones a Arquíloco e Hiponacte, y éste sería Estesícoro, pero nada hay seguro.

[225] Orestes murió en Arcadia a causa de una mordedura de serpiente, leyenda rara, cf. APOLODORO, *Epit.* VI 28, ESTÉFANO DE BIZANCIO, s. v.

[226] Otros destinos también de escritores (vv. 529-32). Se trata de la leyenda aludida en la *Antología Palatina* VII 298.

[227] Sobre la muerte del dramaturgo Licofronte no sabemos nada, fuera de lo aquí señalado y sus respectivos escolios.

[228] Destinos de los que fueron despedazados o mutilados (vv. 533-40 y 545-48). Penteo, cuyo abuelo era Cadmo, metamorfoseado en serpiente (cf. *Metamorf.* III 711-15), era en la Antigüedad ejemplo de impiedad hacia los dioses y ejemplo de castigo divino. Penteo se opuso al culto a Dioniso y éste en venganza provocó su muerte a manos de las bacantes, encabezadas por su propia madre, Agave: tomándolo por un león, lo despedazaron, y Agave llevó a Tebas su cabeza clavada en un tirso. La historia fue objeto de las *Bacantes* de EURÍPIDES y del *Penteo*, hoy perdido, de ESQUILO. Cf. OVIDIO, *Metamorf.* III 511-731.

seas arrastrado por los salvajes montes a lomos de un toro, como fue arrastrada la impetuosa esposa de Lico[229]. Y que, lo que sufrió la involuntaria rival de su propia hermana, caiga ante tus pies tu lengua cortada[230]. Como el autor de la lenta Mirra, a quien mató su apellido, que se encuentren tus 540 pedazos en innumerables lugares de la ciudad[231]. Y que la industriosa abeja, como le hizo al poeta Aqueo, hunda sus hirientes dardos en tus ojos[232]. Y que encadenado en las du-

[229] Dirce, esposa de Lico, rey de Tebas, que, celosa de la belleza de su rival, vejaba a Antíope, la madre de Anfión y Zeto. Los hermanos en venganza mataron a Lico y a Dirce. El castigo de Dirce fue atarla viva a un toro que la arrastró y la desgarró en las rocas, cf. HIGINO, *Fáb.* 7 y 8.

[230] Filomela, hermana de Procne. Con variantes, lo fundamental de la leyenda es como sigue: Tereo, esposo de Procne, violó a su cuñada Filomela. Para que no pudiera delatarlo, le cortó la lengua. Pero Filomela bordó en un tapiz su desgracia y así lo supo Procne, quien, en venganza, mató al hijo que había tenido con Tereo y se lo dio a comer a su esposo; fueron metamorfoseadas en ruiseñor y golondrina, cf. *Metamorf.* VI 424-674.

[231] Debe referirse al poeta Gayo Helvio Cina, que dedicó muchos años (cf. *lenta Mirra*) a la composición del epilio *Mirra* o *Esmirna*, a quien Catulo admiraba. A. E. HOUSMAN (*The Journal of Philol.* 12 (1883), 167, sobre *Ibis* 539) lo relacionó por primera vez con el poeta Cina, que fue confundido por su apellido con Lucio Cornelio Cina, uno de los asesinos de César, lo cual le valió la muerte: fue despedazado y su cabeza clavada en una lanza.

[232] En la *Suida* aparecen dos poetas que llevan el nombre de Aqueo, de cuya muerte no sabemos nada. Tomando *Achaeo* como étnico, se ha pensado en Homero y Aristeo entre otros.

ras rocas te coman las entrañas, como a aquel cuyo hermano
545 era el padre de Pirra[233]. Que como el joven hijo de Hárpago revivas el ejemplo de Tiestes, y vayas hecho pedazos al estómago de tu padre[234]. Que lleves truncados los miembros, mutiladas sus partes por cruel espada, como dicen que estaban los miembros de Mamertas[235]. O que, como fue cegada
550 la garganta del poeta siracusano, así te cierren con un lazo el camino de tu aliento[236]. O que, desollada tu piel, se vean desnudas tus entrañas, como aquel cuyo nombre lleva un río frigio[237]. O que infeliz veas el rostro de la petrificadora Medusa, que dio muerte ella sola a muchos de los cefenos[238].

[233] Prometeo, cuyo hermano Epimeteo era padre de Pirra; primera alusión a este mito en 291-92.

[234] Siguen los destinos de los despedazados o mutilados, cf. nota a 533-40. Sobre Tiestes, que se comió a sus propios hijos en un banquete servido por su hermano Atreo, ha hablado ya Ovidio en los versos 429-30. Aquí el *exemplum* mítico sirve para reforzar el histórico: Hárpago, ministro y amigo del rey medo Astiage, recibió la orden de asesinar a Ciro, al no cumplirla, el rey se vengó sirviéndole a la mesa la carne de su hijo, cf. HERÓDOTO, I 117-19, JUSTINO, I 5, 6.

[235] *Trunca geras saevo mutilatis partibus ense, / Qualia Mamertae membra fuisse ferunt*, es decir, que de tu cuerpo no quede más que el tronco. Mamertas es identificado por ELLIS con Mamerco, tirano de Catania, enemigo de Timoleón (sobre él cf. PLUTARCO, *Timoleón*), que fue «ejecutado como un pirata», al parecer un cruel método de ejecución, cf. MOZLEY-GOOLD, pág. 281, ANDRÉ, pág. 53 n. 6.

[236] Los escolios hablan infundadamente de Teócrito. ELLIS propone entre otros a Filemón; otros autores, lanzan otros nombres, pero no hay nada firme que lo pruebe.

[237] Marsias, despellejado por Apolo. Su historia apareció ya en los versos 343-44 (véase nota), en los que el término de la comparación era la locura, y no como aquí el tipo de muerte.

[238] A su paso por el país de los cefenos, pueblo de Etiopía, Perseo libera a Andrómeda de ser devorada por un monstruo marino, a cambio de que le sea otorgada como esposa. Así lo conceden sus padres, pero Andrómeda estaba prometida a su tío Fineo. Urdieron un plan contra Perseo, quien los venció mostrándoles la cabeza cortada de la Górgona Medusa, cuya mirada tenía la propiedad de petrificar, cf. *Metamorf.* V 1-209.

Que sufras los mordiscos de las yeguas de Potnia, como 555 Glauco, y como otro Glauco saltes a las aguas del mar[239]. Y que, como a aquel que tenía el mismo nombre que los dos mencionados, la miel de Cnoso corte el camino de tu respiración[240]. Y que con angustiada boca bebas lo que el muy sabio reo de Ánito bebió en el pasado con boca imperturba- 560 ble[241]. Y que, si amas a alguien, no tengas mejor suerte que Hemón[242], y que igual que poseyó Macareo a su amada, igual poseas a la tuya[243]. O que veas lo que el niño de Héctor vio desde la ciudadela de su padre, cuando todo era ya presa de las llamas[244]. Que con sangre laves tus infamias, 565 como aquel que era hijo de su abuelo, cuya hermana fue

[239] Los destinos de los tres Glaucos (vv. 555-58). Del Glauco (1) de Potnia, en Beocia, hijo de Sísifo, circulaban dos leyendas que se ajustan a este texto. La primera cuenta que sus yeguas enloquecidas lo devoraron, y la segunda cuenta que este mismo Glauco hijo de Sísifo había bebido de una fuente que concedía la inmortalidad y se había convertido en dios marino, cf. VIRG., *Geórg.* III 267, HIGINO, *Fáb.* 250, 3. Pero es muy probable que el *Glaucus alter* sea el Glauco (2) dios del mar, antes pescador, hijo de Antedón y de Halcíone (o de Poseidón y una Náyade), que comió una hierba que le convirtió en dios marino, cf. *Metamorf.* XIII 906-968, VIRG., *Geórg.* I 437.

[240] Glauco (3) hijo de Minos y Pasífae, que de pequeño murió ahogado en una jarra de miel mientras perseguía a un ratón, cf. HIGINO, *Fáb.* 49; 136.

[241] Sócrates, acusado de introducir dioses extraños y de corromper a la juventud, fue condenado a muerte y bebió el veneno sin perturbarse, cf. PLATÓN, *Apolog.*

[242] Prometido de Antígona, hija de Edipo, que se suicidó cuando Creonte condenó a la joven a morir siendo enterrada viva, cf. SÓFOCLES, *Antígona*, HIGINO, *Fáb.* 72.

[243] El hijo de Éolo que mantuvo incesto con su hermana Cánace; sobre su amor versa *Her.* 9.

[244] Astianacte, a cuya muerte ha aludido ya Ovidio en el v. 496.

convertida por delito en su madre[245]. Y que en tus huesos se clave la misma clase de dardo que dicen que derribó al yerno de Icario[246]. Y que, como fue estrangulada la locuaz garganta en el caballo de arce, así cierre un pulgar el camino de tu voz[247]. O que como Anaxarco te reduzcas en un profundo mortero, y en vez de los acostumbrados granos salten y crujan tus huesos[248]. Y que, como al padre de Psámate, Febo te entierre en el profundo Tártaro, igual que aquél le había hecho a su hija[249]. Y que sobre los tuyos caiga esa peste que la diestra de Corebo venció y con la que prestó socorro a los desdichados argólicos[250]. Y que como el nieto de Etra, que moriría por la ira de Venus, te dejen caer, exiliado, unos caballos delirantes[251]. Que igual que el huésped mató a su

570

575

[245] Quizá Adonis, hijo del incesto de Cíniras y Mirra, muerto por un jabalí, aludido ya en el v. 503 (véase la nota a aquel pasaje).

[246] El yerno de Icario es Ulises, a quien mató sin reconocerlo Telégono, su propio hijo que tuvo con Circe, precisamente cuando fue a Ítaca a darse a conocer a él, cf. HIGINO, *Fáb.* 125, 127.

[247] Anticlo, uno de los aqueos que entraron en Troya dentro del caballo de madera. Anticlo estuvo a punto de contestar a Helena cuando ésta llamaba a los héroes desde fuera imitando las voces de sus mujeres, por lo que Ulises lo estranguló, cf. *Odisea* IV 285-89.

[248] Anécdota famosa en la Antigüedad. Anaxarco de Abdera fue un filósofo enemigo de Nicocreonte, tirano de Chipre. Éste lo apresó y lo torturó como aquí se indica, cf. DIÓGENES LAERCIO, IX 10, 58 ss., CICER., *Tusc.* II 22, 52.

[249] El padre de Psámate es Crotopo, que enterró viva a su hija cuando supo que había tenido un hijo (Lino, mencionado en el v. 480), sin creer que fuera hijo de Apolo; cf. *Metamorf.* XI 366 ss.

[250] Por vengarse de la muerte de su hijo Lino y de su amada Psámate (ver nota anterior) Apolo mandó un monstruo llamado Poiné (castigo) que devoraba a los hijos de los argolios. Lo mató Corebo, cf. ESTACIO, *Tebaida* I 570 ss.

[251] Hipólito, hijo de Teseo, hijo de Egeo y Etra. Hipólito despreciaba a Afrodita, quien se vengó inspirando a su madrastra Fedra una pasión desmedida por Hipólito. Ante sus desdenes, Fedra lo acusó a Teseo de haber intentado violarla y Teseo a través de Poseidón provocó su muerte. El dios mandó un monstruo marino que asustó a los caballos del carro de Hipólito y éste murió arrastrado por el tiro de los animales, cf. EURÍPIDES, *Hipólito*, OVIDIO, *Metamorf.* XV 505 ss. Véase otra versión de este amor arriba, en *Her.* IV.

pupilo por su gran riqueza, que tu huésped te mate a ti por tu exigua fortuna[252]. Y que como cuentan que fueron asesinados Damasictón y sus seis hermanos, así mueras tú y toda tu gente[253]. Y que, como el tañedor de la lira añadió su muerte a la de sus desafortunados hijos, así tengas tú un merecido hastío de la vida[254]. O que, como la hermana de Pélope, y como Bato, al que perdió su propia lengua[255], te endurezcas al crecer la piedra en ti[256]. Que si lanzas un disco enviándolo al vacío del aire, mueras golpeado por la misma

580

585

[252] Poliméstor, yerno de Príamo, mató por codicia a Polidoro, hijo de Príamo y Hécuba, que le fue confiado, junto con ricos tesoros, ya mencionados en los vv. 267-68, a colación de la venganza de Hécuba.

[253] Damasictón es uno de los hijos varones de Níobe, orgullosa madre de numerosos hijos (siete varones y siete mujeres en la *vulgata*) que se burló de Leto, por ser madre sólo de dos, Apolo y Ártemis. Leto pidió venganza a sus hijos y éstos asaetearon a los hijos de Níobe. La infeliz madre se convirtió en piedra, pero de sus ojos seguían saliendo lágrimas, cf. *Metamorf.* VI 146 ss.

[254] Anfión, marido de Níobe, que se suicidó tras la muerte de sus hijos, cf. *Metamorf.* VI 271-72. Se dedicó a la música con una lira que le regaló Hermes. Hay una anterior referencia a él en los vv. 535-36.

[255] Los que fueron transformados en piedra (vv. 585-86). Bato era un anciano que fue testigo del robo de los bueyes de Apolo por parte de Hermes. Para comprar su silencio, Hermes le dio al viejo una ternera, pero luego el dios cobró apariencia humana y le preguntó si había visto pasar las reses. El viejo lo contó todo y Hermes, indignado, lo transformó en piedra, cf. *Metamorf.* II 676 ss., *Himno a Hermes* 87-93.

[256] La hermana de Pélope es Níobe, que, como se ha dicho, se metamorfoseó en piedra, cf. *Metamorf.* VI 301-12.

rueda que el hijo de Ébalo[257]. Que si algún mar tienes que 590 golpear con un brazo después del otro, sean todas las aguas para ti peores que las de Abido[258]. Que, como murió el poeta cómico mientras nadaba en las transparentes ondas, así estrangule el agua de la Estige tu garganta[259]. O que, cuando náufrago hayas vencido al embravecido mar, mue- 595 ras, como Palinuro, al tocar la tierra[260]. Y que como al poeta trágico, también a ti te destroce una jauría de perros vigilantes, guardianes de Diana[261]. O que como el Trinacrio saltes sobre las fauces del gigante, por donde el abundante Etna siciliano vomita llamas[262]. Y que despedacen tu cuerpo con 600 sus uñas dementes las madres estrimonias, creyendo que es

[257] Jacinto (o Hiacinto), joven cuya belleza enamoró a Apolo. Encontró la muerte cuando se hallaban ambos lanzando el disco y Jacinto, al recoger el proyectil lanzado por el dios, recibió un golpe mortal, cf. *Metamorf.* X 162 ss.

[258] Los que murieron nadando (vv. 589-94). Las aguas que ahogaron a Leandro, el amante de Hero, cf. arriba *Her.* 18 y 19.

[259] Unos escolios suponen que se trata de Menandro y otros que es Terencio el aludido. No se sabe nada de sus muertes. Puede tratarse también de Éupolis (s. V a. C.), que según la *Suida* murió en un naufragio en el Peloponeso.

[260] Palinuro, el virgiliano piloto de Eneas, que el dios Sueño venció e hizo caer al mar (VIRG., *Eneida* V 814 ss.). En la visita de Eneas al Infierno, Palinuro le contó que durante tres días y tres noches luchó con el mar y que tras alcanzar por fin la costa de Italia fue asesinado por los indígenas (*Eneida* VI 337 ss.).

[261] Destinos de poetas o filósofos (vv. 595-600). Eurípides, al que según muchos testimonios mataron los perros. Las variantes están en a quién pertenecían esos perros. Ovidio parece recoger la variante que hace al poeta trágico morir en un templo de Diana, cf. HIGINO, *Fáb.* 247: *Euripides tragoediarum scriptor in templo consumptus est*. Más testimonios en LA PENNA, *Ibis*..., pág. 160.

[262] Empédocles, que se lanzó al Etna, cf. PLINIO EL VIEJO, *Historia natural* XXX 9. El gigante es Encélado, Briareo o Tifeo, según las versiones. Trinacrio quiere decir aquí siciliano.

el de Orfeo[263]. Que como llamas ausentes quemaron al hijo de Altea, así tu pira prenda con el fuego de una antorcha[264]. Que como la recién casada ardió en llamas con la guirnalda fasíaca, a la vez que el padre de la casada y con él su casa[265], y como una sangre corrió difundiéndose por los 605 miembros de Hércules, así se coma tu cuerpo un veneno pernicioso[266]. Que te aguarde a ti el mismo golpe de desconocido dardo con el que su propia descendencia se vengó de Licurgo el Pentélida[267]. Y que como Milón intentes desgajar el roble hendido y no puedas retirar de él tus manos prisio- 610 neras[268]. Y que seas víctima de tus propios regalos, como Icario, contra quien una multitud borracha levantó sus ma-

[263] Orfeo murió a manos de las mujeres tracias (aquí estrimonias por el río Estrimón, que atraviesa su tierra), cf. *Metamorf.* XI 1-19.

[264] Los que fueron abrasados (vv. 601-606). El hijo de Altea es Meleagro, cuya vida, según revelaron las Parcas a su madre, estaba ligada a la de un tizón que ardía en el hogar. Altea sacó el tizón y lo guardó, pero por desavenencias que siguieron a la caza del jabalí de Calidón, Meleagro mató a sus tíos, y Altea, indignada, arrojó el tizón al fuego, provocando la muerte de Meleagro, cf. *Metamorf.* VIII 298-525.

[265] La recién casada es la nueva esposa de Jasón, Creúsa, hija del rey Creonte de Corinto, a quien la maga Medea, natural de la Cólquide, tierra del río Fasis, mandó una corona que ardió quemándola a ella, a su padre que quiso socorrerla, y todo el palacio, cf. EURÍPIDES, *Medea;* OVIDIO, *Her.* XII (Medea a Jasón).

[266] La sangre venenosa del Centauro Neso, cuya historia se ha aludido en varias ocasiones (cf. notas a los versos 347, 404, 490-491).

[267] Suceso desconocido, en el que su hijo, aparentemente, mata a un Licurgo con un arma no usual. El patronímico ha hecho pensar en los Pentilides o Pentilades, descendientes del hijo de Orestes, Pentilo, tiranos de Lesbos, famosos por su crueldad, cf. PAUSANIAS, II 18, 6; III 2, 1; V 4, 3; VII 6, 2.

[268] Milón, el atleta de Crotona (s. VI a. C.), que quiso probar su fuerza en un tronco hendido al parecer por unas cuñas, que cayeron y le aprisionaron las manos, cf. PAUSAN., VI 14, 3 ss.; AULO GELIO, XV 16.

nos armadas[269]. Y lo mismo que hizo su compasiva hija por dolor de la muerte del padre, haz que tu garganta pase a través del nudo del lazo[270]. Que padezcas hambre, cerrada la puerta del edificio, como aquel al que su propia madre puso el castigo[271]. Que profanes la estatua de Minerva siguiendo el ejemplo de aquel que hizo fácil el camino desde el puerto de Áulide[272]. O que a la manera del hijo de Nauplio expíes con la muerte el castigo por un falso delito, sin que te consuele no haberlo merecido[273]. Como el huésped de Isindo despojó a Étalo de la vida, a quien todavía hoy expulsa de

615

620

[269] Destinos de Icario y su hija Erígone (vv. 611-614). El ateniense Icario, había acogido en hospitalidad a Dioniso, que se enamora de Erígone. En pago, el dios regaló a su huésped un odre de vino, que compartió con unos pastores. Ebrios, se creyeron envenenados y mataron a Icario a palos, cf. *Metamorf.* X 450, HIGINO, *Fáb.* 122.

[270] Erígone, hija del anterior, que al encontrar a su padre muerto se ahorcó, cf. HIGINO, *Fáb.* 130.

[271] Pausanias, vencedor de la batalla de Platea, que hizo pactos secretos con Jerjes. Los ciudadanos decidieron matarlo, y él se refugió en el templo de Atenea, donde los ciudadanos, ocluyendo con piedras las salidas, lo dejaron morir de hambre. Se contaba que su madre llevó la primera piedra, cf. TUCÍDIDES, I 134; NEPOTE, *Paus.* 5.

[272] Puede tratarse de Áyax, hijo de Oileo, que profanó la estatua de Atenea cuando arrancó de ella a Casandra, tema ya aludido en los vv. 341-342 (ver nota), o bien puede referirse a Diomedes y Ulises, que robaron el Paladio troyano, es decir, la estatua divina con propiedades mágicas que había preservado a la ciudad de Troya durante diez años, cf. VIRG., *Eneida* II 163 ss.

[273] Palamedes, hijo de Nauplio, era en la Antigüedad el *exemplum* de muerte injusta e insidiosa. Palamedes se había ganado el rencor de Ulises cuando, fingiéndose éste loco para no unirse a los ejércitos que marchaban para Troya, Palamedes supo cómo hacerle confesarse cuerdo. Para vengarse, Ulises se sirvió de una carta falsa de Príamo a Palamedes de la que se desprendía que Palamedes se ofrecía a traicionar a los suyos. En castigo por su falsa culpa fue lapidado, cf. *Metamorf.* XIII 56 ss., VIRG., *Eneida* II 82 ss.

sus sacrificios el jonio, que no olvida[274], y como aquel que se ocultaba en la oscuridad para escapar de su asesino Melanto y que su propia madre delató con la ayuda de una luz[275], así horaden tus entrañas dardos lanzados contra ti, así ruego que tus propios auxilios te entorpezcan. Que pases una noche igual a la que pasó aquel frigio cobarde al que fueron prometidos los caballos que conducía el valiente Aquiles[276]. Que no descanses tú con mejor sueño que Reso y que los que acompañaron a Reso, primero en el camino, luego en la muerte[277], y que aquellos a los que el diligente Hirtácida y su compañero mataron junto con el rútulo Ramnes[278]. O que a la manera del hijo de Clinias, rodeado de

625

630

[274] Alusión a la tradición jonia de no admitir naturales de Isindo (Asia Menor) en sus ceremonias religiosas, las *Panionia*, la fiesta de las doce ciudades jonias en Priene, al norte del monte Micale, cf. HERÓD., I 143. Se desconoce todo lo relativo a esta leyenda.

[275] Episodio inspirado en CALÍMACO, *Aetia* fr. 102 (PFEIFFER) (cf. *diégesis ad loc.*), que cuenta cómo Pasicles, magistrado de Éfeso, al regresar de un banquete fue asaltado por unos enemigos de los que pudo escapar escondiéndose en el templo de Hera. Su madre, sacerdotisa de Hera, acudió con una luz al sentir el ruido, con lo que los asesinos pudieron matar a su hijo.

[276] Ejemplos épicos (que relacionan a Homero y Virgilio) de los que murieron de noche en la guerra (vv. 627-632). Dolón, el troyano que aceptó ir como espía al campamento griego a cambio del carro y los caballos de Aquiles, que le prometió Héctor como recompensa. Salió cubierto por la piel de una loba, pero fue interceptado por Diomedes y Ulises, quienes lo obligaron a revelar la disposición del campamento troyano y, finalmente, Diomedes lo mató, cf. *Ilíada* X 314-464, HIGINO, *Fáb.* 113.

[277] Episodio homérico consecutivo al anterior. Reso era el jefe tracio que había acudido a ayudar a los troyanos en el décimo año de la guerra. Causó muchas bajas en el ejército griego durante el único día que se sumó a la lucha, pero esa noche Diomedes y Ulises lo mataron y se llevaron sus célebres caballos (ver nota anterior), cf. *Ilíada* X 474 ss.

[278] Alusión a Niso, hijo de Hírtaco, personaje virgiliano, compañero de Eneas, célebre por su amistad con el hermoso Euríalo (el compa-

negras brasas, lleves tu cuerpo quemado a medias hasta la 635 estigia muerte[279]. Y que como a Remo, que se atrevió a traspasar la muralla recién levantada, los disparos rústicos sean mortales para tu vida[280]. Y, finalmente, ruego que entre flechas sármatas y géticas vivas y mueras aquí, en estos lugares[281].

Que de momento te llegue este mensaje en este mi im- 640 provisado rollo, para que no te quejes de que me olvido de ti: es poca cosa, lo confieso; pero que los dioses a los que he invocado te concedan más, y que multipliquen con su favor mis peticiones. Posteriormente leerás más cosas, y llevarán tu verdadero nombre, y con el pie adecuado se librará el agrio combate[282].

ñero aquí mencionado). Ambos hicieron una incursión nocturna —es el paralelo virgiliano a la homérica, recién mencionada, de Diomedes y Ulises— en el campamento rútulo y mataron a Ramnes, augur del ejército rútulo a las órdenes de Turno, cf. VIRG., *Eneida* IX 314 ss.

[279] Alcibíades, al que mandó matar el sátrapa Farnabazo. Sus asesinos intentaron prender fuego a su habitación, pero pudo salir de entre las llamas y acabaron con él por medio de las armas, cf. DIODORO SÍC., XIV 11; NEPOTE, *Alcib.* 10.

[280] Remo penetró en el perímetro del Palatino que su hermano acababa de consagrar, por lo que Rómulo lo mató, según unas tradiciones, o lo mató otro romano (LIVIO, I 7, 2; el asesino es *Celer* en OVIDIO, *Fastos* IV 807-862).

[281] Impresionante final para los lectores romanos familiarizados con la obra ovidiana del exilio; su última maldición, la que quiere destacar por su posición final, es la horrible tortura que él mismo padece: que Ibis viva y muera en el permanente estado de guerra que acosa a Ovidio y del que tanto se duele a lo largo de los *Tristes* y *Cartas desde el Ponto*.

[282] Con el yambo, cumpliendo la amenaza de los versos 53-54.

ÍNDICE DE NOMBRES

Los personajes o lugares aludidos de modo indirecto aparecen entre paréntesis.

ÍNDICE GENERAL

CARTAS DE LAS HEROÍNAS

IBIS